

ANA BELÉN CAÑETE JIMÉNEZ

¡Aparta, que no me vea!



¡Aparta, que no me veo!

Ana Belén Cañete Jiménez



A mi familia, por darme alas, animarme a usarlas y por estar siempre.

*A mis amigos, por acompañarme a saltar de todos los precipicios y por creer
en mí más que yo misma.*

A Ana G., por decir que sí, por su apoyo, por su lápiz.

*A Antonio, por ayudarme a encontrar las gafas con el plus de la
concentración,
por volar conmigo y por todo lo demás.*

A quienes habéis decidido coger esta historia.

Índice

El día en el que Greg se cubrió de gloria
La segunda ducha febril
Pasear mis cuernos al sol de otoño en invierno
El día que busqué los compinches equivocados
Una mudanza y un baño de espuma
¡Hala! Feliz Año Nuevo / La Salmoreteca
El salón de estética
Volar física y emocionalmente
La llegada a la isla
No habían quedado ni las larvas
Pasó enero, febrero, mi cumpleaños...
Playa de Caballería
Al volver de la fiesta de la luna llena
La mañana después de la fiesta de la luna llena
El concierto
Rodrigo
La semana del 13 de junio
Si es que cuando pinta no...
La grúa
La Vespa de Marga
La camarera de la cafetería
El día de los calmantes
La casa de Marga / Comité de crisis
Solo es un hobby / Las «cosas»
La noche en la que apareció...

Ni por el rito Zulu
Amaneció, y tanto que amaneció...
«Inés, depende de ti»

1

El día en el que Greg se cubrió de gloria

Había pasado una noche horrible y el día anterior ídem de lo mismo. A las cuatro de la mañana me desperté y fui al baño. Al ver mi cara destruida y sentir que me dolían todos los huesos del cuerpo decidí volver a la cama, tomarme un Paracetamol y ponerme el termómetro. 38, 2°. Greg abrió un ojo, y también la boca:

—¿Qué te pasa? ¿Cómo estás?

—Muriéndome.

Yo, que a veces tiendo a hacer un drama por un granito de nada, esa madrugada me sentía más muerta que viva.

—Si no estás mejor, por la mañana vamos al médico.

Dijo esto y se giró. Se ve que hasta ahí llegaban sus atenciones como enfermero y que eso de: «En la salud y en la enfermedad» no lo había entendido del todo.

No, no estamos casados legalmente, como buena pareja moderna que somos, pero la ceremonia y el paripé nos lo tragamos entero. Claro, que el concepto de modernidad varía según quien lo considere.

Conseguí dormir hasta las ocho de la mañana, cuando volví a sentir que se me desquebrajaban todas las articulaciones, así que me levanté.

—Quédate, que te traigo un vaso de leche caliente, a ver si coges el sueño —dijo con voz de ultratumba.

Yo aluciné y pensé que igual lo había subestimado como enfermero, así que decidí aprovechar la coyuntura y me volví a meter en la cama. Cinco minutos después, Greg estaba dejando el vaso de leche encima de la mesita de noche, hasta arriba de paracetamoles, ibuprofenos, caramelos de miel, pañuelos usados..., y se volvió a acostar. Le di un par de sorbos a la leche y pensé que lo mejor sería levantarme. Le dije que me ducharía en el otro baño para no molestarlo (ni con fiebre puedo dejar de ser tan idiota y pensar en mi exclusivamente) y que me prepararía para ir al médico cuando se despertase. Asintió y siguió durmiendo.

Fui a la cocina y encendí la cafetera. Le añadí el café a la leche que él me había preparado y me lo tomé. ¿Todavía no se había enterado de que la leche blanca, así tal cual, me daba un asco que me moría? Si solo con pensarlo me entran unas arcadas que ni una embarazada subida a un tiovivo...

Me tumbé un rato en el sofá y, al ver que no me bajaba la fiebre, me metí en el baño y me di la ducha que tanto me apetecía. El agua salía bastante caliente y metí la cabeza debajo del chorro, colocando el rociador en «modo lluvia» que mi columna de agua traía (y digo «mi» porque la compré yo con el dinero de un trabajo de fin de semana en las catas de vino).

Llevamos dos años viviendo en este piso, que, aunque no es muy grande, sí es de nuestro estilo y, por eso, insistí en firmar un alquiler con derecho a compra. Desde que entramos por primera vez, yo me había imaginado viviendo aquí de por vida. Está en un bloque pequeño, muy familiar. Situado en una planta baja, en un barrio nuevo, lleno de gente joven y parques infantiles. Cuando lo alquilamos se encontraba amueblado; lo tenía casi todo. La puerta de entrada comunica con el comedor que, a su vez, se bifurca en dos puertas que dan paso a los dormitorios. El principal, nada más y nada menos que doce metros cuadrados, baño incluido. El otro es más pequeño, pero, para lo que sirve, es más que suficiente. El baño que hay en el pasillo no tendrá más de cuatro metros cuadrados y predomina en él una bañera encastrada. La cocina es bastante amplia y eso me encanta. Da a un patio pequeño en el que se está de maravilla por las noches.

El agua me sentó muy bien en la cara, pero ¡ay! qué sensación tan mala

las gotas bajando por mis hombros y descendiendo por mi espalda. Se me escaparon dos lágrimas mientras pensaba que parecían agujas y no gotas inofensivas. Me dolía todo el cuerpo a más no poder. Me dolía la cabeza, me dolían los ojos, me dolía la piel, me dolía la tristeza, me dolía la apatía, me dolía la abulia, me dolía...

¡Aleluya! Pensé al salir al pasillo y ver que el bello durmiente por fin había salido del letargo diario. Le dije que en veinte minutos estaría lista para ir al médico, y eso hice.

—En cuanto termine me voy al médico.

Me vestí, me sequé un poco el pelo como pude, alborotándolo con los dedos, metí en el bolso lo que pensé que iba a necesitar (tarjeta sanitaria, pañuelos, el móvil, más pañuelos, caramelos, mentolados, no mentolados, sin azúcar, de eucalipto...) y esperé. Esperé. Esperé hasta que a él le dio la santísima gana de terminar de hacer todo lo que se le ocurre hacer (con una parsimonia tediosa) siempre que yo tengo prisa. Lo vi claro en ese momento. Lo hacía aposta.

Desayunó. En tres veces, por supuesto. Primero la fruta, con ese rollo suyo de la absorción de los nutrientes y la quema de azúcares. Después la tostada doble y una taza de leche, mientras escucha en la radio a ese locutor tan desagradable que sería capaz de poner de mal humor a la mismísima madre Teresa de Calcuta (aunque tras muchas broncas, había conseguido que lo escuchase en el móvil y con los auriculares. No estaba dispuesta a desayunar cada día con el hombre de los mil y un descalificativos radiados). Por último, rellena la taza con algo más de leche y le añade un café, que se toma con unas galletas de avena.

¡Ah! No, ¡un poco de leche más! Me di cuenta de que había empezado a odiar esa manía suya de echar un chorrillo más de vino, o añadir una cucharadita más de sal, o una gotita más de aceite... ¡Joder! Me apostaría las manos a que en una cata a ciegas no sabría diferenciar la taza que tenía una lagrimita más de Nesquik de la que no.

Ahí no terminó la cosa. Fue al baño, se vistió, miró que el perro no hubiese destrozado nada en el patio, decidió pasearlo durante más de media hora y volvió. Que vale que el animalito tiene que hacer sus necesidades, pero en diez minutos suele estar listo. El resto del paseo era para él y su locutor de radio.

—Ya.

—¿Ya? —dije yo, y me callé; no tenía ni ganas ni fuerzas para discutir. Me estaba subiendo la fiebre más y, además, yo sabía que todavía no era «ya».

Me subí en el coche y vi cómo daba vueltas por el garaje. Entró al patio, colocó algo en la estantería y... ¿Qué más se le podía ocurrir? ¡Qué idiota soy! Había vuelto a subestimarlo.

Se puso a llenar hasta el borde el bebedero de Thor. Yo misma me reía ante mi ocurrencia porque pensé que igual era por si a Thor le apetecía bañarse en el bebedero mientras estábamos fuera, porque agua tenía como para beber durante tres días..., pero lo dejé pasar.

Thor fue un regalo de cumpleaños. De esos que haces sabiendo que realmente son para ti. Pues eso. Me lo había regalado hacía un año y el animalito todavía no ha aprendido a no morder las plantas. A mí me encanta jugar con él, pero reconozco que lo de pasearlo por las mañanas, o los días lluviosos, o de mucho calor, no es lo mío.

La consulta médica estaba a diez minutos en coche y no tardamos en llegar. Al menos no se le ocurrió decir que fuésemos dando un paseo, que también hubiese sido una posibilidad y el detonante de la batalla.

Entramos y nos atendió una enfermera con una pinta bastante rara. Llevaba el pelo rubio pollo y la bata blanca tan ceñida que parecía un disfraz ridículo. Tendría unos cincuenta años. Nos indicó que aguardásemos nuestro turno en la sala de espera y eso hicimos. Nos sentamos. Greg extendió su brazo hasta una mesita rectangular baja que teníamos delante y cogió el ABC para él (eso debería haber sido una señal clara. Yo nunca había leído el ABC por gusto. Estrictamente por trabajo o para desgranarlo), y a mí me puso en las rodillas la revista MOTOR16. ¿Una revista de coches? Pensé: «Este tío o es tonto hasta decir basta o piensa hacerme un regalazo». Así que la ojeé y le dije, sin mirarlo mucho ni prestar atención a su reacción, que ya me había decidido, indicándole un artículo en el que analizaban las cualidades del Range Rover *Evoque* (blanco) que tanto me gustaba. Cerré la revista, lanzándola a la mesa de nuevo. En ese momento debí haberlo visto claro, pero no, simplemente lo intuí. Mi subconsciente me guio para que siguiese arrastrándome por la rutina diaria y tediosa de mi vida silenciosa y callada por años de inalterable convivencia. Llegó mi turno.

—Es gripe. Probablemente vas a empeorar. Además, tienes que comer, hidratarte mucho, tomar café... Tienes la tensión muy baja —dijo la doctora.

Salimos de la consulta y de vuelta, ya en el coche, apoyé la cabeza en el cristal y cerré los ojos. Me daba vueltas y no era capaz de frenar la vorágine de imágenes que me venían de frente. ¿Una revista de coches? ¿A mí? ¿De verdad me había dado una revista de coches? Volví a pensar. Joder, qué poco me conoce, cómo hemos perdido el tiempo. Con lo fácil que hubiese sido acercarme la revista *Hola! Fashion!* que había justo al lado, perfectamente colocada y visible, y haberme pasado el brazo por encima (ese gesto tan reconfortante), o ponerme la mano en la rodilla o, simplemente una mirada. Pero estaba claro, al menos yo lo tenía claro. Greg y yo nos movíamos en universos paralelos.

La segunda ducha febril

El resto de la mañana lo pasé del sofá a la cama pasando por el baño. La doctora me había dicho que debía beber mucho líquido y claro, no podía acumular en el cuerpo tanto zumo, agua, manzanillas... Por su parte, Greg anduvo de un sitio para otro. Comió, fue al gimnasio, arregló no sé qué en el patio... Bueno, tampoco estaba yo como para preguntarle por lo que hacía, ni me interesaba lo más mínimo estar de Mata Hari, espiándolo. Eso sí, se asomaba de vez en cuando y me preguntaba qué tal estaba. A lo que yo respondía con un «fatal» o «muriéndome», y él me llamaba «exagerada» y seguía a su marcha.

A las siete menos algo entró en la habitación y me dijo que tenía un partido de pádel, pero que podía quedarse si yo quería.

—No, no, tranquilo. Vete. Yo voy a estar bien. —«Y total, para lo que estás haciendo, igual me sirves aquí que en la China», pensé.

—Llamaré a mi madre para avisarla de que no iremos a cenar.

—Pero es Nochebuena. Puedes ir tú.

—De eso nada, yo me quedo en casa contigo.

—Como quieras... —¿Conmigo? ¡pero si te ha venido de perlas que esté enferma para saltarte la cena familiar!

—Vale. Bebe agua y... zumo. Sí, hay zumo de naranja en la despensa y no sé. Haz algo, que se te mueva la sangre. —Uff, déjalo pasar. Céntrate en matar los virus de la gripe. Mi alter ego se estaba poniendo de mal humor—. Y llámame para lo que sea.

¿Qué se me mueva la sangre? Otra de sus estúpidas teorías... ¿Dónde estaba cuando la doctora me ha dicho que tenía la tensión demasiado baja y que me iba a sentir muy débil? ¿Y que uno de los medicamentos que me había recetado contenía codeína y me provocaría algún que otro mareo? ¿Y cuando dijo que con estas gripes no te movías de la cama unos cuantos días? ¡Si me cuesta mover el sobre de Paracetamol para que se disuelva! ¿Qué pretende? ¿Que limpie los baños a fondo? ¿Que trasplante las macetas? ¿Así se me movería la sangre lo suficiente? Inesastra, por favor. Tengamos la fiesta en paz... ¡Y que hay zumo en la despensa! ¡Ay mamá! Tus zumos de naranja naturales, templados y con miel que bien me vendrían y no los de tetrabrik. Bueno, bueno..., y que lo llame para lo que sea... ¿Llamarlo para cagarme en su puta nación entraría dentro de la categoría de «para lo que sea»? Respira Inesastra y líate a puñetazos con los bichos de la gripe que te están haciendo perder la cabeza.

Me dormí un buen rato. Y, cuando Greg llegó y entró para ver cómo estaba, me hice la dormida. Y fui alternando así hasta la mañana siguiente.

Me levanté y me ardía el cuello, así que debía tener fiebre otra vez. Me metí en mi ducha (sí, esta también la había pagado yo) y apoyé las manos a los lados de la columna de agua. Me di cuenta de que él aún seguía en la cama, pero no me importó lo más mínimo despertarlo. Dejé que el agua corriese de nuevo por mi pelo y mi espalda. Hoy no dolía tanto. O tenía más fiebre y lo notaba menos o el estado febrícula de ayer reducía mí, ya de por sí, baja tolerancia al dolor, o había exagerado... Descarté esto último. Ya estaba bastante mal como para martirizarme encima. Miré hacia la derecha y en la estantería de metacrilato, junto a los champús y mascarillas varias, estaban nuestras esponjas. Esas que yo, en un gesto de romántica incondicional, compraba siempre a la vez e iguales. Dos esponjas de red, una rosa y otra azul. También había dos guantes exfoliantes colgados en unos ganchos metálicos.

El mío estaba a la izquierda, como todo lo mío y casi tan blanco como el primer día. El suyo parecía que había estado ahí colgado unos cuantos años y tenía el color más tomado. Mi madre lo hubiese tirado hace un siglo, pensé.

Entonces cogí mi guante exfoliante y le puse gel de baño hipoalergénico, sin parabenos, sin silicona, sin perfume..., sin todo aquello que se le había ocurrido a Greg que era perjudicial para la piel y empecé a frotarme los brazos con fuerza, recorriendo todo mi cuerpo. No sé si quería acabar con la fiebre, arrancándome la piel a tiras (muy musical a lo Vanesa Martín) o sacar de mis poros hasta el último resquicio de su ADN.

Yo, que normalmente me duchaba con mis penas para que el agua las arrastrase junto a las lágrimas y las absorbiera el desagüe, esta mañana no hubo ni una sola lágrima, ni un único suspiro... Vapor de odio, de rabia, de impotencia... Eso sí, el suficiente como empañar los cristales del *Empire State*.

Estaba en la cocina, recogiendo la taza del desayuno y los restos del sobre en el que viene el medicamento cuando noté que se acercaba.

—Buenos días. ¿Cómo estás? Sí que te has duchado pronto hoy —dijo poniendo su mano en mi frente para comprobar mi temperatura—. No tienes fiebre, ¿no?

—No. —Fiebre no tenía, pero la sangre me quemaba todo el cuerpo—. ¿Tienes el móvil encendido? Te he mandado una foto.

—Sí, pero enseñámela tú, ¿no?

—No, prefiero que la veas y la tengas en tu móvil.

—¡Qué más da! Pero bueno, voy a ver —dijo cogiéndolo de la encimera.

Yo ya sabía que estaba ahí. Se le cambió la cara y dejándolo de nuevo al lado del fregadero, intentó acercarse a mí, pero yo retrocedí dos pasos.

—Fue ella, Inés...

—¿Cómo que fue ella? —grité todo lo que mi garganta dolorida me permitió—. Que sea muy puta no quiere decir que pueda meterte la lengua hasta la campanilla o, mejor dicho, que tú te quedes quieto. Ella puede hacer lo que quiera. Retiro lo de puta, que estoy alterada. Bueno, quieto en la foto. Si en vez de foto me hubiesen mandado un vídeo, seguro que se te vería mucho más animado —dije, señalando la pantalla de su móvil.

—Pero fue ella... Me pilló con la guardia baja y...

—Y pensó que si tenías la guardia baja podía ponértela alta, o grande o en su coño... —¡Inesastra, esa boca! Que esta no somos nosotras. ¡Controla! Que yo, lo más que suelto es un «Hostias Pedrín».

—Joder, no me entiendes —volvió a intentar tocarme.

—Sí, debe ser eso.

—Claro, es que...

—Es que... ¡Nada! Te sirve cualquiera por lo que veo. Como tu mujer no estaba disponible. ¡Ah no, que no estamos casados...!

En ese momento, me miró con los ojos a punto de estallar. Yo sabía que él no soportaba cuando yo le echaba en cara que no estábamos casados oficialmente, pero él también sabía que no podía soportar una infidelidad. Bueno, seguro que habrían sido muchas más de una. Tampoco es que necesitase estar casada con todas las de la ley, pero montar el teatro que montamos, para nada, me pareció más postureo que otra cosa.

—¿A dónde vas nena? —dijo siguiéndome hasta la entrada.

—¿Ahora soy nena? ¡A ti que te importa! —le grité dando un portazo y probablemente, dejándome parte de la cornamenta en el marco de la puerta.

¡Cómo me dolía la cabeza!

Pasear mis cuernos al sol de otoño en invierno

Salí a toda prisa del edificio. Llevaba puestos unos vaqueros, un jersey de lana y una bufanda. Iba bien abrigada y la verdad es que hacía un día espléndido para el tiempo en el que estábamos. Por suerte, los medicamentos estaban haciéndome efecto y con la adrenalina por las nubes, no notaba apenas dolor. Hacía un día de esos que gusta disfrutar en invierno con un buen abrigo y un chocolate caliente.

Solíamos aprovechar estos días cuando coincidían con fin de semana, para pasear a Thor y comer algo en una terraza. Al sol de otoño en invierno, que, aunque un tanto blanquecino, me sentaba genial en la cara. ¿Pasear con él y su perro? ¿Eso es lo mejor que se te ocurre ponerte a pensar en este momento, Inesita? No seas tan estúpida. Que hoy lo único que vamos a pasear al sol son los cuernos que Don Perfecto nos ha puesto. Como los caracoles, pero sin que sea mayo. Thor también es mi perro, Inesastra, me repriminó. No bonita, es su perro, lo compró para él. Si lo hubiese comprado para ti, habría traído un Bichón maltés *toy* de los que te gustan, o uno de la protectora. Que es muy ecológico para lo que le da la gana este novio nuestro. ¿O también me dirás ahora que te encantan los Bulldogs? ¡Con el

ruido que hacen! Y tú nunca le hubieses puesto ese nombre. Lo hubieses llamado «Cuqui», o «Mini», o «Lasy», ¡pero no Thor! Deja al perro ya. Que parece que estás de su parte. Pues igual si me hubiese puesto de su parte antes, nos estaríamos ahorrando este paseo a las nueve de la mañana. ¡Con el frío que hace, Inés! Yo no tengo frío. Sí, debe ser que los cuernos abrigan... ¡Cómo te pasas!

Decidí parar este momento de bronca mental entrando a tomar algo a una cafetería. La verdad es que debía hacer bastante frío porque el sol todavía no había empezado a calentar, pero yo me había vuelto insensible esa mañana. Pedí un vaso de agua y un café descafeinado. Lo único que necesitaba era ponerme más alterada de lo que ya estaba. Me metí en la boca un nuevo Ibuprofeno, antes de que se me pasase el efecto del anterior, e intenté relajarme.

Inesastra hacía tiempo que no se dejaba ver, pero tenía la capacidad de aparecer en el momento más indicado. La bautizó así mi hermano, que siempre ha tenido la habilidad de invocarla en cualquier situación. Antes incluso de hablar, según mi madre, ya tenía yo un carácter muy definido y era capaz de mostrar mi descontento de una forma muy evidente y vehemente. Protestaba del modo que sabía, con gestos y pataletas. Cuando empecé a decir las primeras palabras, el «no» era muy recurrente, según me contaron más adelante, y hacía saber lo que quería y lo que no a todo el mundo. A veces, me enfadaba conmigo misma y me encerraba en mis pensamientos, rumiando que no me entendían y que, por mucho que me expresase, no lo iban a entender. Algo que aún me pasa. Siempre he sido muy apasionada yo.

Mi hermano, que contaba con la baza de ser tres años mayor, sabía exactamente donde pinchar para hacerme saltar, para enfadarme y para provocar unas discusiones que, como cosa de niños que éramos, pasaban desapercibidas para los demás.

Fui adquiriendo confianza en mí misma y cuando discutía con mis padres o con Javier, sabía sacar mi carácter e, incluso, a veces, me volvía una persona totalmente diferente. Podía llegar a ser muy locuaz, irónica, sarcástica, ingeniosa y rabiosa si mi hermano decidía tocar la tecla adecuada. Entonces nos enfadábamos y empezaba el show. A veces le gritaba sin parar, otras, lo ignoraba por completo, y cuando mi vocabulario fue ampliándose, lo insultaba. Era mi manera de defenderme. Siempre terminaba llorando y en la ducha, para que se me pasase el berrinche y mi hermano castigado en su

cuarto.

Mi hermano aumentaba la tensión diciendo que me transformaba en otra persona, y empezó a llamarme Inesastra. Él también sabía ser sagaz y perspicaz.

En casa solía tener estos momentos de diversificación, pero en público podía controlar a mi yo rabioso casi siempre. Discutía y peleaba como todos los niños de mi edad, pero sin sobrepasar lo socialmente aceptado.

Aun así, mis padres estaban muy preocupados. Debían tener compañeros con hijos problemáticos e intentaban psicoanalizarme cada dos por tres. Viendo que yo no les hacía caso en esas introspecciones en mi personalidad, decidieron hablar con el psicólogo del colegio, que le restó importancia en la reunión a cinco que tuvimos en su despacho: mis padres, el psicólogo, el director y yo. Decidieron que era algo normal de la edad, que solo estaba desarrollando mi propia personalidad, conformando mi carácter. Yo no tenía ningún problema concreto: ni en el colegio, ni con los compañeros, ni en clases extraescolares..., pero si alguien me sacaba de mis casillas, aparecía exultante.

Mi madre, muy dada al drama algunas veces, parecía que quisiera colocarme un problema a la fuerza y habló con el médico de cabecera para que nos viese el psicólogo infantil, que tampoco pareció darle mucha importancia.

—Señora, su hija no tiene ningún problema. Tiene su propia forma de ser y cada uno reacciona a su manera en las distintas situaciones. Obsérvela, pero no se agobie y no la atosigue. Está creciendo —escuché como le decía el psicólogo del hospital público mientras a mí me entretenía una enfermera.

Esto tampoco convenció a mi madre, y probablemente, tras una buena dosis de metralla psicológica a mi padre, logró convencerlo para buscar ayuda privada. Consiguieron el teléfono de un psicólogo de renombre, según ellos, capaz de entender las mentes más complejas y sacar todos los traumas y otras cosas que hubiesen alojados en alguna parte del cerebro humano o en cualquier otra parte del cuerpo. ¿Quién tenía un trauma?

Un mes después fuimos a la consulta de la eminencia y, tras varias sesiones en las que la terapia sobre todo la hacía mi madre, incluso evitando que yo hablase cuando sí tenía algo que decir, el psicólogo nos dio el diagnóstico. Me habían hecho dibujar, escribir, reconocer figuritas y manchas de tinta, asociar conceptos, jugar delante de ellos y todas las técnicas que se

le ocurrieron al señor del bigote blanco.

—Ya sabía que mi niña tenía algo. Llevo intentando que mi marido se dé cuenta casi desde que nació, pero nada, él, erre que erre con que la niña estaba bien.

—Después de todas las pruebas efectuadas, las comprobaciones hechas, los análisis exhaustivos..., puedo concluir que su hija podría tener un principio de trastorno de identidad disociativo.

—¡Ay, Dios mío! ¡Ramón! Que eso suena grave —exclamó mi madre suspirando y con una mano en el pecho.

—Candela, deja que hable el hombre, que parece que lo único que te interesa es que sepamos que llevabas razón. Lo importante es saber si tiene cura —dijo mi padre, que se había puesto blanco como la pared.

—A ver, no se alarmen. Hemos dicho que parece ser y, además, sería en una fase muy inicial. Esto puede ir a más, o simplemente quedarse en una etapa del proceso de crecimiento.

—Como una anécdota ¿no? —planteó mi padre sin recuperar su color morenito de cara.

—Será mejor que les explique un poco de lo que estamos hablando. No sé si han oído hablar de la figura del alter ego —dijo dándose mucho bombo—. Este término ya fue acuñado por colegas míos en el siglo XIX, cuando se evidenció que había personas que, en un estado diferente de su conciencia, manifestaban patrones de conducta totalmente distintos. Esto es, algo así como otro yo. Su hija, según me cuentan, a veces manifiesta una doble personalidad. Esta persona es totalmente distinta y es capaz de decir y hacer cosas que, digamos, en su estado natural, no sería.

—¿Nos está queriendo decir que dentro de mi hija existe una Inés buena y una Inés mala? —intentó resumir mi madre.

—No... No es exactamente eso.

—Mira, Candela. Según estoy entendiendo, nuestra hija es como el Dr. Jekyll y Mr. Hyde, o como Bruce Banner y el Increíble Hulk. Dos es una.

—Ui ui ui... —se lamentaba mi madre, llevándose las manos a la cabeza.

—No tenemos que ponernos en lo peor. Piense en Clark Kent y Superman. ¿A que ya no le parece tan malo? —dijo el señor del bigote intentando calmar a mi madre.

—Visto así... —respondió con cara de estar entendiendo solo lo que le

interesaba: que yo tenía una enfermedad rara y ella podría lamentarse a gusto.

—Y eso de la personalidad doble, ¿se cura con unas pastillas? — preguntó mi padre angustiado.

—No, no, vamos a ir poco a poco. Vamos a hacer un estudio continuo de la personalidad. Veremos cómo va evolucionando. Estaríamos hablando de algo muy inicial y ni si quiera podemos confirmarlo. Lo mejor será que sigan viniendo a la consulta una vez al mes y, sobre todo, anoten todos los episodios y cambios que se produzcan.

Preferí no decir ni una palabra ante tanta estupidez. Salimos de la consulta y decidieron llevarme a una tienda de regalos para que escogiese lo que más me gustase. Igual tenían remordimientos de conciencia por haber traído una hija al mundo con un problema de esa magnitud. Yo decidí aprovecharme y, para una vez que me dejaban escoger, pedí el maletín de pintura más caro y completo que había en la tienda.

Mi madre caminaba satisfecha. Consiguió que el experto, previo pago de una cantidad nada desdeñable, me atribuyese una enfermedad de aúpa y ella se había quedado tranquila así.

—Lo que no consiga el dinero... —dijo mi padre al salir. Pero ni mi madre ni yo entramos al trapo—. Y el mes que viene otra vez... La de horas extras que me esperan...

Yo no pensaba volver, lo tenía claro. Y si me obligaban a ir, no pensaba colaborar más. Ya habíamos perdido demasiado el tiempo con esta tontería. Si me enfadaba, me enfadaba y punto. No había que buscarle una justificación a todo.

Ese mes lo pasamos bastante tranquilos en casa. Mis padres habían advertido a mi hermano de que no podía estar discutiendo por pequeñeces y parece que Javier lo entendió y me dio una tregua. Yo estaba la mar de tranquila, hasta que llegó el día en que se supone que debíamos volver a la consulta. La noche anterior hubo un amago de bronca, pero mi padre consiguió reconducir la situación.

—Mamá, yo no tengo ningún problema. El mes pasado aguanté tu catastrofismo, pero ya está bien.

—Hija, ya escuchaste al doctor. Tenemos que hacer un seguimiento.

—¿Pero no ves que estoy bien? Déjame aquí, que estoy muy tranquilita.

—No, no. Las cosas no se dejan a medias.

—¡Pues no lo hubieses empezado! —grité y en ese momento Javi entró

en mi dormitorio.

—¿Ves como tenemos que ir?

—Mamá, Inés tiene razón. Empieza a parecer que la que necesita ayuda no es ella.

—Lo que me faltaba, que tú también intervengas.

—Es que no te das cuenta de que tu hija lo que tiene es la edad del pavo, la adolescencia, las hormonas revolucionadas... ¿Eso no les pasa a las hijas de tus amigas? Que entre todas ellas y tú tenéis representación para todos los problemas de la vida. ¡Pero si es lo más normal del mundo!

—¡Que yo no tengo el pavo ese!

—Bueno, un poco sí que tienes, Inés. Que vaya quince años más complicaditos tienes hija.

—Pues perfecto, tengo el pavo y lo que vosotros queráis, pero a mí no me inventéis traumas que yo estoy muy bien así —dije con la intención de que mi madre me dejase tranquila y lo conseguí.

Javi había empezado la universidad y entre las clases, las fiestas y los ligues, pasaba poco tiempo en casa, lo que ayudaba a que no tuviésemos apenas oportunidades para discutir. Desde los quince hasta los dieciocho, aprendí a controlar mi carácter, a canalizar mi mal humor cuando algo se me torcía y a discutir conmigo misma sin llamar la atención. Me había dado cuenta de que era mucho más efectivo ignorar a mis padres cuando se ponían pesados, o simplemente darles la razón y hacer lo que yo considerase. Ellos se lo tomaron como una gran evolución y estaban muy orgullosos de verme cambiar, de madurar y de que me estuviese convirtiendo es una jovencita sin problemas.

Mi madre visitó un par de veces más al psicólogo, pero él mismo nos dio el alta médica. Sí, a mi madre por pesada y a mí como enferma, ya que consideraba que mi comportamiento desdoblado había sido exclusivamente algo puntual. Esto me vino muy bien el día que les dije a mis padres que había decidido estudiar Periodismo y que tenía que decidir si me matriculaba en la Universidad de Sevilla o en la de Málaga. No les di más opciones porque esas eran mis preferencias. No tenía problema con la nota de corte para lograr el acceso así que se trataba más bien de una cuestión de gusto personal. Yo tenía claro que quería estudiar en Sevilla. Me parecía cómodo y seguro viajar en tren, así que desde primera hora mostré mis intenciones al respecto. Mis padres me apoyaron, así que no hubo más que hablar.

—Es uno con veinte euros, por favor.

Pagué la cuenta y decidí volver a casa. No tenía cuerpo para estar dando vueltas con el frío y los cuernos a cuestas. Pronto me subiría la fiebre de nuevo y, si alguien tenía que irse de casa, estar avergonzado y sentirse mal debía ser él. Esa era mi casa también y yo no era precisamente la que había metido la pata. Entré y ahí estaba él, sentado en el salón, viendo un partido de baloncesto. Apagó la televisión en cuanto me vio cruzar hasta el dormitorio y vino detrás de mí.

—Inés, tenemos que hablar. Yo... Lo siento mucho. —Ni lo miré y empecé a cepillarme los dientes. Él estaba apoyado en el marco de la puerta del baño y vi en el espejo que tenía las lágrimas saltadas—. Entiendo que estés molesta, pero sabes lo que significas para mí. Tú eres la persona que más me importa. Perdóname, cariño.

Me di la vuelta y me acerqué, pero seguí cepillándome los dientes y cerré la puerta. No necesitaba escuchar nada más. Lo de una imagen vale más que mil palabras nunca había sido tan cierto, y yo tenía esa imagen en mi móvil para recurrir a ella en cualquier momento de debilidad que se presentase. Salí del baño y anduve de un lado para otro. Recogí mi taza de café del desayuno, cambié las sábanas, puse el pijama a lavar..., y él daba los mismos pasos que yo, quedándose un metro por detrás y sin parar de hablar.

—Por favor, Inés. Dime qué quieres.

—Que te calles.

—Pero así no se solucionan las cosas.

—Es que yo no quiero solucionar nada. No haberlo estropeado.

—¿Qué puedo hacer?

—Irte, Gregorio. Dejarme en paz.

Fui tan contundente, que lo entendió y se resignó.

—Está bien. Me iré a dormir a casa de...

—No me importa a casa de quien te vayas —corté.

—Vale, vale. Pero quiero que sepas que voy a estar con Félix. Y mañana vendré y solucionaremos las cosas.

Intentó acercarse para darme un beso, pero yo retrocedí y puse las manos por delante para evitar todo acercamiento. Cogió algunas cosas del armario y se marchó. Yo no hice mucho más en todo el día. Me dediqué a pensar en cómo se lo contaría a mis padres y a Javier, a hablar por teléfono con Sandra y a ignorar todos los mensajes que el imbécil de Gregorio me envió durante

la tarde y media noche.

4

El día que busqué los compinches equivocados

Llegué la mañana del veintiséis a casa de mis padres con la cabeza hecha un lío, pero con las palabras que tenía que soltar bien claras.

—Hola, mamá. ¿Está Javi?

—Si hija, en el salón.

—Hola, cabeza —esta era la forma cariñosa que tenía de dirigirme a mi hermano.

—¡Buenos días! ¿Qué haces por aquí tan temprano un sábado?

—Tengo que hablar con vosotros, bueno, contigo primero.

Javi se incorporó en el sofá y me miró atento, dejando el móvil en el reposabrazos.

—Tú dirás, hermanita...

—He dejado a Greg —dije sin dilaciones—, pero para siempre, vamos. Que no me vuelve a ver ni en pintura ese a mí.

—Ya será para menos —contestó sin creermelo mucho. La estrategia era ser directa y parecer segura. Así que continué con el plan. ¡No te vengas abajo, Inés!

—Sí, mañana no hagas planes porque entre tu coche y el de papá

tenemos que traernos mis cosas del piso y, si queda sitio, igual metemos su cadáver en bolsas de basura hecho trocitos.

—A ver, frena que no me estoy enterando.

—No hay nada más que entender, que lo dejo y punto.

—¿Tengo que ir a pegarle, Inés? —dijo sabiendo que no es capaz de hacer daño ni a una mosca, por mucho que esté molestando.

—No. Tienes que venir a ayudarme con la mudanza y más adelante, el seis de enero, tendrás que llevarme al aeropuerto.

—¿Cómo? Te vas de vacaciones, ¡no!, espera, te has enamorado de otro y te fugas con él, ¿no?

—¡Qué dices! Me voy a hacer un auto regalo, a probar otras cosas, a conocer otros sitios, a ver cómo se vive en una isla. A Menorca, vamos. ¡Me voy a Menorca! —exclamé un tanto enfadada—. El punto español más alejado de él en el que se habla otro idioma. No es otro país, pero me servirá.

—Hombre... También te puedes ir a Galicia, que está lejos y hablan gallego. Además, ¿no se supone que Gregorio era el hombre perfecto?

—A Galicia se llega en coche y Greg sabe conducir. Pero odia volar y navegar y todo lo que no suene a andaluz le rechina de primeras.

—Es decir, que te largas el Día de Reyes para no cruzártelo por aquí... Muy maduro, Inesita.

—Más o menos.

—También puedes dejar tu trabajo. Sí, di en el periódico que te vas porque ellos no hablan catalán. Y ya no te sirve.

—Podría... —dije intentando no entrar al trapo.

—Y ya que estás, por culpa de un tío, dejas tu vida, tus proyectos, tus amigos, tu familia, tu perro... ¿O te llevas al chucho? Y vas a que te hagan una lobotomía para olvidarte de tu novio, de cómo se cocina, de cómo hablar francés, inglés, italiano...

—Italiano... No iban a tener que borrarame mucho. Nivel principiante ¿recuerdas? —apunté con retintín.

—Sí, como sea... Y así te puedes quedar por ahí, en un pueblo perdido de una mini isla, y puedes trabajar como *todoenuno* en una de esas casas de payés.

—¡Ya basta! ¡Déjalo ya! Me han puesto los cuernos, ya tengo suficiente por hoy. Y Menorca seguro que es una isla maravillosa y sigue siendo Europa, ¿sabes estúpido? No proyectes en mí tu frustración. Si tú quieres ser

ministro, físico cuántico o embajador de España en la Polinesia... Hazlo... Ponte a ello, si es que puedes. Pero no quieras que sea yo todo lo que te gustaría ser a ti. Y no me taladres con tu doble moral y tu ironía. ¡Y no me apoyes tanto, eh! —dije gritando esto último.

—Ui ui... Qué mal humor —dijo levantándose del sofá y dirigiéndose a la cocina.

—¡Sí, mejor te vas!

En ese momento se cruzó con mi madre, que venía ver qué pasaba.

—Ahí la tienes... Inesastra ha vuelto y creo que hasta ha mutado en algo mucho peor, es la versión mejorada. La 3.0.

—¿Qué pasa, hija?

—Qué, ¿qué pasa? Que tienes un hijo con más de treinta años, frustrado, que aborrece su trabajo y quiere que yo consiga alcanzar sus proyectos, los que él tenía para él. Cada uno tiene su vida, sus metas y, si me quiero ir, me voy. Y encima, la gilipollez de que Inesastra ha vuelto. Que no me toque las narices que la tenemos.

—Espera, ¿a dónde quieres ir?

—No es que quiera ir mamá, es que me voy, el día seis, a Menorca, a descansar, a ver cómo se vive, a quedarme allí una temporada o a volverme al día siguiente. Ya lo decidiré.

—Pero Inés...

—Y que he dejado a Gregorio.

—Qué ¿qué? Tú estás mal de la cabeza.

—Genial, dos de dos. Divina familia la mía...

—Que no hija, que yo estoy contigo, que, si tú vas a ser feliz en ese sitio, yo soy feliz, pero lo de Greg...

—Pues eso, que como no soy feliz aquí con él, ahí se queda. Y yo me voy.

—Esto vas a tener que contármelo más despacio.

—No, mamá. Tampoco necesitas más datos.

—Pero habéis quedado bien, ¿no? Por si acaso...

—¿Por si acaso quiero volver y cagarme en su puta madre?

—Ui ui... Tu hermano tiene razón. Inesastra *is coming*.

—Mamá, por favor... —me puse a llorar durante diez minutos ininterrumpidos y mi madre lloraba a la vez.

—¡Menudo drama! —dijo mi hermano entrando de nuevo en escena,

arrastrándome hasta el baño y metiéndome en la ducha.

Abrió el agua y me dejó ahí un buen rato. Esa era la única forma que, hasta ahora, había de frenar mis ríos internos y él lo sabía. La situación era bastante rocambolesca: yo, metida en la ducha, vestida, calzada y sin parar de sollozar mientras no paraba de caerme agua caliente por encima.

A la hora de almorzar ya se nos había pasado y de la forma más tranquila y resumida que supe, se lo expliqué a mi padre, que hizo amago de interrogatorio, pero mi madre lo cortó.

—Por favor, Ramón, no es el momento. Ya hemos tenido bastante por hoy.

Terminamos de comer y subí a mi habitación. Quería calcular si iban a caber todas mis cosas en ese armario de tres puertas. Me di cuenta de que tendría que guardar bastantes cajas en el garaje hasta que me decidiese a tirarlas, regalarlas o venderlas. Total, siempre acumulo muchos trastos.

Bajé las escaleras para decirle a mamá que debíamos hacer hueco en la estantería de las herramientas, pero escuché que estaba hablando por teléfono. «Menudo disgusto nos hemos llevado hoy... Sí, la niña, que ha roto con mi Gregorio. Sí, si ya lo sé, pero ¿qué quieres que haga? Se ha puesto a llorar y no ha soltado ni *mú*, oye... Lo sé, si yo pienso lo mismo, que Greg es perfecto. Dudo mucho de que encuentre a alguien mejor. Bueno, no lo dudo, ¡estoy segura! Ya, igual tienes razón y es solo una rabieta de las suyas y se le pasa. Bueno, ya te voy diciendo. Voy a tomar un café y un Valium. Luego hablamos. Adiós».

Y colgó. Y se quedó tan pancha, oye. Y yo bajé tan digna, como si no hubiese escuchado como me vendía y pasé de decirle nada de la mudanza en ese momento. Cogí el bolso y le dije que iba a tomar café con las amigas. Me largué. Sin más.

Llegaba pronto, de hecho, había salido media hora antes de lo que pensaba y la cafetería estaba tan solo a cinco minutos. Pensé en llamar a Sandra, que seguro que no le importaba venir antes y así fue. Nos esperamos en la puerta y le conté el show que se había montado en casa, obviando a Inesastra. Sandra era la única que sabía la historia, de hecho, la historia estaba en este punto gracias a ella y estaba segura de que no era la única del grupo que tenía la información, aunque sí los ovarios y el cariño suficiente como para decirle a su mejor amiga que su hombre la engaña, y para más inri, mandarle la prueba al WhatsApp en forma de foto.

Fueron llegando los demás y entramos hasta una de las mesas bajas. Habíamos quedado por el grupo de amigos y, la verdad, no me hacía gracia que estuviesen todos, pero bueno, era mejor así. Les conté lo que quería que supiesen por mi boca, aunque seguro que ellos ya habrían obtenido más datos por otras fuentes. Ya podía imaginarme las conversaciones privadas que habían tenido entre ellos, con cuchicheos para todos los gustos.

Les hablé de la mudanza que haría al día siguiente, del viaje que ya tenía programado, de mi excedencia en el trabajo y parece que todos lo entendieron. Todos menos Lorena y Olga, que se empeñaban en llamar a Inesastra a voces.

—Pero tía, ¿tú te lo has pensado bien? Yo que sé, que igual no es para tanto —soltó Lorena.

—Sí, igual solo ha sido ese momento, esa vez y ya —intervino Olga.

—¿Vas a dejarlo escapar? —insistía Lorena de nuevo.

¿Dejarlo escapar? Le abro la jaula, la ventana, la puerta, las fronteras y le pago el peaje para que se vaya a volar y a tomar por culo, o lo llamas y que se meta en tu casa, que más me da... Me controlé.

—Es que es lo que todas soñamos: guapísimo, divertido, sexy, inteligente, tiene trabajo, te deja tu espacio... —Olga le daba la razón a Lorena de nuevo.

—Sí, la verdad es que Gregorio es perfecto, Inés. Qué suerte tienes —concluyó Olga al ver que yo no respondía.

¡Oh no! Era la tercera vez que tenía que escuchar hoy que Greg era el hombre perfecto. ¡El hombre perfecto! El novio perfecto. El yerno perfecto. El cuerpo perfecto. El deportista perfecto. El compañero perfecto. El amigo perfecto. Y el cabrón perfecto dispuesto a ponerme los cuernos con la primera que se le pusiese a tiro.

Menos mal que exploté por dentro.

Bien hecho Inés, tus miserias para ti y para Inesastra... Tómate el café y sal de aquí con la dignidad aparentemente herida pero no hundida. Haz lo que puedas, chica.

Nos despedimos y de camino a casa saqué el móvil y abrí de nuevo mi conversación con Sandra. Tendría que hacerle un regalo, por buena amiga.

24 DE DICIEMBRE DE 2016. 21:30 h

>Ey fea, que haces??

>En la cama. Tengo gripe. Estoy malísima.
Y peor que te vas a poner. Esto no lo escribí, pero estoy segura de que Sandra lo pensó.
>Estás sola?
>Sí, mi esposo está jugando un partido.
>Ya, bueno, mira, que tengo que decirte una cosa y tú sabes que lo de las medias tintas no es lo mío.
>Vale. Dispara.
>Pero que sepas que yo te quiero, que no lo pagues con el mensajero. Que este es un capullo miserable y que no te merece. Y que voy a partirle la boca en cuanto me lo cruce.
>Qué dices Sandra?
> (escribiendo...)
¡Venga ya! ¿Cómo que escribiendo? Más rapidez. Con lo impaciente que soy.
>Imagen.

Ahí estaba. Greg, Mi Greg. Enganchado a la pelandrusca de Jéscica en la clínica de estética a la que vamos los dos a depilarnos desde que nos mudamos a vivir juntos. La foto estaba hecha desde fuera, desde la sala de espera y se veía a Greg (que desde ese momento había dejado de ser «Mi Greg») en la camilla, sin camiseta (nunca entendí su manía de depilarse el pecho también en invierno) y delante, de pie, entre sus piernas, estaba la otra fantástica; con su bata naranja y su culo bien sujeto por las manos de Greg. Tendría que darle las gracias al paparazzi porque había conseguido una prueba cien por cien fiable. Se veían las dos caras, el torso desnudo del susodicho, su sonrisa, las manos en el culo plano de la quitapelos...

>Contesta! Dime algo!
>Eh, sí sí, estoy.
>Que estás? Cómo estás? Joder, tenía que habértelo dicho en persona Inés.
>No Sandra, está bien así.
>Lo siento, yo... no podía taparlo. Ni callármelo un segundo más.
>Gracias.
>Te he dado la noche. Y tú que ya estabas enferma... ¿quieres que

vaya?

>No, no, estoy en la cama, voy a morirme un rato y después ya me dormiré.

>Vale, pues voy y nos morimos un rato las dos juntas.

>Que no Sandra, que entre las dos nos lo cargamos cuando llegue y a ver quién hace un Maldito Gregorio nuevo.

Hala, ya estaba rebautizado de por vida. Sandra me puso muchas caritas y muchos «te quiero» y yo le dije que dejaba el móvil, que tenía fiebre y que me iba a dormir. Y fue verdad. Casi todo. Era verdad que tenía fiebre y que iba a dejar el móvil, pero para conectar el portátil. Algo se movió dentro de mí, que me hizo pensar que tenía que tomar una decisión antes de que él llegase. No sé cómo, pero tecleé en el buscador y accedí hasta una página de buscador de vuelos. En principio cliqué en vuelos internacionales, pero deseché la idea rápidamente. Iba a hacerme un «regalo de cambio de vida» y lo último que necesitaba era ponerme más trabas a mí misma. A ver, Inés. Vas a tener que concentrarte en no deprimirte, así que no busques más complicaciones. El extranjero implica papeleo, seguro médico, dificultad para entender y que te entiendan... Vamos, a lo fácil.

Y eso hice. Volví a la página principal y busqué los destinos nacionales. Ahora sí, de un vistazo lo tuve claro. En la esquina inferior derecha vi un mapa en un recuadro y mis ojos se fueron directos a la pequeña isla de Menorca, alejada de la península y pulsé sin dudar. Ese sería mi regalo. Lo tenía todo a favor. Sol, playa, lejanía, un idioma diferente por si quería pensar en aventura exótica a lo grande... Pulsé.

Habría comprado el billete para esa misma noche, pero mis padres se morirían si no recibía el año con ellos como era tradición (obligación según mi hermano). El día uno me daba *yuyu* viajar, así que seleccioné el día dos.

Desde Sevilla, que era el aeropuerto que mejor me venía, no había vuelo directo a la isla, y las conexiones eran demasiado caras, así que tendría que aguantarme unos días más sin auto regalo. Seleccioné el primer vuelo medio barato que encontré destino Menorca, que era el día seis de enero. ¡Genial! Será mi regalo de Reyes. Tendría que hacer una pequeña escala en Palma, pero no me importó.

Cuando estaba sacando la tarjeta de crédito para pagar el billete (solo de ida), decidí cambiar de tarjeta. Este regalo me lo iba a hacer a medias con

«Maldito Greg» y usé el dinero de la cuenta común. Dos minutos después recibí un mensaje de texto con el localizador de mi vuelo y un enlace para descargar el billete.

—¡Lo has hecho, Inés! ¡Lo has hecho! —me gritaba Inesastra zarandeándome por dentro.

—No, creo que lo has hecho tú. Yo no suelo ser tan valiente.

—Bueno, lo hemos hecho y punto. Lo que importa es lo que vamos a hacer ahora.

—Ahora no vamos a hacer nada. Voy a tomarme una pastilla para que me baje la fiebre y vamos a dormir. Mañana será otro día.

—¿Así de fácil? ¿Sin unas lagrimitas ni nada? No me lo creo...

—Sí, así de fácil. Bastante tengo con la gripe. Mañana ya veremos.

Decidí acostar a Inesastra y ponerme el termómetro. Casi cuarenta de fiebre y casi sin inmutarme. Esto no podía estar pasando. Me metí en la cama y esperé a que me bajase un poco.

Cuando él llegó, entró al dormitorio, pero yo no me moví y fingí estar dormida. Salió y se duchó en el otro baño. Lo escuché preparar la cena y ver la tele. En ese momento lo hubiese matado, rematado, revivido y vuelto a matar y rematar, pero, por una vez, iba a digerir todo lo que me estaba pasando por dentro antes de actuar.

—De discutir siempre hay tiempo, Inesastra. Vuelve a dormir.

Una mudanza y un baño de espuma

Estaba llegando a casa y mientras metía la llave en la cerradura, recé para que él no estuviese dentro. El piso se encontraba en silencio así que pensé que Greg estaría haciendo lo que hace los lunes por la tarde, bicicleta con los amigos. No alteraba su rutina de deporte por nada y a mí hoy me venía de perlas.

Me tumbé en el sofá y me concentré en descansar y recuperarme. Mañana iba a tener un día ajetreado. Este sitio ya había dejado de ser «mi casa». Ahora solo era «mi medio piso» y eso me entristecía bastante. Me había costado un par de meses reconocerla como tal. Al principio siempre decía «te espero en el piso» o «nos vemos en el piso», y Greg se enfadaba, pero es que no me salía. CASA era la casa de mis padres, la de la familia y no podía cambiar el concepto así de fácil.

Alrededor de las ocho me despertó el ruido metálico de la llave intentando entrar en la cerradura para hacerla girar; solo eran eso, intentos. Yo había dejado la llave metida y girada para que no pudiese abrir sin avisar.

En ese momento me llamó al móvil y decidí cogerlo, antes de que entrase por el garaje.

—Abre, por favor —dijo con voz sincera, pero para sinceridad estaba yo ahora. ¡Habértelo pensado, chato!

—Necesito estar sola.

—Inés, tendré que guardar la bicicleta, ducharme y coger algo de ropa, si no vas a dejarme dormir contigo...

—Está bien. Pero entra por el garaje.

Colgué, cogí las llaves de la cerradura y salí disparada al patio. Le abrí a Thor, que me recibió con su alegría fiel y cogiendo la correa, el móvil y las llaves, salí a pasearlo. Sé que esa no era la manera más adulta de actuar, pero no tenía ganas de verle la cara y escuchar nada más por hoy. Le mandé un mensaje diciéndole que iba a pasear al perro, que ya hablaríamos y puse en móvil en modo avión. ¿Dejarlo dormir conmigo? ¿Pero este tío flipa o qué? En serio que no entendía nada. Me estaba pasando lo que ves en las películas y piensas que eso no puede ocurrirle a nadie. Yo, que estaba feliz por pensar que había encontrado a una persona que me respetaba y me aportaba la estabilidad emocional que yo necesito, ahora me sentía usada como una bayeta

—Putas bayetas de limpiar el váter —apuntaba Inesastra, con ganas de conversación.

Fui hasta el parque y empecé a jugar con Thor. Alargué el paseo hasta casi una hora. Tenía dos motivos: quería que, al volver a casa, Gregorio ya no estuviese y, sobre todo, despedirme de mi perro. Claro que no lo iba a abandonar, pero los dos sabíamos que su verdadero dueño era el que acababa de destrozarme el corazón y el esquema de vida que había creado para mí. Thor disfrutaba mucho más con los paseos por el campo con Greg y yo no podía ofrecerle eso, ni iba a privarlo de sus caminatas solo por fastidiar a mi ex. UFF, mi mente había asociado el concepto de «ex» a Gregorio, tan rápido que hasta me daban escalofríos.

Al volver a casa, Greg ya no estaba y respiré aliviada. Llené el bebedero de Thor, le puse su ración de pienso y me di una ducha rápida. Me tomé un yogur y me metí en la cama cuando no eran ni las once.

Me desperté a la siete en punto. Había dormido mucho y me encontraba con mucha energía esa mañana. Me preparé un café y quité el modo avión del móvil. Respondí a los mensajes (excepto a los de Gregorio, por supuesto) y

fui hasta el garaje. Thor seguía dormido y solo movió la cola al escucharme. Más tarde lo sacaría a pasear. Cogí las cuatro maletas que tenemos y las llevé (de dos en dos) hasta la habitación. Abrí el armario y empecé a guardar mi ropa, con perchas incluidas. Las iba a necesitar para colgar la ropa en el armario de casa de mis padres y, además, así iba más rápida. Pronto llené tres maletas y las saqué al pasillo. Empecé a guardar zapatos en bolsas de la compra reutilizables y también libros. ¡Madre mía! Cuántas cosas acumulamos sin darnos cuenta. Estuve a punto del derrumbe emocional cuando encontré entre los libros una de nuestras primeras fotos, pero Inesastra se puso frente a mí dándome un derechazo a golpe de realidad que me hizo recobrar las ganas de aniquilarlo y enterrar las de llorar por nadie que no se lo merezca.

En una hora y poco había vaciado mi parte del armario (la izquierda), mi mesita de noche (la izquierda) y la cómoda, que usaba yo casi al completo. En la estantería solo quedaban algunas cosas suyas, así que esa habitación estaba lista. Ver los espacios que habían sido míos desnudos me hizo pensar cuán poco tardamos en vaciar un armario y cuanto en llenar el alma... Ojalá vaciar el corazón ocupara tan corto espacio de tiempo como vaciar un mueble, una cesta, un perchero, una cama, una casa... Iba a salir físicamente del que había sido mi hogar, pero no sabía si iba a poder recuperar todas las ganas que había depositado en él o si permanecería casi inmarchitable en mi cabeza el recuerdo.

—Inesita, deja el melodrama para otro momento y sigue...

Fui hasta el baño e hice lo mismo. Guardé todo lo que cupo en el neceser, en el neceser de viaje y el resto en una bolsa de plástico. Decidí llevarme el secador de pelo, que, aunque lo habíamos comprado con el dinero común, a mí me iba a hacer mucha más falta. Decidí dejar el frasco de perfume que me había regalado por mi santo, que olía a perros muertos y solo utilizaba de ambientador. El imbécil pensaba que estaba casi entero porque solo me lo ponía en ocasiones especiales... Sí, en eso se ve que también es como muchos de «esos hombres» que no son capaces de diferenciar ni el perfume que ellos mismos han comprado, dando lugar así a uno de esos regalos que hacen porque toca y no porque les apetece.

¡Listo por aquí! Qué trabajo cuesta formar un hogar y qué poco tiempo se tarda en desmantelarlo, pensé. Estaba siendo muy eficiente así que decidí sacar a Thor a que hiciese sus necesidades. Quince minutos más tarde estaba

de nuevo en casa, guardando en la cuarta maleta todo lo que me parecía mío del salón y la cocina.

Decidí dejar las fotos que habíamos ido colocando en la nevera con la ayuda de imanes y también las que había en el salón. Yo no las quería para nada y a él le daría remordimiento de conciencia al verlas, así que era la decisión perfecta. Me quedé parada frente a todo lo que iba acumulando y a punto estuve de romper a llorar, pero esta vez al darme cuenta de que igual no cabía todo en los dos coches. Pero bueno, me recompuse y decidí ocuparme de eso más tarde. Tampoco iba a tropezar con la piedra más pequeña. Entré en la habitación que dedicábamos como despacho y cuarto de plancha y directamente saqué el móvil y llamé a mi padre. Iban a tener que dar varios viajes porque casi todo lo que había ahí dentro o era mío o pensaba apropiármelo.

—Buenos días, papá. Te dijo Javi que teníais que venir hoy a ayudarme, ¿no?

—Buenos días, hija. Sí. Yo ya estoy preparado, pero tu hermano sigue acostado. ¿Cómo estás hoy? ¿Sigues con fiebre?

—Me encuentro mejor. Si quieres, ven tú mientras él se despierta y así vamos llevando algo, ¿vale?

—Vale, lo despierto y en diez minutos estoy ahí.

Mi padre es genial, pensé. Tiene sus cosas, pero la verdad es que siempre estaba dispuesto a ayudarme con lo que fuese. Cuando le dije que nos veníamos a vivir juntos, fue el primero en apoyarme. No olvidaré la frase: «Como quieras Inés, pero, si mañana mismo decides que no estás bien, yo seré el primero en ir a recogerte». Pues hala papá, ya ha llegado mañana, puedes venir.

Tan puntual como siempre, diez minutos más tarde, mi padre llamaba al timbre. Abrí y saqué una maleta grande y otra pequeña. Él cogió las bolsas que había preparado y lo metimos todo en el coche. Era un monovolumen, un Citroën Berlingo, por lo que el maletero amplio me venía genial.

—¿Llevo esto ya? ¿Quedan más cosas?

—Sí, papá. Quedan algunas, pero creo que caben todas en otro viaje. Espera, que voy a traer algo más.

Salí a los dos minutos, cargada con la tabla de planchar y la plancha.

—¿La tabla de planchar, Inés? —me miró con cara de preocupación.

—Sí, papá. No creo que Greg la necesite ni la eche de menos. No la ha

usado nunca, así que la guardamos de repuesto para cuando se rompa la que tenéis en casa.

—Vale, tú sabrás lo que haces. Tu hermano todavía no ha salido. ¿Le digo que venga ya?

—No papá, estoy pensando que mejor venís los dos juntos. Lleváis algunas cosas más en el coche de Javi y me dejas aquí tu coche, para que cuando termine, pueda irme yo. ¿Te parece?

—Claro, lo que quieras hija.

Mi padre se fue con el coche hasta arriba y regresó media hora más tarde. Guardamos en el coche de mi hermano las otras dos maletas, el portátil, la impresora, el flexo, los patines y todo lo que fui viendo en el garaje y en la habitación de la plancha. Y se fueron, dejándome el coche de papá aparcado unos metros más abajo.

—¿Te esperamos para comer?

—No sé Javi, intentaré llegar a tiempo, pero más tarde os digo, ¿vale? Gracias otra vez.

Y se fueron, llevándose casi tres años de mi vida guardados en maletas. Yo seguí dando vueltas, recorriendo de nuevo nuestra habitación, el salón, la cocina, el garaje y cogiendo las últimas cosas. Me había olvidado de mirar en el otro baño, aunque no teníamos muchas cosas ahí. Las toallas en el mueble y una cesta con jabones, sales y algunas cosas más de *La casa de los Aromas*. Algunas nos las habían regalado y otras las había comprado yo, para darnos el capricho de un baño relajante.

Miré la hora. Ya era casi la una y media y, como lo tenía todo controlado, decidí que darme un baño me vendría muy bien para la gripe y la congestión. Puse el tapón a la bañera y abrí el agua caliente. Fui hasta el otro baño y me di cuenta de que se habían llevado en el primer viaje mis champús varios y mascarillas, así que cogí el bote de Greg y el gel de baño. Cogí también el móvil y me preparé otro descafeinado bien caliente, que es lo que me estaba pidiendo el estómago. Antes de meterme en la ducha abrí el reproductor de música del móvil y seleccioné la lista de canciones que me apetecía. Sí, yo soy muy de hacer listas para todo, tipo «sábado noche», «lectura», «tranquilas», «ducha on», «ducha off» o «gym power». Seleccioné «ducha off» y me metí en la bañera. Había puesto la cesta en el escalón que hay al lado de la bañera y empecé a mirar. Había un gel y un *body milk* de lavanda, pero yo odio ese olor, así que lo descarté. Saqué una bolsita

hermética que había comprado hacía algunos meses en *La casa de los aromas* y la abrí. Tenía dentro seis esferas efervescentes, con olor a vainilla y eché dos al agua, que cogió un tono azulado muy chulo, pero que no duró mucho, así que decidí echar las otras cuatro y jugar con ellas mientras me hacían cosquillas al deshacerse, moviéndose por el agua de un lado para otro. Total, eran más y él no había querido darse el baño las últimas dos veces que se lo propuse. Corté el agua antes de que me cubriese por completo. Ya había conseguido una temperatura muy buena y tampoco era cuestión de llenar la bañera y dilapidar todas mis voluntades ecológicas en un solo día. Eso sí, cogí su bote de gel *HIPOTODO* y vacié casi la mitad, porque no hacía mucha espuma y porque me daba la gana gastarlo. ¡Hala! Me tumbé y me relajé con la música mientras me tomaba el café bien caliente.

La bañera era lo bastante grande como para que yo estuviese tumbada y pudiese apoyar la cabeza en uno de los laterales. No era la típica bañera recta, ni ovalada. Era asimétrica. El lado donde caía el agua de MI rociador era recto, pero el otro hacía un ángulo inclinado, muy cómodo para relajarse y apoyar la espalda. Estuve un rato bocarriba, otro bocabajo, y volví a sentarme para terminar de tomarme el café. Abrí de nuevo el agua, ya que estaba bajando la temperatura y llené la bañera un par de dedos más. Volví a tumbarme bocabajo porque me estaba sentando muy bien el agua caliente en el pecho y la garganta y apoyé la cabeza en la pared inclinada, mientras disfrutaba de *Pereza* y su canción *Amelie*: «...Aviones a punto de salir, pasiones de gitanos. Pequeña sonrisa de Amelie, me tienes ganado. Yo solo busco, que me tiemblen las piernas. Que seas de esas, que nadie recomienda. Yo solo busco, que nadie lo entienda. Pero cuando esté roto escuchar, que merece la pena...».

En ese momento se abrió la puerta del baño. Había olvidado dejar la llave puesta al cerrar después de que mi padre y Javi se fuesen y Gregorio había entrado. Abrió los ojos como platos al verme allí y yo solo me deslicé un poco en la bañera, para intentar ocultarme bajo el agua e incorporarme un poco, pero al doblar las piernas lo que conseguí fue que mi culo respingón sobresaliese entre la poca espuma que quedaba. Debía estar muy sexy porque Greg tenía esa cara que pone cuando no aguanta los preliminares y va a pasar directamente a la acción. Debía estar pensando algo así como: «Voy a meterme ahí y va a llegar el agua al techo». Se le notaba en los ojos, a punto de salirse de las cuencas y en las venas del cuello.

Cuando sus manos estaban desabrochando el primer botón de los vaqueros que habíamos comprado la semana pasada en una tienda del centro, y que le quedaban de vicio, le hablé, con tono muy suave. El baño había conseguido relajarme mucho, la verdad.

—Cierra la puerta.

Noté cómo ahora le apretaba demasiado el bulto de su entrepierna y asomando la cabeza le habló a Félix, que debía estar en la cocina.

—Cógete una cerveza y espérame en el patio, que voy a tardar un poco, tío.

Y cerró. No sé qué se imaginó exactamente, pero no me había entendido en absoluto.

—Cierra, pero por fuera —le dije sin mirarlo, jugueteando con el agua y retomando la canción.

Maldito Gregorio abrió tanto la boca que podría estacionar en su interior el AVE. Agachó la cabeza y cerró la puerta, esta vez por fuera. Inesastra bailaba reguetón dentro de mí, soltaba tacos y me enaltecía por lo que había hecho.

—¡Así se hace!

Y me la imaginaba colocándose la medalla de triunfadora, una para ella y otra para mí. ¿Y por qué no? Si estábamos condenadas a compartir cuerpo y mente, ¿por qué no íbamos a compartir victorias? Además, esta semana Inesastra tenía vía libre para hacer maldades y decir todo lo que su lengua viperina quisiera soltar. ¡Nos lo merecíamos!

Escuché como hablaba con Félix.

—Pero, ¿qué pretendes? ¿Qué te perdone así porque sí? Además, no creo que te perdone, es mejor que te hagas a la idea.

—Joder tío, no la has visto. Está metida en la bañera y me he vuelto loco.

—Pues que se te pase. Lleva dos días sin querer saber de ti. ¿Crees que va a querer darse un baño de espuma ahora?

—Está increíble ahí dentro y se le ve el culo y...

—¡Y menudo culo!

—¡Félix! ¡El culo de mi mujer no se toca!

—Yo no pienso tocarlo, pero mirarlo es otra cosa. Además, creo que ha pasado a ser tu exmujer. Cuanto antes te hagas a la idea, mejor.

Y debieron salir al patio porque no escuché el resto de la conversación. Yo me enjaboné el pelo y seguí con mi baño unos minutos más, pero decidí

salir porque ya había escuchado dos veces todas las canciones de la lista «ducha off». Debía ser tarde.

Me envolví en una toalla y salí al pasillo, dirección al dormitorio, para vestirme y cepillarme el pelo. En ese momento me di cuenta de que había metido en el coche de mi padre la bolsa con mi cepillo, el secador, la espuma y todo lo demás que me hacía falta al salir de la ducha, así que usé un peine de Greg y me quité los enredos como pude. Me sequé el pelo con una toalla, alborotándolo y recogí lo que quedaba por ahí y que quería llevarme.

Ellos no estaban en casa y tampoco debían haber notado que en el piso faltaban la mitad de las cosas. Todas las guardadas a la izquierda. Las mías. Antes de salir, me acordé de que, en la parte de su armario en la que guarda las camisetas de deporte, teníamos la caja con el dinero de reserva y fui hasta ella. La abrí y conté novecientos euros. Estuve tentada a llevármelo todo, pero yo no soy así y cogí solo la mitad, dejando el resto en su sitio. De lo contrario, me hubiese arrepentido justo al salir por la puerta. Me senté en la cama y desbloqueé el móvil. Abrí la aplicación de nuestro banco online y pude ver que nuestro saldo era de cuarenta y siete mil euros, así que directamente hice una transferencia hasta mi cuenta personal con la mitad de esa cantidad. Esos veintitrés mil quinientos cincuenta y los cuatrocientos cincuenta euros de la «caja de imprevistos», debían ser mi colchón, por si las cosas no salían bien y, además, eran tan míos como suyos. En total, contaba con veinticuatro mil euros más en mi haber. Me había salido un número redondo y eso tendría que ser una señal. ¿No? Todo va a salir bien, Inés. No te vengas abajo.

Guardé la «caja de imprevistos», que no era más que una caja de calzoncillos y cerré el armario. Cuando lo tuve todo preparado en el pasillo, fui hasta el patio y en ese momento me derrumbé. No pude aguantar más. Tenía que despedirme de Thor y empecé a llorar. Más bien empecé a temblar y gimotear y, finalmente me cayeron las dos primeras lágrimas profundas de esta ruptura y despedida. No sé si Thor entendía la situación, pero lo que sí sé es que estaba especialmente cariñoso y no paraba de darme lametones en las manos mientras yo lo acariciaba y le prometía muchas cosas que no estaba segura de poder cumplir. Me sentí una auténtica mierda por eso, pero no podía hacer mucho más. Este perro es lo único mío que va a quedar en el que ha sido mi hogar durante tanto tiempo, pensé. Y salí del patio, dándole un último beso y con el corazón encogido.

Saqué mi llavero y dejé las llaves en la entrada, cerrando la puerta tras de mí y cerrando lo que debía ser un capítulo de mi vida, aunque yo lo único que alcanzase a ver en ese momento era la biblioteca entera ardiendo. Me subí en el coche de mi padre y empecé a conducir con calma. Llegar a casa de mis padres sería enfrentarme a toda mi vida guardada en bolsas y maletas y a las caras de pena y condescendencia de mi familia, intentando empatizar conmigo, cosa que intentaría evitar a toda costa, recurriendo a la confianza que nos da el ser familia para terminar la conversación en el momento que me encontrase saturada. Aguanta, Inés. Son solo unos días y después nos vamos de aquí, a cambiar de aires, a disfrutar de nuestra isla paradisíaca, de nuestra isla bonita.

¡Hala! Feliz Año Nuevo / La Salmoreteca

Que te pongan los cuernos ya es una faena, pero enterarte en la época más feliz del año no tiene nombre. Todos estarían abriendo sus regalos y celebrando en familia lo bonita que es la vida, mientras yo había estado en la cama, con gripe y recibiendo un bonito regalo de Papa Noel en forma de foto.

—Igual ha sido hasta bueno —me decía Sandra mientras corríamos, el jueves veintinueve, de una tienda a otra, haciendo compras sin parar.

Las calles estaban hasta arriba de gentes, luces y música navideña y nosotras hacíamos lo que todos, cargar con bolsas de un lado para otro, con la salvedad de que yo me había dejado en casa el espíritu navideño y la sonrisa. Solo paramos media hora para tomar un chocolate caliente en esa cafetería que hay en el Bulevar del Gran Capitán y justo al terminar, Sandra se empeñó en que tenía que comprarme algunos bikinis y bañadores. Era Navidad y sobre nosotras un cielo totalmente encapotado que amenazaba con estropearnos el día de compras y alegrárselo a los niños y a los románticos con unos copos de nieve. De postal total. Que no es que no me alegrase de la felicidad ajena, es que yo preferiría estar metida en la cama y con el edredón hasta las cejas.

—¿Qué vas a hacer en Menorca sin un buen pareo y un bikini brasileño?
—insistía sin parar.

—Sandra, hace un frío espantoso. ¿Dónde quieres que encontremos ropa de verano y sobre todo de baño? Como mucho un bañador de esos de natación... Ya lo compraré allí, no te preocupes. Además, igual me vuelvo pronto.

—De eso nada, seguro que encontramos algo en El Corte Inglés. Además, estamos aquí mismo, no vamos a tardar ni dos minutos en llegar — me dijo dándome un tirón y obligándome a seguirle el paso.

Al final, encontramos el avance de colección y Sandra casi se vuelve loca. Me convenció para que me comprase dos bikinis, un pareo y unas chanclas. Ella se había enamorado de un bañador marinero, así que decidí regalárselo; se lo merecía por buena amiga, por confidente, por psicóloga... Compré también unos pendientes para mi madre, un reloj para mi padre y unos auriculares inalámbricos para Javi en tan solo veinte minutos. ¡Perfecto! Ya estaban todas las compras navideñas hechas. Nos dimos una vuelta más por la planta baja y claro, cayó a la cesta un fondo de maquillaje y un perfume. Sandra decía que era inevitable ser feliz en ese centro comercial en Navidad y yo, si no fuese por todo lo que acababa de pasar tan solo unos días antes, le hubiese dado toda la razón de mundo. Salimos y estaba tan agotada que solo deambulaba de escaparate en escaparate, pero intentaba poner alguna sonrisa de vez en cuando, ya que mi amiga estaba gastando todas sus energías y su tiempo para que yo estuviese feliz y me olvidase del desgraciado de Gregorio. Creí que ya nos íbamos a casa, pero decidió que debíamos pasarnos por Primark y dar una vueltecita rápida.

—¡Sandra, por favor! No puedo más, mi tarjeta de crédito tampoco y las dos sabemos que entrar ahí es pasar dos horas buscando y otras dos más repartidas entre el probador y la cola de caja para pagar —dije con el tono más suplicante que pude, pero Sandra tiró de mí de nuevo.

—¡Venga vamos! Si llegas a casa vas a tener que ponerte a ayudar a tu madre y, además, en Primark seguro que encontramos algo baratito, lo pagamos en efectivo y así tu tarjeta descansa por hoy.

Y allí que llegamos, cogimos cada una sendas cestas y empezamos a recorrer pasillos como locas. Sandra como *locadeltintequequiereprobárselotodo* y yo como *locadepsiquiatricoconojosdesencajados*. Así debían vernos desde fuera.

Llegamos hasta la planta baja y mi amiga lanzaba prendas, con una habilidad sorprendente para encestar, a su canasta y a la mía, ya que yo no me había detenido a coger ni unos tristes calcetines.

—¡Toma! Unos tangas, un par de sujetadores, que, seguro que te quedan de muerte, estas medias con ligero... Ayyy, espera. ¡Mira qué camisón y qué pijama de lunares! ¡Seguro que te encanta! ¿Verdad?

—Nooo, para... —dije soltando las medias de nuevo en su sitio. Pero la verdad es que me gustaba todo y tuve que empezar a decidir—. Mejor el pijama de lunares, que el camisón se me sube y termino quitándomelo a mitad de la noche.

—¡Perfecto! —dijo lanzando el camisón a uno de los percheros.

Ella seguía de un lado para otro y yo la perseguía para no perderme entre tanta gente. Todas estas personas no podían vivir en esta ciudad, seguro que vienen de los pueblos y vuelven cargados como mulas. Mi mente se escapaba y se ponía a imaginar historias ajenas, como si nouviésemos ya con la nuestra propia. Tuve que hacer un esfuerzo DE LOS GRANDES para no agarrar a Sandra de los pelos, sacarla de ahí y llevarla al coche, así que allí seguía yo, arrastrando los pies entre la multitud y allí seguía ella, toqueteándolo todo como si fuese la *personal shopper* de las Kardashian.

—¡Madre mía, Inés! ¡Esto te va a encantar! —exclamó a voces, aunque yo estaba solo dos metros detrás de ella. Mi cara debió descomponerse cuando la vi aparecer con cinco bikinis más, parte de arriba y de abajo respectivamente—. ¡PROBADORES! —dijo y tiró de mí.

No pude resistirme y, por suerte, no tuvimos que esperar para pasar. Dejamos las cestas para que nos las guardasen y entramos. Sandra abrió la cortina del probador reservado para discapacitadas, embarazadas, mujeres con carros de bebés..., y yo me negué, pero cedí cuando me di cuenta de que era verdad que no había nadie por allí que pareciese necesitarlo más que nosotras. Empezó dándome el pijama y la verdad es que era cómodo y quedaba gracioso, así que las dos lo tuvimos claro. Los tangas los dejamos fuera, en la cesta, así que me pasó los sujetadores.

—Te pruebas uno y ya vemos, que como son los dos iguales... Tampoco vamos a perder el tiempo.

La verdad es que quedaba genial, ¡que ojo tenía la tía hasta para saber mi talla!

—¿Me los llevo? —pregunté poco convencida y con remordimiento de

conciencia.

—¡Claro! Son dos por nueve euros... ¡Es un chollazo! ¡Y ahora los bikinis!

—No, Sandra. Ya llevo algunos y, además, igual no paso allí ni una semana... Que me conozco —dije negando con la cabeza y empezando a cansarme de poner buena cara.

—O te los pruebas o te los meto a la fuerza... ¡Tú verás! Terminamos antes por las buenas, pero como quieras...

Así que me fui probando las partes de arriba y descartando dos de ellas por pequeñas. Las otras eran bastante chulas, pero las partes de abajo ya eran otra cosa... Dos no estaban mal, pero la del bikini negro... A esa le faltaba medio metro de tela por lo menos.

—¡Ni hablar! Para enseñar el culo estoy yo...

—Vale, lo que quieras, no te la pruebes, pero esta se va contigo a Menorca sí o sí.

Y salimos del probador dirección a la caja. Tras diez minutos de cola y cincuenta y seis euros menos en mi tarjeta de crédito, POR FIN conseguí alejar a Sandra de las tiendas, convencerla de que no quería ir de cañas y de que sí quería darme una ducha y descansar.

A las nueve de la noche entré en casa de mis padres y casi se desmayan al verme cargar con tantas bolsas y eso que ya había reagrupado algunas compras, recurriendo al truquito de guardar las bolsas pequeñas en las grandes.

—¿Piensas estrenar algo cada día, Inés? —soltó mi padre a punto de reventar y sufriendo tanto como mi tarjeta de crédito.

—No, pero voy a un lugar diferente, con un clima diferente. Además, he aprovechado las rebajas.

Fueron todas las explicaciones que se me ocurrieron en ese momento y, aunque hacía tiempo que era independiente económicamente, parece que a los padres no se les puede dejar de dar explicaciones tan fácilmente, al menos en mi caso.

—Ya... Lo de las rebajas le funcionó a tu madre los primeros años. Ya no cuela.

—Bueno, a lo mejor sí me he pasado un poco, pero todavía puedo devolver algo... —dije tan poco convencida que no me lo creí ni yo misma.

—Sí, eso también le funcionaba antes. Sois iguales —respondió,

dejándome por imposible.

Decidí no contestar y subir directamente al cuarto de invitados. Ahí es donde estaba colocando todo lo que pensaba llevarme. Encima de la cama tenía ropa para todas las estaciones. No tenía muy claro si debía llevar ropa de verano o de invierno, así que decidí preparar un poco de todo.

Desde que emigré a casa de mis padres no había hecho gran cosa. Me había dedicado a desempaquetar, a guardar cosas por todos los armarios y cajones disponibles y a seleccionar y amontonar en la habitación libre todo aquello que optaba para ir en la maleta destino Menorca.

He de reconocer que la idea del viaje iba perdiendo fuerza e interés y empezaba a pensar que había sido una locura causada por la rabieta del momento. En varias ocasiones estuve a punto de intentar cancelar la reserva, pero por una vez, quería demostrarme que no pasaría nada por probar algo nuevo y salir de la zona de confort. Javi, que me encontró una de esas veces a punto de abandonar, hablando sola según él (discutiendo con Inesastra según yo), decidió darme el viernes treinta, por adelantado, mi regalo de Reyes. Me había reservado durante una semana una habitación en un hotel en el centro de Mahón. La verdad es que estaba tan desgana que no se me había ocurrido hasta el momento que tendría que alojarme en algún sitio.

Por su parte, mi madre intentó en varias ocasiones preguntarme por su querido y mi odiado Gregorio y la mañana de Nochevieja, mientras preparábamos comida para un regimiento, cosa que no entiendo ni entenderé nunca, terminé diciéndole, de la manera más contundente que encontré, que no iba a perdonar una infidelidad por mucho que ella lo quisiese, que dejase de intentar disculparse por él.

Esa noche cenamos los cuatro juntos. Comimos como si no hubiese un mañana y a la hora de las campanadas, casi tenemos que salir corriendo al hospital porque mi padre decidió terminar con las doce uvas cuando aún estaban finalizando los cuartos. Que vaya, ya podían dejarse de cuartos y de historias, que hasta el más listo de su casa se ha enredado algún año con tanto toque. ¡Si no lo saben explicar ni los presentadores, vamos a entenderlo los demás después de haber mezclado cervezas, con tinto, blanco y lo que se tercié!

Brindamos, nos felicitamos el año nuevo y a mí, que no esperaba gran cosa del 2017, se me olvidó pedir el deseo que se supone que hay que pedir. En ese momento empezaron a llegar mensajes de felicitación a todos los

móviles y el mío empezó a sonar con insistencia. Intenté ignorarlo, pero mi madre me lo acercó, anunciándome que era Sandra quien llamaba, así que lo cogí.

—¡Feliz año nuevo! —gritaba eufórica.

—Feliz año, Sandra. ¿Cómo ha ido la cena?

—¡¡Genial!! He comido tanto que no sé si me abrocharé el pantalón, pero no te llamo por eso. En media hora pasamos a recogerte. Ponte el vestido gris que compramos el otro día y no me hagas ir a vestirte. ¡Vamos a empezar el año bailando!

—Sandra, yo...

—Tú te pones el vestido y un buen abrigo, que hace un frío que pela. ¡Date prisa!

Y colgó. Y yo, que estaba viendo que el plan en casa era ver como mi padre roncaba mientras mi madre veía la gala de año nuevo, con Doña Rogelia incluida, decidí recogerme el pelo en una cola bien alta, maquillarme un poco y ponerme el vestido gris, que, todo hay que decirlo, era una preciosidad y me quedaba bastante bien, sobre todo comparándolo con el pijama verde y rosa que había estado llevando la mayor parte del día.

Cuarenta minutos más tarde estábamos llegando al centro de Córdoba y brindando por el año nuevo. Tras varios chupitos de tequila a palo seco, empecé a animarme y a bailar con los demás. También estaban Lorena y Olga (presidenta y vicepresidenta del club de fans de «El Perfecto Gregorio», respectivamente) pero he de reconocer que estaban simpáticas a más no poder.

Me tocaba a mí pagar, así que fui a por una nueva ronda de chupitos, que traje en una bandeja y, cuando iba a hablar, se adelantó Lorena y dijo:

—Este brindis me toca a mí. Atentas: brindo, brindo, brindo por mi chocho lindo, porque la noche prometa, se jodan y no la metan.

Y yo que, aunque ya había escuchado más veces este famoso brindis entre mis amigas, estallé en carcajadas y debí contagiarlo a las demás, porque no podíamos parar de reír.

Al día siguiente, cuando me desperté, con más lagunas que recuerdos, quise levantarme, pero la resaca era tan monumental que decidí alargar el momento. Busqué el móvil en la mesita de noche y lo encendí. Tenía muchos WhatsApp y algunos mensajes de llamadas perdidas. La mayoría eran de Gregorio. En los primeros me felicitaba el año y me recordaba lo mucho que

me quería. En los siguientes, me pedía que dejase de beber chupitos, pero yo no recordaba haberlo visto. Después parecía estar enfadado por la forma en la que estaba bailando en una de las tarimas de la discoteca. Y en los últimos me preguntaba si había llegado a casa y si seguía consciente.

Sí, definitivamente tenía más lagunas que recuerdos porque lo de bailar en la tarima con las chicas ya eran solo flashes y, si tenía que responder a cómo había llegado a la cama, igual nos daban las campanadas, pero las del año que viene.

Decidí ignorar todos y cada uno de sus mensajes. Ya le escribiría en un momento en el que las náuseas fuesen provocadas única y exclusivamente por él y no por el tequila. El mérito debía ser solo suyo...

Me dormí de nuevo y a las seis de la tarde decidí levantarme, darme una ducha y tomar una infusión, que falta me estaba haciendo. En ese momento abrí la conversación con Greg y le respondí que de lo único que teníamos que hablar era de Thor, que estaba arrepentida de habérselo dejado. Él me suplicó que le permitiese quedárselo y que volviese con él. Que lo dejase al menos explicarse. De explicaciones nada de nada, pero recapacité y sabía que lo mejor para el animal era quedarse con él. Le envié un último WhatsApp diciéndole que los gastos de comida y veterinarios irían a medias y decidí bloquearlo como contacto. No tenía nada más que hablar con él de momento.

El día de Año Nuevo lo pasé en el sofá, en pijama y sin moverme demasiado para evitar que la resaca hiciese de las suyas. No estaba acostumbrada a tener esos síntomas en el cuerpo y, por momentos, pensaba que me moriría ahí mismo. Llamé a Sandra, que estaba exactamente igual que yo y los demás tres cuartos de lo mismo porque en el grupo no hubo ni un mensaje en toda la noche. El lunes me levanté totalmente recuperada y, menos mal, porque habíamos quedado para cenar y despedirnos. Tengo que reconocer que tanto Sandra como el resto se estaban portando genial. Sabía que no todos podían considerarse amigos en el sentido más íntegro de la palabra, pero bueno, yo siempre he defendido que mejor pocos, pero de calidad.

A las nueve de la noche estábamos todos en el Mercado de la Victoria para ir de cañas y tapas. Con eso de que era Navidad estaba más lleno que de costumbre, así que decidimos quedarnos en La Salmoreteca, donde había un hueco lo suficiente amplio como para siete personas. Además, es uno de mis puestos preferidos porque tienen uno de los mejores salmorejos tradicionales.

Pero, sin duda, mi preferido siempre ha sido el salmorejo de remolacha con ceniza vegetal de queso de Zuheros; sé que suena raro, pero es una maravilla para el paladar y no soy la única que lo piensa. Estábamos pidiendo varias raciones de ese mismo y unas jarras de sangría cuando noté el perfume de «Maldito Gregorio». Me giré y ahí estaba él, sonriendo como si nada.

—Feliz Año Nuevo, nena.

—No me llames «nena».

—¿Qué es eso de que te vas a Mallorca?

—A Menorca, me voy a Menorca.

—Bueno, a dónde sea. ¿Me lo explicas?

—No —y me giré de nuevo hacia el puesto de comida.

—¿Qué vas a hacer tú, sola, en una isla? —insistió con desprecio.

—Voy a hacer lo que a ti ni te va ni te viene.

—Déjala tranquila, Greg —se unió a la conversación Bea, que estaba esperando conmigo a que nos atendiesen.

—Tan amiga suya que eres, ¿porque no le dices que allí no tiene nada qué hacer?

—Es que igual sí tiene muchas cosas qué ver y qué hacer —dijo mirándome con mucha complicidad.

—Allí no va a hacer nada y menos sola. No me toques las narices, Bea.

—En primer lugar, en Menorca vive bastante gente, y en segundo, no va a estar sola. Además, ¿a ti que te importa? Tú puedes irte con la esteticista con la que le pusiste los cuernos... —¡Hala! Dilo un poco más fuerte que se entere todo el mundo, Bea...

—¿Te vas a Menorca? ¡Te va a encantar! —se sumó uno de los camareros hípsters de La Salmoreteca y esto ya empezaba a ser uno de esos chats públicos en los que no paran de abrirse ventanitas—. Yo estuve el verano pasado y no te imaginas los fiestones que organizan.

—¿A ti quien te ha dado vela en este entierro? —le recriminó Greg con muy malas pulgas—. Allí no hay nadie en invierno y menos que quieran hablar con una andaluza cerrada.

—Allí hay mucha gente y, sobre todo, tíos dispuestos a conocer a andaluzas como ella —le respondió el camarero metiéndose en una guerra que no le incumbía mientras yo se lo agradecía mentalmente—. Además, la isla tiene un encanto especial y te va a sentar de lujo.

—Y va a olvidarse de ti —apuntó Bea, que se estaba ganando una

mirada asesina a pulso.

—¿Y a acostarse con un greñado como ese? —dijo con tono de desprecio, señalando al camarero hípster, que cada vez me parecía más guapo.

—Puede ser greñado y guapo como él, más calvo, más tatuado, más pijo o más pintado... Ya lo decidiré.

En ese momento nos dimos la vuelta y lo dejamos allí plantado. A mí me temblaban hasta las uñas de los pies y mientras Bea le contaba a los demás lo que acababa de pasar, yo me giré y le guiñé un ojo al camarero en señal de agradecimiento, a lo que él respondió con una sonrisa y me pidió que me acercase.

—Muchas gracias, de verdad.

—No ha sido nada. Tiene pinta de ser tu ex y de habérselo ganado a pulso.

—¡Correcto! —dije un tanto avergonzada.

—Oye...

—Inés.

—Eso, oye Inés, si necesitas información de la isla podemos tomar algo y te cuento.

—Es que me voy en un par de días...

—David. Encantado. Pues, si cuando vuelvas quieres pasarte por aquí, podemos tomar algo y me cuentas que tal tus vacaciones, ¿ok?

—No sé si son exactamente unas vacaciones. No sé cuándo volveré, pero por supuesto que me pasaré por aquí cuando regrese. ¡Encantada!

Y volví de nuevo con los demás. Sé que había soltado una pequeña mentira, que aún hubiese tenido tiempo hasta el viernes de tomar algo con él, pero la verdad es que no estaba con ánimos de socializar últimamente.

El salón de estética

Dos días antes de empezar mi aventura, aunque igual, llamarlo así era demasiado pretencioso, fui al salón de estética con la intención de depilarme. Yo sabía que no iba a hacer nada especial al llegar, que no iba a ir a la playa, que no iba a ir a ligar. De hecho, estaba casi segura de que me encerraría a llorar todo lo que no había llorado hasta ahora, pero no quería empezar mi viaje hecha un adefesio peludo.

Caminé hasta el salón al que iba siempre y entré. Podría haber elegido otro, pero yo no tenía nada que esconder ni de lo que avergonzarme. En la recepción estaba la dueña y me atendió muy amable. Me dijo que justo ahora tenía un hueco, que podía ponerse conmigo en ese preciso momento y eso hicimos. Paloma era una mujer bastante curiosa. Debía tener unos cincuenta años y aparentaría unos cuarenta si no tuviese las cejas y el perfil de los labios micro pigmentados. Eso le daba un aspecto bastante artificial a su rostro, pero a grandes rasgos, me parecía muy guapa; el pelo siempre recogido con una pinza y la ropa de trabajo impoluta. Era una mujer afable,

que recibía a la clientela con su mejor sonrisa y a la que no le importaba cerrar más tarde si alguno de sus clientes llegaba a última hora.

Hablamos de cosas normales, de las fiestas, las comilonas, los kilos que ya habíamos engordado gracias al turrón y los que todavía estábamos esperando, las salidas y las resacas, de mi viaje... De todo un poco. Al terminar, mientras me masajeaba con la crema calmante de aloe-vera, me dirigí a ella con la voz más tranquila que supe poner.

—Paloma, una pregunta, lo de la depilación con final feliz. ¿Cómo va?, ¿hay que reservarlo? ¿o puede solicitarse en el momento?

—¿Cómo? ¿Qué dices, Inés?

—Sí, sí. Lo que oyes, Paloma. Que no es para mí, que es solo por saber...

—No, en mi centro no se hacen esas cosas. Te habrás confundido con algún centro tailandés o no sé —dijo con voz molesta.

—Créeme que sí.

—Si es una broma, no me está gustando. Sabes que somos una clínica de estética seria.

—Te aseguro que sé de lo que hablo —dije sacando mi móvil del bolso y enseñándole LA FOTO, la prueba cien por cien fiable, la digna merecedora de un premio de investigación fotográfica de los grandes—. Al menos, al que era mi marido hasta el día que vi la foto, le han ofrecido el servicio completo.

La dueña se puso de un color entre rojo y morado y me dijo que esta vez invitaba la casa, que era un regalo de despedida y se disculpó. Yo terminé de vestirme y mientras salía de la cabina, la jefa llamó a Jérica elevando el tono y esta voló hasta el interior. Yo, que estaba enroscándome mi bufanda de lana gorda, le solté todo lo fríamente que pude:

—Hay que ser más profesional, chica...

Y me fui. Sé que, aunque no había sido premeditado, había sido una maldad; que igual la despedían, pero se lo había ganado, por pelandrusca, por meterse donde no la llamaban, porque sabía que estábamos juntos, por engatusar a Greg, por hacerse la simpática conmigo aún después de haberse liado con él y porque sí.

Volar física y emocionalmente

Se acercaba el día. En unas horas amanecería en casa, en Córdoba y dormiría en Mahón, en Menorca. Me dio un escalofrío pensarlo, pero me repuse rápido al imaginar que aún tenía todo el jueves para hacerme a la idea. Me pasé todo el día en casa, dando vueltas, intentando absorber toda la esencia de esta familia mía e intentando no derrumbarme antes de tiempo. A mi padre no le hacía ninguna gracia la idea de que me fuese sola, pero entendió que era a mí a quien le correspondía esa decisión.

—Hija, que si te lo piensas mejor y no quieres ir no pasa nada. Solo vas a perder ciento cuarenta euros.

—Estoy bien, papá. Y si no lo estoy, me volveré. Gracias.

Intentaba hacerme la valiente, pero de vez en cuando se apoderaban de mí las ganas de cancelarlo todo, llamar a mi jefe y pedirle que olvidase lo de la excedencia. Claro, solo vamos a perder ciento cuarenta euros, una semana de alojamiento gratis, la oportunidad de conocer un sitio nuevo y el orgullo. Inesastrá, colabora un poquito, anda. La culpa es tuya. Que te hiciste la valiente en un momento de calentón cornudo y se te ocurrió presumir de ello. Venga, genial. Por si no me había acordado hoy lo suficiente, ya estás tú aquí

para recordármelo. Gracias. Qué vergüenza cuando te vean todos y te pregunten que por qué no estás en tu isla paradisíaca. Conmigo no cuentes, ehh... ¿Que no cuente contigo? ¿Pero si tú te pones de cualquier parte menos de la nuestra? Intenté calmarme porque estaba a punto de rebuscar dentro de mí y arrancarle la cabeza a mi otro yo, que, total, para lo que me servía...

Para salir del bucle en el que estaba entrando desbloqueé el móvil, abrí el navegador y me puse a buscar imágenes de Menorca con la intención de hacerme una idea del lugar al que iba a llegar. Los resultados me sorprendieron: calas con muchísimo encanto, azules idílicos, playas en las que caminar, calles de lo más variopintas por las que perderse, un pueblo pesquero blanco entero que parecía de cuento... El paraíso no tenía nada que envidiar a las fotos de postal que encontré. Pero claro, también tenían pinta de estar «bien de filtros y Photoshop». Que en Internet también sale precioso el Taj Mahal y, cuando buscas un video casero de un turista cualquiera en YouTube, ves que ni el cielo es tan azul, ni los verdes son tan verdes y que tampoco puedes pedir a las miles de personas que allí se congregan que se aparten para que tú hagas la foto con la que habías soñado y recuerdas que “por seguridad” no te han dejado pasar ni el trípode para sacar una instantánea medio decente... Pues confirmas que el nivel de decepción es proporcional al tiempo que has invertido en hacerte ilusiones... Eso, eso... Tú pon más trabas, busca más inconvenientes, que es lo que nos hace falta.

Me despistó que mi otra yo, por una vez, y sin esperar que sirviese de precedente, me alertase de que era mejor no echar más leña al fuego, así que decidí darme una ducha relajante e intentar confiar en la buena fe de las turoperadoras. El agua caliente, como siempre, conseguía relajarme y ahora me encontraba de mejor humor, por lo que decidí secarme el pelo y pasarme la plancha. Lo de no llegar a Mahón pareciendo un adefesio seguía en pie.

La hora de la cena llegó y ni mis padres ni yo nos esperábamos lo que sucedió. Javi había invitado a su novia. Por lo visto, era verdad. Sonia existía y estaba ahí, plantada, delante de mis padres y con la cara pálida, blanca, seria; un cuadro de Munch, pero sin color. Se notaba que la chica no lo estaba pasando bien y he de decir que nuestra expresión, de primera impresión, no fue muy amable. Yo soy mucho de no prejuizar y de decir que nunca hay una segunda oportunidad para crear una primera impresión positiva, pero nos había cogido así, de sopetón, y no pudimos evitarlo. Si seguían juntos (cosa que yo no tenía muy claro), ya intentaríamos solucionarlo.

Debo admitir que tener a Sonia allí, al principio, me pareció una idea nefasta porque, lo que debería haber sido una cena en familia para desearme buen vuelo, buen cambio de vida, buenas vacaciones o buen viaje fugaz, había pasado a ser la cena de presentación oficial de la novia de mi hermano. Pronto cambié de idea. Las preguntas y atenciones que le cayeron a ella por ser la nueva me las ahorré yo, pasando por alto el trago de tener que demostrar que estaba feliz de la vida por mi escapada o huida a todo gas (llamarlo de una u otra manera dependía de si lo calificaba Inesastra o lo hacía yo).

Cuando la cena hubo terminado, mi madre, que no tenía cara de haberse quedado muy convencida con su nuera. Intentó que tuviésemos un momento de critiqueo desollador, pero rehuí diciendo que en unas horas saldríamos para el aeropuerto, por lo que tendría que levantarme temprano. Subí a mi habitación, comprobé que estaba todo preparado, puse el móvil a cargar, me tumbé en la cama y me tapé.

Javi me había pasado los datos de mi viaje e impreso los billetes para que no me agobiase (el otro Géminis organizador de la familia). A las seis saldríamos de casa y tardaríamos una hora y media aproximadamente en llegar al aeropuerto de Sevilla. El primer vuelo, con destino Palma de Mallorca, saldría a las once y diez de la mañana, por lo que, aunque tenía que estar unas dos horas antes para facturar el equipaje, tendría tiempo de sobra para desayunar con él. Ese vuelo duraría una hora y cuarenta minutos, por lo que aterrizaría en Palma a la una menos diez. Podría comer tranquilamente en cualquier restaurante del aeropuerto y pasear por las tiendas hasta un poco antes de las cinco menos cinco que es cuando saldría el avión con destino Mahón. Este no tardaría más de cuarenta minutos, por lo que, si todo iba bien, para antes de las seis de la tarde ya estaría recorriendo las calles idílicas que vi en las fotografías.

Sonó el despertador y di un salto de la cama. No podría asegurar que hubiese dormido en toda la noche, pero tampoco lo contrario. Había sido, sin lugar a dudas, la noche más extraña de mi vida. No me sentía cansada, pero tampoco es que me notase adormilada. Creo, que por primera vez había dormitado. Había pasado la noche en estado de duermevela y eso me estaba poniendo muy nerviosa. Empezaba a pensar que había sido una señal para que abandonase cuando mi madre entró en la habitación, sacándome de mis pensamientos.

—Buenos días Inés. ¿Estás segura de que quieres irte?

—Buenos días mamá. Sí, estoy bien. No te preocupes —pero yo sabía que de un momento a otro comenzaría la función.

No se hizo esperar. La escuchaba gimotear en el pasillo mientras me vestía y eso hizo que se me encogiese el corazón. Mi madre podía llegar a ser muy pesada, pero entendía que sufriese por mí y que estuviese preocupada. Salí tirando de las maletas y le di un fuerte abrazo que, milagrosamente, hizo que se calmase. Mi padre nos esperaba en la cocina y Javi ya estaba en la puerta de casa con las llaves del coche en la mano. Cogió las maletas para guardarlas y salió. Yo no quería dramatizar; me iba porque quería y podía volver en cualquier momento. Además, pensé que, si me hacía la fuerte, ellos no sufrirían tanto. La despedida fue triste, para qué negarlo, pero conseguí no soltar ni una lágrima. Por el bien de ellos y por el mío propio. Ya habría tiempo y lugar para ello.

El viaje al aeropuerto con Javi fue más fácil de lo que pensé. Mi hermano me animó, me apoyó en todo momento y me dijo que estaba orgulloso de mí por haber tomado la decisión. Me acompañó a facturar la maleta grande y fuimos a desayunar. El peor momento llegó cuando me tocaba pasar la zona de control y tuve que despedirme de él. Después de todo, mi hermano era la persona más importante de mi vida y dejar de verlo por un tiempo indeterminado se me hacía muy duro. Sí, lloré, no mucho por no dar más espectáculo de la cuenta, pero lloré y a él también se le escapó alguna que otra lágrima.

Ya estaba hecho. Bueno, podía salir de ahí, coger un tren y volver, pero no era la intención. Iba a seguir al pie de la letra el plan de viaje que Javi me había fabricado e incluso remarcado con subrayadores. No había tenido problema al pasar por el escáner. Simplemente había tenido que desmontar la maleta y sacar el secador, la plancha de pelo, el portátil, la tablet, la *Epilady*, la bolsa de aseo... Pero por lo demás, sin contratiempos.

Decidí entrar a alguna que otra tienda, pero deseché la idea de comprar nada. Ya llevaba suficiente equipaje. De camino a la puerta de embarque, pasé por el espacio de *Duty Free*. Cogí, sin pensar, un lápiz y un cuaderno de folios en blanco, lo pagué y lo guardé en el bolso de mano.

Estaba sentada frente a la puerta D7 y no podía parar de mover la pierna izquierda. Parecía tener vida propia y empezaba a ponerme de los nervios el no poderla controlar. El vuelo salió y llegó en hora, por lo que pensé que eso

también debía ser una señal. Sí, tenía que agarrarme a cualquier excusa para no abandonar la aventura en Palma de Mallorca y volverme.

—Paso a paso Inés, que nos agobiamos —me susurraba Inesastra con un tacto que no sabía que tuviese.

Como ya compré el vuelo con escala, no tuve que recoger la maleta grande así que fui directa a echar un vistazo a los restaurantes. No es que tuviese yo mucha hambre, ni intención de comprar nada en las tiendas del aeropuerto, pero es que, si la hubiese tenido, tampoco podría haberlo hecho. ¡Estaba casi todo cerrado! Unas cuantas tiendas abiertas, el *Duty Free* de nuevo y no más de dos restaurantes (al menos en la zona a la que había llegado yo). Apenas había pasajeros y el ambiente era muy frío.

Me senté en uno de los restaurantes, pedí un sándwich, una botella de agua y esperé a que me metieran una clavada digna de menú de estrella Michelin. Efectivamente, diez con cincuenta por tan poca cosa. No sabía si comérmelo o enmarcarlo, pero terminé devorando hasta la última miga. Mientras terminaba de comer, recibí una llamada de mi madre, preguntándome qué tal iba el viaje y dándome las gracias por los regalos de Reyes que había dejado junto al árbol de Navidad. Me dijo también que ellos habían guardado un regalo para mí en la maleta grande, en la que había tenido que facturar y yo protesté, por dentro, porque no iba a poder abrirlo hasta que no llegase a Mahón y me entregasen el equipaje.

A las cuatro de la tarde y con un café aguado en la mano me senté delante de la puerta de embarque a esperar. Tenía casi una hora para pensar y eso hice. Empecé a darle vueltas a lo que estaba sintiendo en ese momento. Me hubiese venido de perlas un manual de autoayuda, pero como no lo tenía y tampoco iba a comprarlo, decidí aceptar lo que estaba sucediendo. Estaba cogiendo las riendas de mi vida y no huyendo. Estaba saliendo de mi zona de confort y no conformándome con mediocridades. Estaba siendo íntegra y actuando como tal. Estaba siendo sincera conmigo misma y eso escocía bastante. No estaba siendo fácil y tenía claro que no iba a ser fácil reponerme y, sobre todo, empezar de nuevo, pero lo iba a intentar. Yo no había nacido para ser la mujer magullada de ningún «Donperfecto» y mucho menos si tenía que tragar y ser hipócrita de por vida.

Subí al avión, me senté de forma casi inconsciente y continué. Había estado callada desde que vi mi vida desvanecerse en la pantalla del teléfono móvil y ahora era el momento de rumiar y procesar todo lo que hiciese falta

para empezar el cambio.

Estaba volando, estaba volando física y emocionalmente. Estaba haciendo lo correcto, lo importante. Estaba aterrorizada. Estaba intentando ser feliz. No sabía lo que podría pasar mañana, pero ¿quién sabe lo que va a pasar mañana?

La llegada a la isla

La llegada a la isla no fue todo lo perfecta que yo había imaginado. De hecho, fue todo lo catastrófica que se podía imaginar. El avión llegó a las seis menos algo, con un aterrizaje fallido y un aterrizaje definitivo al estilo montaña rusa, cutre, de feria. El avión dio semejante frenazo en la pista que se notaba que la mayoría de pasajeros estábamos aguantando la respiración por el impacto. A la señora que venía sentada a mí lado se le resbalaron todas las revistas que llevaba y fueron a parar a mis pies. Yo hacía acopio de todas mis fuerzas para no estallar en llantos cuando las azafatas nos dijeron que iba a empezar el desembarque por la puerta delantera.

Por suerte, mi asiento se encontraba casi al principio y puede salir pronto. Sí, si en Palma ya me había parecido que había poca gente, aquello parecía un aeropuerto fantasma. Solo había dos cintas de las que transportan el equipaje funcionando y no vi a más de diez trabajadores y dos guardias civiles. Lo positivo, mi maleta no tardó ni diez minutos en llegar y cargada hasta arriba, me dirigí a la salida.

Era de noche, hacía un viento que ya lo quisieran en Tarifa, lloviznaba de

lado por la fuerte ventolera y los taxis... Los dos únicos taxis que había estaban casi al final del acerado. Me dirigí directamente a uno de ellos.

—*¡Bona nit! ¿Com va?*

¡Hala, Inesita! ¿No querías aventura a lo grande?, aquí la tienes. Ya estás disfrutando de la maravilla de tener que comunicarte en otro idioma.

—Hola —es todo lo que pude pronunciar mientras soltaba las maletas, intentaba recogerme el pelo que me volaba hacia la cara, buscaba en el bolso los papeles con la dirección e intentaba entrar en el coche. Todo eso bajo la lluvia.

—*¡Quina nit que fa!*

—Disculpe, es que yo no hablo catalán...

—*¡No passa res!* Le decía que vaya noche que hace. ¿De vacaciones, pero? —dijo muy amable el señor, que tendría unos cincuenta años.

—Sí, algo así... —dije mientras sacaba los folios con los datos de la reserva del hotel.

—Ya le digo que la isla en verano no tiene nada que ver...

—Ya imagino... A la calle Infanta, por favor.

Mientras callejeábamos, pensé que me había tenido que equivocar de vuelo y que, en lugar de estar en Mahón, el avión había aterrizado en Londres, en Irlanda, en Liverpool o en cualquier sitio menos en una ciudad española, en una isla, en pleno mediterráneo. Ni el clima (que ahora llovía a mares), ni la luz preciosa de las fotografías de internet (casi noche cerrada), ni los edificios, ni las ventanas... Qué raro era todo... No me encajaba nada. ¡Malditas turoperadoras y malditas fotos de Google! ¿Dónde avisan de que a las seis ya es noche cerrada en Menorca? ¿Y de que hace un viento espantoso? ¿y de que no hay un alma por la calle? Tranquila, Inés. Date un poco de tiempo. Está lloviendo a mantas, ¿cómo va a haber gente por la calle? La situación pintaba tan fea que hasta Inesastra se mostraba condescendiente.

—¿Se queda mucho tiempo?

—Pues no lo sé aún... —le respondí al taxista con poca intención.

—Lo digo porque tendremos *tramuntana* por lo menos tres días más.

—¿*Tramuntana*?

—¿No sabe lo que es? La *tramuntana* o tramontana es cuando el viento sopla del Norte, muy típico en invierno y como habrá podido comprobar, no es muy agradable.

—¡Ah! Pues no lo sabía. Gracias. —En ese momento me di cuenta de que me había lanzado a la aventura sin recopilar ningún tipo de información y que debía parecer una auténtica ignorante—, Según tengo anotado tardaremos unos quince minutos en llegar, ¿no? —dije intentando mostrarme segura. Era una de esas técnicas que escuchas en la televisión para que no te estafen los taxistas poco éticos y empiecen a darte vueltas por la ciudad para sacarte una pasta.

—Sí, estamos llegando. Además, con esta lluvia no hay nadie por la calle así que no encontraremos tráfico a penas, pero...

¿Pero, qué? me quedé con ganas de saber qué quería decir, pero decidí llamar por teléfono a casa para avisar de que estaba bien. Seguro que ya estaban preocupados. Avisé también en el grupo de amigos y, en ese momento, el coche se detuvo. Cuando colgué el móvil y alcé la vista no me lo podía creer. La calle estaba casi a oscuras, seguía lloviendo a más no poder, no tenía claro que realmente hubiese llegado a ningún hotel y estaba a una milésima de segundo de pedirle al señor que me llevase de vuelta al aeropuerto. Al menos allí había luz.

—Son once euros, pero...

—¿Pero? ¿Pero qué?

Pero ¿voy a cobrarte el plus del aeropuerto, de equipaje y de nocturnidad, aunque solo sean las seis de la tarde? Pero ¿te he traído al sitio equivocado porque aquí no parece haber ningún hotel? Pero ¿qué va a hacer una chica como tú en un sitio como este? Pero ¿voy a estafarte de lo lindo? Estaba temiéndome lo peor cuando el taxista soltó una carcajada que me descolocó por completo. Venga Inés, ahora es cuando te descuartizan...

—Ese «pero» es una muletilla nuestra. Una palabra que usamos al final de algunas frases. No lo tenga en cuenta. Son once euros.

Pagué, le di las buenas noches al buen señor y me odié un rato, por mal pensada... La culpa era toda mía. No es que hubiese tenido que hacer un curso de inmersión lingüística al catalán-menorquín, pero unas nociones básicas de cultura general no me hubiesen venido nada mal. Sobre todo, para no quedar como una auténtica imbécil y para ahorrarme ciertas pajas mentales.

Empecé a caminar buscando el número del hotel ya que no había ningún cartel informativo, ningún luminoso y mucho menos alguien a quien preguntar. Ahí estaba. Había llegado. Ese era el número que venía en la

reserva. El lugar parecía todo menos un hotel. Una casa familiar, un edificio rehabilitado, un museo, un lugar curioso... Pero ¿un hotel? No, ni mucho menos. Llamé a la puerta ¿qué otra cosa podía hacer? Y esperé dos largos minutos (bajo la lluvia y el viento). La imagen que debió encontrarse la mujer al abrir tuvo que ser un poema porque me hizo pasar, me llevó hasta el que iba a ser mi búnker de guerra interna y me dijo que bajase a hacer el *check-in* cuando estuviese lista y hubiese descansado, que no había prisa. Había subido las escaleras con la maleta grande a pulso y el bolso y los zapatos en una mano. Nina, así se llamaba la mujer que me había abierto, cargaba muy amablemente con mi maleta pequeña. Entré el equipaje, lo dejé todo amontonado, cerré la puerta y me inundé. En las ventanas repiqueteaba el agua tan fuerte que ni el batería de AC/DC hubiese conseguido semejante volumen. Afuera llovía como si se hubiesen roto todas las tuberías de la isla y la gravedad no funcionase y adentro, las lágrimas me llegaban ya por los tobillos. Me desnudé por completo dejando toda la ropa en la entrada. Una cosa era que estuviese calada hasta los huesos y otra muy distinta que tuviese que dejar un reguero de agua por toda la habitación. Fui hasta el baño y verme en el espejo de semejante guisa no hizo sino empeorar las cosas, si es que eso era posible.

Anda, que estás bonita. Y tú que vienes depilada de arriba abajo. No hace falta que llenes la bañera porque el primer baño de la temporada ya te lo has dado... Y ¡vaya pelos! ¿Para eso estuviste ayer casi dos horas entre secador y plancha? ¡Buah! Menuda forma de perder el tiempo. Si pareces la niña de la curva... Y exploté. EXPLOTÉ con todas las letras y en mayúscula. Carcajadas y llantos al mismo tiempo. Inesastra tenía razón. Tenía una pinta tan horrible que no me hubiese llevado ni un perro en la boca. Verme desnuda, frente al espejo, empapada y destruida (por dentro y por fuera) estaba siendo una terapia de choque brutal. En ese momento se acabaron las carcajadas y quedaron exclusivamente los llantos.

Agradecí al Universo que no hubiese bañera solo por llevarle la contraria a mi «yo macabro». Abrí la ducha y me metí debajo. No sé cuánto tiempo estuve ahí dentro, pero fue el suficiente como para cerrar mi propio grifo. Me envolví en una toalla y fui hasta la puerta de la entrada. Abrí la maleta grande y ahí estaba, envuelto en papel azul eléctrico el regalo de mis padres. Me senté en la cama y lo abrí con mimo. Era una foto, una foto familiar que nos habíamos hecho ese mismo verano en las fiestas del pueblo de mis abuelos

maternos con el castillo de fondo. También había una nota: *«Inés, feliz regalo de Reyes y felices vacaciones. Creemos que has sido muy valiente al tomar esta decisión y queremos que sepas que vamos a estar aquí siempre. Por cierto, en tu cuenta bancaria tienes seiscientos euros para que hagas con ellos lo que quieras; volverte, seguir de viaje, comprarte la moto que querías con dieciséis años... ¡Disfrútalos! Te quieren, mamá y papá»*.

Dos lágrimas volvieron a aflorar, pero esta vez era diferente. Esta vez eran de alegría, de emoción, de alivio, de felicidad completa al saber que tenía la familia increíble que siempre había pensado. Me levanté, coloqué la foto en un escritorio que había frente a la cama y saqué de la maleta unos vaqueros y una sudadera. Busqué el secador y volví al baño. Estaba frente al espejo de nuevo, pero ya no parecía la niña de la curva. Perdida sí, desolada también, pero medio decente y algo repuesta.

Eran las nueve de la noche cuando bajé las escaleras. Llevaba en la mano mi documentación y la reserva que Javi me había hecho. Nina era una mujer muy amable y, mientras hacía el registro de entrada, me dijo que si quería algo de cenar. Yo se lo agradecí, pero la verdad es que no tenía apetito, así que en cuanto hubimos terminado con la burocracia volví a mi habitación.

Estrujé y tendí como pude la ropa mojada en la ducha, sequé las maletas y el suelo con una de las toallas, puse las botas encima del radiador después de escurrirlas en el lavabo (que vaya atino tuve al ponerme las Ugg) y me tumbé en la cama. Mi mente, que en situaciones complicadas hace las correlaciones más extrañas, me recordó que este era mi tercer vuelo (el quinto si contaba idas y vueltas) y que en todos ellos me había llovido a mares al llegar al destino. El primero fue el viaje que hice a Irlanda con una beca de estudios. Sí, en Dublín llovió los veintidós días que estuve. TODOS. No sé si aprendí mucho inglés, pero inventos para que no me calase el calzado no me faltaron. ¡Qué ingenio el mío con diecinueve años! El segundo viaje fue a Londres con «Maldito Gregorio» y, evidentemente, también llovía cuando aterrizamos. Eso sí, no estuvo lloviendo todo el tiempo así que, recordando bien, de esos cuatro días hay momentos muy salvables.

Había Inesita, había... Aquí ya no se salva nada de lo que tenga que ver con ese, ¿entendido? O, ¿tengo que recordarte el numerito que montó cuando ya estabais a bordo y quiso bajarse? Y como estaba totalmente de acuerdo con Inesastra, bloqueé esos pensamientos hasta que me dormí.

Desperté alrededor de las ocho. Había dormido del tirón y por lo menos

nueve horas. Mientras me recogía el pelo me di cuenta de que esa mañana tenía mejor color de cara. Dormir me había sentado de maravilla. La noche anterior apenas había conseguido relajarme; los nervios por el viaje, los vuelos, la lluvia, los llantos... Sí, llorar agota muchísimo, por lo que había caído a la cama rendida. Además, por primera vez había dormido sola en una cama grande y despertar con los brazos en cruz me había hecho sentirme muy libre. Me puse la ropa de la noche anterior y bajé a desayunar. Al pie de la escalera había una chica esperándome.

—Buenos días. Mi nombre es Ona. Espero que haya dormido bien.

—Buenos días. Sí, he descansado. ¿Ona? Tienes acento...

—Sí, soy de Cádiz. ¿Usted?

—Soy Inés, de Córdoba. Tutéame, Ona. Me gusta tu nombre.

—Sí, claro —murmuró— ¿Te apetece desayunar ya?

—Por favor. Anoche no cené y estoy hambrienta.

—Tenemos café, leche, batidos vegetales, infusiones, ensaimadas, panes varios, pastas típicas, mermeladas caseras, queso de Mahón... Puedes servirte tú o puedo hacerlo yo. A gusto.

—Puedo hacerlo yo, no te preocupes. Está todo impecable. ¿Aún no han desayunado los demás huéspedes? —miré alrededor.

—No hay nadie más alojado en este momento. La semana pasada si hubo mucho movimiento, por las fiestas, ya sabes, pero hasta dentro de un par de días no esperamos a una familia. Aunque nunca se sabe, igual llega alguien sin avisar.

—¡Ah! Pues has preparado demasiada comida para mí sola.

—Es lo normal. No importa. Si necesitas cualquier cosa estoy por aquí cerca —dijo y se marchó.

Yo cogí una ensaimada y estaba tan buena que tuve que comerme una segunda, acompañada de un café con leche corto de café porque no sabía si sería descafeinado. Pude ver por la ventana que, aunque estaba nublado, no estaba lloviendo así que terminé de desayunar, subí a cepillarme los dientes y salí a ver qué encontraba. Había cogido unos folletos informativos en la recepción, pero casi no me dio tiempo a abrirlos porque, cuando tan solo llevaba caminando unos minutos, empezó a llover y tuve que entrar en la primera tienda abierta que vi. Sí, abierta, porque la mayoría de los establecimientos por los que había pasado estaban cerrados por vacaciones. Se ve que eso de que era temporada baja iba en serio.

Desde la tienda vi que justo en frente había una especie de callejón techado y decidí ir hasta allí. No podía estar dando vueltas en esa tienda tan pequeña hasta que escampase. La dependienta empezaba a mirarme con cara de *estanohavenidoacomprar*.

Crucé y una vez allí me llamó la atención un escaparate con grandes ventanales y en el letrero se podía leer «ARGOS». Al acercarme pude ver que se trataba de una tienda de manualidades, material de bellas artes, papelería y enmarcaciones. Entré sin pensármelo y lo que me encontré fue mucho mejor. No solo era todo lo que ponía en la entrada que era, además, contaban con una exposición de obras de lo más variada. No me pude resistir y cogí un cuaderno de dibujo y unos lápices. Miré con detenimiento cada uno de los estantes con todo tipo de materiales, los cuadros, las esculturas, los grabados... y quince minutos después pagué y salí. No paraba de llover así que en la primera tienda de souvenirs que encontré compré un paraguas y decidí volver al hotel. De camino saqué uno de los lápices y me lo acerqué a la nariz. Inspiré con atención y sonreí. El olor de los lápices nuevos siempre me ha gustado y ese olía de maravilla. Sí, sin saber por qué y sin ningún motivo, en ese momento, me sentía bien.

No habían quedado ni las larvas

Había estado el resto de la mañana metida en la habitación del hotel, tumbada en la cama, con el reproductor de música del móvil en modo aleatorio y buscando en internet pisos para alquilar, por si acaso decidía quedarme más de la semana que me había regalado Javi. ¡Que vaya detallazo! Le ha tenido que costar una pasta... Y tú vas y le regalas unos auriculares cutres... ¡Vaya hermana estás hecha! La verdad es que Inesastra tenía razón, pero yo no tenía ganas de conflictos internos así que decidí que ya le haría un buen regalo para compensar.

A la hora del almuerzo bajé hasta la plaza por la que había cruzado esa misma mañana y compré dos porciones de pizza, una botella de agua grande, tres piezas de fruta y volví a comer a la habitación. Como seguía lloviendo no tuve ganas de andar saltando charcos.

La habitación tenía su encanto. La decoración oscilaba entre rústica y *vintage*, con suelos de barro cocido, paredes blancas. Techos altos con vigas de madera y ventanales de estilo británico. Al terminar de comer me tumbé en la cama dispuesta a disfrutar de la siesta y entonces, me inundó la añoranza con sabor a mi abuela. Ahora bailaban en mi mente sus palabras,

llenas de ternura y sabiduría, capaces de trasladarte a la placidez y fantasía de otro mundo, recordé que, «de vez en cuando hay que hacer la cura del sueño, de la felicidad...». No puse alarma alguna. Ya despertaría.

La cena de esa noche consistió en una manzana y un plátano, que me sentaron de vicio. En casa no comíamos fruta por la noche; era otra de las recomendaciones nutricionales de *Maldito Greg* y a partir de esta noche decidí que iba a hacer también la cura de la comida a mis anchas. ¡Seguro que, a mi abuela, esta también le hubiese perecido una idea genial!

El día amaneció apenas lloviznando por lo que, desde bien temprano, me puse a deambular por las calles. «Ático disponible. 125 metros», «Se alquila casa con garaje», «Planta baja en alquiler», «Tercero sin ascensor disponible», «Habitación libre», «Se busca chica para compartir piso». Sí, se busca chica para compartir piso, chico para compartir vida, vida que tenga sentido, sentido que no le encuentre a nada de lo que hago, de lo que digo o pienso últimamente...

Para ser sincera, la búsqueda no iba muy bien; o eran pisos demasiado grandes, o casas inmensas de varias plantas o habitaciones para compartir y yo ya no estaba en ese punto. Lo único que me faltaba era tener que aguantar las costumbres y manías de desconocidos. De eso nada. Ya lo había vivido en la universidad y había sido divertido, pero con esta edad ya no estaba yo para fiestas, humo y fregaderos llenos de platos con restos de tomate frito. Sin embargo, al final de la mañana di en el clavo. Era un piso pequeño, un estudio. No muy caro, bien ubicado (o eso me dijo la chica y tuve que creérmela puesto que yo no tenía ni idea de dónde estaba) pero que no quedaría libre hasta mediados de mes.

Firmé el contrato y salí relajada. Ya tenía una cosa menos en la que pensar. Ahora tendría que preguntar en el hotel si podía ampliar la estancia hasta el día quince, aunque no esperaba que hubiese problema, por eso de que en temporada baja no hay ni un cristo en la isla.

El resto del día lo dediqué a caminar y, para cuando estaba oscureciendo, volví al hotel. No es que sea yo muy valiente y, eso de caminar de noche por un lugar que no controlo, me ha parecido siempre una idea pésima.

A la hora de la cena bajé a recepción y Ona, que estaba de noches, me dijo que no servían más que desayuno, pero que podía ir a cualquier sitio a cenar o pedir que trajesen algo. Ella iba a llamar al chino así que, con mucha cara dura, me apunté.

—Si no te importa, claro.

—No, no. Está bien. No tengo mucho que hacer estos días y a mis jefes, aunque sé que no van a venir, no les importará.

Los días siguientes no hice mucho; de hecho, no hice casi nada. Salía a caminar cuando hacía bueno, almorzaba fuera o compraba algo y me lo comía en la habitación y la cena la pedía a domicilio. Me sentía muy cómoda en el salón del hotel. La chica gaditana estaba toda esa semana de noches por lo que cenábamos juntas, en una mesa baja frente a la chimenea.

El día quince me levanté pronto. Quería desayunar con Ona antes de que terminase su turno y también despedirme de Nina antes de que se pudiese a hacer las habitaciones. Para las doce ya lo tenía todo preparado y bajé las escaleras con cierta tristeza. Me había acostumbrado a estar en ese sitio y entrar al que, desde ese día, era mi piso, me suponía otro choque interno.

Iba a ser la primera vez que viviría completamente sola y no sabía cómo iba a gestionarlo. El camino hasta mi nuevo búnker no era muy largo. En unos minutos estaría allí, pero verme de nuevo arrastrando las maletas me hizo replantearme si no me había dejado llevar por un momento de rabia y ya era hora de volver. Sí, mejor nos vamos. Que desde que estamos aquí eres un coñazo que no veas. No haces nada. No dices nada. No sientes nada. Y lo poco que sientes es frustración que pagas conmigo. ¿A ti no te había parecido una idea genial lo de venir? Pues te aguantas —ya estaba discutiendo otra vez conmigo misma—. A mí, lo que me parece genial es que vuelvas con Gregorio. Analiza el tiempo que has estado con él y date cuenta de lo estable que era tu vida. Sin sobresaltos, sin enfados, sin tanta introspección emocional... Y yo durmiendo tranquilamente. Cuatro años de modorra maravillosa llevaba cuando decidiste zarandearme.

Inesastra había dado en el clavo. Por fin, me había dado cuenta de que mi vida con Greg había sido una balsa de aceite. Todo había sido fácil y muchas veces lo fácil es aburrido. No es que no me acuerde de las mariposas del principio, como las suelen llamar los más románticos, es que una vez que se esfumaron, no quedaron ni las larvas para molestar. Nos acoplamos de tal manera que no había fricción en nuestra relación y sin chispa, la cosa pierde encanto.

Lo estaba viendo claro, pero el agobio me comía. Me estaba dando cuenta de que había tirado por la borda unos preciosos años de mi vida y, como consecuencia, había llegado a un lugar en el que me encontraba mucho

más perdida, sola y vulnerable.

Justo en el momento en el que estaba terminando esa reflexión pasó un taxi y aunque estuve tentada a pararlo, no lo hice. No le iba a dar la razón a mi yo histérico y conformista. Iba a intentarlo. Lo necesitaba. Tenía que darme la oportunidad. Ni siquiera iba a malgastar el tiempo en discutirlo conmigo misma. Era lo que tenía hacer. Positiva Inés, decidiste venir, pues controla y sé positiva.

Pasó enero, febrero, mi cumpleaños...

Los días siguientes los pasé deshaciendo el equipaje, buscándole el lugar a cada cosa, engullendo comida precocinada y comprando todo aquello que me iba haciendo falta para sobrevivir. Lo primero que necesité fue un juego de sábanas polares y un buen plumón. ¡Qué frío hacía! Había dejado de llover todo el tiempo y eso me animó a investigar la ciudad. El piso estaba en pleno centro, en un edificio que parecía recién reformado, rodeado de comercios. La puerta de entrada daba paso a un pequeño recibidor en el que había un espejo, una mesita baja, una percha y un paragüero. En dos pasos llegabas al salón, coqueto, pequeño y con una ventana doble, un sofá de tres plazas, una mesa baja a la que se podía subir la tapa y convertirla en alta, tres cuadros, un reloj y un mueble bajo sobre el que estaba el televisor y una lámpara. Desde el salón se podía ver la cocina, separada por una puerta corredera y de no más de dos metros cuadrados. De la cocina se salía a un patio interior en el que no cabía más que un tendedero y el cubo de la fregona. A la izquierda del televisor, había una puerta por la que se accedía al único dormitorio; el tamaño no estaba mal y contaba con un armario empotrado de cuatro puertas. Una ventana en la pared de la derecha y a la izquierda el baño, con la

lavadora dentro.

—Aquí tampoco hay bañera. ¡Jódete, Inesastra!

Las mañanas de esa semana las pasé descubriendo lugares que ya me iban pareciendo más interesantes y, para cuando era la hora de almorzar, me encerraba en el piso. Comer, dormir, escuchar música, dibujar... Sí, me había animado a dibujar. Me relajaba sobremanera. Diseñaba *mandalas* simples que luego coloreaba con los lápices de grafito; blancos y negros sobre papel que me aportaban la calma que me hacía falta. En ocasiones, me animaba a enlazar unos diseños con otros dando forma a dibujos más complejos. Un gato que parecía asomarse a una ventana, una piña, una mariposa, medio elefante, composiciones sin sentido... Lo que iba surgiendo. Si me bloqueaba pasaba página y volvía a empezar. En esos momentos mi mente paraba, se desconectaba, dibujar me servía de inhibidor y me permitía vivir, simplemente vivir.

Las noches no eran tan sencillas. Cenaba cualquier cosa rápida y me sentaba delante de una pantalla negra que, de cuando en cuando, destellaba y me hacía despertar del mundo posible que habitaba en mi mente. En esos momentos, mi mirada iba un poco más a la izquierda, al cuadro con la fotografía que me habían regalado mis padres por Navidad y que coloqué ahí el primer día. Y otra vez volvía a perderme en mi interior...

Podía pasar horas mirando la imagen. Sí, era mi forma de quererlos de lejos y de sentirlos muy cerca. En aquel tiempo me costaba conciliar el sueño y buscaba mil maneras para alcanzarlo. Los métodos eran de los más variados: música, un libro, una revista, incluso contar ovejitas... No veas los rebaños que acumulaba a mi alrededor.

El lunes de la última semana de enero me levanté y decidí que ya estaba bien de estar metida en casa todas las tardes y, especialmente, de llevar una alimentación tan desastrosa. Ya había hecho suficiente cura de sueño, de grasas saturadas y de silencio. Fui hasta el supermercado y empecé a comprar verdura, pero en bolsas de las que puedes meter al microondas y salen listas para consumir. Compré algún pescado poner a la plancha, otras cosas más y, de camino, decidí que sería buena idea apuntarme al gimnasio. Seguro que me ayudaría a despejar la mente y a quemar todo lo que había zampado las semanas anteriores.

Al principio decidí que iría al final de la tarde que es cuando mi mente liberaba su yo independiente de mi cuerpo y de mi alma, pero deseché la idea

puesto que caminar de noche seguía sin parecerme buena idea. Empecé al día siguiente con muchas ganas. Hice una tabla completa y, claro, las agujetas no se hicieron esperar. El segundo día coincidí con Ona (ella también iba a ese gimnasio, aunque yo no lo sabía) y entrenamos juntas; ella bajó el ritmo, debió verme en baja forma que es como estaba. Aunque una de las noches en el hotel ya nos hicimos amigas en Facebook, no teníamos los teléfonos así que le di el mío y decidimos quedar para hacer deporte juntas esa semana. Me comentó que la siguiente tenía turno de mañana y no sabía si podría ir.

Así fue pasando la semana. Pasó enero, febrero, mi cumpleaños, marzo, abril, mayo... Sí, mi cumpleaños. Que si no llega a ser por Facebook ni me acuerdo de que cumplía veintinueve años, pero, ya que me lo había chivado, me propuse algo distinto. Intenté hacer turismo, ir a visitar algún pueblo cercano, pero en la estación había pocos buses puesto que en temporada baja reducen el servicio, uno a media mañana y otro a última hora de la tarde. ¿Y si me aburría antes y quería volver?

¡Bah! Otra vez será. Cambié el plan y fui al puerto a pasear. Mientras caminaba, me di cuenta, por primera vez, de que estaba en un lugar precioso. Hacía frío, pero hacía sol y eso me animaba a caminar. Llegué a una estatua. Era una sirena, sentada y decidí sentarme al lado. Saqué el móvil y empecé a leer felicitaciones. Mis padres me habían llamado mientras bajaba las escaleras que dan al puerto y reconozco que eso hizo que se me cogiese un pellizquito en el pecho. El teléfono no había parado de recibir mensajes y se supone que debería estar contenta, pero tenía la cara más larga que la escultura. ¿Quién habría hecho una sirena con cara tan triste? Que la imagen era bonita, pero... ¡Vaya dos!, pensé. Pues sí, ahí estábamos la triste sirena y yo mirando a ninguna parte. Solas. Porque, vale que felicitaciones por WhatsApp y redes sociales no faltaban, pero «¿tú ves a alguien aquí?», me gritaba Inesastra mientras yo me la imaginaba con una tarta de merengue para estamparme en la cara. Que sí, que la gente quiere mucho, pero de lejos. Ya ves, mírate, míranos, celebrando la vida que no estás viviendo. Si te está felicitando gente que ni sabe que ya no vives en Córdoba... ¡Son unos *bienqueda* de cuidado, Inés! Bueno, esto es lo que decidimos y mejor sola que... mejor sola que nada. En ese momento me estaba llamando Marga, la chica de la inmobiliaria. Desde que me mudé había tenido que ir varias veces para pedirles algunos utensilios más para el estudio, a preguntar cómo tendría que pagar las facturas de agua y luz; ella había insistido en que tomásemos un

café juntas. La verdad es que se había portado genial y hablamos de quedar algún día como una de esas cosas que dices al final de las conversaciones pero que no siempre sueles cumplir.

—¡Felicidades! He visto que era tu cumpleaños en Facebook. ¿Qué tal?

—Gracias, Marga. No me lo esperaba. Bien... Aquí ando.

—¿Qué te pasa? Te noto apagada, pero.

—No... Estoy bien... He salido a caminar —respondí, intentando ocultar mis ganas de morirme.

—¿A caminar en tu cumpleaños? De eso nada. Hay que celebrarlo.

—Es un día más. No pasa nada.

—¿Dónde estás?

—En el puerto, sentada con una sirena. ¿Por?

—Porque voy para allá. Tardo diez minutos.

Colgó y me dejó con la boca abierta. ¿De verdad iba a venir solo porque era mi cumpleaños? ¿Se sentía responsable porque era su arrendataria? ¿Tanta amabilidad sería un servicio que ofrecían en la inmobiliaria? ¿Tan mal aspecto me habría visto estos días como para tener que venir a aguantar mi cara larga?

Y en ese momento me llamó Ona. También debía habérselo chivado Facebook. Le dije que estaba en el puerto, que acababa de llamarme la chica de la inmobiliaria de la que ya le había hablado y que iba a bajar.

—Perfecto. Me apunto. ¿Dónde vais a estar?

Yo, que me había levantado y estaba dando vueltas otra vez por el puerto, miré alrededor y solté el nombre del primer bar que encontré.

—¡Ahí nos vemos!

En una de las contraventanas de madera muy típicas de la arquitectura de este sitio habían escrito con tizas, como si fuese una pizarra: «LA MITAD DE LA ALEGRÍA RESIDE EN HABLAR DE ELLA». Le hice una fotografía y estaba releendo por cuarta vez la frase cuando vi que Marga estaba llegando en una Vespa *Piaggio* color crema y aparcándola justo delante del local.

—¡Hola! ¡Qué bien! También me encanta venir a Can Vermut —dijo después de haberme dado dos besos.

—No he estado nunca.

—¿Cómo puede ser? Pero si es uno de los lugares más típicos de la isla.

—Es que no he salido mucho desde que llegué. Bueno, no he salido nada

—sentencié un tanto avergonzada.

—Eso lo solucionamos ahora mismo. ¡Vamos! Te va a encantar el vermut que hacen.

—¿Podemos esperar un poco? Me ha llamado la chica con la que coincido en el gimnasio, la que te dije que trabajaba en el hotel, y dice que viene. ¿Te importa?

—¡Claro que no! Esperamos entonces.

Ona llegó cinco minutos después y entonces entramos. Era un local curioso, no muy grande, con una mezcla de materiales, texturas, estilos... No podría definirlo. Los camareros eran jóvenes y parecían no llevar prisa. ¡Qué parsimonia! En un restaurante de la Costa del Sol no hubiesen durado ni dos telediaristas... Marga pidió tres vermuts y luego otros tres. ¡Qué descubrimiento! Iba a ser mi bebida a partir de ahora. Una caña bien, dos... pase, pero a la tercera ya me solía sentir hinchada como un globo y si cambiaba a refrescos con gas ya sí que me parecía que podría explotar en cualquier momento. Pero claro, cuando se disponían a pedir el tercero yo ya me sentía algo mareada así que les propuse comer algo y pensé que podría ser mi bebida si solo tomaba una o si tenía el estómago lleno...

—¡Qué buena idea! Podemos ir al Way. ¿Has estado?

—No Marga, tampoco he estado en el sitio ese.

—¡Tienes delito! Tenemos que hacerle un tour completo por la isla...

Dijo esto último dirigiéndose a Ona y ella asintió. Caminamos unos minutos y llegamos hasta un edificio grande, al lado de un ascensor público acristalado en el que Marga decidió que debíamos montar para que disfrutase de las vistas del puerto.

—¡Qué chulo! Merece la pena subir Marga, tenías razón.

—Claro que merece la pena. Sobre todo, cuando vas en tacones y son las seis de la mañana —dijo Ona entre risas.

Bajamos de nuevo y entramos al restaurante. Estaba lleno, cosa que me sorprendió porque, además de tener dos o tres plantas (no estaba segura), no era ningún día festivo. Ona saludó a una camarera y esta nos indicó que había una mesa libre. La carta era extensa: chino, japonés, vietnamita, fusión... Me estaba perdiendo y decidí dejarlas a ellas, que terminaron pidiendo un variado de sushi (que venía con una presentación chulísima en un barco de madera), unas *gyozas*, pato cantonés, ternera en salsa de ostras y lo que más me gustó, unos rollitos de pollo con mango sobre una salsa que estaba para chuparse los

dedos. No era capaz de identificar todos los ingredientes. Reconocía la albahaca, nata, igual un poco de vinagre de arroz... No lo sé, pero ¡qué rico por favor!

Evidentemente, tanta comida no pudimos pasarla a palo seco. La botella de vino blanco de la casa nos ayudó. En mi cuerpo no cabía más comida ni más bebida y, cuando estaba a punto de levantarme para ir al baño, empezó a sonar cumpleaños feliz a piano. No me había percatado de que, justo en la entrada del restaurante, había un pianista que no había parado de tocar en ningún momento. La camarera que nos había atendido se dirigía a nosotras con una bandeja en la que chisporroteaban tres bengalas y una vela. Sí, era para mí. Soplé, pedí un deseo y les di las gracias a las chicas. Parecía que, después de todo, mi cumpleaños veintiocho cumpleaños no iba a pasar solo con pena y sin gloria.

El brownie con helado de vainilla se lo comieron entre las dos porque yo no podía más, solo lo probé. Aproveché mi visita al lavabo para pagar la cuenta a la vuelta, cosa que a ellas no les pareció bien del todo, pero no me importó. Era mi cumpleaños, lo estaba celebrando gracias a ellas y las invitaba si me apetecía. Pensé que ya nos iríamos, pero la camarera nos dijo que teníamos una mesa reservada en la terraza que tienen justo al lado, a la izquierda del pianista.

—Chicas, creo que me voy a ir a casa, empiezo a estar mareada. Pero vosotras quedaros y pasarlo bien.

—Tú te quedas, que para eso es tu cumpleaños —ordenó Marga.

—Mejor me voy, de verdad. Si es que ya me está dando el bajón... —hice un puchero.

—De eso nada, *Cordosiesa*. Te quedas, te bebes el gin-tonic y verás cómo se te pasa la tontería.

—¿*Cordo* qué?

—Lo que has oído: *CORDOSIESA* con todas las letras. ¿Quién ha visto que la cumpleañera sea la primera que quiere abandonar la celebración?

Ona acababa de bautizarme, cruz de ginebra en frente incluida, por remilgada y aguafiestas. Tenía razón. Nos sentamos. Mismo local, pero con nombre diferente: LA MAR by Way. Sonaba muy bien y, por lo que pude comprobar, servían unos gin-tonics con canela y piel de naranja de los que quitan el sentido.

El pianista se había ido, pero en La Mar había empezado a actuar un

dueto de jazz y sonaba muy bien. Ellas habían congeniado y eso me permitía estar relajada. Estábamos cómodas; los vermouths, el vino y ahora la ginebra ayudaban, para qué negarlo. Estábamos contentas y, como dice mi padre, de un momento a otro empezábamos a cantar bajito. Así fue. Yo me explayé a gusto y relaté toda la historia de nuevo. Lo que ya había contado a una y a otra por separado, y lo que no, los detalles que me había guardado o, simplemente, se me habían pasado por alto. Ona habló de la aventura que estaba viviendo con su compañero de trabajo (casado) y Marga no tenía nada concreto que contar salvo que estaba cansada de vivir en casa de sus padres y que había tenido un rollo esa misma Navidad con el camarero que había al fondo. Yo terminé sentenciando mi vida amorosa, Marga pidiendo otro y Ona llorando. Esta fue la primera de muchas, que terminó llorando por su nombre.

Se ve que el paseo por el puerto me había despertado las ganas de saber por dónde me movía, así que, de camino a casa, entré en Argos y compré algunas cosas. Una guía turística que incluía un folleto con los mejores rincones de la isla, un tablero de corcho, una caja de alfileres y un mapa. Sí, un mapa. Se me había ocurrido que podría pegar el mapa en el corcho, colgarlo en la pared e ir marcando con alfileres aquellos lugares que fuese visitando y descubriendo. Algo así como acupuntura turística y terapéutica. Si no salía bien, siempre podía arrancarlos, total, solo eran alfileres, casi no dejarían marca, ni en el corcho ni en mis recuerdos.

Llegué al estudio y eso es lo que hice justo después de responder a todas las felicitaciones y de que se me pasara un poco el mareo. Vi que Ona había colgado una foto que nos habíamos hecho con el barco de sushi, me había etiquetado y ya tenía treinta «me gusta». El mapa había quedado bastante bien en la alcayata en la que antes estaba el reloj y, al verlo, me di cuenta de que, si no había tenido ningún regalo de cumpleaños tangible, me lo iba a hacer yo.

—Marga, ¿has llegado bien?

—Sí, cuando se me pase iré a por la moto. ¿Qué pasa?

—Que estoy pensando que necesito un coche. De segunda mano, eh. Baratito. ¿Tú podrías ayudarme?

—Sí, le preguntaré a mis padres y podemos ir a ver algunos a los concesionarios.

—¡Gracias! Eres un sol.

Sí, un coche me iba a aportar la libertad que necesitaba, me iba a permitir

visitar los pueblos sin depender del transporte público, me iba a ofrecer más horas útiles al día, sin tener que pensar en que anocheecía pronto e iba a ser mi auto regalo de cumpleaños.

Eran las diez de la noche y mi teléfono empezó a sonar insistentemente. Era *Maldito Gregorio* que, para variar, se habría acordado a última hora de mi cumpleaños. Evidentemente no respondí, pero no pude evitar recordar una de las broncas rocambolescas que pudimos haber tenido una noche pero que, como siempre, había preferido evitar. Estábamos ahí, desnudos, haciéndolo por fin después de dos días de bronca, más casi una semana de regla, más dos días después en los que Gregorio había estado pachucho... Y, en plena faena, él para y se pone a apagar el móvil. Que le estaban desconcentrando los WhatsApps que llegaban, dijo. ¡Ja! Si no lo conociera... Lo que estaba era emparanoiándose con las ondas, que nos freirían el cerebro... Lo conoceré yo... Pero no le di importancia porque estaba tan tensa y tan estresada que lo necesitaba de la manera más carnal y terapéutica posible. No iba a atascarme con otra de sus ideas raras de: «El fin del mundo va a llegar porque estamos rodeados de artilugios que saben y tienen más capacidades que los humanos».

Sí, como era de esperar, terminé llorando y dormida por el agotamiento y los resquicios del alcohol que aún me quedaban en el cuerpo. Unos días después Marga me llamó diciendo que un amigo de su padre vendía un Polo, antiguo, pero en buen estado. Del año 1998, casi ciento ochenta mil kilómetros y recién pintado.

—Vale, Marga. Lo importante. ¿Y el precio?

—Mil cuatrocientos euros.

—¡Marga! ¿Se te ha olvidado que estoy en paro?

—No, de eso también quería hablarte. Los dueños del coche lo venden porque han tenido mellizos y no pueden estar sacando y metiendo niños en un coche de tres puertas. ¿Te he dicho que tiene tres puertas?

—No, no me lo habías dicho.

—¡Hala! Pues ya lo sabes. Están buscando a alguien de confianza para que cuide de los pequeños cuando no pueden cuadrar los horarios de trabajo. No son muchos días a la semana, pero algo es algo. Si te interesa...

—¡Sí! —dije mientras hacía cuentas. Con los seiscientos que me habían regalado mis padres ya no me parecía tanto saqueo a mi colchón, y, además, si me lo vendían y encima me daban trabajo, seguro que el vehículo no podía estar en malas condiciones. No iban a estafarme sabiendo que, si me quedaba

al cuidado de sus hijos, iban a verme la cara a menudo

Pues sí, unos días después contaba con coche y tenía ganas de probarlo. Desde que compré las guías de viaje, había estado mirándolas y leyéndolas con detenimiento y uno de los lugares que me había llamado la atención estaba en el norte; era un faro y no parecía estar lejos. Conduje, caminé, respiré aire puro y, a la vuelta, era otra persona. Cogí de nuevo el libro y empecé a fijarme en todos los detalles. Las paredes de piedras que acotaban todos los caminos de la isla se conocían como «pared seca» y le daban al lugar un aspecto muy característico.

No sabía que la isla tenía una superficie de unos setecientos dos kilómetros y que había sido declarada por la UNESCO como Reserva de la Biosfera. Tampoco sabía que había una gran tradición de artesanos de lo más variopintos: joyería, madera, calzado, queso, embutido, cosmética, pintura, escultura, licores..., la famosa ginebra con la que se elabora la «pomada» que me hicieron probar una noche Marga y Ona, hecha a base de gin Xoriguer, zumo de limón, refresco de limón y sin hielo. Que no es que no me guste, que rica está un rato, pero como la preparan, la meten al congelador para que se granice y te la bebes tan a gusto sin darte cuenta de la cantidad que ingieres..., pues hasta ahí mi recuerdo de esa noche, claro. Es la bebida que se toma en todas las fiestas que se celebran a lo largo del verano en la isla, en la que los principales protagonistas son los caballos y la gente a su alrededor. Que esa es otra, en las fotos se veía demasiada gente en comparación con las personas que yo había visto desde que estaba aquí. También me llamó mucho la atención saber que el puerto de Mahón, además de ser precioso, es uno de los puertos naturales más grandes del mundo.

Julia y Eric, así se llamaban los bebés que había empezado a cuidar las mañanas o tardes que sus padres tenían que trabajar estaban sacando a relucir una parte que no sabía que tenía. Me encantaba cuidar de ellos, la hora del biberón, acunarlos cuando lloraban y saber que en mis brazos se encontraban protegidos, queridos o al menos a salvo. Lo de los pañales no me hacía especial ilusión, pero reconozco que al tercer día ya le había cogido el truco. Me pagaban muy bien, no es que supiese las tarifas, pero a mí me lo parecía. Al principio, eran doce euros la hora, pero como tenía que desplazarme unos cuantos kilómetros y, además de que a los niños parecía gustarle estar conmigo, sabían que si tenía que quedarme más tiempo del que me hubiesen dicho en principio o si me llamaban con poca antelación no me importaba,

decidieron subirlo a quince euros la hora. Si llegaban tarde insistían en que me quedase a almorzar o a cenar y la verdad es que esos momentos, compartiendo mesa, mantel y, sobre todo, comida casera hacían que saliese de ahí con una sonrisa dibujada en mi rostro.

Cuando no estaba con los bebés dibujaba, paseaba, salía con las chicas a tomar algo, iba a hablar con Carol (la chica de la galería Artara que, de tanto ir a ver las exposiciones, ya nos habíamos hecho amigas), hacía deporte, la compra, visitaba los Poblados Talayóticos que, aunque ya los conocía gracias a unas fotos de una presentadora de Telecinco que había visto hacía tiempo en una revista, me sorprendieron para bien... En definitiva, hacía cosas normales y que no implicaban desgaste emocional en absoluto. Me estaba adaptando a vivir al ritmo lento del que tanto presumían los menorquines; me estaba sentando bien.

La lluvia que caía casi todos los días me recordaba muy amablemente que aún era invierno, pero esta mañana había amanecido totalmente despejado. Un cielo azul y precioso que me animó a ir a pasear hasta una cala. Tenía que llegar en coche hasta un aparcamiento de tierra y caminar por «Camino de Caballos» (así se llama el sendero que rodea la isla y por el que siempre hay algún que otro excursionista a pie, bici o caballo) durante diez minutos. ¡Menudo bofetón me llevé al llegar! Había acumuladas montañas de una especie de tiras marrones y negras que desprendían un olor muy desagradable. ¡Ahí estaba! La famosa planta posidonia que no retiraban de las playas por no romper el ciclo natural. Seguro que tampoco aparecía este dato «curioso por oloroso» en los folletos de las turoperadoras. Abandoné la excursión y volví a casa. Menos mal. Empezó a llover de lo lindo así que comí y me tumbé a escuchar música un rato, no me apetecía hacer otra cosa. Se me había vuelto el día tonto y no tenía pinta de cambiar.

Llamé a casa. Hablábamos a diario y a veces incluso varias veces al día. Por allí, todo marchaba bien excepto cuando mi madre empezaba a querer solucionarme la vida con sus «hija, vuélvete ya», «¿has encontrado trabajo?», «al menos estarás buscando, ¿no?», y «¿qué haces ahí todo el día?, ¿no te aburres?».

—No, mamá. A todo no.

No siempre me tocaba a mí; a veces proyectaba su aburrimiento con mi hermano y su novia. «No te imaginas lo pesados que están», «Javi, mi Javi, ya no es el mismo», «la gorda lo está cambiando».

—Mamá, la muchacha no está gorda. No seas desagradable. Y si estuviese gorda, ¿qué pasa? ¡A ti qué más te da!

—Te digo yo que desde Navidad ha cogido por lo menos diez kilos.

De vez en cuando también hablaba con Sandra por teléfono. Con los demás, esporádicamente y por mensaje, poca cosa más y tampoco lo necesitaba. Con saber de Sandra me era suficiente. Lo de que los amigos se cuentan con los dedos de una mano es una verdad como un templo y poner distancia me estaba sirviendo de criba total y absoluta.

Otra de esas noches de invierno en las que daba igual si era lunes que jueves, porque llevaba lloviendo desde no sé cuándo, hacía un frío que bien podría ser polar y el viento no era precisamente una brisita suave que mueve las cortinas y da un toque romántico a la velada. Ni siquiera un poco de airecillo desagradable. Era casi un tornado nivel 2 de la escala Fujita-Pearson; de los de preocuparse por sí vuelan las antenas del tejado y hay que ir a buscarlas al campo de fútbol más cercano. Que no es que yo entienda de tornados, pero tuve que corregir un artículo para el periódico y se me quedó el nombre grabado en la parcela de la memoria que solo tiene utilidad si juegas al trivial.

En la televisión no había nada que mereciese la pena, así que decidí poner música y relajarme. Que fácil parecía que iba a ser todo, hasta que empezó a sonar en Spotify: *Rosas*, de la Oreja de Van Gogh. Evidentemente me había equivocado al seleccionar la lista de reproducción y no, al contrario que en la canción, yo nunca esperaba con la carita empapada que llegaras con rosas, con mil rosas para mí..., y entonces, como si de un *déjà-vu* se tratase, me vi envuelta de nuevo en ese momento tan surrealista que viví solo tres días después de dejar el piso que compartía con Greg. Creo que era día treinta.

Yo estaba en casa de mis padres, tranquilamente. Ellos habían ido a una feria de proveedores y Javi tampoco andaba por allí. Se había ido a pasar el día con ¿Lidia? No, Sonia, se llamaba Sonia su novia a la que ninguno de nosotros conocíamos en ese momento e incluso, a veces, dudábamos de que existiese. Por mi parte, presa del aburrimiento, había decidido empezar con la operación «mente sana y corpore sano» antes de que llegase enero, que luego todo eran prisas para que el verano me cogiese medio a gusto conmigo misma y acababa de encender el hervidor de agua para preparar una infusión de jengibre con limón (depurativa y nada de teína ni cafeína por el momento,

que bastante tenía ya), cuando sonó el timbre. Abrí la puerta y en primer momento pensé que se habrían equivocado, porque no, no podía ser él. No se le podía haber ocurrido presentarse allí de ese modo, no le pegaba. Pero Sí. No era él exactamente, no en carne y hueso, pero sí en espíritu y rosas. Muchas rosas. Por lo menos treinta rosas rojas. ¡Y encima rojas!

—¡Manda huevos! —solté al darme cuenta de la situación e imaginar por dónde venían los tiros.

—No, huevos no. Nosotros solo mandamos flores —dijo muy gracioso el repartidor—. Hola, ¿Inés Castro?

—Sí, soy yo.

—Venía a entregar esto.

—Pues no las quiero, te las puedes llevar —respondí con desprecio ante la mirada atónita del chico, que alucinó.

—Yo... Yo no puedo hacer eso. Tengo que entregarlas y llevar el recibo firmado

—¡Pues no las quiero! Puedes tirarlas al primer contenedor que encuentres —dije soltando parte de la mala leche que había estado acumulando desde hacía días y proyectándola en alguien que no tenía culpa alguna

—No creo que sea buena idea. Tienen una nota que igual le gusta o le sorprende —señaló el chico con intención de que cambiase de opinión, mientras arqueaba las cejas de manera divertida

—¡Ah! Qué, ¿la has leído?

—Más bien la he escrito.

—Muy típico de él... No se ha molestado ni en ir a la floristería...

—Yo solo cogí el mensaje por teléfono y es muy bonito, créame. Además, señora..., valen una pasta.

—¿Cómooo? —solté yo mientras Inesastra asomaba la patita.

—Que son carísimas y se nota que la quiere mucho —añadió el repartidor con toda la naturalidad del mundo. Inocente él. La que se le venía encima

—¿Señora? —dije con muy malas pulgas.

—Esto... No... Mujer... Chica... —empezaba a tartamudear y con razón, porque mi cara debía ser un poema.

—Si tanto valen, vete a la plaza de tu barrio y las vendes de una en una. O mejor, llévaselas a la Virgen de la Fuensanta y a ver si te hace el milagro

de arreglarte la vista y de encontrarte un trabajo de verdad, que no creo que te paguen una mierda llevando hierbajos a domicilio. —Ahí estaba, Inesastra tomando por su cuenta el control de la situación.

—Eres la primera persona que ve las rosas rojas como hierbajos, pero bueno. Y no, la verdad es que no me pagan mucho... Vamos, casi nada, pero no quería ofenderla. Si no es que parezca usted una madre ni nada.

—¿Una madre? ¿Te parezco una madre? —Explosión en 3, 2, 1...

—No, no... Pero con ese pijama... ¡Yo que sé! —dijo el chico que no sabía ya por donde salir.

—¡Es invierno! ¡Qué quieres que lleve! ¿Un tanga?

—Hombre, pues mejor. Seguro que te quedaría...

—¡Niño! ¡Un respeto! ¡Que podría ser tu..., tu..., tu hermana!

—Ya... —se rio burlón. Me había pillado en el intento de ponerme digna y había caído en mi propia trampa—. Una madre no está tan buena; bueno, mi madre no está buena, ni un poco buena... Así que no te preocupes, que no pareces mi madre.

—Será mejor que te vayas, que te estás entreteniéndome demasiado, vas a volver corriendo con la moto, la policía te va a parar y te van a echar de la empresa. —Aunque no tenía pinta ni de tener un contrato laboral en condiciones.

—¡Qué va! A los repartidores de pizzas, de flores, del chino... A nosotros no nos paran nunca. Tenemos inmunidad —respondió vacilando.

—Si, o ellos tienen flores y comida gratis —dije ahora muy sobrada y un poco divertida, tengo que reconocerlo.

—Ja. Eso sería una opción, pero entiende que yo de política de empresa no hablo...

—¿Y ahora hablas como si fueses el jefe? FLI-PO.

—Bueno, técnicamente soy un poco jefe... Mi padre es el otro socio.

—Ya... Tienes tú una pinta de empresario...

—¿Eso qué quiere decir, Inés Castro? Eres la primera clienta que me insulta —dijo el chico intentando poner cara de jefe de recursos humanos a punto de hacer escabechina.

—Yo no soy clienta ni hostias y que por los granitos de tu frente y por lo rápido que te has puesto colorado y contento —añadí, señalando a sus partes —, no debes tener ni veinte años.

—Uiii... ¡Casi!

—¿Casi acierto?

—Casi veinte años... —dijo divertido mientras jugueteaba con el casco de la moto, intentando ocultar el bulto de su pantalón.

—¿Ves?, lo que yo decía. Esta conversación se está alargando de más, ¿no crees?

—No. Y si quieres nos tomamos unas cañas y seguimos —dijo con cara de polvo precoz que tiraba para atrás.

—Anda, anda... Vete a explotarte esos granos, a tocarte la churra, a ligar por el móvil, a cazar Pokemon o a lo que quiera que hagáis los chiquillos de hoy en día. Además, no puedo. En unos días me voy a vivir a otra ciudad, que digo ciudad, a una isla —comenté, dándome más importancia de la que tenía, que no tenía ninguna—. No tengo tiempo que perder... —concluí con tono chulesco y sin entender yo misma por qué estaba llegando la conversación a ese punto.

—Sí... Ya.

—¿No me crees?

—Sí, sí, todo sí. Pero si vuelves de esa isla con ganas de explotarme los granos de la frente, llámame. ¿Me las llevo? —preguntó, moviendo el ramo de rosas.

—Sí.

—¿Seguro? ¿Y la nota? —insistió por última vez.

—Seguro. Adiós —sentencié, despreciando las flores con la mano.

El chico se dio la vuelta y cuando ya se estaba marchando y se giró de pronto y...

—¡Pajas! Inés Castro. Los de ahora, como los de su edad, lo que nos hacemos son pajas a dos manos mientras miramos a tías en pijamas de ovejitas rosas y verdes.

Arrancó la moto y se fue a toda velocidad. *Minipunto* y punto para el repartidor con acné. Cerré la puerta y tras ella, la conversación más interesante que había tenido en horas, que digo horas, días. En ese momento llegó a mi móvil un mensaje de texto: «*Espero que te hayan gustado. Para esta noche tengo más..., y vino. Tenemos que hablar y solucionarlo nena. ¿Me has perdonado ya un poco? Te quiero*».

¿AHORA? ¿Rosas ahora? ¿A mí? ¿Por qué no me las mandaste cuando hicimos un mes de novios? ¿O dos? ¿O en una de las primeras cenas románticas? O en mi cumpleaños, santo, Reyes, San Valentín, graduación,

carné de conducir, diploma de inglés, curso de ofimática avanzado, después de mi primera clase de *crossfit* completa y sin vomitar, cuando dejé de ser becaria y por fin me contrataron... O cuando me dijiste que nos fuésemos a vivir juntos o... Espera, ¡mejor!, cuando me pediste que celebrásemos nuestra NO BODA... ¡Menudo paripé! Menos mal que no pasé por el reportaje fotográfico... ¡¿A ver que íbamos a hacer ahora con tanta pose y amor cornudo?! Mira si has tenido opciones, capullo. ¿Pero ahora? Ahora te puedes montar con ellas un jardín vertical en tu propio culo. Vamos que, en todo este tiempo, cuando alguien hablaba de regalar flores, tú montabas en cólera porque era un negocio basado en criarlas, cortarlas, comprarlas y a la semana, tirarlas. Que mejor era regalar una maceta para poder regarla. Otra de tus chorradas ecologistas al ataque (para vapulearlas cuando más te convenía, claro). Y ahora, para arreglar lo jodidamente *hijodela gran* que has sido conmigo, puedes tirarte el moco, la casa por la ventana y limpiarte el trasero con la ecología y tus principios... Si es que no eras nada excepcional, solo otro de ESOS que cree que con flores va a arreglar lo que no tiene, ni tendrá arreglo nunca, al menos en mi caso.

Y es que las flores pueden ser un regalo precioso cuando todo marcha de maravilla o la prueba irrefutable de que te la están pegando cuando tienes sospechas. De eso no tengo duda y debería patentarlo como método antifraude emocional, si eso fuese posible, porque, funcionar, funciona siempre.

No, no os engañéis. Si nunca os han regalado flores y se presentan así porque sí con ellas... Uhh... Malo. Huele a chamusquina. No os creáis que, de repente, se han vuelto detallistas. Igual vais rayando techos con la cornamenta y sois las últimas en enteraros, como yo.

En ese momento me vino a la mente la pobre maceta, sin culpa alguna, que me regaló en mi veinticinco cumpleaños, como último recurso, de la floristería de debajo de casa. Que no es que yo odie las macetas, pero como regalo de novio en un día especial deja mucho que desear. Hasta ella sabía que yo no la quería, así que decidió ahorrarme el trago y morirse ella sola. Pobre *Anthurium* auto disecado.

Tendría que haberle hecho caso a Inesastra ese día, que intentaba marcar en mi pecho a fuego, como si de una res me tratase, la palabra «IDIOTA» y me gritaba como si no hubiese un mañana: «Rómpele el tiesto en la cabeza. ¡Qué mierda de regalo es este! Lo menos romántico que he visto en mi vida.

¡Quita, lerda! ¡Que se lo estampo yo y del golpe lo mando para el otro barrio! Fíjate, se va a llevar hasta las flores incorporadas para el entierro».

Justo en ese momento sonó el teléfono y ¡bendita Ona! que me llamó para contarme su mal de amores y sacarme del mío propio.

—A ver, tranquilízate que no merece la pena.

—Pero es que ha vuelto a hacerlo, Inés. Y ya van tres.

—Lo sé, cariño. Ya te hemos dicho que de la primera tiene él toda la culpa, pero de las siguientes, también eres tú responsable. Si tanto lo quieres no lo dejes acercarse a ti, por mucho que te prometa, hasta que de verdad veas que ha cambiado. Que no mereces que te utilice —dije intentando no sonar muy dura, pero con la intención de abrirle los ojos.

—Ya, pero es que habíamos hablado y estábamos tan bien que...

—Bueno, en primer lugar, deja de llorar. Y en segundo, abre una botella de vino.

—¡Pero si estoy trabajando! Y para colmo, él también. Que ya empieza a haber clientes a menudo y está casi siempre por aquí.

—¡Ah! ¡Pues no! Nada de vino entonces y nada de ir a su despacho. Tranquilízate y límpiame el maquillaje, que imagino que llevas la máscara de pestañas por el cuello. Los clientes no pueden verte así.

—¡Tienes razón! Salgo a las ocho; cuando duerma un poco te llamo y almorzamos juntas, ¿te parece?

—Claro que sí. Intenta no pensar mucho esta noche y, sobre todo, no vayas a su despacho ni aunque te llame en calidad de jefe, que él es contable y en ti no manda.

—Entendido, *cordosiesa*. Un beso y ¡mil gracias por escucharme!

—¡Un beso!

La verdad es que la situación de Ona no era nada cómoda. Ella, la niña más guapa que te puedas cruzar por la isla, enamorada del mayor capullo que se pueda imaginar. Que no tiene nada que ver, claro, pero cualquier madre (o la mía al menos) diría que lo olvidase y buscase a otro, que los novios están hechos, pero no. La cosa no es tan sencilla.

Según me contó, se habían conocido el día de la entrevista de trabajo. Ernesto le había dado personalmente la bienvenida y le había hecho el tour completo por el hotel. Se había presentado como su jefe, cuando realmente era jefe de contabilidad. Tenía diez años más que ella y desde el principio mantuvieron una relación intermitente, descompensada y desafortunada. Que

no es que yo esté en contra de las relaciones con tanta diferencia de edad ni mucho menos, pero él ya sabía más de la vida de la cuenta y, en vez de acompañarla en el camino, pretendía enseñarla, ignorando que, cuando alguien te quiere, te deja volar, vivir, sentir y aprender de la experiencia propia y no te obliga a saltarte capítulos de la vida solo porque ya los ha vivido. Y sin obviar el detalle más relevante, Ernesto estaba casado y bien casado.

Así fueron pasando los días lluviosos. Algunas noches me sobrevolaba la sombra de *Maldito Gregorio* y todos los años que había tirado por la borda, otras, me arrepentía de no haber sido más valiente, otras, las pasaba en blanco, sin dolor, sin recuerdos, sin reproches. Fueron distanciándose en el tiempo los días lluviosos, aunque la humedad persistía. Las tardes se hacían más larga y hasta la luz de Mahón parecía estar cambiando. Sí, el sol le daba un aspecto diferente a todo lo que me rodeaba y, sorprendentemente, mejoraba mi estado de ánimo.

En otra de las visitas a Argos, decidí cómprame un estuche de lápices de colores, acuarelas, pinceles..., y empecé a llenar de color muchos de los diseños que ya había hecho y un mayo que se presentaba diferente a todos los demás. Para bien, para mal... Aún no lo sabía, pero por si acaso, aprovechaba cada rato de sol para ir a pasear por la playa e ir cogiendo colorcito, que por mi tono de piel pareciera más que estuviese viviendo en Galicia que en una isla paradisíaca.

Playa de Caballería

Segundo jueves de junio. No había más de diez coches en el aparcamiento cuando llegué a la playa. Tampoco eran más de las cinco de la tarde. Bajé las escaleras de madera que conducen a la arena y que cruzan la zona de rocas rojizas que todos hemos convertido en arcilla alguna vez para untar el cuerpo y hacer la típica foto simulando ser indios y caminé hasta mi sitio. Sin darme cuenta hice un gesto de desaprobación y chasquéé la lengua al ver que había dos toallas y algunas cosas más ocupándolo. Esta manía mía de ser tan territorial y elegir siempre el mismo lugar en cada playa, en la biblioteca o en el sofá tenía que cambiarla. No tengo que dejar que eso me condicione tanto el día. ¡No va a cambiar mi suerte por sentarme en otra silla! Me recliné.

Me instalé a unos metros. Leí y tomé el sol, al menos durante dos horas. Cada vez había menos gente en la playa, que estaba especialmente silenciosa ese día. Vine a este lugar el primer día que salió el sol en febrero y, aunque el día no acompañaba por las fuertes rachas de viento, ya me enamoré de este rincón de la isla. El faro, las cabras campando a sus anchas y acercándose sin miedo al coche, el color rojizo de la roca contrastando con los verdes de la vegetación redondeada, el mirador antes de llegar a la playa, la playa en sí,

bastante grande para la idea que yo me había hecho, las mariposas revoloteando sin miedo...

Caminé hasta la orilla y, aunque esta tarde no tenía ganas de nadar (o más bien de tener que lavarme el pelo por segunda vez) paseé un poco, refrescándome los pies, mientras pensaba en que podría ponerme para la fiesta de esta noche. Cuando caminaba de vuelta a la toalla, empezó a sonar un móvil de forma insistente. Miré a mi alrededor y ya solo quedaba una familia al principio de la playa (demasiado rubios y blancos de piel como para ser españoles), las toallas en mi sitio robado y mi pareo y bolso de playa a la derecha. Me acerqué hasta las toallas, cogí el teléfono, en la pantalla ponía «Tr: Rod» y me atreví a descolgar.

—¿Dónde estás?

—¿Cómo que dónde estoy?

—Eh, hola, hola. Tienes el móvil de mi amigo —dijo un chico con voz un tanto asombrada— ¿Le puedes decir que se ponga?

—¿Hola? —se entrecortaba— Aquí no hay nadie. Creo que habéis perdido algunas cosas en el lugar menos indicado...

—Esto... Sí, se ve que mi amigo las ha abandonado y no sé dónde. Porque, espero que no se haya ahogado...

—¿No sabéis dónde habéis perdido unas toallas, dos carteras, unas llaves de coche y un teléfono móvil? Que, por cierto, me vendría muy bien... Aquí no tiene pinta de haberse ahogado nadie... —dije deteniéndome por primera vez a mirar lo que había sobre la arena.

—Esto, no... No lo sé.

—Vaya... No lo sabes. —respondí con tono incrédulo y un tanto maleducado.

—Sí, vaya. Lo que sí sé es que mi amigo es bastante estúpido, que me ha dejado tirado, que ahora mismo estoy en el parking de Caballería y que me gustaría recuperar nuestras cosas. Sobre todo, las toallas... —apuntó con tono burlón— ¿Me lo devuelves, por favor? ¿Puede ser?

—Eh... No —contesté cortante.

—¿No? ¿Por qué no?

—Ahora mismo, no.

—¿Cómo que no? —dijo de manera insistente.

—Que no, *Memoria de Pez*. No es mi problema que no recuerdes dónde has dejado tus cosas. He venido a disfrutar de la puesta de sol y si sigo

hablando contigo o subo hasta el aparcamiento a llevarte todo esto, me la perderé —le contesté muy calmada.

—Entendido. Disfruta de tu puesta de sol. Aunque aún falta más de media hora. Yo esperaré.

—Espera sentado.

Y colgué. Dejé el móvil donde estaba y volví a mi sitio, con la impresión de haber cometido un gran error al responder al teléfono. También podría haberle dicho que estaba en la playa, pero la conversación había sido tan extraña, que ni siquiera se me había pasado por la cabeza. Me puse el vestido blanco que había traído, me recogí el pelo en una coleta bien alta, me senté en el pareo y miré la hora en el móvil. *Memoria de Pez* tenía razón, el sol bajaría en unos veinte minutos, así que después de leer los Whatsapps de Ona y Marga, me tumbé.

Algunos minutos más tarde escuché un ruido y me asusté. Al girarme vi que era alguien que bajaba a lo lejos, por las dunas, lo más normal del mundo, y me calmé. Soy demasiado asustadiza a veces, me recriminé. Me quedé sentada, contemplando el brillo tan especial que tienen el agua de este sitio a estas horas, cuando el sol ya está bajando. En días como este me encantaría que mi madre pudiese estar aquí conmigo, disfrutando de estos momentos. Aunque también sé que me pondría la cabeza como un bombo, hablando sin parar y haciendo fotos para enseñárselas a sus amigas... Durante la mañana me parecía que predominaban tonos azulados y por la tarde se me volvían verdosos, pero lo de los colores y la percepción de los mismos, es algo bastante personal.

Tuve esa sensación de que te están observando. Me giré para comprobar que, de nuevo, no era nada y di un pequeño respingo, acompañado por un leve chillido. Había un chico sentado detrás de mí, a tan solo un par de metros, aguardaba tranquilo, con los pies en el suelo y las rodillas dobladas.

—Tranquila... —dijo sin moverse.

—¿Qué haces ahí? —pregunté con un hilo de voz y sintiéndome estúpida por esa pregunta, puesto que el chico podría estar haciendo en la playa lo que le viniese en gana.

—Tranquila —repitió— Solo espero sentado —dijo con voz de media sonrisa.

Giré la cabeza y asomó una sonrisa a mi cara y aunque ya estaba de espaldas, creo que él también la pudo intuir.

—¿*Memoria de Pez*? ¿Qué quieres? —volví a preguntar, sin girarme.

—Solo venía a recoger mis cosas.

—Están en el mismo sitio que las habéis dejado —dije señalando con la mano.

—Sí, las he visto, pero estoy esperando, sentado, a que disfrutes de tu puesta de sol. No quiero ser yo quien se cargue este jueves.

—Esto... vale. —afirmé, colocando bien mi sombrero que se había volado e intentando no hacer más movimientos de los estrictamente necesarios.

Entonces noté cómo se levantaba y se acercaba a mí, situándose a la derecha. Estaba descalzo y llevaba puesto un pantalón negro corto, de esos para correr y una camiseta técnica sin mangas, blanca con algún detalle negro, pero no parecía venir de hacer deporte, no se le veía sudando, ni acalorado, ni si quiera un poco cansado. El aire empezó a pesar, mucho, y a mí a faltarme la respiración. Pero, esta vez, no era como esas veces en que se me hace de noche y tengo que caminar sola por alguna calle que me da repelús, era otra cosa. No sé qué era, pero no era miedo, eso seguro.

—Creo que desde este sitio la puesta de sol se disfruta mejor. ¿Puedo? —me dijo señalando mi pareo de elefantes, comprado un día de mercadillo en la Explanada, y con intención de sentarse. Lo miré con cara de pocos amigos y contesté.

—De hecho, desde ahí —dije señalando a sus toallas— es desde donde se ve mejor. Ese es mi sitio.

—¿Ese es el problema? ¿Qué hemos ocupado tu sitio? No te preocupes. Tú no dejes de mirar al mar —dijo mientras se agachaba y me cogía en brazos con un movimiento impecable. Yo, reaccioné pasando mi brazo izquierdo por encima de sus hombros, queriendo evitar caerme, y ejercí un poco de fuerza al ver que, mientras se estaba agachando, soltó su mano derecha para apoyarla en el suelo y no llegar de un culetazo. Un segundo después estábamos sentados en una de sus toallas. Me dejó frente al mar, sentada entre sus brazos. Mis piernas dobladas pasaban por encima de su pierna derecha y la izquierda me hacía de respaldo. Llevó sus brazos y espalda ligeramente hacia atrás, apoyando las palmas de las manos en la arena, guardando cierta distancia con mi cuerpo, hecho un bloque desde hacía unos minutos.

—Ya puedes disfrutar de tu puesta de sol charlatana, yo pienso hacer lo

mismo.

No sé en qué momento se perdió el sol, ni mi valentía. No fui capaz de moverme ni de articular palabra. La tensión me abandonó y hacía rato que no notaba mi cuerpo. Era la mejor puesta de sol de la que había disfrutado nunca, aunque todo estuviese siendo tan extraño y aunque solo fuese a durar unos minutos.

—Te has quemado los hombros —dijo rozando mi brazo con la punta de sus dedos, consiguiendo que mi piel se erizase al instante.

—Qué exagerado... —quise restarle importancia—. Está empezando a hacer frío —comenté mientras comenzaba a levantarme. Él me ayudó, apoyando su mano izquierda en mi espalda.

Fui hasta mis cosas y, mientras recogíamos todo lo que teníamos en la arena, vi cómo sonreía de forma disimulada y probablemente yo tendría las mejillas tan rojas como la arena de este precioso lugar.

—Ha sido muy chula —dijo mientras subíamos las escaleras de madera que conducen al camino de tierra que sube hasta el aparcamiento.

—Ya...

—De hecho, ha sido la mejor puesta de sol que he visto nunca.

No fui capaz de decir nada más, ahora sí que debía estar roja como un tomate de pera bien maduro. Él no había mirado al mar en ningún momento, de hecho, no había apartado su vista de mí durante el tiempo que habíamos estado sentados en la playa y yo tampoco había sido capaz de concentrarme en la caída del sol.

Hicimos todo el camino en silencio, uno al lado del otro, a no más de quince centímetros de distancia. A mitad de camino hay un mirador, con dos mesas de picnic de madera, y, como siempre, hice una pequeña pausa para grabar el lugar en mi retina. Él detuvo su marcha y esperó paciente, sin decir nada. Quiero pensar que no quiso romper mi momento (por no querer pensar que le había parecido una tonta del culo embobada con el paisaje). Unos segundos más tarde, ambos reanudamos la caminata y, en no más de cinco minutos, habíamos llegado a las puertas de madera y piedra que dan paso al parquin.

—Gracias por no quedarte con el móvil —dijo mientras caminaba, de espaldas a mí ya.

—Gracias por devolverme mi sitio —respondí mientras abría el maletero para dejar el bolso de playa.

—Tenías razón, ese era el mejor sitio —afirmó, abriendo la puerta de un todoterreno oscuro.

Él salió primero del aparcamiento, levantando bastante polvareda y haciéndome un gesto con la mano para despedirse, mientras se asomaba por la ventanilla para regalarme otra media sonrisa torcida. Se había puesto unas gafas de sol negras, que, por cierto, le quedaban bastante bien. Le devolví el saludo y arranqué, aunque más despacio. Yo no llevaba un todoterreno y era mejor no salir de ahí haciendo rally con un coche tan pequeño y antiguo si quería que siguiese funcionando.

La vuelta a casa la hice literalmente de memoria, sin prestar atención a las señales de tráfico, sin, ni si quiera, sentir la música que llevaba puesta en el coche. ¿Qué había sido eso? ¿Qué había pasado? ¿Quién era el chico que me había sacado de mis casillas por teléfono? ¿Cómo se había atrevido a observarme de esa manera, querer sentarse en mi pareo y, sobre todo, cogerme en brazos y llevarme hasta la mejor puesta de sol de la historia? ¿Charlatana yo?

—¡Qué cretino! exclamé en voz alta.

Sí, solo es un cretino creído, capaz de invadir mi espacio y meterse donde no lo llaman. ¡Qué cretino más guapo! Tuve que reconocer con cara de estúpida. Me habían impresionado especialmente sus brazos, definidos y fuertes, pero no excesivamente musculados. «Está muy moreno», pensé mientras reducía la marcha para incorporarme a la carretera principal.

Me fijé que llevaba un cordón, se intuía un colgante, pero no pude ver que era. ¡Qué idiota eres! No podías ser una persona normal, agradable, saludar de forma cordial y presentarte. Asomó la vocecita que vive dentro de mí, pero conseguí frenarla a tiempo.

Entré en casa, abrí el agua fría y me di una ducha más larga de lo normal. Puse la cabeza debajo del rociador de agua, olvidándome de la fiesta de esta noche. No importaba, luego me rizaría el pelo, pero ahora necesitaba parar todo lo que estaba pasando por mi mente, más revolucionada hoy de lo habitual.

Al salir de la ducha me puse una camiseta larga, unas bragas negras, anudé una toalla en el pelo, fui hasta el frigorífico a por un vaso de zumo de naranja/mango (el de naranja solo que viene en tetrabriks hacía meses que no podía ni verlo y no es que no me gustase, pero me recordaba a esa última vez que estuve *enferma-casiparamorirme-solaycornuda*) y conecté el Bluetooth

del móvil al altavoz portátil.

Normalmente, al encender la música consigo neutralizar mis pensamientos, y caminar danzando me ayuda a destensar el cuerpo. Normalmente. Me costó varias canciones salir de ese estado, pero mi cuerpo no pudo resistirse a la voz de Sam Smith en *I'm not the only one*.

Caminaba al ritmo de la música, preparando el modelito que llevaría a la fiesta de la luna llena, escogiendo un par de zapatos de tacón bien altos y desenredándome el pelo con bastante trabajo porque había olvidado ponerme mascarilla. Me arrepentí de haberme mojado el pelo. No merece la pena tirar por la borda dos horas de secador y plancha en verano por ningún tío. ¡Y menos por uno como el de la playa! Que ni se ha dignado a presentarse... Bueno, tú tampoco es que hayas estado muy simpática, Inesita. Que vaya humos te gastas últimamente... Para algo interesante que nos pasa en meses... Lo de *cordosiesa* te viene que ni pintado chica... ¡Lo que me faltaba! Yo he sido como tenía que ser, además, no tengo que ser simpática si no quiero. Ya..., ya..., Mira, déjame en paz, que al final llego tarde.

No tenía muchas ganas de discutir con el bicho que vive dentro de mí, así que preferí cortar la discusión y seguir a lo mío. Una hora y media después sonó el timbre. Ya sabía que eran Ona y Marga.

—Venga, que estamos en doble fila —gritó Marga.

—Ya bajo. Dije cogiendo el telefonillo con una mano y con la otra un bolígrafo para apuntar en un post-it un par de nombres. Dejé el boli en su sitio, cogí el bolso, un último vistazo en el espejo del pasillo y bajé las escaleras. La famosa y exclusiva fiesta de la luna llena nos esperaba. Solo tiene lugar durante una noche al mes y contando con que el local solo abre los meses de mayo a septiembre. Las oportunidades de disfrutarla eran mínimas.

Al volver de la fiesta de la luna llena

Al volver a casa después de la salida de chicas estaba más despierta que de costumbre. El reloj del salón marcaba las cuatro y media, aunque, en realidad, eran las cinco y media. Pensé que ese reloj, más pronto que tarde, me jugaría una mala pasada y me haría llegar tarde el día menos indicado. Pero vamos, tampoco tenía yo citas tan importantes últimamente como para que fuese imprescindible ser tan puntual como un reloj suizo. Tendré que tirarlo un día de estos porque no he conseguido arreglar la manilla del minuterero, pensé mientras encendía la lámpara de pie.

Al entrar, había visto el papel que dejé en la mesita redonda de la entrada, en el que había anotado los nombres antes de salir y, definitivamente, ahora sí que no iba a poder coger el sueño. Fui hasta el salón, abrí el ordenador portátil y mientras se encendía (tardaba bastante desde hace un tiempo) decidí calentar agua y preparar una infusión. Con una menta poleo estará bien, pensé, y saqué la bolsita del mueble del desayuno. Cogí el post-it amarillo, la taza hirviendo, una cuchara y lo dejé todo junto al portátil, que todavía no había terminado de encenderse.

Entré en la habitación, me senté en la cama y al desabrocharme las sandalias vi que el pisotón que había recibido en la fiesta me había dejado un

rasguño bien marcado. Me puse el pijama del pantalón de lunares blanco y azul marino y me senté frente al ordenador.

Abrí de forma «rutinaria» el buzón del correo, Facebook y Twitter, consiguiendo que el Pc volviese a saturarse un par de minutos más, ¡qué poca paciencia! Vi que no había ningún mail interesante, los mismos de siempre, algo de moda, ofertas de viaje, el número nuevo de la revista gratuita de inglés a la que estoy suscrita pero que llevo sin leer tres años... ¡Bah! Hace meses que no recibo nada interesante, así que cerré la sesión.

En Twitter tampoco me pareció ver nada especial y en Facebook... Miré un poco arriba y abajo, vi una foto de esa misma noche que había colgado Ona (en la que, por cierto, salíamos muy monas) y dejé de disimular y hacer el tonto. No había encendido el portátil a las cinco de la mañana para engañarme a mí misma. Nadie me estaba viendo, no tenía por qué esconderme ni disimular. Así que di un sorbo a mi infusión, cogí el papelito amarillo y lo pegué al lado del teclado mientras me colocaba el portátil en las piernas, dobladas encima del sofá. Dudé. No sabía qué nombre teclear primero. Aquella tarde en la playa, había abierto ambas carteras y había mirado si tenían D.N.I. Pude ver ambas fotos y la identificación de cada uno de ellos, pero ahora no era capaz de asociar las caras con los nombres y apellidos.

—¡Deja de ser tan estúpida! —dije en voz alta. Y tecleé el primero de los nombres: «CARLOS JIMÉNEZ FRAU». Cinco resultados.

Fui viendo las fotos de perfil y ninguna me recordaba a las dos fotos que había visto en los carnés de identidad. Me detuve en el cuarto chico; sí que me sonaba, pero no de los carnés, así que decidí entrar en su perfil y empecé a cotillear. Tenía algunas fotos en la playa, con caballos, en fiestas rodeado de chicas y en ese momento me di cuenta de que era el acompañante del chico que me había pisado esta noche. «¡Qué pequeña es la isla!», pensé. Vi algunas fotos más y, ahora sí, estaba casi segura, debía ser el amigo de *Memoria de Pez* porque salían en un par de fotos juntos, en grupos grandes de gente.

Vale, está bien, uno de dos. Vamos a seguir. Intenté ver a las personas etiquetadas en esas fotos, pero me topé con una de las opciones de privacidad de esta red social. Hasta aquí había llegado la investigación. Era el momento de seguir y buscar el siguiente nombre.

Volví a la página principal, respiré profundamente sin darme cuenta

aportándole un suspense a la historia que no sé bien a cuento de qué venía, un nuevo sorbo al poleo menta queriendo alargar el momento y tecleé: «59R58T9 J0549 G9RQP». Apareció un mensaje en la pantalla en el que se podía leer: «No se han encontrado coincidencias».

Mis ojos como platos. En ese momento sentí que me desinflaba. ¿No tiene Facebook? ¿Qué tipo de cavernícola es? Seguro que es un rarito que no veas... Entonces, alcé la vista de nuevo, dándome cuenta de que, con tanta prisa, había escrito mal tanto el nombre como los apellidos. ¡Había puesto los dedos en la fila de teclas superior! No me había pasado desde el tercer mes de mecanografía, con doce años. ¡Menudo suspenso me gané ese día!

Me calmé, coloqué los dedos correctamente y volví a teclear el nombre. Esta vez mi dedo se paró un par de segundos antes de pulsar el *Intro*. Finalmente apreté la flecha y empecé a mordirme las uñas de ambos pulgares. RODRIGO MOREI VIDAL Ahí estaba. *Memoria de Pez*. Solo un resultado y solo con un apellido, Rodrigo Morei. Era él. No podía ser de otra manera. No podían existir dos. ¡Madre mía! ¡Qué cara, por favor! ¡Y qué brazos!

La foto de perfil estaba en blanco y negro. Miraba de lado, el pelo un poco más largo de lo que lo llevaba esta tarde en la playa o al menos más despeinado. Los brazos apoyados en lo que parecía una mesa de madera. Me pareció que podría ser en Binisafuller, en el Club Náutico. Aunque no se veía mucho paisaje en la foto, me dio la impresión de que era ahí, ese lugar al que me gusta ir los domingos de primavera a tomar una infusión de la casa Som Tés, mientras leo un libro. Jamás hemos coincidido ahí, estoy segura. Lo recordaría.

Fijé la vista de nuevo en la pantalla y empecé a observar cada detalle. En la foto de portada se podía ver una amplia gama de turquesas propia de cualquier cala del sur de Menorca. La foto estaba hecha desde el agua. Podría ser Cala Fustam, pero no estaba segura porque se veía más mar que entorno. Al recordar esa cala me vino un fuerte olor a alga acumulada, a la famosa posidonia. ¡Qué capacidad tengo para recordar olores! Y este no es de los mejores, la verdad...

Pasé con cuidado con el cursor por la pantalla para no enviar una solicitud de amistad sin querer, ni clicar donde no debía, y me fui directa a las fotos. ¡Qué rabia! Solo podía ver el álbum de las fotos de perfil. El resto debían de ser públicas solo para sus contactos. El contenido del álbum de las

fotos de perfil:

*Foto 1: La imagen en blanco y negro que tenía puesta de perfil. 6 comentarios y 10 me gusta.

*Foto 2: Él apoyado en una pared seca de la isla. 2 comentarios y 4 me gusta.

*Foto 3: Él con un sombrero blanco, de esos baratos que venden en las fiestas y que, por lo visto, todo el mundo termina comprando cuando lleva alguna pomada de más. 16 comentarios y 23 me gusta.

*Foto 4: Él sentado en una terraza, con dos chicos bien guapos. 9 comentarios y 57 me gusta.

*Foto 5: Él de pie, en la playa, con las manos en la cintura. Un contraluz. 6 comentarios y 27 me gusta. Madre del amor hermosoooo... Esos 27 me gustas podrían ser 28 con el mío porque me encantaba la foto.

*Foto 6: Él con tres chicas. Una muy rubia a la que le pasaba un brazo por los hombros y que parecía un koala enganchada a su cuerpo. Y dos castañas. A una de ellas también le pasaba el brazo por los hombros. La otra estaba un poco más apartada y mirando a otro sitio. 10 comentarios y 107 me gusta.

De pronto sentí que esa chica rubia, probablemente una guiri alemana, era la persona más imbécil del planeta. Probablemente se llamaría Emma o Steffi, o algo así. Investigué como si fuese la mayor experta de la Brigada de Investigación Tecnológica del Cuerpo Nacional de Policía cada una de las fotos. Leí todos los comentarios y la verdad es que había algunos bastante ocurrentes; se ve que *Memoria de Pez* tenía unos amigos muy graciositos y después estaba ella, Marta Pons, la primera en comentar cada una de las fotos (excepto la número 6) para recalcarle lo increíblemente guapo que era, cosa evidente para el resto de los mortales. Deduje que esa chica sería la hermana pesada de algún amigo o algún rollete de fin de semana que se había quedado locamente enganchada de él y que, a estas horas, probablemente estaría haciendo lo mismo que yo, revoloteando por su perfil, pero con más suerte, ya que, ella, sí debía tener acceso a todo el contenido.

Volví entonces a su página principal, con la intención de seguir cotilleando, pero lo único que tenía abierto al público era la información básica; nombre, que había estudiado en un colegio de Mahón, que vivía ahí también, que estudiaba en la Universidad de Barcelona ingeniería electrónica de comunicación y nada más.

Pulsé entonces la pestaña «Información», pero no tuve mucha más suerte. Pulsé en «Más información» y solo aparecía su fecha de nacimiento y que estaba interesado en mujeres. ¿Quién pone eso en Facebook? Seguro que está en Badoo o en algún portal de esos para ligar... Vaya imaginación tienes, Inesita. Hace unos minutos lo habías llamado cavernícola por no estar en Facebook y ahora lo habías convertido en un friki de Internet. Sí, mi mente, para variar, iba a toda velocidad.

Me detuve en su fecha de nacimiento y me di cuenta de que solo faltaban unos días para su cumpleaños. Hoy es 9 de junio, bueno ya es 10 y cumple años el próximo sábado 17. Dije en voz alta, calculando los días.

De pronto me puse a pensar si conocía a alguien que cumpliera años en esos días. Me entró curiosidad por saber qué horóscopo sería.

—¡Géminis! Mi padre nació el 13 de junio y es Géminis. Aunque, igual el 17 ya corresponde a otro signo... —dije como si hablase con alguien y como no me aclaraba, cogí el móvil, abrí el navegador y escribí: «Horóscopo 17 de junio»—. A ver... —y cliqué en el primer enlace.

«Géminis. Los nacidos el 17 de junio se toman todo lo que hacen muy en serio. Por muy tranquilos o cómodos que parezcan, se empeñan en alcanzar sus metas y se responsabilizan de sus familiares y amigos. A veces da la impresión de que tienen un plan de vida muy claro. Por desgracia, son tan exigentes con los demás como lo son consigo mismos y a veces llegan a agobiar a quienes los rodean. Como trabajadores o adeptos a una causa, pueden ser extremadamente moralistas y severos, exigiendo que se obedezcan sus deseos.

Los nacidos este día piensan y actúan con rapidez, por lo que se impacientan con facilidad con sus compañeros de trabajo. No suelen ser buenos maestros, pues carecen de la paciencia necesaria para enseñar lo que saben. Si ven que alguien hace algo mal, les resulta prácticamente imposible permanecer al margen y se apresuran a intervenir. Estos individuos pueden ser extremadamente persuasivos.

También les gusta aplicar presiones, ya sea sensuales o abiertamente agresivas, para conseguir que otros hagan lo que ellos quieren. Sus extraordinarias facultades les permiten ejercer mucha influencia en su campo de actividades, incluso después de haberse retirado.

Por lo general, los nacidos este día se imponen tanto física como intelectualmente, aunque pueden carecer de intuición o sensibilidad. De

hecho, suelen ser personas implacables difíciles de conmovir. Muchos alternan entre la desconfianza y la impulsividad. Dado que pasan con tanta facilidad de una actitud madura y responsable a otra caprichosa e infantil (cuando no consiguen lo que quieren), inspiran desconfianza en los demás.

Los nacidos el 17 de junio son buenos planificadores, diseñadores y viajeros, pues casi todos tienen un sentido innato de la orientación y un buen conocimiento del espacio. En algunos casos están tan evolucionados en esta área y sus métodos son tan originales que parecen carecer de la sensatez necesaria para tomar el camino más fácil. Sin embargo, los demás comprenden su lógica una vez que han probado la eficacia de sus métodos.

Los nacidos el 17 de junio suelen ser dados a la exageración y capaces de contar historias fantásticas para salirse con la suya. En efecto, a menudo se complacen en engañar a los demás. Aunque se trate de un juego inofensivo les conviene mantenerlo bajo control. Estos individuos deben evitar el juego: aunque sean inteligentes y hábiles, son vulnerables a las pérdidas y proclives a las actividades inmorales. De hecho, los menos evolucionados pueden llegar a ser hábiles estafadores. Sin embargo, sea cual fuere su sentido de la moral, los nacidos este día no tienen problemas para atraer adeptos a su causa, ya sea ésta personal o pública. Horoscopos.in».

«¡Qué estupidez!», pensé. Los horóscopos siempre los escriben los becarios, ¡qué forma de perder el tiempo!, me recliné. Si yo misma he escrito alguno cuando era becaria... Y cerré la página, dejando el móvil a un lado del sofá. Cerré la sesión en Facebook, apagué el portátil, me cepillé los dientes y me metí en la cama.

Después de un rato dando vueltas en la cama, cogí el móvil y escribí en el navegador: «Nacidos en el 3 de febrero». Quería saber que había escrito ese becario o becaria sobre los que habíamos nacido ese día. Esta vez era el segundo enlace y esto es lo que yo debía ser, según él:

«Acuario. La mayoría de los nacidos el 3 de febrero son extremadamente detallistas en su profesión y tienen un notable dominio de la técnica. Poseen una asombrosa habilidad para manejar materiales y para reparar objetos, desarmarlos y volver a ensamblarlos para que funcionen bien —sí, como el reloj del salón. El día que escribiste esto estabas de resaca, eh becario—. También tiene un agudo sentido de la oportunidad que les permite escoger el momento más preciso para hacer un determinado movimiento en el plano comercial o amoroso. De hecho, las relaciones

sentimentales pueden convertirse en un entretenimiento pasional que en ocasiones raya la obsesión. Estos individuos son muy conscientes de lo que pueden y de lo que no pueden hacer. Su ingenio les permite ser sorprendentemente originales y dominar todas las facetas de lo que hacen. La puntualidad no es uno de sus fuertes, y suelen llegar siempre tarde. Son pacientes y perseverantes, y conocen perfectamente bien sus habilidades, pero en el plano emotivo pueden tener problemas profundos —interrumpí la lectura... Yo no tenía ningún problema emotivo, me los habían causado—. Con frecuencia tienen dificultades para mantener cualquier clase de relación íntima, al extremo de amilanarse ante la sola posibilidad de tenerla. En particular los hombres nacidos este día podrían calificarse de fóbicos al compromiso, pero lo cierto es que tanto ellos como las mujeres nacidas este día suelen sentirse atraídos por las situaciones no convencionales, sobre todo en el terreno sexual.

Estos individuos adoptan una actitud indiferente ante las cuestiones mundanas que tanto preocupan a la gente corriente. Si algo no sale como esperaban, lo abandonan sin más. Suelen ser afortunados en materia de dinero y a menudo ganan grandes sumas de dinero de manera inesperada —sí, millones de euros becario—. Sin embargo, pueden perderlas con la misma rapidez con que las han obtenido, sin saber siquiera qué ha ocurrido.

La mayoría de los nacidos este día tiene dificultades para llevar una vida estable, pero la flexibilidad en su estilo de vida les da cierta seguridad. Su gran capacidad de adaptación hace que se sientan menos amenazados que la mayoría de la gente ante la incertidumbre y las circunstancias cambiantes.

Quizás estos individuos escurridizos deberían huir de la superficialidad y profundizar más en sí mismo, aunque rara vez lo hacen. Manejar datos, detalles y técnicas, aprender a ver qué funciona y qué no y probar distintos métodos puede convertirse en una manera de vivir.

Los nacidos el 3 de febrero necesitan una pareja muy estable y segura que contrarreste su carácter voluble y al mismo tiempo responda a sus grandes exigencias físicas. Aquellos que no se crucen con una personalidad semejante, valorarán más su libertad que el precio que habrían de pagar por una relación permanente. Horoscopus.in».

Mientras leía las últimas líneas, noté que me picaban los ojos. Ahora sí tenía sueño, así que dejé el móvil, bajé la persiana de la ventana para que no

entrarse la luz, puesto que estaba amaneciendo ya, y me dormí al instante.

La mañana después de la fiesta de la luna llena

Al abrir los ojos vi que ya eran las doce y cincuenta y siete y en ese momento me vino a la mente la foto número cinco, a contraluz, imagino que por la penumbra en que estaba mi habitación. Si en las seis fotos me parecía que estaba guapísimo, al recordarlo en la playa esa tarde se me volvía irresistible y apareció en mi cara una sonrisa al recordar el tono burlón en el que me había hablado por teléfono. ¿Sería *Memoria de Pez* realmente tan vacilón como parecía? ¿Cómo me había llamado? ¿Charlatana? Sí, charlatana...

Sonó el teléfono, sacándome de esos pensamientos tan poco apropiados para estar recién levantada y respondí con tanta prisa que casi se me cae el móvil.

—¿Ha amanecido ya?

Era mi madre. «¿Quién esperaba que fuese?», pensé con cara de estúpida. Hablamos durante un buen rato, le conté cómo lo habíamos pasado, que me habían dado un pisotón, la ropa que me había puesto, que Ona me había traído a casa...

—Hija, ¿estás haciendo ya algo? ¿Has buscado trabajo? Que, si no estás bien, puedo irme unos días contigo.

—Todo está bien mamá, no te preocupes, si pronto iré yo a veros.

—Eso llevas diciendo desde febrero y mira por dónde vamos.

—Bueno, mamá. No me agobies. Si sabes que estoy bien, y que si no lo estuviese ya me habría vuelto a casa con vosotros.

—¿Otra vez estás dándole la brasa a la niña? —escuché a mi padre de fondo—. Déjala que ella sabrá cuándo tiene que volver y cómo quiere vivir.

—Tú déjame a mí, que parece que tienes la sangre hecha hielo.

—Sí, si seguro que tú la quieres más que yo —gruñó mi padre.

—Igual sí, yo la he parido —le replicó ella.

—Ya nos vas a dar la mañana, a ella y a mí.

—Ehh, mamá. No discutáis, que estoy bien de verdad. ¡Si hablamos todos los días! ¿Crees que podría ocultaros una depresión, o qué? —le dije con tono divertido, y ella se contagió con mi humor.

—Eso es lo que necesita tu hija, que la apoyes y le des espacio —mi padre volvió a intervenir.

—Dile a papá que luego hablamos, que voy a desayunar. ¡¡Besos!!!

Colgué y fui hasta la nevera. Llené un vaso de zumo de frutos rojos y cogí una manzana. Puse el televisor y me senté a repasar los WhatsApps. Se ve que Marga había continuado la fiesta con el chico de anoche. Su mensaje estaba claro: Increíble y algunos iconos. Más tarde la llamaría para ponernos al día.

Mientras terminaba de comerme la manzana, me di cuenta de que, de forma involuntaria, había entrado en la aplicación del calendario, había buscado el día 17 de este mes y hasta estaba escribiendo: «Cumple de Rodrigo». Guardé la nota y dejé el móvil como si nada.

Me apetecía darme una ducha, así que preparé la ropa y la dejé encima del lavabo. Mientras me enjabonaba, decidí que lo felicitaría por Facebook. Le mandaría un mensaje por su cumpleaños y que igual debería anotarlo también en el día 16, para que no se me pasase. Al becario que decidió plasmar en un horóscopo lo que debía ser mi personalidad, se le olvidó nombrar lo meticulosa que puedo llegar a ser, aunque ahora que lo pienso, eso lo he heredado del géminis de mi padre, todo el día con sus agendas de un lado para otro.

Se me ocurrieron varias maneras de formular la felicitación, pero ninguna me convencía, así que decidí dejarlo pasar, aún faltaba una semana, e igual, para ese día ya se me habría olvidado la sensación que ahora mismo me

recorría el cuerpo al recordarlo. Sí, eso sería lo más probable. Cogí unas gasas y Betadine para desinfectar el arañazo del pie, me senté en la cama, pero en ese momento sonó el timbre. Puse cara extraña, ya que no esperaba a nadie. Tampoco era el cartero, que suele pulsar varios timbres a la vez y retumba en todo el bloque, así que fui a preguntar.

—¡Abre, *cordosiesa!* —dijo Marga, gritando eufórica. O había dormido muy muy bien, o venía de *after*. Me incliné por la segunda opción. Pronto saldría de dudas. En menos de dos minutos estaba dentro de mi pequeño piso, con dos cafés y unas rosquillas.

—Este es el tuyo —dijo soltándolo encima de la mesa—. Es desnatado y descafeinado, que ya sé que te pones taquicárdica con el café de bar y luego no hay quien te pare.

—Buenos días. Gracias. Qué contenta vienes, ¿no? Hicimos bien en dejarte anoche allí, por lo que veo.

—Sí, sí, sí. Lo mejor que pensasteis. Ayer me alegré por primera vez de que seáis unas aburridas y quisierais iros a dormir pronto —dijo mientras abría la caja de rosquillas.

—¿Aburridas, Margarita? ¡Eran casi las cinco de la mañana! No te cansas nunca, eh. Te pones en modo «guiiri en Benidorm» y no hay quien te acueste.

—Uy sí, sí hay quien me acueste... —me respondió con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿No comes? —me preguntó señalando los dulces.

—No, cómetelos tú, que se ve que has gastado mucha energía esta noche —respondí sin poder evitar soltar una carcajada.

—Jajaja, sí, muuucha —me dijo mientras masticaba—. Eso no tiene muy buena pinta —comentó señalando con cara de asco mi pie...

—Tampoco es para tanto, pero vamos, puedo ir a pedirle daños y perjuicios a tu Romeo.

—A mi Romeo lo dejas, que ya se ha disculpado conmigo esta noche, un par de veces.

—Eres una *personaja* de mucho cuidado... —Las dos empezamos a reír. La fiesta de anoche había estado bien, pero a las tres de la mañana empezó a marcharse gente y el ambiente se quedó muy relajado. Yo ya había recibido mi pisotón, así que se me había cortado un poco el rollo y Ona no tenía una de sus mejores noches. Marga, por su parte, se lo estaba pasando en grande, en su línea. Estaba hablando con un grupo de chicos, entre los que

estaban el del pisotón y su amigo, que, aunque vino varias veces a disculparse por la mala pata del otro, no debió notarnos muy receptivas ni a Ona y ni a mí y nos dejó por imposibles.

Marga decidió que habíamos sido demasiado antipáticas, que iba a arreglar lo que nosotras habíamos estropeado con nuestras borderías, y se fue directa a ellos. Nosotras nos sentamos en la terraza y, de vez en cuando, los observábamos y comentábamos la facilidad que tiene nuestra amiga para rodearse de chicos guapos y ser el centro de atención. Se veía que se lo estaban pasando bastante bien. De vez en cuando, nos hacían gestos para que nos acercásemos, pero Ona señalaba mi pie y encogía los hombros.

—No te pases que no me ha partido ningún dedo.

—Pero si estás diciendo que te duele mucho...

—Ya, pero que es una herida superficial, tampoco hagas que el muchacho se sienta mal.

—¿Quieres ir con ellos?

—No, no. Paso. Pero si quieres ir tú, aquí te espero.

—¿Yo? Yo me voy a casa ya. Esta que se quede si quiere. ¿Vamos?

—Sí, mejor. ¿Vas a decírselo tú?

—¿Ahora ya no puedes andar? — preguntó con cara divertida, señalándome el pie, pero con voz irónica. Yo le hice un puchero.

Ona caminó con paso muy seguro hacia ellos. ¡Qué tipazo le hacia ese vestido! Normal que todos se callasen al verla llegar, pero en dos minutos estaba de vuelta. Lo siento chicos, podéis guardaros las ganas de tirárosla en cualquier esquina porque Ona no tiene el horno para bollos.

—Vamos, que dice la guiri que acaba de empezar la fiesta y que ahora viene lo mejor. —Yo me reí y negué con la cabeza—. Le he dicho que se quede, pero que vuelva en taxi a casa.

Esta noche habíamos venido en el coche de Ona, que me dejó en la puerta de casa de nuevo.

—Si ves que se te salen las tripas por el pie, me llamas y te llevo al hospital —dijo bajando la ventanilla.

—Ja, ja. Buenas noches, graciosa. ¡Ten cuidado! —le grité mientras buscaba las llaves del portal.

Ese fue el resumen de nuestra noche. Ahora tocaba ampliar la historia con la versión de Marga, que ya se había comido tres bombas calóricas de esas.

—¿Me puedes contar la historia antes de que te dé una subida de azúcar?

—Tía, es que traía un hambre de locos.

—Ya veo, ya.

—Este mejor lo dejo para luego —dijo señalando la cuarta rosquilla.

—Mejor será. Aunque las dos sabemos que te la podrías comer sin problema.

—Bueno, no me líes, que tengo muchas cosas que decirte. La primera, que gracias por ser tan antipática anoche.

—¿Yo?

—Sí, tú, *cordosiesa*. Mientras vosotras os quedasteis allí apartadas, con cara de seta, yo fui a enamorarme.

—A ver... ¿Romeo me destroza el pie y tú te enamoras de él? ¡Menuda amiga!

—Ala... Ya estás exagerando. Si fuiste tú que pusiste el pie debajo.

—¡Vaya mierda de amiga! Te enamoras, un par de polvos y ya me vendes. ¿Así de fácil? —le dije con cara divertida.

—Espera, espera, que ese no fue el orden. Y no han sido «un par de polvos», han sido «LOS POLVAZOS» en mayúscula. —Las dos nos reímos.

—Sigue, anda —Le pedí entre risas.

—Pues eso, que fui a disculparme por vosotras, y a decirle que no había sido nada, pero que no tenías tu mejor día y que Ona tampoco estaba muy pletórica. —Se detuvo a darle un sorbo largo a su café.

—Sí, algo le pasaba ayer. Después la llamamos.

—Vale, la llamamos. Bueno, que me dijo que lo sentía por lo menos cinco veces más, así que tuve que sacarte de la conversación, que estabas teniendo ya mucho protagonismo. Nos presentamos y también me presentó a sus amigos. ¿Visteis lo guapos que son?

—Sí, la verdad es que el nivel era medio-alto. Jajajaja.

—Ya podíais haberos acercado, os los perdisteis. Además, son muy simpáticos. Me han invitado a una fiesta la semana que viene.

La miré con cara rara y me dijo que también estábamos invitadas nosotras.

—Ya veremos.

—Ya veremos nada. Que eres imposible tú, ¡ehh! —siguió con la narración—. Nos tomamos una cerveza, después otra, fuimos a pedir la tercera y cuando estábamos entrando para ir a la barra, me cogió de la cintura

sin avisar y me plantó un beso. «¿Y esto?», le dije yo y me contestó que quería besarme antes de que estuviese demasiado borracha. Jajaja

—Como se nota que no te conoce. Para emborrachar a una guiri se necesita un barril de los grandes —a Marga le dio un ataque de risa, y casi tira el café al suelo.

—Es verdad, pero funcionó, porque yo le devolví el beso, y otro, y otro más largo y me cogió de la mano hasta que estuvimos en la puerta del baño de las chicas.

—Así de fácil.

—Así de fácil y así de increíble. Nena, que potencia. Ni te lo imaginas.

—Hombre, igual sí me lo imagino.

—Que no, que no. Que este tío es otra cosa, de otro planeta. Que en cinco minutos había conseguido que me enamorase de él.

—¿Qué te enamorases o que tuvieses un orgasmo? Marga que no es lo mismo y sueles confundirte tú con eso.

—Las dos cosas —dijo con la cara tan radiante que parecía que la tuviese más pecosa que de costumbre.

—¿Y después de los cinco minutos de gloria?

—No me dejó y se fue con sus amigos, como hacen todos. Salimos a la calle y me dijo que tenía el coche, que podía llevarme a casa.

—Verás la que te va a liar Ona cuando sepa que no te fuiste en taxi...

—Yo con monjas no hablo y si vas a seguir así me voy a contárselo a la de la cafetería.

—Jajajaja. Que no tonta, que es broma. ¿Qué paso después?

—Pues pasó que estuvimos hablando en el coche durante una hora y que cuando me iba a llevar a casa, aparcó al final de la calle y volvimos a hacerlo, pero esta vez mucho más despacio. Él no tenía prisa y eso me encantó. Me besaba y me acariciaba con cuidado Inés, y eso no es normal, o por lo menos no es normal que me pase a mí. Y yo me dejé hacer, intentando no arrancarle toda la ropa de un tirón.

—¡Qué bruta eres!

—Pero me contuve y menos mal, porque fue increíble. Tan increíble que creo que me he enamorado de verdad.

—A ver Marga, que me alegro muchísimo de tu noche perfecta, pero no te precipites que luego ya sabemos lo que pasa. —Me miró con cara de estar chafándole el plan, así que aflojé. No quería decirle que se acordase de todas

esas veces en las que habíamos tenido que sonarle los mocos porque no paraba de llorar, y, en vez de llamarla Marga, habíamos tenido que pasar a llamarla Amarga porque no había quien pudiese con ella—. ¿Y cómo dices que se llama tu Romeo? ¿Te ha dado el teléfono? ¿O tenéis que esperar que el destino os vuelva a reunir?

—No digas tonterías. Se llama Luis. Hemos quedado esta noche. Van a ir al mismo concierto que nosotras.

—Ah, ¿que nosotras vamos de concierto esta noche? —le pregunté extrañada.

—Ahora sí. Él me dijo que imaginaba que iríamos al concierto de esa noche en El Claustro y, claro, tuve que decirle que por supuesto, que ya teníamos las entradas.

—Pues espero que no estén agotadas, porque si no, vas a terminar peor que Julieta...

Marga metió la mano en el bolso y sacó tres entradas, recién salidas del horno.

—¿De dónde crees que vengo tan temprano? He tenido que suplicarle a mi padre que llamase a su amigo, el de la empresa de bebidas y al final lo he conseguido —dijo alzando los brazos.

—Lo que no puedas hacer tú...

—Pues eso, que tenemos plan. Piensa lo que vas a ponerte, porque van a ir algunos de los chicos de anoche y pienso presentártelos. Me voy que tengo cita en la peluquería y tengo que depilarme y comprarme algo de ropa interior y...

—Vale, vale, entendido. Duerme algo porque si no te van a llegar las ojeras a los tobillos.

—¡Hecho! Llama a Ona y dile que esta noche salimos, pero que se deje el hábito y el rosario en su casa.

—¿Se lo cuento todo?

—Sí, sí. Pero dile que no me llame para echarme la bulla que no tengo ni tiempo ni ganas —soltó una carcajada, me dio un beso y salió pitando.

Me tumbé en el sofá y después de comer dormí un rato. Al despertar, tenía el pelo como una loca, así que me puse un café y conecté la plancha del pelo. Si teníamos que ir de concierto, no iba a ir con esas pintas. Llamé a Ona y se lo conté todo. Puse el teléfono en manos libres, para no perder mucho tiempo y tras un rato de protesta, le dije lo último que me había dicho la

organizadora: que dejase el hábito y el rosario en casa y se pusiese a prepararse también, que esta noche lo pasaríamos mejor que ayer.

Ona no estaba de muy buen humor últimamente y yo la entendía. Había estado tonteando con un compañero de trabajo y, cuando ella estaba lo suficiente enganchada a él, había descubierto que el muy cabrón estaba casado. No es que fuese a tener problemas para ligar porque es un *pibonazo*, pero, oye, ella se había ilusionado bastante y se había llevado el chasco, y, eso le pasa a las guapas y a las feas.

—Venga, que vamos a bailar y a olvidarnos de todo. A las diez y media nos vemos en la puerta de la iglesia, ¿vale?

Aceptó de no muy buena gana y se lo mandé en un mensaje a Marga. Solo respondió «OK»; debía estar como una loca de un lado para otro para estar perfecta esta noche.

Me puse delante del armario y saqué unos vaqueros pitillo, una blusa negra con el escote de pico y unas cuñas altas. Cogeré la chaqueta vaquera también. No me había preocupado por saber qué tipo de concierto sería, pero pensé que ese *look* iba bien con cualquier tipo de música.

El concierto

Llegué puntual a la puerta de la plaza de la iglesia del Carmen. Justo al lado está El Claustro, un edificio impresionante y polivalente. Durante el día era escuela de música, biblioteca, mercado de productos locales, supermercado, museo, universidad a distancia... Y, por la noche, el patio central se convertía en una terraza con un ambiente muy chulo, alternativo, hippie, hípster..., y pijo, muy pijo, porque ¡vaya precios! Tanto las entradas a los conciertos como las consumiciones tenían un precio nada desdeñable.

Ona ya estaba allí, sentada en una de las escaleras, hablando por el móvil. Me hizo un gesto con la mano, para indicarme que tardaría un poco, así que la dejé. Se había puesto una falda vaquera, una camiseta básica y unas sandalias casi planas. Llevaba el pelo suelto y estaba guapísima con los labios pintados de rojo.

Miré el móvil y ningún mensaje, Marga se retrasaba.

—Espero que no se haya desenamorado ya —dije en voz alta y me reí. No, seguro que está delante del espejo, probándose mil modelitos y acumulando ropa encima de la cama.

Tener una amiga como ella tenía muchas ventajas. Me había ayudado

como pocas personas lo han hecho a lo largo de mi vida. La conocí el tercer día que estuve en la isla, y desde entonces nos hicimos inseparables. Yo estaba en la puerta de una inmobiliaria, en una de las calles principales de Mahón, descartando pisos y casas según iba mirando.

—¡Bah! Esta inmobiliaria no es para mí, esto es para ricos, los pobres no vivimos en casas así, dije en voz alta y su vocecita me contestó desde la puerta:

—Hola, podemos ayudarte —afirmó muy decidida.

—Eh, creo que no. Estoy buscando un apartamento para alquilar, o una habitación independiente, pero veo que estos se me salen del presupuesto.

—No, por favor, entra. Tenemos todo tipo de inmuebles —señaló, luciendo su mejor sonrisa y yo entré, total, no tenía nada mejor que hacer... Me hizo algunas preguntas, a las que yo contesté con desgana—. ¿Presupuesto?

—Poco.

—¿Zona?

—Me da igual... Que sea segura.

—¿Número de habitaciones?

—¿Una? —dije empezando a cansarme...

Después de un rato mirando en la base de datos, encontró un estudio pequeño y en buen estado, pero que no se quedaría libre hasta mediados de mes.

—No importa, puedo esperar. Tengo pagada una habitación hasta el día doce de este mes, pero puedo intentar ampliar hasta el día quince.

No quería dar vueltas buscando el piso perfecto. Me valía cualquier sitio medio decente y que pudiese pagar.

—Espera, hablaré con el jefe, a ver si puede hacer algo.

Entró a un despacho (después supe que era el despacho de su padre) y al poco salió diciéndome que estaba todo solucionado, que podíamos firmar ahora mismo y que me pasase el día quince a por las llaves. Pagué doscientos euros de fianza y doscientos del primer mes.

El día que me acompañó hasta mi nuevo piso se portó de nuevo muy bien. Creo que notó que necesitaba ayuda y se ofreció a ayudarme a subir las maletas, cambiar las cortinas que estaban desgastadas del sol, bajó a la calle, compró productos de limpieza, unos cafés y algunos detalles más. No sé, conectamos muy bien y yo hice lo que nunca había hecho, contarle mi

historia a la primera desconocida que se cruzaba en mi camino. Marga bajó a por una botella de vino y nos la bebimos también esa misma tarde en mi nuevo salón. Por supuesto, yo terminé llorando y ella, para distraerme, cambió de tema y me contó su historia.

Sus padres habían venido de vacaciones un verano y se había enamorado de la isla, así que vendieron todo lo que tenían en Plymouth, dejaron sus trabajos y empezaron la aventura.

Ella tenía solo cinco años cuando se mudaron y no tuvo ningún problema para adaptarse. Solo el nombre. Margot se les atravesaba a mis compañeros de clase y cada uno me llamaba de una forma, así que mi madre para evitarme el trauma me lo cambió por Margarita. Me hizo gracia. Su madre sí que sabía evitar un problema. Nos reímos un rato de eso. Habían empezado con una inmobiliaria pequeña, pero con el montón de turistas que vienen a las baleares, su padre se lanzó y decidió jugar a lo grande. Fue consiguiendo algunas propiedades más exclusivas y en poco más de dos años habían conseguido ser una de las inmobiliarias de referencia de la isla. Tenía un hermano, Adam. Él había nacido aquí, así que de guiri solo tenía la pinta. Marga es la típica inglesa: rubia, no muy alta, con la nariz chata y pecosa, no increíblemente guapa, pero con ese aire extranjero que vuelve locos a los chicos cuando están de vacaciones. Su hermano se llevó la mejor parte de la genética. Rubísimo, uno ochenta y cinco, por lo menos, con unos increíbles ojos azules y un cuerpo de anuncio de gafas de sol, de esas que traen hasta el cordoncito de colores para llevarlas al cuello, o de bañadores surferos. Un auténtico guiri cañón de los que sale en las pelis americanas. Él estudiaba Derecho en Barcelona, y venía muy a menudo a visitarlos durante el año y el verano lo pasaba entero aquí, según me contó su madre, que también trabajaba en la inmobiliaria y que es una mujer encantadora. A la semana de conocerlos me invitaron a su casa, y madre mía, ¡qué nivel! Su padre era muy parecido a Adam, con algunos años más, pero seguía conservando su atractivo y encima conocía a toda la isla, lo que, a Marga, su ojito derecho, le venía de maravilla (casi siempre).

—Ya estoy aquí —dijo Ona dándome un beso y secándose las lágrimas.

—¿Qué te pasa? ¿Era él?

—Sí, que lo perdone, que la va a dejar... Lo de siempre.

—¡Que le den! A ti no se acerca más. Menudo imbécil.

En ese momento vimos cómo se bajaban Marga y su hermano del coche

de su padre, que nos dijo adiós y se marchó.

—Lo siento, llegamos tarde.

—Marga, ¿que vamos de boda? —dijo Ona, con una carcajada.

—Si no te hubieses probado todos los zapatos, habríamos llegado hace una hora —señaló Adam, acercándose y dándonos un beso y un abrazo a cada una.

—Ey, ¿Cómo estás? —pregunté esperando que hubiese sonado lo suficiente a pregunta y no a exclamación—. No sabíamos que venías.

—Acaba de llegar y se ha apuntado.

—Pues genial, cuantos más seamos mejor —dijo Ona, y nos pusimos a la cola.

Marga traía un vestidazo negro, corto, entallado, con un escote en la espalda bastante profundo, que seguro que había comprado esa misma mañana y unas sandalias de tacón azul turquesa de las que me acababa de enamorar. Tenía que pedírselas prestadas, aunque mejor pensado, ¿para qué? Si yo no voy a ningún sitio interesante al que poder llevarlas... Llevaba un bolso pequeño colgado y el pelo recogido es un moño informal. Venía muy guapa. Adam venía tan cañón como siempre y es que todo lo quedaba como de pasarela. Traía una camisa blanca con el cuello tipo *Mao*, un pantalón corto verde caqui y unas New Balance burdeos. ¡La Virgen! ¿¿¿Cómo se puede estar tan bueno???

Marga fue directa al grupo de chicos del otro día. Estaba claro que habían quedado allí y por su cara, me imaginé que estaría diciéndole a Romeo que había venido su hermano también. Hicimos las presentaciones y justo en ese momento empezó el concierto. Adam, Ona y yo nos lo estábamos pasando muy bien. A los tres nos encantaba bailar y la verdad es que el resto del grupo también tenía un rollo muy guay. El grupo hizo un descanso y Ona bajó corriendo al aseo. Mientras, el hermano de Marga y yo fuimos hasta la barra a pedir tres copas más y estuvimos hablando hasta que empezaron de nuevo. Es tan simpático y divertido como su hermana, y aunque está tremendamente bueno y a veces, incluso me parecía que se me insinuaba, siempre tenía que pensar que es el hermano de una de mis mejores amigas y pasar de pensar en liarme con él ni nada por el estilo.

Marga no se acordó de nosotros en toda la noche y Ona se había unido al grupo. Nosotros dos seguíamos bailando como locos ya que la música era realmente buena. Un par de canciones después se acercó hasta nosotros

Marga cogiéndome por la espalda, y mientras bailábamos me dijo:

—¿Qué le has dicho a Ona?

—¿Yo? Todo. ¿Por? ¿Está llorando otra vez? —pregunté intentando localizarla.

—Por qué esta noche sí es verdad que ha venido sin el hábito y el rosario —me dijo sonriendo y señalándome a la pared que hay antes de bajar a los baños.

Pusimos cara de *Ayydiosmío-quemelahancambiado* y nos reímos un rato. Adam se dio cuenta y me dijo:

—Vaya con Ona, y eso que tenía cara de muermo antes de entrar. —Y seguimos bailando hasta que el concierto terminó.

—¿Qué hacemos? —planteó Adam mientras salíamos a la puerta.

—Vamos a tomar algo por ahí, ¿no? —dijo uno de los chicos del grupo.

—Yo creo que me voy a retirar —estaba mirando a Marga, que me suplicó con la mirada que me quedase.

Quise decir que sí, porque entendí que tenía que hacerle la cobertura con su hermano, pero justo hacía un momento que acababa de verlo. Estaba un poco más abajo, junto a una escultura que hay con tres caballos. Cruzamos la mirada, pero creo que él no me reconoció, aunque sí que empezó a caminar hacia nosotros. Yo sí lo había reconocido y me habían empezado a temblar las piernas. Pero dos pasos después, una chica con el pelo rizado lo cogió del brazo y empezaron a discutir.

—No, Marga. Mejor me voy.

—De eso nada. Nos vamos a tomar la última —dijo Adam abrazándome por la cintura, pegándome a su cuerpo y llevándome hacia el bar sin que pudiese negarme.

¡Ojalá no fueses su hermano! Grité por dentro. ¡Qué bien me hubieses venido hoy!

Todos los demás nos seguían, hablando, con risas... Y llegamos hasta el local. Estaba en la primera planta de un edificio antiguo. Había que subir unas escaleras bastante estrechas y no muy limpias, pero la verdad es que arriba se estaba bien. Hay un billar, que siempre viene bien para cuando se terminan las conversaciones interesantes o para hacer alguna competición improvisada. Para cuando subieron los demás, Adam y yo ya estábamos bebiéndonos una copa que él había pedido. Un gin-tonic para cada uno.

—Os habéis dado prisa, eh —dijo uno de los chicos.

—Sí, he tenido que secuestrarla y correr para que no se fuese a casa

Al llegar, Marga se acercó, me dio un beso y me dio las gracias por quedarme con su hermano.

—Estamos al lado de tu casa. Si te aburres te vas y yo lo entenderé —me dijo y se situó a mi lado. Yo estaba sentada de frente a las escaleras, que podían verse a través de unos ventanales grandes y unos diez minutos más tarde vi como subían los dos. Ahí estaban de nuevo. Él subía primero. Sin llamar la atención me levanté y le dije a Marga que mañana nos veíamos. Su hermano estaba hablando con los chicos y no se percató. Nos cruzamos en la puerta que daba acceso al local y ahora sí me reconoció.

—Hola, charlatana. Por fin nos cruzamos —me dijo sonriendo y yo los miré a los dos con cara burlona.

—Vaya numerito teníais montado antes ahí fuera... —comenté, mirándolo solo a él, con tono bajo y bastante indiferente, procurando que ella no me escuchase—. Chao.

Y bajé las escaleras decidida. En cinco minutos había llegado a casa y estaba quitándome los zapatos cuando recibí un WhatsApp de Marga:

>Que le has dicho a ese chico? Que se le ha descompuesto la cara, ha dado un golpe en la pared y le ha dicho a uno de los chicos con los que estamos que se iba, que vaya noche de mierda llevaba.

>Yo? ¿A quién? Nada. >Al que te has cruzado al salir.

>Que no le he dicho nada. A ver si voy a tener la culpa de todo lo que pase en la isla Margarita.

>Jajaja. Vale

>Pásalo bien. Despídeme de tu hermano, que estaba hablando y no me ha visto salir.

>Claro. Mañana te llamo y te cuento.

>`Icono beso´.

Lo de llamarla Margarita siempre funcionaba como maniobra de distracción y eso era justo lo que necesitaba en ese momento; que ella no se diese cuenta de nada, porque, yo, más estúpida no podía haber sido. Empecé a desmaquillarme, lavándome la cara con jabón y notando como cada vez me iba poniendo más y más histérica. Qué poco te cuesta meter la pata a veces, eh Inesita... No podías haberte quedado un poco más, saludarlo, hablar con él y derretirte un rato. Hacerte la simpática vamos. No, tú tenías que salir corriendo y encima vacilarle. Y, ahora, me darás la noche pensando en él, en

la tipa que iba con él, pensando en la ropa que llevaba puesta y que, si tú tendrías que haberte puesto otra cosa, un vestido ajustado... Que te conozco y esto no acaba así. Inesastra estaba cogiendo vuelos y se avecinaba tormenta. ¡Con lo bien que lo estábamos pasando! Siguió. Tú bailando con Adam y yo durmiendo tranquilamente, sin que me molestases lo más mínimo. No se te ocurra justificarte. Has sido una imbécil de manual, así que te aguantas. Y nada de excusas para mirar su perfil de Facebook, ni buscar por Internet, ni nada por el estilo. Si querías conocerlo haberte quedado y si ahora quieres saber más, te aguantas y te compras un libro. ¡Que no vas a aprender nunca! Ese *Maldito Gregorio* te ha minado la moral y nos está jodiendo la existencia. ¿Qué tiene que ver aquí Gregorio, Inesastra? Intervine antes de que esto se nos fuese más de las manos. Nadie lo ha invitado así que tú tampoco, que bastante tengo ya con lo que tengo. ¿Qué tienes? Lo único que te pasa es que eres una cagada y que crees que, porque no lo veas con su novia discutir, ella va a dejar de existir, y no, la chica del pelo rizado ha estado toda la noche con él y aún seguirá. Estarán tomándose algo y pasándolo bien. Probablemente, él se habrá sentado en tu silla, ella en sus rodillas y cuando terminen de tomar algo se irán en el coche, aparcarán en cualquier sitio, se liarán y... ¡Para! Déjame tranquila, que te estás pasando, Inesastra. ¡Aparta, que no me veo! Que hasta me ha entrado jabón en el ojo. Joder... Que empieza a parecer que te alegras de verme así. Además, solo es un tío bueno más, como casi todos los que había sentados en la mesa.

¡Qué me importará a mí lo que hagan esos dos! Pues sí, me alegro un poco, para que aprendas. Muy bien, gracias por la lección. Puedes seguir durmiendo hasta la próxima clase de «Cómo enfrentarme a mis problemas». Yo la llamaría: «Cómo aprender a no ser así de cobarde», pero bueno, ya lo discutiremos. Buenas noches.

Me metí en la cama tan enfadada conmigo misma y con mi alter ego que no podía pensar, escuchaba una especie de zumbido en los oídos que me tenía aturdida y me vino muy bien porque, no sé en qué momento me dormí, pero, al menos, no estuve dando vueltas en la cama media noche.

Rodrigo

—¿Quién es esa?

—¿Pero a ti qué te pasa? ¿No te cansas nunca?

—Si no estoy discutiendo, cariño. Te estoy preguntando.

—No, estás llamando la atención otra vez. Y no me llames así, Laura.

—¡¡Que me digas quién es!!

—¡Que no lo sé! Y, sí lo supiese, tampoco te lo diría. Mira, mejor me voy.

Pasé por delante de ella y la intenté ignorar antes de terminar de perder los papeles. Me acerqué a Andreu, que estaba sentado en la esquina de la mesa y él se levantó para que pudiésemos hablar. Ya había notado que algo me pasaba.

—Vaya noche de mierda que llevo, tío. Me voy.

—¿Qué ha pasado? Tómate una cerveza y después nos vamos.

—Que no, que como me quede tiro a Laura por el balcón.

—¿Te ha dado la noche otra vez?

—Sí —le dije mientras me dirigía a las escaleras y él me seguía—. Hasta mañana, de verdad, que no tengo ganas tío.

Él levantó las manos en señal de que me entendía y se volvió a sentar. Andreu me conocía muy bien, sabía que era mejor dejarme espacio en un momento así. Bajé las escaleras como un loco. Me hervía la sangre y lo único que quería era llegar hasta el coche que estaba aparcado en la cuesta que de Ses Voltes, casi llegando al puerto y perderla de vista. Sobre todo, eso.

Qué razón tiene mi madre cuando me dice que elija bien, que una novia es para un rato, pero una ex es para toda la vida. Y yo me he topado con la más hija de puta. Esto solo me podía pasar a mí. Vamos, que se folla a su profesor, el calvo, me entero por él mismo, que me llama cornudo en mitad de la cafetería de la Facultad de Física y encima tengo que perdonarla, porque, como llora y dice que se arrepiente, tengo que tragarme mi orgullo e intentar no ser más duro de la cuenta... Que esta es capaz de coger una depresión y contarles a todos los psicólogos de la isla lo mucho que me echa de menos y lo poco que yo la entiendo. ¡Con la facilidad que tiene para llorar y montarse una película! Manda cojones...

Arranqué, puse primera y se caló. ¡Joder! Arranqué de nuevo y pisé el acelerador. En un momento había cruzado el puerto y cuando estaba llegando a la gasolinera del polígono sonó mi móvil. Descolgué por el Bluetooth del coche.

—Tío, ¿dónde estás? La tipa esta ya se ha ido. Te pido una caña.

—Que no, Andreu. Si ya estoy llegando.

—¿A dónde estás llegando?

—Al taller. —Sin darme cuenta había conducido hasta el polígono, y estaba en la puerta de la nave, con el coche aún en marcha.

—¿Y qué haces ahí? ¿Te has estrellado? ¿Estás bien?

—No, no me he estrellado. Que tengo la cabeza que me va a explotar y como no tengo sueño, he pensado venir aquí a hacer algo.

—Espera que voy para allá. Y no cojas más el coche.

—No, no, tú quédate. Si yo estoy bien. Mañana nos tomamos algo.

—¿Has reventado el coche verdad?

—¡Que no, que el coche está perfecto!

—Vale, vale, tranquilo. Pero cualquier cosa me llamas, ¿eh capullo?

Colgué y me bajé del Jeep para meter la clave de la alarma. Lo único que necesitaba era que saltase y se presentasen todos allí. 25081706. La lógica de mi padre era aplastante. Decía que poniendo el día y el mes del cumpleaños de mi hermano y mío no se le olvidaría nunca. Abrí el portón y aparqué

dentro. Volví a sentir un golpe de rabia por el cuerpo y golpeé el volante. ¡Joder! Qué desperdicio de noche. Me he perdido el concierto y la oportunidad conocer a la tía de la playa. Y encima ha visto el numerito que me ha montado, bueno, lo ha visto todo el mundo, así que mañana lo sabrá media isla. Ya he perdido la oportunidad dos veces. Entré en la oficina, cogí una botella de agua, me senté delante del ordenador y lo encendí. Había estado queriendo cruzarme con ese Polo color plata desde que nos despedimos en el parquin de la playa, pero no había tenido suerte y, ahora que me la encontraba a ella de frente, lo había tenido que joder. No me había dado tiempo a preguntarle ni el nombre, ni a pedirle el teléfono, ni a interesarme por si estaba de vacaciones, o de visita, o por trabajo... Así que hice lo único que se me ocurrió y, a lo que, sin haberlo pensado, había venido al taller.

Abrí la base de datos. Igual el coche había estado alguna vez aquí y teníamos su ficha. Metí la marca, el modelo y la matrícula, B-1012-UF y ahí estaba. ¡Bingo! Aunque en los datos ponía que el color del coche era blanco. Bueno, lo habría pintado. Leí la información de contacto y estaba a nombre de un tal Karlsson. Miré la factura y vi que los datos eran los mismos. Mi hermano le había cambiado el motor de arranque en 2014 y hecho una revisión completa un mes después. Habían pagado en efectivo.

Vaya mierda, pensé, ¿esto es todo? El coche de un extranjero y una dirección en Cala en Porter. Saqué los archivadores de esos meses, pero tampoco había nada más. Así que me tiré en el sofá que hay al final de la oficina y me dormí.

Escuché cómo se abría la puerta y me levanté de un salto. Salí y vi a mi hermano de pie, con cara de «vaya nohecita habrás pasado, brabucón» y me acerqué a él. No eran ni las siete y media.

—Buenos días... ¿Dónde la tienes?

—Buenos días. ¿A quién?

—¿A quién va a ser?, a tu ligue.

—Que ligue ni qué cojones, Juan.

—Voy a por un café y le dices a la chica que puede salir. Vengo en diez minutos.

—Que no hay ninguna tía aquí dentro.

—¿Entonces?

—Anoche, que volví a discutir con esta y no sabía lo que hacer, así que

me vine aquí.

—Vas a tener que mandar a la guarra es a la mierda. ¡Tira para casa y te acuestas, anda!

—No, yo me quedo, si ya estoy despierto. Tráeme un café a mí también, que voy cambiándome de ropa.

—Menos mal que he llegado antes que papá —dijo mientras salía para ir a la cafetería de la esquina.

Entré rápido en la oficina, no me acordaba si había dejado los archivadores en su sitio y si había cerrado la base de datos. Sí, estaba todo bien, así que me puse el mono de trabajo, metí la cabeza debajo del grifo y me puse al lío. La mañana fue bastante ajetreada, no me dio tiempo a pensar mucho. En el taller estaban hasta arriba y yo ayudaba los meses de verano, las vacaciones de navidad, semana santa, puentes y los fines de semana que iba. Vamos, todo el tiempo libre lo intentaba dedicar al taller.

Solo se me fue la cabeza en un par de ocasiones. La primera fue mientras esperaba a que un tío caprichoso decidiese los neumáticos que quería para su León. Cómo he perdido el tiempo, pensé. Conocí a Laura en segundo de bachiller y nos liamos un par de veces. Después me fui a estudiar a Barcelona y ella hizo lo mismo. Coincidimos la primera semana y desde entonces empezamos a salir. Cuatro años de idas y venidas, intentando acoplarnos, pero con más intención que sentimientos siempre. Al menos por mi parte. Ella había querido avanzar muy rápido, presentándose a su familia, compartiendo piso desde segundo año de carrera, y yo, que no quería discutir, fui cediendo.

—Sí, creo que Pirelli... ¿No? ¿Tú que dices?

—Perfecto, van muy bien. Se las puse al coche de mi padre el año pasado y siguen como nuevas.

La segunda ida de olla fue mientras desayunaba. Me vi de nuevo delante del Claustro, de un humor de perros mientras todos salían del concierto. ¿Es ella? pensé, y, cuando iba a acercarme para saludarla, Laura volvió a la carga. Yo no quería perderla de vista, pero en un momento desapareció con Adam que la llevaba cogida por la cintura. ¡Qué cabrón! No podía parar de mirarle el culo, metido en esos vaqueros estrechos. Al subir al bar y encontrármela de frente mi humor mejoró de repente y hasta diría que le sonreí, pero ella había visto el numerito y me lo dejó claro antes de que pudiese reaccionar. ¡Qué tremenda estaba con el pelo suelto! Yo había estado igual de lento para

querer saber más de ella y, ella, igual de borde que en la playa, de eso no podía echarle la culpa a mi ex. Con Laura, o si ella, hubiese pasado de mí teniendo allí delante al rubiales.

Terminé de desayunar y volví al trabajo. La mañana fue intensa: varios cambios de aceite, pastillas de freno, calentadores, cojinetes... Casi al finalizar la mañana me llamó Andreu para ver cómo estaba y mientras hablaba con él pasé un par de pedidos a proveedores. Comí un bocata y seguí trabajando. A última hora habían llegado varias averías eléctricas y estas son de las que, cuando estoy aquí, suelo encararme yo porque siempre me ha gustado trastear todo lo relacionado con la centralita, los sensores, el cierre centralizado...

Mientras me tomaba el café, revisé los WhatsApps del grupo y entré en Facebook. Quería intentar encontrar algo sobre la chica de la playa y se me ocurrió mirar en las fotos de Adam «el rubiales», pero no encontré nada. Empezaba a volverme el mal humor así que decidí ponerme a trabajar y conecté el ordenador a uno de los coches para intentar detectar la primera de las averías.

La semana del 12 de junio

La mañana del sábado me levanté con el pie izquierdo. No me apetecía nada. No estaba de humor. Era uno de esos días en lo que no tengo ganas de ver a nadie ni de que me vean. Me apetecía estar en casa, tirada en el sofá, escuchar música, dibujar... Sí, estaba empezando a sentirme muy bien en la isla, pero echaba de menos a mis padres, a Javi, a Sandra y hasta a Olga y Lorena. Me hubiese encantado ir a desayunar al Soho un buen zumo de frutas con vistas a la Ribera, pasear por el centro, improvisar, tapear algo, tomar un café por la judería, en el patio mudéjar de alguno de los hoteles con tanto encanto que hay por esa zona y, al anochecer, volver al Soho y disfrutar de las maravillosas vistas mientras cae el sol sobre el río y del olor a jazmín y azahar mientras nos tomamos un cóctel de esos tan ricos que prepara Toni o Pilar.

—¡Hola! ¿Cómo estás?

Llamé a Sandra, a ver si me ayudaba a salir del bucle en el que llevaba desde que me desperté a las ocho.

—¡Ey! ¡Hola! Bien, ¿y tú? ¿Qué te pasa?

—Nada. Qué me va a pasar...

Sí, Sandra era ese tipo de amiga que sabe lo que te pasa incluso antes de que abras el pico.

—Venga, que te conozco. Cuéntame.

—Un día de esos...

—¿Se te ha adelantado la regla? Todavía no nos toca...

Me la imaginé recordando la última fecha. No, efectivamente no nos tocaba. No sé cuánto de científico tiene eso de que a las amigas que han dormido bastantes veces juntas se les sincroniza la regla, pero puedo asegurar que, en nuestro caso, era verdad y no solo nos había pasado una vez.

—No, no nos toca. No sé... Estoy aburrida, llevo toda la mañana en casa.

—Pues sal a dar una vuelta. Vete al Corte Inglés, cómprate algo, come fuera... Es sábado, seguro que hay gente por ahí y puedes aprovechar la mañana.

—Sandra, aquí no hay Corte Inglés, ni Zara, ni Blanco, ni H&M...

—¡¡¡¿No hay Corte Inglés?!!! ¿A dónde te has ido a vivir, alma de cántaro? ¡Vuélvete, o voy a buscarte!

Sí, a Sandra y a mí nos encantaba ir de tiendas, mirar, probarnos, quitarnos, combinar y volver a dejarlo casi todo en su sitio. Nos entretenía, nos servía de terapia, de excusa para vernos y de abstracción del resto del mundo. Era nuestro momento. No es que lo hiciésemos a menudo, pero sí de vez en cuando.

—No es tan grave... —dije sabiendo que había sonado poco convencida —. Hay tiendas muy chulas, así rollo alternativo, pijo-chic, boho-chic... No sé, otro estilo. Además, así cuando vuelva a entrar en el de Ronda de los Tejares me parecerá el paraíso terrenal.

Sandra empezó a reír y a mí a cambiarme el humor. Hablamos un rato más, me puso al corriente, la puse al día, aunque no tuviese mucho que contar y nos despedimos. Sabía que Ona tenía turno de noche y que Marga podía hacer un poco lo que le viniese en gana así que les dije que teníamos que ir de compras porque, si íbamos a ir a la fiesta de Romeo, necesitaba algo decente que ponerme y que, o me daba el aire y tomaba un vermut, o me volvía a casa en el primer vuelo.

Allí estaban, en hora como un reloj suizo las dos. Habíamos quedado a las doce en Indra; les había dicho a las chicas que había visto en su página de Instagram un pantalón blanco que quería probarme y, por suerte, aún tenían

mi talla. Ahora solo hacía falta que me quedase bien. Me lo probé y salí para que opinasen, aunque, yo ya sabía que me gustaba como quedaba. Era corto pero suelto, de un tejido suave, con la cinturilla ancha y a modo de cinturón tenía un lazo del mismo color y tejido.

—¡Perfecto! Pago y podemos irnos —dije con un humor totalmente diferente al que me había despertado.

—Y ¿parte de arriba? ¿Bolso? ¿Zapatos? —planteó Marga sin estar muy convencida del *look*.

—Me pondré unas sandalias negras que me envió mi madre hace un mes. Y de arriba, una camiseta básica negra o de cualquier otro color.

—Claaaro. Hemos venido a que compres unos *shorts* preciosos para que tú estropees el modelito con una camiseta llena de pelotillas —soltó Ona con mucha ironía. Empezaron a reír sin parar las tres: Ona, Marga y Judith (dueña de la tienda y amiga de Marga)

—¡Judith! Busca algo que le vaya bien.

Un minuto después estaba probándome una blusa lencera de tirantes finos en color negro que, metida dentro de los pantalones, hacía una combinación perfecta si me lo imaginaba con las sandalias de tiras y taconazo.

—Ahora sí, *cordosiesa*. Ya puedes pagar que nos vamos al mercado a tomar algo.

Marga guardó la bolsa debajo del asiento de la vespa y, mientras esperábamos a que Judith cerrara la tienda para venir con nosotras, nos acercamos a una tienda de complementos. Los tocamos casi todos, no compramos nada, pero hicimos tiempo. Aún no eran las dos así que entramos en la perfumería que hay cerca de la inmobiliaria de Marga. Podría decir que nos probamos un par de cosas o que nos retocamos el maquillaje, pero no, con la excusa de que yo necesitaba un fondo de maquillaje, una máscara de pestañas y unos polvos de sol, nos maquillamos y perfumamos como dios manda. Sí, las tres. No pensaba comprar nada más, pero vi una barra de labios permanente color vino que quedaba aterciopelada de la que me enamoré así que tuve que añadirla a la compra. Ona compró un colorete y Marga, al final, también picó con unos polvos de sol y un delineador de ojos.

Judith nos esperaba en la puerta del Mercado de Pescadores y casi me caigo para atrás de la impresión. ¿Cuánta gente había ahí dentro? ¿Qué regalaban? ¿Habían soltado a todos los pasajeros de uno de los cruceros allí?

No podía creerme que hubiese tantas personas en Mahón, en el Mahón al que había llegado, tan solo unos meses antes, una noche en la que no había ni gatos por la calle. Estaba alucinando de lo lindo. Ya había estado alguna que otra noche sentada en la terraza comiendo algo con las chicas, pero jamás hubiese imaginado este bullicio.

Entramos y nos costó la misma vida atravesar el pasillo acristalado en distribución de «u» que da forma al mercado. Había gente haciendo cola en los puestos de comida, en los de cervezas, vinos y refrescos, en los de productos locales, en el de vermutos que es al que nosotras nos dirigíamos... ¡Había gente haciendo cola hasta en el de las ostras! Una vez tuvimos las bebidas optamos por salir a la terraza ya que dentro no se podía ni respirar y, para ser sincera, a mí no me gusta mucho que me empujen. En la zona que da a los puestos de pescado vimos que había un hueco y justo encontramos a unas chicas que ya nos había presentado Marga en otras ocasiones. Un de ellas era andaluza también, otra madrileña y las demás de Mahón.

A las dos y media empezó a tocar a la entrada del mercado un grupo, mejor dicho, dos chicos con guitarra española, que hacían versiones de temas muy conocidos y con el segundo vermut ya nos animamos a bailar. Éramos ocho chicas y teníamos un corro bastante amplio en el que nos movíamos sin parar. En ese momento un chico se nos acercó y se me quedó mirando.

—Que no se ofendan tus amigas, pero eres la más guapa de todas.

—Uy, ¡qué va! Aquí hay mucha Miss suelta —le respondí con mucha gracia.

La verdad es que estaba pletórica desde que me vi maquillada y con cara de recuperación *post-cornamental*. Ya estaba bien de ir con cara larga en la vida por culpa de NADIE. Las demás no podían para de reír y al chico pareció gustarle mi ocurrencia porque volvió al rato con dos vermutos.

—No te preocupes, que no les he echado nada raro. Elige el que quieras y si sigues sin fiarte los pruebo yo los dos —me dijo con un guiño y yo le devolví el guiño con una sonrisa.

—¡Gracias! Soy Inés.

Me acerqué y le di un beso en la mejilla. Sí, el pintalabios era permanente, no le manché la mejilla.

—¿Solo uno, Inés? En Menorca se dan dos.

Había reconocido mi acento y eso me gustó.

—En Córdoba también son dos...

—Hugo, encantado —dijo colocándose una mano en la cintura y acercándose para darme dos besos.

—Estos ya hacen tres, pero bueno... —le dije con una sonrisa—. El próximo lo pago yo —señalé su bebida y me volví a bailar con las chicas de nuevo, que me miraban con los ojos entrecerrados.

—Mí-ra-la. La que se pensaba ir en el primer vuelo a Córdoba —soltó Ona con mucho retintín. Yo me puse roja y ellas se partieron de la risa.

—Sí, el calvo estará tremendo y todo lo que vosotras queráis, pero a las demás nos ha llamado feas y lo que es peor, vermut solo le ha traído a ella... ¡Las demás, a palo seco!

Entre risas le di un codazo a Begoña y seguimos bailando. Nos lo estábamos pasando de maravilla y la verdad es que el chico era muy, muy guapo. Como dijo Marga, sacando su lado bruto a relucir, «un *calvotrón* de esos que te mira y te hace trillizos».

Terminó de actuar ese grupo y pensé que ahí quedaría la cosa, pero no. Había un Dj, así que seguimos. Las chicas habían pedido otra copa mientras yo aún tenía media la que me había traído Hugo así que, como íbamos descompasadas, cuando terminé con ella, les dije que iba a devolver la invitación y eso hice. No tuve que buscarlo porque estaba justo en la puerta central de la terraza con un grupo de chicas y chicos bastante grande.

—¡Venga! Que te devuelvo la invitación —dije acercándome a él.

—Vamos, pero pago yo.

—De eso nada, me toca a mí.

Insistí alzando las manos y él me imitó. Tuvimos que esperar un poco hasta que nos sirvieron y ese tiempo lo aprovechamos para hablar. Era simpático y bastante divertido, la verdad, pero unos quince minutos después le dije que tenía que volver con mis amigas. Nos dimos dos besos y cuando me iba me tiró del brazo, me dio otro beso y dijo que era el que había faltado al principio, cuando nos presentamos. Sonreí, comprobé que, efectivamente, mi barra de labios no manchaba, cosa que le pareció muy graciosa a él y volví con las chicas intentando no tropezar con nada ni con nadie.

Cuando llegué, tuve que callarlas porque me estaban haciendo un aplauso las muy exageradas. Ona tenía hambre y pensó que podíamos ir a comer, pero Marga le quitó la idea de un plumazo.

—Ni de broma Ona, ¿me oyes? Para una vez que no saca las uñas cuando le habla un tío, y ¡vaya tío!, no vamos a joderle el plan.

—¿Qué plan?

—¿No has quedado con él? Un... «Te espero en el baño», «Tengo el coche en la puerta», «Avísame cuando te vayas y te acompaño», «Despista a tus amigas y nos escaqueamos...»

—No —contesté firme—. No pienso irme con nadie hoy y menos si os llama misses de segunda...

—¡Eres monja, monja, monja! —me gritó Marga. Yo le di un beso y seguí bailando.

—¿Vamos a comer entonces?

—¡No! Los sábados no se come, ¡los sábados se bebe! ¡y se baila! —le dije dándole un abrazo y sintiendo el efecto de los vermouths en el cuerpo.

A las seis llegué a casa (sí, hacía tiempo que, inconscientemente, había empezado a reconocerla como tal) y, por primera vez en mi vida, quise buscar ese famoso botón que dicen que para la habitación. Me daba vueltas todo. Y cuando digo todo, me refiero principalmente a la cabeza y el estómago. El punto del vermouth es muy gracioso pero la resaca es mala..., ¡mala!

No salí de casa hasta el lunes por la tarde que fui a darme un baño, pero nada más; tenía que estar con los peques a las siete de la mañana así que me acosté pronto. Alrededor de las doce, mientras Julia y Eric dormían, llamé a mi padre para felicitarlo. Estaba trabajando, pero noté cómo se alegraba al hablar conmigo. El sábado encargué que le enviaran una ensaimada y esperaba que al llegar a casa la encontrase allí y pudiesen comerla de postre.

Tuve que quedarme un poco más de lo que me habían dicho cuidando a los bebés, pero no me importó. Comí ensalada que habían dejado preparada y a las cinco llegaron ellos. Decidí ir directamente al gimnasio y tras cuarenta minutos de elíptica, una tabla de abdominales y una tabla de estiramientos más bien escasa, me subí en el coche para volver a casa.

Taller. Coche tras coche. Casa y más taller. Eso era lo único que hacía y veía desde el sábado, cuando fui al mercado a tomar algo con estos, aunque tampoco sé para qué fui. Demasiada gente, colas, empujones, guiris, gritos, miraditas, Laura, sus amigas, Hugo con la charlatana de la playa pasándoselo de puta madre... Y yo, intentando guardarme las ganas de mandar a la mierda por enésima vez a mi ex, de ir a ver cómo cojones se llamaba esa morena de lengua afilada, qué hacía aquí, por qué me había vacilado en el bar... Que

estaba disfrutando con la mañana, vamos. Así que me terminé la caña y, sin decir nada, cogí el coche y volví al taller para adelantar algo de trabajo.

El domingo, en lugar de ir a la playa a echar un rato de vóley con los demás, volví al taller hasta las ocho de la tarde, el lunes igual y el martes... Eran las siete de la tarde y, como estaba reventado, decidí dar de mano, volver a casa, echar una carrera, ducharme y sentarme a ver una película. Me merecía tres horas para mí solo.

Arranqué el coche. ¡Joder! ¿Qué le pasará? Se cala de vez en cuando, pero no tengo ni idea qué puede ser. Tengo que echarle un vistazo un día de estos. Arranqué de nuevo. Salía del polígono y, al incorporarme a la carretera, la vi. Bueno, me vio ella y me echó una ráfaga de luces. En cualquier otra situación me habría hecho pensar que estaría la Guardia Civil apostada un poco más adelante, reduciría la marcha e iría con cuidado, pero descarté la idea porque me echó también una sonrisa que me descolocó. Yo le hubiese echado dos polvazos sin pensarlo; así seguro que no iba a tener tantas ganas de vacilarme, de largarse a la primera de cambio, ni de discutir y arreglaríamos esta semana de mierda que llevamos, al menos yo.

La perdí de vista y hubiese sido una gilipollez, de las grandes, intentar ver a dónde iba. ¿Qué soy ahora? ¿Un detective? Parecería más bien un acosador... Empezaba a desvariar así que decidí seguir con el plan que me había organizado. La carrera me sentaría muy bien.

Los días siguientes fueron más de lo mismo. Avería tras avería sin parar con la intención de adelantar trabajo para el fin de semana, que este sí que pensaba aprovecharlo al máximo. No, no volví a cruzarme con el Polo plata matrícula «B-UF» por muy atento que fui a la carretera.

¿Has visto como, sí lo intentas, puedes ser una persona normal? Muy bien Inesita, echarle las luces ha sido un acierto. Hubiese estado mejor dar la vuelta, hacer como que vais al mismo sitio y por fin hablar con él como la persona normal que puedes llegar a ser. Claro, ¿y si iba a su casa? ¿Qué le digo? ¿Le pido que me dé una cucharadita de azúcar que se me ha acabado? Bueno, yo le pediría otra cosa, pero tú veras. Que no, que no, que cómo voy a ir detrás de nadie. Además, si él igual ni se ha dado cuenta de que era yo.

Así me pasé toda la ducha, el tiempo de secarme el pelo, mientras preparaba la cena y hasta las doce de la noche, que decidí que ya estaba bien de rallarme y me metí en la cama. No pude dormirme. Yo había intentado

durante toda la tarde pensar en otra cosa, pero todo me recordaba a Rodrigo. Más estúpida no podía ser. Yo sabía su nombre, sus apellidos, dónde estudiaba y el qué... Y él probablemente, no se acordaría ni del color de mi pelo. Morena, como él y ojos castaños como él... Tampoco es tan difícil, Inesita. Si fueses una rubia de metro ochenta con ojazos azules como le gustan a Gregorio, te recordaría seguro.

¡Es que yo no quiero medir metro ochenta y mucho menos gustarle a ese imbécil! Me conformo como soy. Ya. Si es solo curiosidad porque no es normal que un chico guapo, alto, simpático, bueno, lo de simpático no lo sé, se acerque de la manera que se acercó en la playa y haga todo lo que hizo... Un poco descarado también, pero ¿dime qué es normal, Inesastra?

Me levanté a por un yogur, que me había entrado hambre y al abrir la nevera me di cuenta de lo mucho que me gustaba no tener que compartir espacio con los batidos nutritivos y proteínicos de *Maldito Gregorio*, ni con sus galletas de avena que sabían a alfalfa, ni con sus productos en el baño, ni siquiera parte del tendedero... Me encantaba tener todo el espacio para mí, sin pensar en cajoneras izquierdas ni derechas.

Cogí una cuchara, encendí la tele y, al abrir el yogur, vi de que caducaba dentro de unos días, concretamente el día diecisiete. Me lo comí, me cepillé los dientes de nuevo y me acosté.

El miércoles solo tuve que ir tres horas por la tarde a casa de los Karlsson mientras ellos estaban en una reunión que parecía importante y el resto del día lo tenía libre; fui al gimnasio por la mañana, hice la compra, me duché y cuando fui a ponerme unos vaqueros que había comprado en Mango, me quedaban grandes así que decidí ver si aún estaba a tiempo de ir a cambiarlos. ¡Por los pelos! Y qué casualidad oye... También era el viernes diecisiete el último día para devolverlos.

¿Eran señales o me lo parecía? Porque, además de la fecha de caducidad de los yogures, que cumplirían porque no pensaba comerme siete yogures en tres días, también había tenido otro momento «premonitorio» mientras compraba. Sí, pasé por la zona de cosméticos del supermercado y cogí un pintauñas que me gustó, un color que no tenía y que se llamaba «Nº 17». ¿Por qué tendría que llamarse el pintauñas «Nº 17» y no «Rojo Cereza» o «Frambuesa» o «Atardecer en Cancún»? ¡Pues no! Todo tenía que coincidir con el día en que cumplía años Rodrigo. Estaba claro que eran casualidades, pero me tocaba la moral.

El jueves y el viernes tuve a los niños de siete a dos y, si no me fallaban los cálculos, esta semana había cuidado de ellos más horas de las habituales. Por lo que me contaron los Karlsson, estaban a punto de firmar un contrato importante y por eso tenían tanto trabajo últimamente.

Desde que empecé a cuidar de sus hijos, los viernes antes de irme me daban un sobre con el dinero de la semana y siempre, siempre había algo más de la cuenta. Yo intentaba devolvérselo, pero ellos insistían, así que yo les llevaba algún trajecito a los peques, les compraba algún juguete didáctico, pañales... Normalmente solían pagarme unos trescientos cincuenta euros a la semana, pero este viernes me pagaron quinientos y yo estaba que no me lo creía. ¡Si había habido meses que en el periódico había ganado menos!, y encima haciendo un trabajo que me encantaba.

Volví a casa con la cartera llena, sintiéndome muy feliz por haber encontrado una familia adoptiva como los Karlsson y discutiendo con Marga por el altavoz del móvil.

—¿Cómo no vais a venir ninguna? —gritaba Marga.

—Entiende que Ona, aunque se haya pedido el sábado libre para descansar, está agotada. Hay mucho trabajo en el hotel y ya sabes que, desde que no se acuesta con el capullo casado, se lo pone muy difícil.

—¡Pero si le va a venir bien para despejarse! ¿Y tú? Si tienes hasta la ropa preparada.

—Yo también estoy cansada y no tengo ganas de peinarme.

—Pues te pones espuma y punto. Si te queda mejor el pelo rizado.

—*Si ti quidi mijir il pili rizidi...* —la imité con muy malas pulgas porque aún no me había acostumbrado al rizo aplastado que se me quedaba con esta humedad tan agobiante y ella lo sabía.

—Venga, no seas así. Me paso por tu casa a las nueve y te paso la plancha.

Colgué dejándola por imposible, sintiéndome culpable por haberle dicho que no tenía ganas de ir a la fiesta de su Romeo, pero era la verdad. Yo a la que quería ir era a la fiesta que me había invitado *Memoria de Pez* por la noche. Pero claro, ni de broma.

Llegué a casa, me metí en la ducha a toda prisa y mientras me secaba el pelo a lo loco abrí de nuevo el chat de Facebook y releí la conversación. Eran las doce menos veinte y yo ya estaba de los nervios sin saber qué escribir, sintiéndome absurda porque no tenía ningún motivo, pero desde que sonó la

alarma el día anterior no había podido quitarme la felicitación de la cabeza. El portátil llevaba conectado más de media hora para que fuese encendiéndose a su ritmo, ya había abierto la red social en la que lo encontré y pulsé la pestaña «Mensaje», arriba a la derecha.

00:00h ¡Feliz cumpleaños Memoria de Pez! Igual deberías tomar rabitos de pasas, nueces... no sé...algo para que no olvides dónde dejaste las cosas la próxima vez. ¡Disfruta de tu día!

Sí, en punto, no pude esperar. Mi paciencia y yo... Y... ¡Mis ideas! Ya me estaba arrepintiendo de haberle escrito y empezando a cargar contra mí misma cuando me llegó su respuesta:

00:04h ¡Ey! ¡Muchas gracias! ¡Qué sorpresa charlatana! ¿Cómo me has localizado?

Tranquila Inés, respira, espera un minuto y piensa lo que vas a escribir. No, mejor espera dos minutos, que va a parecer que estás como de verdad estás, esperando desesperada... Sí, charlatana, te ha vuelto a llamar charlatana... A ver qué contestas tú ahora...

00:06h: Tuve que custodiar vuestras carteras... ¿Recuerdas? :S

00:06h: Jajaja, claro que lo recuerdo! ¿Te di las gracias?

00:07h: Sí. ¿Y tu amigo? ¿Se ahogó?

00:08h: Sí, en las babas de una guiri...

00:08h: ¡Ajajajajaj! ¡Bueno Rodrigo, que disfrutes mucho de tu día!

00:09h: ¡Gracias! Lo celebraré mañana por la noche. Mis amigos están preparando una fiesta que creo que estará muy bien. Con barbacoa, piscina, Dj... ¡Vente!

¿¿¿¿Cómo???? A punto estuve de ahogarme con un sorbo de agua que aún no me había pasado de la garganta. ¿Me estaba invitando? ¿A mí? Respira, tranquila, piensa. Di que no puedes ir, que es lo que vas a hacer y punto. Sin marear la perdiz. Además, seguro que lo ha dicho por cumplir...

00:11h: Uiii... es que ya tengo una fiesta mañana. ¡Además! tampoco

iría... no conozco a nadie!

00:12h: Me conoces a mí, es MI fiesta y esa a la que vas seguro que es un coñazo comparada con la nuestra. Que se vengan tus amigas... Marga, Judith, Bego, Paty, la morena alta...

00:14h: ¿Tú como sabes quienes son mis amigas? :/

Me estaba quedando bloqueada. No entendía nada... ¡Las tenía a todas fichadas!

00:16h: ...bueno... os vi el otro día en el mercado... el sábado... No te molestes en invitar a Hugo porque no se lleva bien con el dueño de la casa en la que la celebramos

00:17h: Pero... no tengo que decírselo a nadie porque no pienso ir. Ya te he dicho que tengo otra fiesta que tiene pinta de ser genial y... ¿me viste y no me saludaste?

00:18h: Podías haberme saludado tú... En ese momento ni siquiera sabía tu nombre y, además, cuando te vi, te estaba agarrando ese por el brazo

00:20h: Yo no te vi.

Estaba flipando. Se había dado cuenta de que estaba allí, de que estaba con el *Calvotrón* y hasta se dio cuenta de que me había cogido del brazo, por lo que debió ver también los tres besos y como le toqué la cara entre risas para comprobar que no le había dejado marca de carmín en la mejilla.

00:20h: Estaba al lado mientras pedíais, pero bueno...

Pero bueno ¿qué? No lo vi, si lo hubiese visto igual tampoco lo hubiese saludado, pero la cuestión es que no lo vi. Que..., que... ¿No lo hubieses saludado? ¿A quién quieres engañar Inesita? ¡Lo hubieses saludado seguro! No te hagas la digna ahora... Me estaba molestando el «tono» de esos últimos mensajes, así que decidí parar la cosa.

00:23h: Es tarde y tengo que madrugar. Buenas noches.

00:24h: Buenas noches y ¡gracias!

Cerré la conversación y apagué el portátil. Estaba intentando procesar toda la información cuando sonó mi móvil. Era él. Una solicitud de amistad. ¿Ahora qué? ¿Cómo que ahora qué? ¡Si has empezado tú! No haberlo felicitado... Y era verdad, otra vez era verdad, así que decidí que la aceptaría mañana. De lo contrario, con lo curiosa que puedo llegar a ser, me pasaría toda la noche viendo sus fotos, las publicaciones en su biografía... ¡Sí! Mejor mañana.

¿Mañana Inés? ¡Con las horas que faltan hasta mañana! Si acaba de empezar el día hace veinticinco minutos... Venga, lo acepto y mañana ya miraré a ver que hay en su página... Claro, dicho y hecho. Cinco minutos después ya éramos amigos en *Face* y estaba saltando de foto en foto, de amigo en amigo, de publicación en publicación. Y ese era otro de los motivos por los que estaba cansada y no tenía ninguna gana de ir de fiesta, que me habría dormido alrededor de las tres de la mañana haciendo de Mata Hari.

Si es que cuando pinta no...

Abrí la puerta de entrada. Ahí estaba Marga. Las nueve en punto de la noche y perfecta como siempre. Llevaba un vestido estampado precioso, unas sandalias a juego, un bolso pequeño y una bolsa de plástico en la mano. Y aquí estaba yo. Con el pelo encrespado recogido en un moño, un pantalón de chándal con muchos lavados y la camiseta larga de estar por casa. No dijo ni una palabra. Entró al baño, conectó la plancha del pelo, colocó un taburete frente al espejo, sacó del mueble el maletín de pintura y me sentó. Empezó a plancharme el pelo y cuando ya llevaba un par de mechones me preguntó si tenía la ropa lista.

—Esto... La ropa... —en ese momento estaba más perdida un pulpo en un garaje.

—Sí, Inés, la ropa que te compraste para ponerte hoy y que olvidaste en mi moto. La que te he planchado y he traído en la bolsa de plástico que he dejado en la cama. —Empezaba a perder la paciencia, sacó la blusa y los shorts y los extendió encima de la cama para que no se arrugasen.

—Gracias...

—Gracias, no. Empiezas a cambiar la cara y a ponerte en modo

voyapasarlobien. Tendrás los zapatos, el bolso y lo demás localizado, ¿no?

—Sí, sí... —dije levantándome, yendo hasta la cocina a por dos copas de vino, que falta nos estaban haciendo y, quitándome del alcance de todos los cuchillos que Marga iba a empezar a lanzarme de un momento a otro como si fuese una faquir consolidada.

—Ves, así me gusta. ¡Esta es la actitud, *cordosiesa*!

Me equivoqué porque eso de que nos tomásemos un vino mientras yo me preparaba le había parecido una muy buena idea.

—¿Cuándo viene Ona?

—Imagino que no tardará mucho. Luis llegará a las diez menos algo, yo me voy con él en su coche y Ona y tú nos seguís con el tuyo, ¿ok?

—Cuanta organización ¿no?

—Es lo mejor porque, según dice, encontrar la casa no es tan fácil y para que no estemos dando vueltas viene a por nosotras. Propuso que podíamos ir todos en su coche, pero como os conozco...

—Es lo mejor que has pensado-lo más probable era que nos quisiésemos volver antes que ella.

Siguió pasándome la plancha, yo empecé a maquillarme y en media hora estaba lista. Bueno, casi, porque me hizo cambiarme el *culotte* por un tanga a la voz de «eso se te marca y te estropea el culo».

Ahora sí, cuando me vi vestida, peinada, maquillada y con las preciosas sandalias que me había regalado mi madre, me vi bien, tengo que reconocerlo. De un momento a otro llegaría Ona y nos bajaría del pedestal con su tipazo, pero por ahora, éramos las más guapas.

Ona había hecho su entrada triunfal a lo «*Ángel de Victoria Secret*» en el portal de mi edificio. Venía preciosa, con un pantalón gris hasta el tobillo y una blusa rosa pastel con la espalda descubierta. ¡Qué tía! No le faltaba detalle. Parecía traer hasta el ventilador incorporado para que se moviesen las ondas de su pelo de forma sutil y cautivadora. Claro, que muchas veces, estar guapa va con la actitud y esta noche traía una cara de tabla de planchar que no podía con ella. Aun así, nos hicimos la foto de rigor en el espejo de la entrada y, mirándonos detenidamente, hoy no había tanta diferencia entre las tres. La gaditana había mantenido su nivel y nosotras nos habíamos superado al parecer.

Luis llegó puntual, nos saludó con un beso a cada una y con un morreo a Marga que menos mal que se había pintado los labios con mi barra nueva

indestructible. Nos perdimos. No es que Luis condujese muy rápido, es que se saltó un semáforo en ámbar y, para colmo, nos paró la Guardia Civil. ¡Lo que me faltaba! ¿Sabes esas cosas que cuentan que pasan cuando más prisa llevas? Pues eso, nos acababa de parar la benemérita, con su pirulito de *Star Wars* y todo. ¡Justo a mí! ¡Justo hoy! y ¡Justo ahora!

—Sigue Inés, que igual no es con nosotras...

—¿Con quién va a ser? ¡Si no hay más coches en la carretera! Si ni siquiera soy capaz de ver a nuestro coche guía.

—No te pares, si no nos van a perseguir... Seguro que nos han tocado dos veteranos que lo único que quieren es poner una multa, dar por cerrada la noche de trabajo, estar tranquilos... No te pares. ¡Vuelve a la carretera!

Pero yo ya me había detenido en el arcén, que menos mal que era bien ancho y no tuve que hacer filigranas mientras escuchaba como mi amiga decía que no pensaba bajarse del coche ni colaborar. Qué suerte tengo, oye. ¡La lotería no me tocará! Pero suerte de la mala, tengo un rato.

—¡Buenas noches!

—Sí, geniales... —murmuré sin querer—. Digo, buenas noches.

—Lleva la luz izquierda fundida.

—¿Yo? No, bueno..., si lo dicen ustedes sí, pero digo que al salir del garaje iban las dos perfectamente encendidas —Ona soltó una carcajada que esperaba que no se hubiese escuchado fuera.

—Ya, claro... Documentación por favor.

Genial. No tuve ni que buscarla porque acababa de darme cuenta de que en el bolso pequeño que había cogido solo había guardado las llaves de casa, el pintalabios, pañuelos, toallitas, chicles, una muestra de maquillaje por si nos teníamos que retocar, un par de compresas... Vamos, un montón de gilipollices menos la cartera.

—Esto... Me la he dejado en casa.

—¿Toda su documentación? D.N.I., carné de conducir, pasaporte...

—Sí, sí, toda. D.N.I., carné de la biblioteca, la tarjeta de la gasolinera, la cartera completa.

—Sabe que podríamos retenerla por no llevar ningún tipo de identificación, ¿verdad?

—Ha sido un despiste. He cambiado de bolso y...

—Dos despistes —intervino el otro agente. La luz fundida es otro y eso son dos infracciones.

¡Joder! Qué cara me va a salir la noche...

—Pero la luz estaba bien... —empezaba a ponerme nerviosa y Ona no colaboraba—. A ver, de verdad, si mi garaje está muy oscuro, con una luz solo no hubiese podido salir...

—Claro y eso tenemos que creérnoslo del mismo modo que tenemos que creernos que se llama...

—Inés. ¡Inés Castro!

—Sí, eso, digamos que se llama Inés.

¡Buah! Qué ganas de multar tiene el cuerpo esta noche. Seguro que es verdad eso de que van por incentivos; a más multas, más pelas, o más horas libres, o menos horas de patrulla... ¡Vete tú a saber! Y Ona, bonita, ya podías dejar el móvil y colaborar, no sé, sacar tus alas de ángel, mover un poquito la melena, sonreír... A ver si encontrábamos un atenuante que nos hiciese de rebaja entre todas tus virtudes. Pero no, tuve que seguir yo sola.

—Podéis creerme o puedo volver en diez minutos con la cartera.

—No —tajantes.

—O podemos llamar a Alberto, que es compañero vuestro, alto, fuerte, con un tatuaje en el hombro...

—¡Buah! Menuda chorrada. Si es que cuando pinta no... Es no. Aquí estamos, las dos tristes... Y Marga enviándome la ubicación y llamándote Miss GPS...

Escuché decir a Ona y reprimí las ganas de pegarle una patada y sacarla del coche.

—No me suena ningún Alberto. ¿Qué le pasa a tu amiga?

—Que no quiere ir a la fiesta.

—¿Y tú?

—Yo tampoco. ¡Ah! Podemos llamar a Pablo, que es Policía Nacional. De él si os fiareis, ¿no? ¿Lo conocéis?

—No. ¿Algún amigo más al que recurrir?

—Pues bueno, podríamos llamar a Andrés, que es sargento en Granada o a un par de amigos que son tenientes...

—No...

—También conozco a algún bombero, pero...

Sí, ya estaba sacando la cartera imaginaria y soltando pasta a puñados, pero se estaban cachondeando de mí y me habían tocado la moral. Por si fuera poco, Ona se estaba aguantando la risa y la verdad es que la situación

era de chiste.

—¿Algún comodín quita multas más?

—Pues no, la verdad, porque el teléfono del presidente del gobierno ni lo tengo, ni lo quiero... Así que póngame la multa.

Debí sonar muy graciosa porque los tres empezaron a reír a carcajadas mientras yo calculaba mentalmente el alcance del multazo que me iba a caer.

—¿Alberto dices que se llama tu amigo?

—Sí —contesté con poca intención, pero vi que sacaba el teléfono móvil y se ponía a hablar.

—Ey, mira. Que tengo un vehículo retenido con una luz fundida y la conductora indocumentada. Sí, si eso le he dicho, que multa, pero resulta que es un Polo color plata y la conductora dice ser tu amiga... Ya... Morena... Simpática no sé, graciosa sí. Entonces, ¿el importe de la multa? Un par de cañas a cada uno... Venga. Que vaya bien la noche... Lo que has oído Inés, un par de cañas y que vayáis ya, que os están esperando.

—Sí, eso serán si conseguimos llegar, porque el GPS no carga... —por fin intervino Ona.

—¡Gracias! Buenas noches.

—Anda, os acompañamos. No te despistes Inés y la luz la cambias ¡eh!

Y así es como llegamos, escoltadas por la Guardia Civil. Al ver el coche oficial alguno que otro se asustó porque aún era pronto como para que viniesen a llamar la atención, pero al ver que nos despedíamos de ellos, no hubo problema.

La casa era impresionante. Una entrada amplia con las puertas bajas y dobles típicas de la zona, de madera en bruto que daban a un jardín inmenso. La casa era blanca y debía ser preciosa, aunque no llegué a entrar. La fiesta se concentraba en el porche trasero, inmenso, muy bien decorado y desde el que se podía ver la piscina. El aseo estaba en una casita junto a la zona de barbacoa. Una maravilla.

Marga y Luis vinieron a saludarnos y se disculparon por haber pensado que les habíamos hecho una jugarreta y los habíamos dejado tirados. ¡A saber las burradas que Marga le habría enviado a Ona por mensaje!

Había muchísima comida, bebida, música, gente por todas partes. Había tanta gente que estaba hasta Rodrigo. Llevaba un pantalón vaquero ajustado, pero no excesivamente, unas abarcas color piedra y una camisa con unos estampados de cactus con los primeros y últimos botones desabrochados que

le quedaba de maravilla.

Se colocó delante de mí y me dio dos besos que casi me caigo de espaldas. Empezamos a hablar y hablar sin parar, me ofreció una copa de vino, llegamos hasta la zona en la que los demás estaban bailando y nos sumamos a uno de los grupos. Debía haber unas cincuenta o sesenta personas al menos. Cuando decidimos ir a por otra bebida y quise preguntarle a Ona qué quería me di cuenta de que había desaparecido. La última vez la había visto con Marga, pero en ese momento no la localizaba. Fuimos a por otra cerveza para él y otro vino para mí

y decidí que debía disculparme por haber sido tan borde en la playa a lo que él restó importancia. Estábamos pasándolo bien, la música me gustaba, el ambiente me hacía estar relajada, hasta que apareció la rubia koala, me empujó y saltó sobre su cuello. Decidí ir al baño y de paso buscar a Ona. Estaba al lado del aseo, con el móvil y empezó a contarme que Ernesto no paraba de enviarle mensajes, que estaba confundida y enfadada con él. Se le saltaron las lágrimas y yo le dejé mi bolso para que entrase a retocarse el maquillaje al baño y, mientras la esperaba, apareció de nuevo Rodrigo.

—Te he estado buscando.

—Es que vi a mi amiga aquí sola...

En ese momento salía totalmente recompuesta Ona y al verme con él me devolvió el bolso y dijo que iría a buscar algo para comer. Otra de las chicas que venía para el aseo se le abrazó y, yo, incómoda, decidir cambiar mi copa de vino, que se había calentado, pero cuando estaba llegando a la mesa de las bebidas me alcanzó de nuevo y fuimos hasta la zona de baile otra vez, ahora nos habíamos quedado más cerca de la entrada a la piscina.

Estábamos pasándolo muy bien, riendo, bailando sin parar, incluso llegué a bromear sobre el concierto que se perdió; él se disculpó, aunque no entendí muy por qué, pero acepté esa disculpa con una sonrisa divertida. En ese momento se paró la música, yo recibí un empujón de una chica, un pisotón de otra y, de pronto, apareció la chica del pelo rizado, la que estaba con él aquella noche, con una tarta en una mano y un regalo en la otra. Empezó a sonar cumpleaños feliz a toda pastilla y la chica, que ya se había desecho de la tarta y el regalo me miró con cara de diablo y se puso a cantar a la misma vez que sonaba la música. Todo el mundo empezó a cantar con ella y yo, que acababa de darme cuenta de la situación, me quise morir de la vergüenza. Me acababa de percatar de que era su cumpleaños, su fiesta de

cumpleaños, su tarta de cumpleaños..., su novia de cumpleaños. ¡Qué estúpida y corta eres a veces, eh! Inesita! Te has lucido. Y es que yo ni lo sabía, ni había traído regalo, ni siquiera lo había felicitado en persona. Por eso se le abrazaban todas. Por eso y porque está bueno hasta reventar. Así que aproveché el alboroto para escabullirme del gentío y largarme de ahí.

Había atravesado el porche, la entrada de la casa, el jardín, y cuando estaba diciéndole a Ona por mensaje que, si se quería venir, tenía tres minutos para estar en el parquin, llegó Rodrigo y me cogió por el brazo izquierdo.

—¡Eh! Para Inés. ¿A dónde vas?

—A casa. No pinto nada aquí.

—Gracias por venir.

—De nada.

—Venga, quédate, si nos lo estábamos pasando bien.

—No me gusta estar en una fiesta de cumpleaños a la que no me ha invitado el cumpleañosero.

—Pero es que yo sí te invité. ¿Quién es ahora *Memoria de Pez*?

—No sabía que era tu fiesta. Hubiese traído un regalo o, simplemente, no hubiese venido.

En ese momento llegaba la chica del pelo rizado de nuevo, insistiéndole para que volviese dentro y, como vi que Ona se estaba acercando, decidí subirme en el coche.

—Quédate, por favor. Ya que estás aquí...

—No, es tarde, estoy cansada, mi amiga también, tú tienes muchos frentes abiertos que solucionar y yo paso de líos. Disfruta de tu fiesta.

Esto último lo dije cuando Ona ya se estaba sentando en el coche, así que arranqué y en veinte minutos Ona estaba en su casa y yo en la mía.

Entré en el estudio, me puse el pijama y, mientras me limpiaba la cara con toallitas desmaquillantes, vi que tenía una conversación en Facebook.

04:10h Me debes un regalo de cumpleaños y una fiesta completa. Lo estaba pasando muy bien.

04:25h Ya... Cuando tengas menos problemas. Que no necesito que ninguna chica me arranque los pelos, que vaya como me miraban.

04:27h ¡Que Exagerada! Tendrías que haberte quedado. Hemos terminado en la piscina.

04:28h Ni siquiera tendría q haber ido. Yo no necesito que ninguna me empuje al pasar.

04:28h Estas enfadada?? Quien te ha empujado¿?

04:29h La rubia primero y la de la tarta después.

04:31h Yo... Lo siento Inés λ

04:32h Sí, se ve que lo has sentido mucho y muy bien. Chao.

Me desconecté. No tenía ganas de más. Lo único que me apetecía era tumbarme en la cama y dormir.

Al despertar tenía un hambre voraz. Desde el café de las cinco solo habían entrado en mi cuerpo dos copas de vino y media, por lo que mi estómago estaba protestando y con razón. Hice un desayuno-almuerzo y preparé una mochila para ir a la playa. No avisé a nadie. Me apetecía estar sola, leer, tomar el sol, no pensar, no hablar con nadie. Sí, era un día de esos *rarunos*. Antes de salir anoté en un post-it: «Pedir cita en el taller» y dejé la nota pegada en el espejo de la entrada.

Alrededor de las dos de la tarde estaba llegando a uno de los lugares más bonitos que había visto en mi vida: Es Caló Blanc. Había estado a mediados de mayo con Marga, que me contó que era la playa más pequeña de la isla, que era mejor aprovechar los primeros días de verano porque luego se llenaba y yo me quedé enamorada. La zona de arena blanca y finísima, era muy pequeña, apenas unos metros, pero en la zona de rocas se estaría muy bien.

Trepé por la pared de la izquierda, llegué hasta un recoveco que hacían las piedras, dando forma a una cuevecita y dejé mis cosas ahí. Aluciné, ¡aluciné en turquesas! El agua tan cristalina y serena que parecía una piscina más que el mar. Calma, se respiraba calma. Tan solo había una pareja sentada en las rocas de la pared de frente y un señor con su hijo un poco más abajo. Nadie más. Era perfecto. Todo. El silencio, el contraste de colores, el cielo límpido, la luz, las barcas que había a lo lejos meciéndose suavemente de forma hipnótica... Ahora sí, por fin lo entendía, ¡gracias turoperadoras por no estropear las magníficas playas de Menorca con filtros absurdos que no necesita un lugar tan increíble como este!

Me puse crema protectora factor cincuenta, me resguardé en la cueva, saqué el libro y me quedé ahí, sin moverme, unas noventa páginas. Estaba relajada, a gusto conmigo misma y, por primera vez, totalmente satisfecha de haber tomado la decisión de cambiar de aires. Sí, me sentía libre, en toda la

inmensidad de esa acepción y sin miedo a reconocerlo. Había llegado a este punto por decisión propia y era justo lo que necesitaba para encontrarme a mí misma. Sin presiones, sin obligaciones, sin tener que tomar decisiones pensando en nadie más que no fuese yo. Extendí la toalla y me tumbé. El sol calentando mi piel en un entorno tan maravilloso, sin ruido a mi alrededor, me producía la sensación de bienestar que no puedo comparar con casi nada. Era feliz. En ese momento, lo era.

Alrededor de las seis empezó a hacer fresco por lo que decidí volver a casa. Me detuve a tomar un helado en San Luis, un pueblecito que hay que atravesar de camino a casa y, cuando iba conduciendo de nuevo, empezó a sonar insistentemente mi móvil. Estaban llegando mensajes, llamadas, WhatsApps, notificaciones varias... El móvil acababa de coger cobertura, ya que en esa playa no hay, y ahora estaba recibiendo toda la información al mismo tiempo. Ya lo miraría al llegar a casa.

Me di una ducha rápida, salí del aseo, me senté en el sofá con el cuenco de fresas por delante y cogí el móvil. Me habían llamado mis padres así que les devolví la llamada y estuvimos unos cinco minutos hablando. Tampoco es que tuviésemos mucho que contarnos porque hablábamos casi a diario. Leí los WhatsApps del grupo de amigos de siempre y los de Ona. Marga aún no había dado señales de vida. En Instagram y Facebook habían etiquetado fotos de la fiesta de anoche y sí, era verdad que habían terminado en la piscina. Yo salía en la que nos hicimos en el portal y de lejos en alguna con Ona y los guardias, justo en el momento en que llegamos a la casa. Uno de los guardias me había enviado una solicitud de amistad y acepté; Juanjo, se llamaba Juanjo. Y, por último, la burbuja del chat de Facebook.

Eran las seis de la tarde cuando me desperté. Menuda fiesta la de ayer y menuda resaca. No es que hubiese bebido mucho, pero mezclar cerveza, vino y una copa no había sido buena idea. No estoy acostumbrado a beber alcohol destilado y me había dado un pelotazo de los buenos.

Se lo habían currado. Mis amigos, como siempre, se lo habían currado muchísimo por mi cumpleaños. Cada año era yo quien pagaba la bebida y, entre todos, de regalo, se encargaban de la comida y de engañar a algún Dj conocido para que pinchase a cambio de la cena. ¡Qué capullos!

Cogí el teléfono para preguntar a qué hora teníamos que ir a limpiar y como debían seguir durmiéndola y no contestaban, me dediqué a responder a

todos los que me habían ido felicitando a lo largo del día, que no eran pocos. Vi las fotos que habían subido y en ese momento vi que en una de ellas había un coche de la Guardia Civil. ¿Había pasado algo y yo no me había enterado? Amplié para analizar si se veía algo y la vi, era ella, claro, y su amiga «la alta». ¿Qué hacían con la Guardia Civil? ¿Se estaban besando? Sí, eso parecía... Venga, le pregunto y salgo de dudas.

18:27h ¡Hola! ¿Estás bien?

Cinco minutos. Diez. Veinte. Una hora... No responde. A ver, piensa Rodrigo.

Cuando la vi aparecer entre la gente me quedé con la boca abierta. Venía con su amiga, que es de las guapas evidentes, pero ella venía espectacular. Traía el pelo muy liso, suelto y con las luces brillaba tanto que llamaba la atención. No es muy alta, medirá uno sesenta y pico, pero traía unos zapatos que le hacían unas piernas de escándalo con esos pantalones blancos. La camisa negra de tirantes dejaba ver sus brazos, no especialmente definidos pero compensados. Sí, esa era la palabra, Inés tenía un cuerpo muy compensado que me apetecía tocar y, por eso, fui directamente y le solté dos besos sin darle tiempo para que se escapase. Al tenerla cerca me di cuenta de que estaba realmente guapa, los ojos le brillaban y los labios, con ese color rojo apagado me estaban llamando a voces. «Tranquilo tronista... que la lías».

El tiempo que estuve hablando y bailando con ella fue de lo mejorcito de la noche. Me gustaba su forma de ser, su carisma un tanto arisco y su cuerpo. Cuando movía las caderas y se giraba me daban ganas de cogerla por el culo y pegármela al cuerpo, quería saber cómo olía, pero no quería espantarla así que me contuve varias veces. Por las fotos se ve que en la piscina también lo habíamos pasado de escándalo, aunque me faltaban recuerdos de esos momentos. Me había jodido bastante que se fuese y, sobre todo, me había reventado las pelotas que Laura hubiese tenido que intentar ser la estrella de la noche. Yo no la había invitado, pero ella sigue pensando que somos un pack indivisible. Inés se fue en el momento que apareció Laura y, yo, por no discutir con ella, me acerqué a la piscina, tiré a los que había alrededor y salté al agua hasta con la ropa puesta. Quería calmar el cabreo que estaba cogiendo por su culpa y seguir disfrutando de la fiesta. Si Inés se hubiese quedado la

hubiese lanzado, seguro, aunque con ese pantaloncito blanco mojado y la blusa pegada a sus tetas, que tienen pinta de ser una noventa por lo menos, hubiésemos tenido un problema y de los gordos. Vibró el móvil sacándome de esos pensamientos.

20:02h *Sí, ¿por? —Ahí estaba su respuesta.*

20:02h *Porque he visto en una foto que llamasteis a la guardia civil anoche.*

20:03h *Yo no llamé a nadie. Ellos nos acompañaron para que no nos perdiésemos.*

20:04h *¿Para eso le pagamos un sueldo? :S*

20:04h *Estaban velando por nuestra seguridad. Es uno de sus cometidos.*

20:05h *Jajajaja. Bueno, podrían haber sido un problema. Pedirnos que bajásemos la música, hacer un cacheo...*

20:06h *Ese no hubiese sido mi problema. —¡Qué tía más borde!*

20:07h *¿Qué te pasa? ¿Se te ha pasado ya el cabreo?*

20:08h *¿El qué? ¿A ti la borrachera?*

20:09h *No, a ti el enfado.*

20:10h *No.*

20:11h *¿Todavía no te has olvidado de dos roces de dos chicas en un sitio en el que había mucha gente?*

...

...

...

Insistí.

20:15h *¡Ni que te hubiesen abofeteado Inés! ¡Qué exagerada! Por cierto, me gustó mucho el pijama que traías ayer... :p*

20:16h *¿En serio has escrito eso?*

20:17h *;) ;)*

20:18h *¿Será una broma no?*

20:19h *¡Pues claro que es una broma Inés! Te quedaba bien. Aunque si te hubieses metido con el pijama en la piscina hubieses tenido problemas, pero...*

20:20h *Pero como no pensaba meterte pues...*

20:20h *Pues te lo perdiste.*

20:21h Pues igual te lo perdiste tú.

¡Joder! Qué tía... sale a todas las contestaciones... Es imposible hablar con ella. Iba a intentar quitar hierro al asunto.

20:23h Pareces una niña chica, con un enfado tonto y con un pijama negro de tirantes.

20:25h Lo que parece es que no tenía que haberte devuelto las llaves del coche, haberte felicitado, haberme quedado en la fiesta cuando te vi aparecer ni haberte respondido a estos estúpidos mensajes.

Se desconectó. Me dejó con el móvil en la mano, con la cara hasta el suelo, con las pelotas hinchadas y con un mosqueo en el cuerpo que no sabía a santo de que venía.

La grúa

Los mensajes de texto que me había enviado *Maldito Gregorio* para echarme en cara un millón de cosas, entre ellas, que me hubiese desentendido de Thor, habían desembocado en una conversación de diez minutos en la que ninguno de los dos dijimos nada agradable, provocando que estuviese más acida de la cuenta con Rodrigo y que me hubiese puesto de un humor horriblemente asqueroso, llegando a terminar absolutamente enfadada con los dos y conmigo misma. Había abierto mi grifo interno y como eran casi las once de la noche y no podía parar, me metí en la ducha para intentar relajarme. Me tumbé en la cama aún con el pelo húmedo y serían las dos cuando me dormí.

Al despertar, como ya imaginé la noche anterior que sucedería, no se me había olvidado el enfado, ni con uno ni con otro, sino que, por el contrario, había aumentado. Gregorio había sido muy injusto, muy duro y muy dañino con sus palabras y Rodrigo... Rodrigo había tenido muy mala suerte intentando hacerse el gracioso el día más inadecuado.

Hice algunas cosas en casa y después de comer, pensé que lo mejor sería ir a nadar para intentar relajarme. Al menos, si me cansaba físicamente, no tendría tantas ganas de discutir conmigo misma...

La playa estaba en silencio, salvo por esa chica italiana que hacía ruido por todos los que estábamos callados. Todos en modo «mute» salvo ella, que hablaba con su chico a voces mientras jugaban a las palas en la orilla, a no más de cuatro metros de mí. Y yo, que estaba empezando a enamorarme de todas las playas de la isla por la tranquilidad que se respira en ellas, aunque haya niños jugando, estaba perdiendo la paciencia. ¡Esto no pasa en Torremolinos! Esta tranquilidad, este *SlowLife*, esta calma, este contraste de colores, esta naturaleza tan viva; un modo de vivir, de ser y de comportarse diferente, relajado, isleño. Pero estaba ella. En estéreo.

Mis conocimientos de italiano son escasos, pero me da para decirle: «*Scusa ragazza, ¿sei in vacanza? ¿Ti stai divertendo esso? Altri non lo fanno. ¿Non hai mai notato che sei l'unica persona che urla?*» Que venía a ser algo así como: «Perdona chica, ¿estás de vacaciones? ¿Te estás divirtiendo con lo que haces? Nosotros no lo hacemos. ¿No has notado que eres la única persona que grita?»

Pero me callé y aguanté hasta que cogieron el móvil y empezó a sonar *Cuando caliente el sol aquí en la playa*, en una versión tan manida que no sé de dónde la habrían sacado. Entonces recogí y decidí marcharme. De todas formas, hacía ya un rato que se había nublado en Sa Mesquida y no tenía pinta de que fuese a cambiar, así que me puse el vestido y subí hasta el aparcamiento. Esta cala no es que me gustase especialmente, pero está muy cerca de casa y, para el poco tiempo que había pensado estar en la playa, consideré que sería una buena opción. Además, me gusta pasear por la orilla y ver la «arena rosa» ondeando. Ya sé que esto pasa en más playas y que no es arena rosa. Me habían aclarado que eran restos de coral, pero yo prefiero seguir llamándola así. Incluso me había llevado una poquita a casa para la colección de «arenas de la isla» que se me había ocurrido hacer.

Aunque, cuando llegué esa tarde, a las cinco, el parking estaba hasta arriba de coches, tuve suerte y vi como salía uno de los de arriba, justo al lado de la plaza reservada para discapacitados. Debía ser una familia de las que viene con las vacaciones en «todo incluido» y se marchaban para llegar a la hora de la cena. Pensé que probablemente estarían alojados en Cala Galdana. Aquello es *quirilandia* y sí se parece a la costa malagueña a la que solíamos ir de vacaciones en familia.

Abrí la puerta del copiloto y dejé el bolso de playa. Mi Polo no tenía lujos, como el cierre centralizado, averiado desde antes de que yo se lo

comprase a los Karlsson. Rodeé el coche, abrí la puerta y me senté. Me miré en el espejo retrovisor y vi la mala cara que tenía hoy. Uno de esos días que por mucho que te peines, repeines, te pongas o te quites, de nada sirve y seguía pareciendo un monstruito.

Así que arranqué el coche con la intención de volver e intentar conseguir parecer una persona medio decente al llegar a casa. Rectifico, intenté arrancar, porque mi coche no lo entendió; de hecho, solo hizo un tsssss tsssssssss que me hizo levantar las manos como si me estuviesen atracando. «No puede ser», pensé. Pero sí, volvió a hacer ese ruido y, tras tres intentos más, decidí que era hora de llamar a mi padre.

—¡Papá! Escucha lo que hace el coche, que no arranca —volví a intentar arrancarlo—. ¿Lo escuchas? Ayer se fundió una luz ¿será por eso?

—Si hija, lo escucho, pero por una luz no deja de arrancar el coche. Llama a los del seguro, te mandarán una grúa y un taxi para llevarte a casa.

—Papá, contraté la póliza más básica —quería decir barata—, no creo que incluya tanto despliegue.

—Para eso están los seguros, Inés. Llama antes de que sea de noche, que igual eso si te lo van a querer cobrar.

—¡Vale, vale! Gracias padre.

Colgué. Busqué en la guantera y ahí, entre unos tampones, crema solar y algunas cosas más, estaba la carpeta con «las cosas» del coche. Sí, he dicho «las cosas» porque muchos de esos papeles no habían servido nunca y dudo que tuviesen alguna función. Marqué el teléfono de la central y me atendió una chica de habla sudamericana (qué mundo este de las teleoperadoras, pensé), que muy eficazmente me dijo que tenían concierto con varios talleres de la isla, que apuntase los números de teléfono de todos y así podría escoger yo.

—Uy, no, no. Alyson Gabrielle, dame el primero que pilles, con ese tengo, que se me hace tarde.

—Entendido, señorita Castro, pero mejor anote dos o tres, por si acaso el primero no responde o no pueden atenderla. ¿De acuerdo?

—Sí, perfecto.

Apunté un par de ellos, marqué el primer número y tras cuatro tonos respondieron:

—Hola, buenas tardes. Reparaciones Morei, ¿digi?

—Hola, mi coche no arranca y me han dado este número los del seguro.

¿Puede venir a ayudarme?

—Ayyy... —escuché al otro lado y tras unos segundos de silencio, me entró la prisa y el susto de golpe.

—Pero, por favor, mi coche no arranca, hace un ruido raro, aquí ya no hay casi nadie y va a anochecer... ¿Hola? ¿Me escucha?

—Vale... —dijo el señor con una voz que parecía cansada y mayor—. Dígame el lugar y cuántas personas, por si necesitáis un taxi.

—No, estoy yo sola —dije con voz asustada—. En el aparcamiento de Cala Mesquida, arriba del todo...

Se cortó la llamada. Le envié un WhatsApp a mi padre para decirle que ya había avisado a la grúa y que pronto estarían aquí. ¿Pronto? En ese momento me di cuenta de que no le había preguntado cuánto iban a tardar en llegar. Espero que el taller no esté en la otra punta de la isla y no tarden mucho. Me apoyé en el coche y empecé a quitarme arena de los pies mientras esperaba. Cogí el móvil para llamar de nuevo al señor de la grúa y preguntarle cuánto tiempo tardaría, pero no respondió nadie. Eso es bueno, significa que viene de camino. Seguí limpiándome los pies. Qué suerte la mía, pensé. Nunca se me ha averiado el coche, ni sola ni en compañía, y se me tenía que romper justo hoy. Este era uno de esos (muchos) momentos en los que echaba de menos tener a la familia o amigos al lado. Si hubiese estado en Córdoba mi padre o Javi hubiesen llegado en un momento para que no tuviese que esperar sola. La verdad es que no se me ocurrió que podría llamar a las chicas o incluso a mi familia adoptiva; los Karlsson hubiesen venido sin dudarlo, pero ahora que lo recordaban, el viernes me dijo Mikel que su mujer iba a coger unos días de vacaciones y que después los cogería él, por lo que, a no ser que tuviesen algún evento o reunión importante, no necesitarían que fuese en unos días. Igual no están ni en la isla bonita. No importa, Inés. Relájate, pronto llegarán para ayudarte...

Estaba agachada, abrochándome las sandalias de goma, cuando llegó la grúa.

—Esto... Hola —dijo una voz detrás de mí y por mi cuerpo empezó a correr un calambrazo que desactivó la sonrisa de «estoy a salvo» que se me había puesto al escuchar la grúa, las muchas gracias que iba a darle al señor por salvarme la vida y toda mi parte agradecida y graciosa.

—Genial —se me escapó—, Tenías que ser tú... — (Esto último lo dijimos los dos al unísono, a cuál con voz de más asco).

Respiré y me giré hacia él, con la intención de ser la persona más antipática de la historia. Pero me desinflé al verlo. Estaba raro. De pie, con la cabeza ligeramente elevada. Tenía la cara desencajada y los ojos ensangrentados, a punto de salirse de las cuencas. Las manos apoyadas en la cintura y sujetaba lo que parecían unas bandas elásticas, similares a las que hacía algún tiempo me había traído *Maldito Gregorio* para que entrenase en suspensión (otro de esos regalos que me hacía sabiendo que era para él). Llevaba puesta una camiseta negra y unos vaqueros cortos. Tenía la mandíbula tan rígida que se veía incluso más perfilada de lo habitual y he de reconocer que le sentaba de escándalo. Las venas de cuello tan marcadas ayudaban a darle esa apariencia tan brutalmente irresistible.

Decidí qué, le pasase lo que le pasase, probablemente ya tendría bastante como para encima aguantar mis diez cajas de dardos, preparadas para impactar contra él desde hacía unos segundos, incluso preparadas desde ese último mensaje que nos enviamos la noche anterior.

—Vamos —dijo extendiendo la mano izquierda. Yo, sin saber muy bien qué hacer, le di las llaves del coche. Entonces, desplegó una especie de plataforma que bajó desde la parte trasera de la grúa. Empezó a atar por aquí y por allá, puso el coche en punto muerto, pulsó unos botones de un mando y el coche empezó a subir a la plataforma.

—Si no sabes cómo va, puedo llamar a otro taller —dije con un todo bastante indiferente, al recordar que en su perfil de Facebook ponía que era estudiante de ingeniería en la Universidad de Barcelona y, pensando que probablemente sería la primera vez que trabajaba alejado de un ordenador. No tenía manos de trabajar con herramientas. No me contestó, pero me miró con cara de asesino confeso y terminó lo que estaba haciendo.

—Vamos —dijo señalándome la puerta izquierda de la grúa y subiendo al otro lado de un salto.

—¿Lo has agarrado bien? Es mi coche, vamos, que lo necesito... — señalé esta vez con menos sorna y probablemente se debía a que ahora estábamos más cerca y esto anulaba en cierto modo mi capacidad para ser irónica. El me miró y a los dos minutos (que a mí me parecieron dos horas), respondió:

—Tranquila, no quiero ser yo el que destroce y desparrame el único Rolls Royce que hay en la isla. —A él se ve que no le había afectado la poca distancia que había entre nosotros porque continuaba hablando con el mismo

odio que cuando llegó.

—No sé qué problema tienes, pero como no creo que sea la culpable, no lo pagues conmigo —dije muy estupenda yo.

—No estés tan segura de eso —sentenció y yo me puse a mirar por la ventanilla. Se había acabado la conversación. No teníamos nada más que decirnos. ¡Qué cretino! Un rato después volvió a hablar—. ¿A dónde te llevo? —pero yo no respondí y él insistió—. Si quieres te dejo aquí —dijo bajando un nivel de rabia.

—Haz lo que te dé la gana —dije sin dejar de mirar por la ventanilla—. Pero si me vas a llevar, mira a la carretera, que me gustaría llegar sana y salva a casa.

Nos quedamos en silencio y cuando estábamos cruzando el puente que hay antes de llegar al pueblo volvió a mirarme y a hablar.

—¡Joder! Perdona, esto no es profesional. Lo siento. Lo siento —repitió unos segundos después, ya que yo no me había movido ni un centímetro.

—Tu déjame en el taller. Hablaré con el mecánico y ya pensaré como vuelvo a casa.

—No puede ser.

—¿Cómo que no puede ser? —«Ya vamos a liarla otra vez», pensé.

—El taller está cerrado.

—¿Entonces a qué has venido? ¿Qué tipo de servicio es este? Me cambio de seguro vamos. Qué reclamación voy a poner. Alyson Gabrielle, eres una estafadora. ¿Para qué me das las señas de un taller que no me va a atender? —fui poniéndome nerviosa.

—El mecánico es mi padre —dijo apretando las manos tanto al volante que sus brazos que parecían de cera, empezaban a brillar por el sudor, los nudillos se le volvieron blancos y se le marcaban todas las venas— y mientras respondía a tu llamada, le ha dado una especie de mareo o infarto o yo qué sé qué le ha dado y se lo han llevado al Mateo Orfila en ambulancia —sus ojos ahora estaban vidriosos, a punto de rebosar como una cascada y los hombros parecía que le pesasen kilos de más, dándole un aspecto mucho más vulnerable, pero no detuvo su *speech*—. Puedo llevarte a otro taller, dejar el coche allí y acercarte después a casa o a donde me digas. Este no es el servicio que cubre tu seguro, pero qué más da... —dijo rascándose la nuca.

—Ni hablar. ¿Y por qué no me lo ha dicho por teléfono y me ha desviado a otro taller? ¡Seguro que hay más grúas en la isla!

—Porque mi padre tiene cabeza para siete personas —dijo golpeando el volante— y dice que nunca en treinta y siete años ha dejado un servicio pendiente y que encima, este era un servicio urgente —resopló y negó con la cabeza.

—¿Urgente?

—Sí, urgente. Mientras se caía, agarrado a la grúa, me dijo que había una chica joven, llorando, asustada, sola y que no podía dejarla tirada. Que se iba a hacer de noche y le entraría el pánico. Que te entraría el pánico. A ti... Cómo se nota que no te conoce... —dijo con mucha seguridad. ¿Qué quería decir con eso de que no me conoce? ¿Qué imagen tenía Rodrigo de mí? ¿Qué imagen proyectaba? Y en ese momento siguió hablando—. Que estabas cagada de susto. Para ser exactos, esto lo dijo mientras lo subían en la camilla y lo metían en la ambulancia.

No me hizo mucha gracia escuchar eso, pero sin saber por qué, se me escapó una media risa nerviosa.

—No estaba llorando —este comentario hizo que a él también se le escapase lo que estaba segura, era una sonrisa nerviosa.

—Ya veo. Bueno, entonces. ¿A dónde te llevo? —preguntó cuando nos estábamos acercando al polígono de Mahón.

—Al hospital. —respondí muy segura y directa.

—¿Qué dices?

—Sí, al Mateo Orfila. Ya la he liado bastante. Tú tienes que estar con tu padre y yo... Yo ya me las apañaré.

—Igual mi hermano no ha podido llegar todavía y mi padre está solo. Lo avisé antes de salir con la grúa, pero estaba en Ciudadela comprando unas piezas. Él también es mecánico.

Por un momento agradecí que el hermano de Rodrigo estuviese comprado piezas y hubiese tenido que venir a rescatarme él. Pero inmediatamente me odié por ese pensamiento en un momento tan complicado. Su padre estaba sufriendo un infarto (nos pusimos en lo peor) y yo vagabundeando mentalmente.

—Pues al hospital. Rápido.

En tres minutos estaba la grúa aparcada y tuve que pedirle, por favor, si me podía dar el bolso, que se había quedado en el coche. De un salto se montó en la plataforma, me lo tendió y me dijo, mientras corría al interior, que volvería en cinco minutos. Yo decidí entrar porque necesitaba seguirlo,

saber cómo iba todo y porque me estaba haciendo pis. Al entrar al baño vi mi cara, aún más destruida de lo que había visto en el espejo retrovisor y decidí intentar arreglar el desastre. Primero hice pis. Saqué la cartera, en la que debía haber un sobre de una muestra de maquillaje (siempre solía llevar alguna de las que me daba la peluquera a la que iba en el pueblo de mis abuelos) y «recé» para que no fuese de un tono ni muy claro ni muy oscuro. Lo extendí con cuidado de no dejar efecto máscara y busqué en el bolso de playa alguna goma de pelo para poder recogerlo en un moño alto. No tenía.

A ver, en la cartera a veces llevo una, pero... No, tampoco, la saqué la última noche que salimos al centro para prestársela a una amiga de Marga. Vi que tenía un lápiz de labios rosa, un color bastante natural, pero casi sin punta. Pensé que también sería una buena idea darme un poco de color en las mejillas y me hice unos puntos, que extendí con los dedos. Me costó perfilarme los labios, pero al final lo conseguí. Como la idea de recogerme el pelo la había tenido que descartar, me mojé las manos y reavivé las ondas que me dejaban el agua del mar. De perdidos al río. ¡Más volumen! Al mirarme al espejo vi que ya no era tan monstruito y salí para... No sé para qué, pero salí. Allí estaba, nervioso, caminando de un lado para otro, blanco como la pared.

—¿Qué pasa? ¿Cómo está tu padre? —me acerqué.

—No lo sé —dijo sin girarse.

—A ver, tranquilo, ¿qué te han dicho?

—Que está estable, pero que espere —respondió entonces volviéndose hacia mí y mirando como si hubiese visto un extraterrestre.

—Pues espera —dije con una mueca rara, al ver que no paraba de mirarme—. ¿Qué pasa? —le inquirí.

—Esto... Nada... Estás..., distinta hoy, pero.

—¿Distinta? —repliqué. «Distinta» no estaba mal. Había sido bastante más benévolo y condescendiente que yo conmigo misma, que me había visto como un monstruito.

—Sí, el pelo... —«de leona», pensé—, los ojos... —«hinchados por el sol y el agua salada», me dije—, los labios... —¡Joder que repaso! ¿Qué les pasaba a mis labios?

Así que saqué el móvil para mirarme. Los labios se me habían hinchado un poco al presionarlos con el perfilador sin punta y debido a una especie de tic que tengo; bueno, sin rodeos, es un tic en toda regla, que hace que me pellizque o muerda los labios cuando estoy nerviosa, asustada, emocionada...

En ese momento abrió su boca y soltó, como si siguiese con el repaso que había empezado hacer unos segundos:

—Exótica, sí. Eso es, estás exótica hoy.

Y me miró con una sonrisa en la cara que no veía desde el día que me sorprendió en la playa, sentado detrás de mí. Sonreí, negué con la cabeza, y justo en ese momento, Rodrigo dio un salto y se acercó a un chico que se dirigía a nosotros. Era un poco más mayor y más bajo que él, pero guardaban cierto parecido. Sería su hermano, así que yo pensé que era el momento de retirarme y me dirigí a la salida. A los dos minutos, Rodri pasaba corriendo, camino a la salida del hospital, sin percatarse de que yo estaba sentada junto al mostrador de recepción.

—¡Hostia! —exclamé en voz alta, pensando que ya se habría liado y que habría pasado algo con su padre. Lo llamé y salí corriendo detrás de él. No tuve que llamarlo de nuevo, me escuchó a la primera.

—¡Joder! Pensé que te habías ido.

—Eh, no... No hemos hablado nada del coche, ni hecho el parte, ni he pagado... —dije de la forma más estúpida que se puede, cuando la realidad es que ni me había acordado del coche y solo podía pensar en el hombre maravilloso que no había querido dejarme tirada porque estaba cagada de miedo, aunque él estuviese con un pie en el otro mundo.

—Ah, sí, eso. A ver... Tendré que preguntarle a mi hermano. Está dentro —dijo señalando la puerta y tocándose el cuello—. Él se encarga del papeleo —«¿y tú?», me quedé con ganas de preguntar, pero siguió hablando él—. Puedo llamar al taller de un amigo. Sí, seguro que a Óscar no le importa que le lleve el coche más tarde. El problema es que su taller está en el pueblo de al lado, a menos de diez minutos.

—No, no. No te preocupes. Ya lo arreglaré tu hermano.

—Pero esto tiene pinta de que va para largo. Igual tarda unos días en poder volver al taller.

—No importa. Puedo esperar. No voy a dejar el único Rolls Royce de la isla en manos de cualquiera.

Vi como su expresión cambiaba y se le relajaba la cara. Solo había conseguido el efecto similar al escuchar mi risa exótica.

—Óscar es muy buen mecánico, un poco chulito a veces —dijo sonriendo—, pero sabe lo que hace. Además, no creo que haya ningún coche de sustitución. Estamos desbordados este mes, aunque —continuó mientras

entrábamos de nuevo y nos deteníamos en la puerta de la sala de espera— no vas a quedarte sin coche tantos días por culpa nuestra.

—No es culpa de nadie. Además, Marga empieza mañana su semana de vacaciones. Iré con ella cuando necesite comprar, ir a la playa... No te preocupes, eso no es problema.

—¿Marga, la inglesa? ¡Ni de coña! —dijo subiendo la voz un grado.

—¿Qué? —pregunté con cara de póquer.

—Vamos, ni de coña vas a ir con esa puta loca en la vespa. —Su voz subió ahora dos niveles, sonando mucho más alto de lo que socialmente se permite en un hospital.

—¿Qué te ha entrado? —dije con cara un tanto histérica e incrédula y pensando: «¡Hala! Ya la vamos a liar otra vez». Y eso mismo pensaría toda la sala de espera, los que estaban en el pasillo y los del mostrador de la entrada, que se habían detenido a disfrutar del espectáculo. Incluso me pareció que algunos llevaban hasta palomitas y refrescos para acompañar.

En ese momento me cogió del codo y me sacó del hospital, como cuando la maestra coge al niño para castigarlo de cara a la pared, así me sentía. En la entrada nos cruzamos con una señora elegantísima, que venía con una maleta y a la que él le dio un beso en la mejilla y le dijo con una voz asquerosamente seria:

—Está estable. Ve a la sala de espera, ahí está Juan. Ahora vuelvo.

Yo aluciné y enrojecí al mismo tiempo. No me había soltado el brazo en ningún momento.

—¿Estás flipado o qué?! —le grité bajito mientras me soltaba (o esa era mi idea).

—Tú sí que estás flipada si piensas que vas a ir en moto con la loca que se ha tirado a toda Menorca. Ya me la he cruzado varias veces y he tenido que hacer malabares para no hacerla volar por los aires.

—Pues aprende a conducir... —le vacilé.

—¡Tu amiga no está bien de la cabeza y veo que tú tampoco!

—Shhh... ¡Hasta aquí hemos llegado! —le dije señalándolo con el dedo —. Mi amiga no es ninguna puta loca, punto número uno.

—¡Si lo es! —respondió gritando no tan bajito ahora él también—. Y guárdate ese dedo, que lo tienes muy suelto.

—Punto número dos. No se ha tirado a toda la isla. Más quisierais.

—Es verdad, faltamos yo... Y el cura de Es Castell creo...

—Cretino... Punto número tres: voy con ella si me da la gana. ¿Quién te has creído?

—No vas con ella en moto y punto. Punto final. Aunque tengas que llevarte mi coche y yo venir hasta aquí andando.

Mi cara debía de ser un poema y de los malos, cuando se acercó su hermano y nos pidió que discutiésemos más bajo.

—Lo siento —dije avergonzada—. Ha sido él, que creo que ha tomado mucho el sol y no le funciona bien —continué mientras le señalaba la cabeza.

—Bueno, bueno... ¡Y encima será mi culpa! Me largo.

—La que se va soy yo, que no sé qué pinto aquí —dije mientras me giraba— Buenas noches. Ojalá todo vaya bien. Dele las gracias a su padre cuando se recupere —me dirigí a su hermano y empecé a caminar.

—¿Pero a dónde vas? Sola, de noche y caminando. ¡Ja! Lo que me faltaba por ver hoy.

Me giré y como una furia me abalancé. Menos mal que frené. Frené justo a tiempo a Inesastra y, cambiando de táctica, me puse de frente a su hermano, e intenté sacar mi yo más dulce.

—Si también es trabajador de la empresa, me gustaría comentarle que estoy muy desencantada con el servicio. Su empleado ha cogido un trabajo que no va a poder terminar, me ha gritado durante el trayecto y me ha hecho sentir una verdadera estúpida. Pero su padre es un sol y espero poder darle las gracias cuando se recupere. Por él no voy a interponer una reclamación que, créame, debería ser tan grande como esta isla. Buenas noches.

—Espere, por favor. ¿Es una cliente? —preguntó mirando a Rodri con cara de querer matarlo mientras yo me colgaba una medalla imaginaria y *Memoria de Pez* se hundía en sus zapatos?

—¡Pues claro que es una cliente! ¿Qué iba a ser si no?

—Hombre, pues parecía tú...

—No, no —dijimos los dos a la vez.

—De eso nada —concluí yo.

Entonces, su hermano se ofreció a llevarme a casa. Bueno, casi me obligó a ir con él. Como no tenía ganas de más historias, acepté. Además, *Memoria de Pez* ya se iba a sentir lo bastante mal. ¡Qué se aguante! ¿Quién se cree que es? Montándome un numerito de hermano mayor, padre, novio o todo junto. En el trayecto, se disculpó entre quince y veinte veces. Que si su hermano era un poco impulsivo, que si estaba agobiado últimamente, que se

habría asustado con lo de su padre, que no había conducido nunca la grúa nueva... Yo le dejé hablar y al llegar a la puerta de casa le di las gracias, mis datos y le dije que esperaría hasta que arreglasen el coche, pero que, si no querían, lo entendería perfectamente y lo llevaría a otro taller. Él se negó en rotundo.

—Mi padre no me lo perdonaría. Lo arreglaré, aunque tenga que estar del hospital al taller sin dormir.

—No es necesario que hagas eso, de verdad. Gracias por traerme. Buenas noches.

—Buenas noches, Inés.

Mientras subía las escaleras, pensé en la mala reputación que debía tener Marga y, aunque es verdad que triunfa como si fuese una *top model*, también es bastante selectiva, al menos desde que yo la conozco. Y, si no lo fuese, ¿qué le importaba a él? Marga se podía tirar a toda Menorca y a las Pitiusas al completo si le daba la gana. Seguro que a él le dio calabazas y por eso estaba resentido.

La Vespa de Marga

La mañana siguiente me pilló con la nevera vacía, así que decidí salir a desayunar fuera. Era temprano todavía, las nueve y media. Con todo el lío de ayer, me había acostado pronto, con el pelo aún mojado y sin cenar, por lo que parecía una leona en todo su esplendor. Tanto por la melena, como por los rugidos que provenían de mi estómago. «¡Qué hambre!», pensé mientras abría la puerta del bloque. Esa hambre me duró un segundo. Ahora lo que tenía era una bola de nervios y rabia en el estómago, que me estaba provocando un calor sofocante.

Ahí estaba él, plantado delante de mi bloque, con unos vaqueros cortos, una camiseta sin mangas azul y las gafas de sol. En la mano tenía las llaves de un coche, y las estaba haciendo girar en su dedo índice.

—Buenos días, exótica. Aquí tienes tu coche de sustitución —dijo con una sonrisa.

Pero yo, tan digna, tan altiva, tan repelente, tan..., tan..., con un coño tan grande que no parecía ni mío, pasé por delante de él y, sin mirarlo si quiera continué mi camino, calle abajo, pensando en qué momento podría doblar cualquier esquina, la que fuese y desaparecer de su vista. «Esta misma»,

pensé, y giré a la derecha. Apoyé la espalda en la pared y empecé a temblar, a la vez que brotaban de mis ojos dos lágrimas, de las grandes, de las que forman una piscina *toy* en un momento. Esta valentía mía no iba a durarme mucho. Ya me lo imaginaba yo.

—¿Quién se cree? Asqueroso prepotente... —dije en voz alta, secándome las lágrimas y reanudando la marcha.

Después de la monumental bronca que habíamos tenido hace solo unas horas, no podía presentarse en mi casa, así sin más. Aunque pensándolo bien, no tenía por qué presentarse en ningún sitio y de ninguna manera. Pero no me importaba, anoche se había pasado tres pueblos y yo no lo había olvidado todavía.

—Buenos días. Un descafeinado con leche y una ensaimada, gracias.

Sí, hoy me la iba a comer, me la merecía y, además, necesitaba una sobredosis de azúcar *engordativa* en mi organismo. Todavía tenía el cuerpo temblón por culpa de *Memoria de Pez* y no iba a poder arreglarlo con una simple tostada de pan integral.

—¡Está como una puta cabra! ¡Como una cabra montesa! ¡Peor que su amiga! ¡No hay quien la entienda ni quien la aguante! —balbuceé en voz baja, con la cara más alucinada que pude poner.

Es una flipada que vamos... después de todo lo que pasó ayer, de haber pasado la noche sin dormir en el hospital, vengo para traerle un coche de sustitución y ¿así me lo agradece? Es una chiflada de cuidado. Con todo lo que he tenido que hacer para poder traer el coche, que estaba averiado desde hacía seis meses y me he pasado toda la mañana buscando el fallo.

Ahora va ella, me ignora y me deja ver, que como mínimo, puedo metérmelo por el culo.

Me subí en el coche y fui directo al hospital, sin pararme ni a hacer los Stop. Ya sabía que no estaba haciéndolo nada bien, pero esa desequilibrada conseguía sacarme de mis casillas, para bien, para mal y para tremendamente mal como ahora mismo.

A mi padre habían conseguido estabilizarlo, pero no lo suficiente como para intervenirlo, aunque la operación era ineludible. Debían hacerle un cateterismo... Ponerle un muelle... No sé qué más... Mi madre es la que habló más tiempo con el equipo médico. Lo que sí nos dijeron es que

probablemente deberían llevarlo a Mallorca para practicarle la operación.

Al entrar en la habitación, mi madre, que había llegado anoche de viaje, estaba dormida en un sillón a su lado, con los pies encima de la maleta. La pobre se había ganado un susto terrible. Otro susto. Le gustaba decir que, entre los tres hombres de la casa, nos la íbamos a cargar antes de poder cambiarle los pañales a algún nieto, y la verdad es que su cara anoche me preocupó bastante. Mi padre estaba dormido, lleno de cables y tubos que le cruzaban el cuerpo y a pesar de todo, se le veía tranquilo. ¡Qué naturaleza tiene este hombre!

Como allí no tenía nada qué hacer, fui caminando hasta la cafetería. Saqué el móvil del bolsillo, que no había parado de recibir mensajes y llamadas en toda la tarde, noche, madrugada y lo que llevábamos de mañana. Había estado en silencio desde el «incidente» de anoche con Inés, y al mirarlo vi que tenía ochenta y tres WhatsApps y cuatro llamadas perdidas. Aunque estaba alucinado y agradecido por lo mucho que se preocupaban por mí, también estaba saturado. Decidí que ya los leería más tarde y les daría las gracias uno por uno.

Al entrar en la cafetería, puse el sonido al móvil al mínimo y volví a bloquearlo. Pedí un café, un zumo y una tostada. «Qué tristes son las cafeterías de hospital», pensé, y me senté cerca de la ventana. Al momento el teléfono, que había dejado encima de la mesa, al lado de la bandeja con el desayuno, empezó a sonar. Era el grupo de WhatsApp de mis amigos, los de siempre, al que Luis había puesto como nombre «Los Tronistas», porque decía que éramos dignos de tener un programa de *chochetes* solo para nosotros. ¡Qué animal es!

No le hice mucho caso, pero siguió sonando sin parar y de forma nada discreta, porque un día, entre risas, se nos ocurrió que, para diferenciarnos, debíamos poner como tono del grupo el sonido que hace una lata de cerveza al abrirse y la cafetería empezaba a parecer una de las barbacoas en casa de Luis, con birras abriéndose a cascoporro.

Desbloquéé el móvil. Había quince mensajes de «Los Tronistas». A ver qué estaban inventando ya. Probablemente sería algún video con rusas en pelotas o algo así.

>Biel: Hostia apoteósica en La Explanada. La moto ha volado por encima del coche y ha chocado contra un pivote.

>Andrew: *¿Quién? ¿Qué sabes? ¿Alguien conocido?*

>Biel: *Espera que estoy llegando*

>Andrew: *Venga, corre.*

>Luis: *Avisa con lo que sepas. —Ya empezaba a removerme en la silla. ¿Qué habría pasado?*

>Biel: *¡Hostia!! Es tu novieta Luis. Marga la de la vespa, la rubia.*

>Luis: *No es mi novieta capullo. Solo nos acostamos los viernes. ¿Qué le ha pasado?*

Madre mía... ya sabía yo que esto tenía que pasar algún día. Tenían que haberle prohibido conducir al nacer y de por vida, pensé.

>Biel: *Imagen. Texto: Hay mucha gente, se ha formado una buena. No pinta bien.*

Entonces descargué la foto, la miré, la remiré y quise estampar el vaso de zumo contra el cristal de frente. Esa puta loca no solo se había estampado con la moto, se había destrozado la pierna. La foto era demasiado explícita, incluso para los informativos sensacionalistas de Antena 3. El casco rosa estaba partido. El cuerpo no se le veía, ya que había gente agachada socorriéndola, sangre por el suelo y la pierna... La pierna estaba ensangrentada y no estaba derecha, eso seguro. De pronto se me paró el corazón y pasó de cero a cien en una décima de segundo. Corrí, corrí como si no hubiese un mañana, como si estuviese ardiendo el hospital, corrí hasta la salida, hasta la puerta y hasta el aparcamiento. Le di un puñetazo al coche y grité:

—¡Joder! ¡Imbécil! ¡Chiflada! Tenías que ir con la guiri en su moto. ¿No me escuchaste ayer? ¡joder! Te lo avisé... Te lo dije, te lo dije... Y en la foto solo se ve un casco, seguro que iba sin casco...

No podía parar de repetirlo, y mi rabia pasó de cero a no sé cuánto a la vez que subía el marcador de velocidad del coche, pero ya estaba a punto de llegar a La Explanada y tenía que calmarme y buscar donde aparcar. Al ampliar la foto se podían ver las piernas de Inés levantadas, sujetas por un policía local. Sé que eran sus piernas porque había visto esas sandalias planas rosas esta misma mañana, vacilándome e ignorándome al pasar delante de mí por la puerta de su casa, y porque joder, lo sabía y punto. Eran sus piernas, ya las había tocado y memorizado antes, en la playa.

—Como esté viva... ¡Claro que está viva! —grité—. Como esté bien, cuando salga de esta —continué un poco más moderado en mis pensamientos—, me va a oír. Se va a...

Y entonces me quedé en blanco. Estaba tan alterado que no me había dado cuenta de que estaba llegando. Vi cómo estaban subiendo a Marga a la ambulancia, con la pierna entablillada, y me arrepentí de haberla insultado tanto. Detrás, tirada en el suelo, estaba ella y corrí, joder si corrí. Empujé a los guardias sin querer y me tiré al suelo, queriendo tocarla, cogerle la cara, pero dejando las manos a unos centímetros de su piel, por si tenía alguna lesión que pudiese empeorar.

—¡Tranquilo! Ey, ¡respira tío! ¡Espera, escucha! —me gritaban, pero yo parecía haberme vuelto sordo.

—¡Que está bien, que no tiene nada! —me dijo un Guardia Civil, zarandeándome—. Respira tranquilo, que solo es una bajada de tensión. ¡Un mareo! —seguían gritándome.

En ese momento ella abrió los ojos y yo... Yo me levanté y empecé a caminar de un lado a otro, daba vueltas sobre mí mismo, cogiéndome el cuello y llevando la cabeza de un lado a otro, negando, incluso solté una carcajada y por la tensión, tuve que limpiarme un par de lágrimas traicioneras. Entonces se me acercó Biel y me paró en seco.

—Ey, Rodri, ¿qué te pasa? ¿Qué te ha dado? ¿De qué la conoces? Si ella no iba en la moto. ¿Te has confundido de persona o qué?

—Sí —le dije a todo que sí y me acerqué de nuevo a Inés, que ya se había incorporado un poco con la ayuda de otro policía que le sujetaba la cabeza.

Entonces me agaché y la cogí en brazos, como aquella vez en la playa, y me la llevé. La saqué de ese círculo de polis, guardia civiles y mirones que la rodeaban.

—Eh tú, ¿a dónde vas? ¿A dónde la llevas? ¡Que tiene que verla un médico! —me gritaba un policía, pero yo no me detuve y, cuando había cruzado la calle, la apreté fuerte contra mi cuerpo y sin darme cuenta, la besé en la frente y ella apoyó relajada su cabeza en mi pecho.

—Que susto me has dado... —le dije casi con un susurro.

—Qué dramático eres... No ha sido para tanto —dijo con un hilo de voz—. Yo solo me he desmayado, pero Marga... —y empezó a temblar.

—Ey, ey, tranquila, para, respira —le dije con voz calmada, mientras la

abrazaba más fuerte contra mi cuerpo.

—¿A dónde vamos?

—Al hospital.

—A ver a Marga, sí, gracias.

—No vamos a ver a Marga.

—A ver a tu padre, vale. Lo entiendo. ¿Cómo ha pasado la noche? Y después vamos a ver a Marga —insistió.

—No, tampoco, Inés.

—¿Entonces?

—Vamos a que te vean a ti, a que te examinen... A ellos los veremos después.

—Yo estoy bien, Rodri. Solo me asusté al verla, su pierna... —empezó a temblar de nuevo.

—Venga, por favor, tranquila, respira —le dije mientras la sentaba en el asiento del copiloto del coche de sustitución y le abrochaba el cinturón. Estar tan cerca de ella y ver que estaba bien, después de haber visto esa foto y haberme imaginado lo peor, me hizo casi perder los papeles y querer comérmela a besos, pero sabía que ese no era el momento y que probablemente ya habría recobrado fuerzas como para cruzarme la cara de un guantazo, así que me guardé al tronista para otro momento y me subí en el coche.

Aparqué muy cerca de la puerta de urgencias y rodeé el coche rápido para ayudar a Inés a salir y caminar. Al entrar al hospital, vi que Luis había llegado antes que nosotros y estaba dando vueltas como un loco, preguntando a las enfermeras por la rubia que se había caído de la moto. Estaba descompuesto.

—Luis, no se ha caído, ese tío se la ha llevado por delante. Se ha saltado el Stop —le dije a Romeo, mientras Rodrigo nos miraba con cara extraña.

—Menos mal que solo era la de los viernes ¿no? —confesé, acercándome para que solo me escuchase él—. ¿Os conocéis? —dirigí la pregunta a los dos.

—Sí. —respondieron a la vez.

—¿Y tú? ¿De qué la conoces? —me preguntó Luis con la misma cara que debía haber puesto yo antes.

—Puedes soltarme. No voy a caerme —me dijo alzando la mirada.

—Por si acaso —le respondí y sin soltarle la cintura, nos acercamos al

mostrador de urgencias, obligándola casi a estar de puntillas de tan fuerte que la tenía cogida. Le expliqué a la enfermera lo que había pasado y se la llevaron para hacerle algunas pruebas y comprobar que solo había sido eso, un susto. Quise acompañarla, pero me pidieron que esperase fuera, así que me senté con Luis, que ya estaba más calmado.

—¿Y tu padre?

—Mejor. Lo han estabilizado. ¿Y la guiri?

—No me han dicho mucha cosa, pero...

—Seguro que está bien.

—¿Tú has visto la foto? —me preguntó con cara de que si sería grave.

—Sí, pero he visto que se la habían inmovilizado al subirla a la ambulancia. Como mucho, que te quedas un par de meses sin tirártela los viernes —le dije dándole un pequeño empujón con mi hombro en el suyo.

—Ya... —soltó una pequeña carcajada. Biel estará flipando, porque yo he salido corriendo sin decir nada, pero tú te has traído a la dolorosa en brazos.

—¿La dolorosa? —los dos nos reímos.

—Como mínimo. Atropellan a la amiga y se desmaya ella... Vaya papelón. Tiene más teatro...

—Es verdad —volvimos a reír.

—¿Me lo cuentas, entonces?

—Si es que no hay nada que contar. No hemos tenido nada. Bueno, nada más que encontronazos y discusiones, pero no sé qué me entró cuando vi la foto.

—Pero si solo se veían unas piernas, bonitas, pero unas piernas.

Lo miré con cara de «las piernas de esta no se miran» y respondí:

—Reconocí las sandalias, las llevaba puestas esta mañana.

—Vamos, que has dormido con ella...

—Que no, que solo la vi salir de casa. Y nunca he dormido con ella.

En ese momento vimos entrar al hermano de Marga, acompañado por los que debían ser sus padres y nos acercamos a ellos. Les contamos todo lo que sabíamos, y esperamos por allí. Adam consiguió que una enfermera le dijese que la estaban operando y que tardarían un poco todavía.

Unos minutos más tarde, me levanté porque me pareció ver que se acercaba por el pasillo del fondo Inés, pero el rubiales corrió hasta ella y la abrazó tan fuerte que a quien dejó sin respiración fue a mí. Apreté una mano

contra otra y esperé hasta que quiso despegarse de ella. Entonces Inés me saludó y vino hasta nosotros.

—Solo tengo la tensión baja. Estoy bien —dijo mirándonos a todos.

—Cariño, ¿tu ibas con ella? —le preguntó la madre.

—No, Helen. Yo venía de desayunar, iba al cajero y vi como el coche se saltó el Stop. Yo había dado unos pasos y me había colocado detrás de ellos, pero de frente a Inés y no paraba de observarla, aunque algo debió cambiar en mi cara.

—¿Estás bien, Rodrigo? —se acercó.

—Claro, ¿por qué no iba a estarlo? Es a ti a quien acaban de aplastarle las costillas en el pasillo.

No pude contenerme y Luis, que estaba a mi lado me dio un codazo y me dijo tapándose la boca con la mano, que qué me pasaba, que de qué iba.

—Vamos a por una café anda y no te piques —me dijo cogiéndome del antebrazo, marcado de venas a punto de explotar.

—Hasta ahora —respondí mientras empezábamos a caminar.

No sé cómo me atreví, pero mientras caminábamos hasta la cafetería le pasé el brazo por los hombros y le pregunté sobre las pruebas que le habían hecho.

—Tensión, azúcar, oxígeno, temperatura, exploración vaginal...

—¿Exploración vaginal? —le grité bajito parándome en seco.

—¡Es broma! Es que estás tan serio que...

—¡Eres imposible tú, eh! —dije acercándomela un poco más—. ¿Y cómo estás?

—Bien, muy bien. Gracias por no dejarme morir en plena calle.

—Ja Ja Ja. Ya vale charlatana. Vamos a por ese café a ver si te espabilas —añadí mientras le daba otro beso en la cabeza. Era el segundo y me supo incluso mejor.

La camarera de la cafetería

Entramos en la cafetería y mientras yo me sentaba en una de las primeras mesas, Rodri me preguntó qué quería comer.

—Nada, no tengo hambre. Solo el café.

—Sí, ya. —Y dándose la vuelta, se dirigió hacia la barra. Para comer tenía yo el estómago después de todo lo que había pasado esta mañana.

Desde donde estaba, podía ver la barra y a Rodrigo acercándose a ella. La camarera se puso muy erguida al verlo, sacando pecho y dientes para recibirlo. Rodri pidió los cafés, alzando dos dedos y cogió un paquete de galletas de una pequeña estantería que había justo detrás de él. Yo me estaba poniendo un poco de los nervios al ver a la camarera babear, cargar el café mirándolo y sin parar de hablarle, dándole a la ruedecita para calentar la leche mientras lo miraba de forma sugerente y hasta derramar un café y tener que volver a repetir la operación. Él me miró en un par de ocasiones, para controlar que yo siguiese consciente, pero fui más rápida y desvié la mirada las dos veces. La camarera patosa también derramó la jarra de leche en la

barra. Algo debían haber hablado y a ella le tembló el pulso con la risa.

Pagó y volvió a la mesa, y mientras colocaba las tazas y el paquete de galletas delante de mí, yo miraba a la rubia de bote, que debía estar asesinándome mentalmente.

—No te piques —me dijo con voz burlona, sentándose a mi lado—. Solo hace su trabajo.

—¿Su trabajo? Igual la echan, porque ha derramado más café y leche de la permitida en la misma jornada laboral.

—Venga, no te piques, come algo.

—¿Quién se ha picado? Y ya te he dicho que no tenía hambre.

—Pues yo no he desayunado, así que voy a abrir esto —dijo cogiendo el paquete de galletas.

—Pues muy bien. Todas para ti.

Cuando se llevó la primera a la boca, se escuchó un ruido grande, como cristales hechos añicos y a mí me dio la risa.

—Mira lo que has conseguido, de este golpe la despiden —y nos reímos al ver que había tirado la bandeja con vasos limpios que iba a colocar, porque no podía apartar los ojos de él.

—No seas mala, anda —dijo apoyando su brazo en el respaldo de mi silla y escurriendo un poco el culo para estar más tumbado—. Cómete una galleta— Yo negué con la cabeza, pero él la cogió, se comió la mitad de un mordisco y me metió la otra mitad en la boca—. A ver si te vas a desmayar otra vez y ya sí que te quedas con el apodo de la «dolorosa» para siempre.

—¿La qué? —pregunté con cara de no estar entendiéndolo y menos mal.

—Nada, nada, es broma. Cómete eso que vamos a ver cómo está tu amiga.

Nos tomamos los cafés y volvimos con los demás, que estaban de pie hablando con los médicos.

—Tardará un par de horas en salir de observación, pero no os preocupéis, que solo han tenido que operarla de los dedos de una mano.

—¿Y la pierna? —preguntó Rodrigo.

—La tiene bien, solo heridas superficiales.

—Pero si en la foto se veía torcida.

—Pues no, en la pierna no tiene nada grave —confirmó su padre.

Yo empecé a notar que la cafeína estaba haciéndome efecto, así que pensé en ir hasta casa y coger algo de ropa mientras se me pasaba la

taquicardia.

—Voy a ir a casa, a por ropa para quedarme esta noche aquí con ella.

—A dormir me quedo yo —dijo su madre—. Tú tienes que descansar y reponerte.

—No, de verdad, yo prefiero estar aquí, a estar en casa dando vueltas.

—Venga, te acerco a casa y te espero para traerte. Si total, hasta que no pasen dos horas no podemos entrar —comentó Adam, acercándose a mí y cogiéndome por los hombros.

—No te preocupes Adam. Nos viene de camino a Luis y a mí.

Y, agarrándome de la mano, me arrastró de nuevo hasta la salida, aunque esta vez con más suavidad que anoche.

—Eh, tío, que yo pensaba esperarme, por si dejan pasar antes a verla —le dijo su amigo cuando casi habíamos cruzado el pasillo.

—No me toques los cojones, Luis, que al guiri no voy a meterle, pero tú te la ganas seguro. Vamos, esperamos a que recoja la ropa y volvemos. No tardamos ni media hora.

Y Luis no dijo ni media palabra. Mientras yo subí a por la bolsa de aseo y algo de ropa cómoda para cambiarme, ellos esperaron en la puerta.

—A ver, ¿me lo vas a explicar ahora?

—¿El qué, Luis?

—¿Cómo que el qué? De qué la conoces, qué tenéis o habéis tenido, cómo sabes su dirección, por qué te ha dado un ataque de celos delante del guiri... Te parecerá poco.

Y como teníamos tiempo, le conté la historia por encima:

—Lo primero es que no hemos tenido nada y celos cero. Hablamos un día en la playa, pero ella no fue muy simpática, así que no me dijo ni su nombre. Nos cruzamos el otro día en el concierto, pero como mi ex se empeñó en fastidiarme la noche discutiendo, cuando quise saludarla ella pasó de mí, se burló del espectáculo que habíamos formado y yo me quedé con la dignidad por el suelo por culpa de la asquerosa de Laura. Ni tres segundos duró el encuentro.

—Cada vez más precoz, eh —bromeó, riendo.

—Y el día de la fiesta de mi cumpleaños, ella estaba allí, aunque yo no la había invitado. Bueno, sí la había invitado, pero me dijo que tenía otra fiesta, y ni siquiera le pregunté dónde era.

—¿En qué quedamos? ¿La invitaste o no?

—Total, que apareció, con unas amigas, entre ellas debía estar Marga.

—Sí, yo invité a Marga y con tal de que viniese, le dije que podía traer a sus amigos.

—Pues eso, ya sabemos quién la invitó. Estuvimos hablando y bailando un buen rato. También había otra chica, la gaditana, que no se le despegaba y cuando, por fin, nos quedamos a solas, apareció otra vez la muy puta de Laura con una tarta y se me lanzó al cuello. A esa no sé quién la invitó, pero yo no fui. Entonces se dio cuenta de que era mi cumpleaños y, aunque me felicitó, se largó.

—Yo tampoco, eh, pero conociéndola se auto invitaría ella. Es fresca para eso y más.

—Bueno, y lo de anoche. Lo de anoche fue lo mejor.

—Anoche si te liaste con ella, eh.

—¡Que no joder!

Le conté la historia de la avería, la grúa, lo bordes que habíamos sido, la discusión con todo el hospital de testigo porque no quería que fuese con Marga en la moto y hasta que había tenido que intervenir mi hermano y llevarla a casa.

—Por eso sé la dirección, porque esta mañana he venido a traerle este coche de repuesto y ha pasado de mi como de la mierda. Y por eso sabía que eran sus sandalias.

—No estás acostumbrado a que pasen de ti, «tronista».

En ese momento, apareció Inés con una bolsa de gimnasio llena y se subió en el coche para que volviésemos al hospital. Le di las llaves a Luis y yo me subí atrás con ella. No paraba de mover la pierna, así que puse mi mano encima de la suya y le pregunté si estaba preocupada por Marga.

—No, ya sé que está bien.

—¿Entonces? —pregunté señalándole la pierna, que no paraba de moverse arriba y abajo.

—Ah, esto, es por el café —dijo avergonzada—. Me da bastante taquicardia.

—¿Y por qué no me lo has dicho en la cafetería antes de tomártelo?

—¿Para qué? ¿Para que fueses a por un descafeinado y tu amiga, la del Parkinson, rompiese todos los vasos al escurrirse con su propia baba? No gracias, lo soportaré.

—Eres imposible —le repetí mientras intentaba ocultar una sonrisa

tapándome la boca con la otra mano—. No te piques, anda.

Luis nos miraba por el retrovisor.

Llegamos al hospital de nuevo y aún seguían esperando para poder entrar a verla. Nos quedamos en el pasillo y en ese momento Inés aprovechó para tranquilizar a su amiga Ona, que se había enterado hacía una hora de lo sucedido y solo le habían dado los datos imprescindibles a través de mensajes. Aproveché que tenía el móvil en la mano y se lo quité. Marqué mi número de teléfono y se lo devolví inmediatamente.

—Toma, pon tú el nombre. —Estaba un poco cortado.

—¿Te parece bien este? —y mostrándome la pantalla pude ver que había escrito «Memoria de Pez». La miré con los ojos entrecerrados y en ese instante llegaron los médicos avisando de que podíamos pasar, pero no todos a la vez. Dejamos que entrasen sus padres y su hermano primero.

—Voy a ver cómo está mi padre. No te despistes —dijo señalado mi móvil y se marchó—. Ahora nos vemos, Luis.

Un minuto después recibí un WhatsApp:

> *Espero que tu padre esté bien.*

> *Gracias, y tú, ¿Cómo estás?*

> *Como hace un minuto, cuando me has abandonado en el pasillo. ¿ya se te ha olvidado? (icono pez)*

> *Sí, la verdad es que desde que te conozco me falla la memoria.*

Y ahí se quedó la conversación. No me respondía así que entré en la habitación, a ver cómo iba todo. Justo cuando iba a responderle a Rodri, nos llamó el padre de Marga para que entrásemos a verla, así que guardé el móvil y pasamos.

Tenía puesto un collarín, la cara rasguñada y la mano derecha y la pierna escayoladas. Se le iluminó la cara al vernos. Me hablaba a mí, pero miraba a Luis todo el tiempo, que estaba a un metro de la cama. Imagino que era raro para todos que él estuviese allí, en la misma habitación que sus padres, pero nadie dijo nada incómodo, al contrario, ellos tres salieron, y nos quedamos nosotros. En ese momento sonó mi teléfono. Descolgué:

—¿Todo bien? —pregunté en voz bajita.

—Sí, ¿y por ahí? Quería comprobar que no te habías desmayado de nuevo —me dijo con tono burlón.

—Tranquilo, hasta mañana no me toca otra vez.

—Muy bien. Avísame con tiempo para que no me lo pierda.

—Venga gracioso, que me llama Marga.

—Hasta ahora.

Colgué, con cara de tonta, y aunque yo no me podía ver, ya se encargó Marga de decírmelo. Ella estaba muy animada y, después de un rato, nos quedamos las dos solas en la habitación. Su madre había ido a comprar algo para cenar a la cafetería y su padre, su hermano y Luis se habían marchado.

—Tu Romeo se ha portado genial. Por poco no llega al hospital antes que tú.

—Ya, ¿has visto? Y eso que tiene pinta de vacilón despreocupado —dijo con cara de boba.

—Pues ha demostrado que es un tío de los pies a la cabeza y que estaba muy preocupado por ti.

—Cuando me recupere se lo agradeceré, no te preocupes. —Y empezamos a reír, aunque ella con cierta dificultad y dolor—. Dice Adam que también estaba fuera su amigo Rodrigo.

—Sí, su padre está ingresado y él me trajo al hospital cuando me desmayé al verte —respondí avergonzada.

—¿Él?

—Sí. Es una historia un poco más larga que todo eso, pero ya te la contaré luego —le dije mientras su madre entraba en la habitación.

Estuvimos hablando las tres un buen rato, pero Marga se quedó dormida a causa de todos los calmantes que le entraban por el gotero, así que le dije a Helen que aprovecharía para ir a cenar algo y comprar una revista. Justo antes de salir le envié un mensaje:

> *¿Sigues en el hospital? —me contestó al momento.*

> *Sí, me quedo aquí esta noche. ¿Cómo está la guiri?*

> *MARGA está bien, pero dormida, así que voy a salir a tomar el aire.*

> *Te veo en la puerta.*

> *Ok. Y guardé el móvil.*

Caminé hasta la entrada con el estómago encogido y lo vi apoyado en una de las paredes, esperando. Había tardado menos que yo en llegar.

—¿Has corrido, eh?

—Ya estaba aquí cuando me has escrito.

—¿Cómo está tu padre?

—Bien, dormido. Lleva todo el día así. Está mi hermano dentro, convenciendo a mi madre para que se vaya a dormir a casa.

—Sí, aquí no va a descansar mucho.

—En casa tampoco, sufre demasiado por nosotros.

—Bueno, es normal.

Se hizo el silencio unos segundos.

—Gracias por todo lo de hoy —sorteé su mirada.

—No ha sido para tanto —quiso restarle importancia.

—Sí ha sido, y después de lo de anoche...

—Vamos a cenar anda.

Evitó hablar del encontronazo y empezó a caminar. Yo hice lo mismo. Entramos a la cafetería y después de mirar las bandejas de comida y la carta, nos miramos y pusimos cara de asco.

—¿Pedimos una pizza? —preguntó levantando una ceja. Yo asentí—. ¿Carbonara?

Me pareció perfecto. Él se encargó de llamar y dar la dirección. En ese momento me llamó Marga y salí corriendo.

—Avísame cuando llegue —le grité.

Marga estaba bien, pero su madre había empezado a preguntarle por Luis y ella no tenía mucho que contar, así que tenía que echarle un cable cambiando de tema. Empezamos a hablar de lo que había esa noche en la tele y de cómo íbamos a dormir si solo había una butaca. Veinte minutos después me llegó un WhatsApp de Rodri, la pizza había llegado.

—Voy a bajar a cenar algo. ¿Te traigo una revista o un crucigrama?

—No, no, si lo que tengo es sueño. Ve a comer.

—Vale, no tardo mucho —y salí pitando.

Estaba sentado de lado en un banco de piedra, con las piernas abiertas y la pizza delante. Había pedido dos latas de cerveza y una botella de agua grande. Pensé que la situación era muy rara, pero pasé de analizarlo todo y me senté.

—¡Qué hambre! Si llegas a tardar dos minutos más tengo que pedirte otra.

—No he tardado ni dos minutos.

—Si has tardado —dijo ofreciéndome una cerveza.

—Gracias, pero prefiero agua.

—La pizza con agua no sabe a nada.

—Ya, pero ya he tenido bastante por hoy. Mejor agua.

Empezamos a comer y la verdad es que estaba realmente rica. No había comido nada desde la ensaimada de esa mañana y la media galleta que me había obligado a comer en la cafetería. Me estaba sentando genial. Ya me había comido tres trozos y aún quedaba la mitad. Era tamaño familiar, aunque él tenía pinta de comer bastante. Le pregunté cuánto había costado, sacando veinte euros, pero me ignoró y siguió masticando. Le insistí, aunque solo conseguí que sonriese. Era agradable estar con él sin discutir y hablando de cosas normales.

—¿Habéis conseguido que tu madre vaya a casa?

—Sí, aunque es capaz de presentarse aquí en cualquier momento.

—No confía en ti como enfermero —le dije sonriendo.

—Igual de quien no se fía es de ti. Anoche me preguntó quién eras y hoy otra vez.

—¿Y qué le has dicho? —noté como me ponía roja.

—Que nadie. Una clienta caprichosa, pero.

—Qué bien... Y seguro que ha pensado que le pasó eso a tu padre por mi culpa.

—Más o menos...

—Pues genial. Se ha acabado la cena.

—¿Por qué? Si es broma.

—Porque voy a morirme de vergüenza si me la cruzo, porque no soy caprichosa y porque tampoco soy nadie.

—Ya lo sé Inés, pero ¿qué querías que le dijese?

—Nada, para decir una tontería, es mejor no decir nada.

Y como empezó a reírse, tuve que dejar mi pseudo enfado y reírme también.

—Vamos anda, que llevamos más de una hora aquí fuera. Te debo la cena.

Le dije cuando nos estábamos separando en el *hall* de entrada y el alzó el pulgar. Cuando volvía a entrar a la habitación, estaba Marga sola y le conté que había coincidido con Rodri en la cafetería y que él había pedido que nos trajesen una pizza porque no había nada decente allí para comer. Alucinó bastante, así que, como seguíamos solas y ella estaba muy despierta, decidí

empezar a contarle por el principio. La llamada de teléfono en la playa, el susto que me llevé al verlo sentado, cuando me cogió en brazos y me cambió de sitio.

—Espera. ¿Ese tío bueno te cogió en brazos y tú no le pediste el número de teléfono? ¿Qué? ¿Te fuiste a la playa con el hábito y el rosario ese día?

Yo me reí y seguí con la historia, aunque evitándole ciertos detalles, como la búsqueda intensiva en Internet o el tembleque que me entró mientras me duchaba y me acordaba de lo bien que olía ese día mientras se ponía el sol.

—Entonces sí que le dijiste algo el día del concierto.

—Una bordería y lo dejé con la palabra en la boca.

—Recogiste el hábito y el rosario que había tirado Ona antes de liarse con ese en el concierto, ¿verdad?

—Lo había visto discutir con la tipa con la que entró. ¿Qué querías que hiciese?

—Podías haber sido más simpática, la verdad.

Asentí con la cabeza y le conté que el día de su cumpleaños lo felicité por mensaje privado y que la fiesta a la que fuimos era la suya. Que lo hubiese sabido si no hubiera desaparecido con Romeo nada más llegar.

—¿Y ese día tampoco pudiste hacer nada?

—No Marga, porque cuando estábamos pasándolo mejor, Ona desapareció, apareció la tiparraca y se le colgó del cuello. Y le llevaba una tarta de regalo.

Seguí contándole todo lo demás, lo de la grúa, la bronca, el rescate esa mañana y Marga me llamó mojigata más veces de la cuenta. No me enfadé porque sabía que tenía razón y porque su madre acababa de entrar con otra butaca, dos almohadas y había que dejar el tema.

—Mira, cariño. He conseguido otra. No es un colchón viscoelástico, pero es lo mejor que hay aquí.

Nos reímos, bajamos la intensidad de la luz y pusimos una película en la tele. Una hora más tarde, las dos estaban fritas y Helen roncaba. No muy fuerte, pero roncaba y yo no podía coger el sueño. Entró una enfermera para cambiar el bote de calmante y suero a Marga, aunque ellas ni se inmutaron. Cogí el móvil para mirar la hora y abrí el WhatsApp. Fui al perfil de Rodri y miré su foto y su estado: «En la escuela», tenía puesto y me hizo bastante gracia. En la foto salía riendo y despeinado. No era mi foto favorita, eso

seguro. Vi que estaba en línea y le escribí.

> *¿Qué haces?*

> *Aburrido en la sala de espera. ¿y tú?*

> *No puedo dormir. La madre de Marga ronca.*

> *¿Ya se ha dormido? Es pronto.*

> *Si, están las dos fritas.*

> *Baja.*

Me levanté con cuidado y salí de la habitación. Entré al baño del pasillo a peinarme y bajé hasta la sala de espera. Es verdad que era pronto. Las once pasadas. Estaba sentado en un sofá de tres plazas azul oscuro. Era bastante bajo, así que las rodillas le subían hasta el pecho y ojeaba una revista. La soltó al verme y se incorporó.

—¿Tu padre sigue dormido?

—Si. Dice el médico que así descansa más.

—Mejor entonces.

Me senté a su lado, doblando una pierna y sentándome sobre ella. Apoyé un codo en el respaldo del sofá y dejé la cabeza caer. No es que me doliese, pero sí la notaba pesada. Había una familia sentada al otro lado, esperando a que los llamasen para darle alguna noticia de un paciente y un rato después salieron y nos quedamos los dos solos. Empezamos a hablar de todo un poco. Me dijo que su hermano mañana miraría mi coche y que me llevase el de sustitución mientras. Que él se quedaría en el hospital para que el taller pudiese estar abierto estos días y sacar el trabajo más urgente. Le pregunté si el también solía trabajar ahí y me dijo que antes sí, pero que cuando decidió estudiar en Barcelona, solo ayudaba en vacaciones y algún que otro fin de semana y eso se había notado.

—Mi padre va más estresado y yo tengo mucha culpa. Sigue haciendo el mismo volumen de trabajo y dos manos menos se nota —confesó con cara de preocupación y culpabilidad.

Cambié de tema y le dije que nunca había estado en Barcelona.

—Te va a encantar— aseguró.

Hablamos de cine, de futbol, de la isla... Hablamos mucho y durante mucho rato. Nos sentíamos muy cómodos, hasta que empezamos a hablar de música y salió el tema del concierto; fue él quien sacó la conversación y se

notaba que tenía ganas de contarme lo que había pasado. Habían roto hacía cuatro meses, pero ella no paraba de llamarlo y pedirle otra oportunidad.

—¿Y tú que dices? —se me escapó y me arrepentí justo al terminar de formular la pregunta. Era una de esas veces en las que las palabras corren más que la cordura.

—Que no quiero verla ni en pintura. No he querido dejar de hablarle por su familia, pero está a punto de conseguirlo. Esta isla es muy pequeña y...

Quise creerlo y seguimos hablando de mil cosas más. Me preguntó por mí. Quería saber desde cuando estaba en la isla, si iba a quedarme o si solo estaba veraneando. Le hablé de mis estudios, de la etapa universitaria y le dije que me encantaba viajar, hacer turismo... Nos quedamos unos minutos en silencio y entonces, sin querer, le di tiempo para que pensase la siguiente pregunta. Quería saber por qué estaba en Menorca, qué hacía allí, pero yo no tenía ganas de contestar a eso y decidí hacerme la dormida. Tenía las dos piernas dobladas en el sofá, la cabeza apoyada en mi brazo derecho, en el respaldo y cerré los ojos. Entonces noté como se levantaba y salía de la sala. Dos minutos después me estaba tapando con una sábana y volvía a sentarse detrás de mí, más cerca esta vez y me atraía hacia su cuerpo. Yo me re Coloqué sin decir nada, me acurruqué en su cuerpo. Él volvió a taparme con la sábana, puso los pies encima de una mesita baja que había delante y me abrazó. No me había sentido así de protegida y calmada en toda mi vida. Me dormí. Querría haberme quedado despierta toda la noche, sintiendo su corazón latir acelerado y, subiendo y bajando a la vez que la respiración de su pecho, pero caí rendida.

Abrí los ojos y lo vi dormido. «¡Qué guapo está!», pensé. Y con cuidado giré la cabeza para mirar la hora. Eran casi las seis y media. En la sala había dos monjas, sentadas, de espaldas a nosotros. Quise quedarme todo el mes ahí, pero cinco minutos después me levanté con mucho cuidado para no despertarlo y, poniéndole la sábana de nuevo por encima, salí para volver a la habitación de Marga. Mis pies caminaban un palmo por encima del suelo y mi cara estallaba de felicidad adormilada. Al entrar en la habitación, las dos dormían, pero Marga abrió un ojo y me hizo un gesto con la barbilla. Yo me puse el dedo en la boca para que no hablase y le dije que siguiese durmiendo. Me senté en la butaca y puse el móvil en silencio.

El día de los calmantes

A las ocho de la mañana entró Ona a la habitación, como un elefante en una cacharrería. No podía esperar más para venir. Había tenido turno de noche y llegó impaciente por ver a Marga, que estaba desayunando y protestando por lo insípido que estaba el pan. Marga hoy no tenía tan buena cara. En uno de los ojos había aparecido un pequeño derrame, provocándole una ojera amoratada bastante notable. Helen decidió ir a tomar un café y dejarnos solas ya que Ona empezó a preguntar sin parar por todo lo que había pasado. En ese momento miré mi móvil y vi que tenía unos WhatsApps:

>Buenos días dormilona. Veo que eres de las que se van a media noche sin avisar, pero.

>Bdías! Yo no soy de las que nada...

Volví a dejar el móvil en la butaca intentando ocultar la risa que me había sacado su forma de darme los buenos días y ese «pero».

—¿Y esa cara de tonta? —preguntó Ona.

—Que te cuente... —dijo Marga—. Y que te cuente dónde ha estado hasta las siete de la mañana, que yo tampoco lo sé.

—Durmiendo en la sala de espera, que tu madre no paraba de roncar.

—Yo no ronco —respondió Helen que entraba de nuevo, como si fuese la Preysler, con un café de la máquina expendedora del pasillo.

Después de volver a contar toda la historia del accidente, Ona y yo bajamos a desayunar a la cafetería, y le comenté lo que había pasado con Rodri, saltándome que había dormido con él en la sala de espera y algunos detalles más. Cuando salíamos de la cafetería él entraba y nos quedamos parados de frente. Me saludó con un beso en la mejilla y como yo solo le supe decir «buenos días», el entró y nosotras seguimos nuestro camino. Ona intentó sonsacarme algo más, pero le aseguré que no había nada más que contar. Ya se había cambiado de ropa, yo también, bueno, yo solo me había cambiado de camiseta y seguía llevando los mismos vaqueros. ¡Qué guapo es!, grité por dentro.

Mientras cruzábamos el pasillo, vibró mi móvil en el bolsillo trasero del pantalón y lo miré.

> Veo que eres de las que después de pasar la noche con un tío, si te he visto no me acuerdo. :p

> Yo no soy de las que nada.

Guardé el móvil antes de que Ona se diese cuenta y lo dejé correr. Pasamos todo el día las tres juntas en la habitación. Solo nos separamos para ir al baño o cuando entraban los médicos a ver como evolucionaba Marga. El cirujano que le había recolocado los dedos en el quirófano le dijo que había tenido mucha suerte y que en una semana estaría casi recuperada. También le dijo que debía ser de goma porque, después del golpe, no era normal que solo tuviese la pierna magullada. Si pasaba bien ese día, mañana le darían el alta.

Helen fue a casa a darse una ducha y a comer algo. Nos dijo que en un rato volvería con su marido y con Adam. Decidimos comer con Marga en la habitación y, como en los hospitales sirven el almuerzo tan pronto, nos pilló por sorpresa. Cuando le estaban dejando la bandeja con su manjar yo salí corriendo a la cafetería a por un par de sándwiches. Ona quiso acompañarme, pero le pedí que se quedase con ella para que no estuviese sola. Además, igual me cruzaba con él por el pasillo y prefería encontrármelo a solas. Miré

alrededor y no estaba por allí. En ese momento vibró mi móvil y el corazón me dio un salto.

>Trae otro sándwich para la enferma. Lo que le han traído no hay quien se lo coma.

>Ok.

Me hizo gracia leer el mensaje de Ona, pero la verdad es que hubiese preferido que el mensaje fuese de él, diciéndome que estaba viéndome en la cola de la cafetería o algo así. ¡Deja de pensar estupideces y montarte películas! Me recriminé mientras volvía con una bolsa llena de comida.

—Solo nos falta una botella de vino —dijo Ona mientras comíamos y hablábamos como si estuviésemos haciendo una cena de las nuestras. Hablamos casi todo el rato de Luis y Rodri, pero yo me las ingenié para que casi siempre fuese de Romeo. Salí al pasillo y mientras sacaba unos cafés de la máquina, se me acercó Luis, que traía una caja de bombones.

—Hola, Inés. ¿Cómo está hoy?

—¡Hola! Bueno... Hoy ya le duele el cuerpo por el golpe, pero bien. Espera aquí un momento —le pedí colocándole los vasos de café en las manos. Entré corriendo en la habitación y le lancé mi neceser a Ona—. ¡Péinala un poco que está su Romeo en la puerta!

—¡Hostia! ¡Joder! ¡Coño...! Tápame un poco todo esto con antiojeras, que tengo que estar preciosa con estas pintas —dijo mientras se metía un chicle en la boca.

—Sí, la verdad es que estás bastante guapa así.

Luis estaba en la puerta con una sonrisa de oreja a oreja. Solo nos había dado tiempo a cepillarle el pelo cuando lo vimos con nuestros cafés y la caja de bombones debajo del brazo. Dejamos la bolsa de aseo y el cepillo en la mesita y nos acercamos a él para recuperar nuestros cafés. Mientras cerramos la puerta, vimos que se había acercado a la cama y le había dado un beso suave en los labios. Media hora más tarde se abrió la puerta y Luis se despidió de nosotras diciendo que tenía que volver al trabajo. A Marga le había cambiado la cara, el humor y hasta le pareció bien la merienda que le trajeron cuando todavía no eran ni las cinco de la tarde. Para esa hora ya habían llegado sus padres con Adam. Continuamos en el hospital y yo no supe nada de Rodrigo en el todo el día, así que, revisando la conversación del

WhatsApp me di cuenta de que igual había sido demasiado cortante y le escribí:

> *¿Cómo está tu padre hoy?*

> *Igual. ¿Sigues en el hospital?*

> *Si, pero voy a ir a casa a ducharme y a por ropa para esta noche.*

> *Te llevo. O coge las llaves del coche.*

> *No, voy con Ona, que tiene que ir a trabajar. Luego vuelvo en taxi.*

> *Te recojo en una hora en la puerta de tu casa.*

> *Ok.*

Esto empezaba a rechinarme un poco. Yo me estaba haciendo la adulta y la moderna, intentando pensar que esto era normal, pero bien sabía que no... Me duché y me puse un mono corto con estampado de florecitas para estar cómoda esa noche y antes de las siete ya estaba en la puerta esperándolo. Al subirme en el coche vi que se había cambiado de ropa de nuevo.

—¿Ya te has duchado? —olía tremendamente bien.

—Me duché esta mañana en el hospital, pero he ido a correr un rato para despejarme y he vuelto a ducharme en casa.

—Pues sí que te ha cundido la tarde.

—Solo he corrido cuarenta minutos —apuntó con una sonrisa—. Mi padre ha preguntado por ti.

—¿Tu padre? —seguro que su madre o su hermano le habían contado el numerito.

—Sí, por el coche.

—Ah, tengo que ir a darle las gracias.

—¿Ahora?

—Bueno, por mi sí —dije sin pensarlo mucho.

—Te van a interrogar. Están todos allí.

—Pues entonces esperaré a que no haya tanta gente.

Estábamos llegando al hospital y mientras aparcaba, le dije que Marga estaba mucho mejor, que mañana nos iríamos a casa.

—Me alegro mucho por ella. Se ve que es dura la guiri —bromeó mientras nos despedíamos en la entrada.

—Gracias por traerme.

—Si te llevases el coche no tendría que ser tu chófer.

Me reí y le dije adiós con la mano. Me entretuve un poco en el pasillo conversando por teléfono con mis padres que, la verdad, estaban preocupados porque hacía unos días que no hablábamos tanto como de costumbre, pero es que había estado liada...

Marga estaba cenando cuando entré: una taza de caldo y pescado blanco con verduras al vapor. Miré la bandeja con cara de *que pintade estar sosotiene eso* y en ese momento su hermano me abrazó por la cintura y me dio un beso en la cara.

—¿Has visto? Mi hermana ha decidido empezar la operación bikini a mitad de verano. —dijo sin despegarse.

—Qué gracioso eres —soltó Marga con cara de asco, mientras a nosotros nos daba un ataque de risa.

—¿Se puede? —preguntó Rodrigo golpeando la puerta con los nudillos.

—Sí, sí, pasa —contesté separándome rápido de Adam.

—Venía a ver cómo estás, Marga —me ignoró.

—Muy bien, gracias. Ya me ha contado Luis lo bien que te has portado. Te debo una.

—Ya me la pagarás —le sonrió—. Me alegro mucho de que estés bien. Tengo que irme. Cuídate—. Se giró, se dirigió a la puerta y se fue.

—Es un poco rarito el tío este, ¿no? —Adam señalaba a la puerta.

—Es un tío muy guay y se ha portado muy bien. No seas tan listo —le replicó Marga.

—¿Ya estáis discutiendo? Tu padre está esperándote abajo —dijo Helen y Adam se fue a toda prisa, no sin darme un beso de los fuertes en la mejilla derecha

Yo aproveché para coger el móvil, pero nada, ni un triste mensaje. Marga terminó de comer mientras Helen se tomaba una infusión. Ella había cenado en casa por lo que decidí bajar hasta la cafetería. Saqué el móvil y le escribí:

> ¿Cenamos?

> ¿Ya te has despegado del rubiales? —Solté una carcajada y le contesté.

> Sí, no te piques. ¿CENAMOS? —le repetí

> ¿Cenamos y dormimos?

> CENAMOS. —Se me escapó una risa.

> 5 minutos.

Notaba cómo me ardían las mejillas. Me había puesto roja solo de pensarlo así que para tranquilizarme compré una botella de agua, una cerveza y pedí la cena. La rubia de bote estaba trabajando esa noche y la vi de un lado para otro, llevando platos. Pedí dos raciones de tortilla de patatas, un revuelto de verduras, unas croquetas y me senté en una mesa a esperar. Me puse de frente a la puerta para verlo llegar y no llevarme una sorpresa. Un minuto después lo vi aparecer y se sentó a mi lado. Antes de que dijese ni una palabra, se escuchó un fuerte golpe metálico y la gente empezó a mirar.

—¡Ala! Seguro que ya ha tirado el carro de las bandejas. Si sigues entrando aquí cuando esté trabajando la rubia de bote vas a conseguir que la despidan —dije sin mirar.

—¡Eres terrible, eh! La pobre chica habrá tropezado... —dijo con una carcajada y mirando la magnitud del desastre.

—¿Qué? No ha dejado ni una en pie ¿verdad? —le acerqué la cerveza.

—No, la verdad es que no, jajajajaja.

Se acercó un camarero, dejó la bandeja encima de la mesa y se marchó rápido a ayudar a recoger todo aquello.

—¿Ya has pedido?

—Sí, pero si no te gusta o es poco, ahora pido algo más. Era lo que mejor pinta tenía...

—No, está bien así, pero dime cuánto ha sido.

—Sí, ya... —y empecé a comer.

—Mi hermano dice que tu coche estará listo en dos días. Pero que te llamará mañana para darte el presupuesto. Es el motor de arranque.

—Eso suena caro...

—Unos tres mil euros... —Me atraganté con el agua

—Que no... No llegará a doscientos.

—Vale, vale... Entonces sí que lo arregle.

Sacó el móvil, se lo puso en la oreja y empezó a hablar:

— Que dice la histérica que sí, que le arregles el coche —le di un pellizco en el brazo—. Sí, está aquí cenando en la cafetería y se lo he dicho. Que no Juan. Que no hace falta que vengas a explicarle nada que, ya le he dicho yo lo que es y lo que vale. Pues claro que lo ha entendido. Bueno, si os vais antes de que suba, dile a mamá que se lleve la bolsa de ropa del armario.

—¿Qué es eso de la histérica?

—Es para que sepa de qué coche estábamos hablando —se divertía

—Ah, qué bien... —me levanté a por unas servilletas a la mesa de al lado—. Me estás haciendo quedar muy bien con tu familia —le reproché y él sonrió mientras movía la cabeza.

Terminamos de cenar y nos fuimos cada uno para un ala del hospital, no obstante, alargamos el momento de la despedida. Marga tenía unas décimas de fiebre y le dolía bastante la mano, así que, tras media hora quejándose y un nuevo chute de calmantes se durmió. Helen estaba viendo una serie en la tele, yo aproveché para cepillarme los dientes, recogerme el pelo... Me puse una sudadera y salí al pasillo a estirar las piernas. Me llegó un WhatsApp:

> *Imagen: Dos helados de chocolate y nata. “Se están derritiendo”.*

> *¿Dónde?*

> *En la entrada.*

Bajé las escaleras a toda velocidad y llegué por la espalda. Iba a darle un susto, aunque alzó el brazo y me ofreció el helado sin girarse. Estaba sentado, de espaldas, pero debía haberme escuchado llegar. Me senté a su lado y empezamos a hablar.

—¿Te has quedado con hambre?

—No, pero estaba aburrido y me ha entrado ganas de chocolate.

—Marga tiene fiebre, pero ahora se ha dormido.

—Ah, pues vaya. Mi padre ya está frito también.

Habíamos retomado la conversación de ayer y me había vuelto a preguntar que hacía en la isla por lo que decidí contarle la historia por encima. En ese momento apareció la tipa del pelo rizado. La que estaba con él aquel día. Traía un bolso de viaje, unos tacones de vértigo, un mini vestido y se le lanzó al cuello. Se sentó encima de él, dándome la espalda y se le abrazó, diciéndole que se había enterado esa misma tarde.

—¿Cómo está mi suegri? ¿Cómo estás tú? Me quedo aquí esta noche contigo...

—No, no. Aquí no hace falta más gente.

—Que sí, no pienso dejarte solo.

—Te he dicho que estoy bien. Vete a casa —dijo cortante.

—He cogido un vuelo solo para estar contigo, así que me quedo.

Me di cuenta de que sobraba, así que me levanté, le dije que mañana le

daría las gracias a su padre y me marché. Escuché cómo Rodrigo le decía que no tenía que haber venido y que se fuese a casa, pero ella insistía.

¡Si es que eres estúpida! Tú te has creído que esa es solo su ex, pero ya lo has visto. Se le ha lanzado al cuello y él no parecía estar nada incómodo. Sí parecía estar incómodo. Y encima ella ha venido buscando guerra, porque vaya modelito para venir a dormir al hospital. Dormir no es lo que van a hacer esos dos, Inesita.

Inesastra había llegado. Y tú, mientras, con cara de imbécil solo porque habéis coincidido en la cafetería y poco más. Pues yo lo tengo claro, ese lo único que quería era pasar el rato mientras su novia estaba por ahí y te ha escogido a ti.

¡Enhorabuena! Has sido la agraciada para que el macizo se divierta unos días. ¡Hay que ver todo lo que te da tiempo a decir en diez segundos, eh Inesastra! Qué elocuente eres... Sí, sí, disimula y saca palabros, pero has quedado como una tonta y lo sabes. Ese tío solo quería aprovecharse de que su chica no estaba en la isla y tú vas y te dejas liar. Yo no me he dejado nada. No me toques las narices... Me quité la sudadera porque me hervía la sangre. En ese momento sonó mi teléfono. Era él, pero yo colgué. Volvió a llamar. Descolgué esta vez, pero no dije mi pío.

—¿Dónde estás? Mira que desapareces rápido siempre.

—He visto que sobraba y, además, yo no vengo vestida de boda, desentonaba en la fiesta otra vez.

—No seas estúpida. ¿Dónde estás?

—¡Yo no soy estúpida!

—Vale, perdona. Ven.

—Que no, que yo no voy a ningún sitio —contesté como una niña.

—Pero si es que no me la esperaba. No sé qué cojones hace aquí.

—Mira, mejor lo dejamos. Tú sigue con tu novia y yo me acuesto.

—No es mi novia, Inés.

—Bueno, lo que sea. A mí no me importa.

—No parece que no te importe —soltó con tono arrogante.

—No te pases, que ya te has reído bastante de mí estos días.

—¿Yo? —noté cómo empezaba a cabrearse.

—Sí, tú. Con tus amigos, con tu hermano, diciéndole a tu madre eso de mí...

—Yo no me he reído de ti. Pero te pasaste la otra noche, Inés.

—Encima tendré yo la culpa.

—Pues claro que la tienes tú. Si no fueses tan cabezona...

—¡Con el numerito que montaste en el hospital! Flipo. Ni «Escenas de matrimonio», vamos...

—¡Qué gilipollez estás diciendo!

Yo me reboté, apreté los puños y me di cuenta de que Inesastra estaba dispuesta a darlo todo de nuevo. ¡Ala! Ya la habíamos liado otra vez. Nos habíamos cargado el buen rollo de la noche anterior y no solo por mi culpa. Ver a su novia allí me había hecho recordar todos nuestros encontronazos anteriores y eso no ayudaba. ¡Ni pizza, ni tortilla, ni helado ni hostias en vinagre! ¡Aquello se había puesto *azuloscurocasinegro*! ¡Qué digo! ¡NEGRO AZABACHE!

—Que duermas bien con la de los tacones —y colgué.

Me apoyé en la pared del pasillo con el móvil y cuando estaba a punto de bloquearlo como contacto y sentenciando por dentro que todos los tíos son iguales, escuché cómo se abría la puerta. Era él, caminaba hacia mí a toda velocidad. La otra le seguía unos pasos por detrás, fue el ruido de sus tacones el que me alertó. Se paró frente a mí y ella se quedó parada a unos metros.

—¿Qué quieres? —dije sin mirarlo.

—Que me digas a la cara todo eso que has dicho antes. Que eres muy valiente.

—¿Quién es esta? —dijo la bicha, recién bautizada por mí.

—Nadie.

No pude decir nada más. En ese momento se me paró el corazón. Rodrigo me había cogido la cara con las manos y me estaba dando un beso de los que hacen historia.

—Me tienes hasta las narices, charlatana —dijo separando sus labios unos milímetros de los míos. Y volvió a darme otro beso, más corto esta vez. Pero sin separarse. Tuve que contraer todo mi cuerpo y hacer acopio de fuerza para no desplomarme allí mismo.

—¡No me lo puedo creer! No es verdad lo que estoy viendo... No puedo verlo —empezó a gimotear la bicha, que ya arrancaba a llorar.

—Pues vete y así no tienes que ver nada más —le contestó sin mover las manos de mi cara y volvió a besarme.

—Pero si acaba de decir que no es nadie. Vamos a hablar mi amor —señaló acercándose y poniéndole la mano en el antebrazo, aunque yo se la

cogí y la levanté, dejándosela en el aire.

—¡Tú no me toques! —me gritó.

—Pues no lo toques tú a él —le respondí sin alzar el tono, pero mirándola fijamente.

Rodrigo sonrió y girándome la cara hacia él me volvió a besar, poniendo sus manos en mi espalda y acercándose a su cuerpo aún más. Seguimos así un buen rato. La bicha se marchó, aunque no me di cuenta en qué momento, pues, estaba muy ocupada derritiéndome contra memoria de pez, que besaba de vicio y seguía oliendo igual de bien que esta tarde.

—Vente abajo conmigo —me dijo pasando sus brazos por mi cuello y dejando que sus manos cayesen por mi espalda.

—Espera, que voy a ver a Marga.

Me costó separarme de él, pero, finalmente entré, vi que las dos estaban durmiendo, apagué el televisor, dejé la sudadera en la percha y salí de nuevo con la cartera en la mano para comprar una botella de agua.

—Están dormidas —aseguré, acercándome hasta él. Empezamos a caminar. Se detuvo delante del ascensor y pulsó el botón de llamada—. ¿No bajamos andando? Si es solo una planta —le pregunté extrañada, pero me empujó hasta el interior de ese cubículo metálico y frío sin que yo tuviese tiempo de reaccionar.

—No, vamos a dar un paseo —dijo con cara de travieso y pulsó la última planta mientras me acercaba de nuevo a su cuerpo.

Se había apoyado en una de las paredes del ascensor y colocando su mano en mi culo, me llevó hasta él. Empezó a besarme de nuevo y yo no pude, ni quise hacer otra cosa que seguirle el ritmo. Me besaba con muchas ganas, de forma diferente a como me había besado la primera vez. Parecía tener prisa. No paraba de subir y bajar las manos por mi espalda y empecé a notar su erección en la parte alta de mi barriga, porque, aunque tenía las piernas un poco abiertas y estaba medio recostado en la pared del ascensor, seguía siendo más alto que yo y el botón de sus vaqueros me rozaba casi en el ombligo. Yo estaba tan embobada con él que hubiese hecho lo que él hubiese querido en ese momento. Después de tanta tensión y de tanta sequía, no estaba yo como para buscar impedimentos. Las puertas se abrieron en la última planta, pero volvieron a cerrarse y el ascensor no se movió. Sin condiciones. No podía poner freno, no era dueña de mí en ese momento. Empezó a besarme el cuello y yo noté cómo se me escapó un pequeño jadeo

que, rápidamente él recogió con un beso. Me estaba volviendo loca entre sus brazos así que decidí que tenía que tomar las riendas del asunto. Le cogí el pelo con las manos y tiré un poco de él para atrás, dejando su cuello expuesto y solo para mí. Lo recorrí con la punta de la lengua y soplé muy despacio. Ahora era el quien había jadeado, un poco más fuerte que yo, y se removía incómodo. Había conseguido que la piel de los brazos se le erizase. Sonreí y noté que el pantalón le apretaba demasiado y entonces me empujó hasta el otro lado del ascensor, colocando una mano en la pared, a la altura de mi cara y la otra en mi barriga volviendo a besarme con ganas mientras yo le colocaba mis manos en la cinturilla de su pantalón, por debajo de la camiseta. En ese momento el ascensor empezó a bajar y Rodrigo apoyó la frente en la pared y susurró:

—Joder... Qué oportuno.

A mí se me escapó una risa y me separé de él, recolocándome la ropa y aprovechando para peinarme un poco. Entraron dos médicos, que ni siquiera nos miraron.

—¿Te hace gracia? dijo mientras se abrían las puertas de ascensor y me colocaba delante de él, apretando su entrepierna contra mí, para que la notase en mi espalda.

—Sí, de hecho, bastante —le dije con voz divertida y pellizcándome los labios.

—¡Vamos! —me dio un tirón, me sacó del ascensor y no volvió a hablar hasta que estuvimos en la puerta del hospital—. Te has pasado veinte pueblos, pero —muy serio y negando con la cabeza.

—¿Yo? Pero si no he hecho nada —me dejó descolocada con ese comentario.

—¿Nada? —añadió ahora con cara divertida, sentándose en el banco de piedra en el que habíamos cenado la carbonara la noche anterior y señalándose el bulto que le apretaba entre las piernas.

—Eso lo has hecho tú solito... —dije alzando las manos e intentando mostrar mi cara más inocente. Se me escapó una sonrisa pícaro y el aprovechó para tirar de mí y sentarme encima, de frente a él y con los pies cayendo hacia el otro lado del banco. Colocó sus manos en mi espalda, entrelazando los dedos. Tenía los brazos relajados y estaba guapísimo ahí, a tan solo unos centímetros de mí. Yo apoyé mis codos en sus hombros y le acariciaba el pelo con ambas manos.

—Tienes un piquito de oro, tú... —no paraba de mirarme.

—Es que tienes la capacidad de sacarme de quicio en un momento.

—Tú eres la que me saca de mis casillas y eso me descontrola. Me has hinchado los cojones como hacía tiempo... Y en los dos sentidos.

En ese momento agachó la cabeza, pero le di un tirón del pelo y alzándole la cara lo besé, despacio, con cuidado, pero con decisión y, sobre todo, con unas ganas locas. Fuimos subiendo el ritmo y su erección, que ahora sí que la notaba perfectamente. No paraba de subir y bajar las manos por mi espalda y me apretaba el culo a la vez que hacía movimientos discretos con sus caderas. ¡Joder! Grité para adentro. La tela de mi mono era muy fina y me estaba volviendo loca con tanto roce. Le puse las manos en el pecho con la intención de frenarlo un poco, pero tenía un cuerpo tan firme que hizo que me pusiese más caliente todavía. Conseguí articular una palabra.

—Para... —le pedí escondiendo mi cara en su pelo.

—¿Por qué? —protestó

—Porque yo no soy de las que se lían con un tío a la primera de cambio, sin conocerlo, por muy bueno que esté —y le di un mordisco en la oreja.

—Antes me has dicho que tú no eres de ningunas, así que eso no me vale —lo dijo con una media sonrisa y volvió a cogerme por el culo mientras me mordía el labio inferior. Eso hizo que un calambrazo recorriese mi cuerpo, desde mi sexo hasta mi oído y empecé a jadear de forma acelerada. Él se dio cuenta de lo que estaba provocando en mí y continuó moviendo las caderas, de forma suave pero constante, mientras yo me volvía loca en sus brazos.

—Para por favor —le supliqué— que ya no sé ni lo que estoy haciendo y tú...

—Yo voy a correrme como siga escuchándote, así que tu verás.

Me susurró al oído y su voz sonó tan insoportablemente sexy, que fui yo la que decidió que no quería parar. Apoyé las rodillas en el banco y empecé a mover las caderas, haciendo círculos y disfrutando con la cara que estaba poniendo. Tenía la boca entreabierta y su pecho subía y bajaba a mucha velocidad. A mí, empezaban a temblarme las piernas y el calor me subía por el pecho, así que con una mano desabroché un botón del mono y él, al verme hacer ese gesto, resopló.

—¡Hasta aquí! —dijo parando en seco, levantándose sin ninguna dificultad y colocándose de pie en el suelo—. No me mires con esa cara, no pienso terminar así y no pienso hacértelo de cualquier manera. Yo sí que no

soy de esos.

—¿Ya está? —le pregunté sorprendida y un poco decepcionada. Él asintió—. Pues vamos dentro. Si hemos venido a acompañar a los enfermos, no sé qué hacemos aquí —dije con cara divertida y levantando los hombros.

—Eres tremenda, charlatana... Entra tú, anda. Yo voy a tomar un poco el fresco.

Me acerqué a darle un beso y las buenas noches. Me dio una palmada en el culo cuando me giré para entrar al hospital. Ese cachete activó todas mis terminaciones nerviosas y tuve que pensar que me estaba tragando Groenlandia para enfriarme un poco y no... ¡Y no saltar sobre su churra y terminar lo que habíamos empezado!, gritó Inesastra. No tenía fuerzas para subir hasta la primera planta, así que me senté en la sala de espera, en la misma que habíamos estado anoche. Había bastante gente y tuve que quedarme en una de las sillas. Me levanté a por una botella de agua de la máquina expendedora y en ese momento cruzaba Rodrigo por el pasillo.

—¿Buscas algo? —le dije con cara divertida.

—Sí, una bolsa de hielo —me dijo señalándose la entepierna.

—Si te sirve agua... —contesté con una sonrisa, ofreciéndole la botella. Él la cogió y dio un buen sorbo.

Nos sentamos en un sofá que se había quedado libre y después de un rato sin saber que decir, se me ocurrió preguntarle quien le había dicho que yo estaba en La Explanada ayer cuando Marga tuvo el accidente. Estuvimos un rato hablando de eso y me enseñó la foto, pero tapando con un dedo la pierna de mi amiga para que no me desmayase de nuevo dijo.

—¿Te preocupaste por mí entonces? —con voz de niña pequeña.

—Bueno, más bien quise matarte porque pensé que te habías subido con ella en la moto —dijo muy serio.

—No habría sido la primera vez...

—No necesito más datos, Inés —cortó en seco.

—Tienes un trauma con las motos, ¿o qué?

—Cuéntame mejor qué haces aquí en Menorca y si vas a quedarte.

—De eso sí que no necesitas más datos. Evité mirarlo de nuevo.

—Venga, que ayer me quedé con ganas de saberlo.

—Es que ya hemos tenido suficiente dosis de ex por hoy. No creo que sea necesario ni apropiado invitar al mío ahora.

—Venga, que es lo justo. Es mi turno. Tú has soportado a la asquerosa

de... —Le puse un dedo en la boca y no dejé que pronunciase su nombre.

—Ni hablar. Esa no pinta nada aquí ahora, ni la nombres. —Soltó una carcajada y negando con la cabeza volvió a decirme que era imposible.

—Dispara— y se recolocó en el sofá con intención de prestar mucha atención.

—Pues la historia de siempre. Me fue infiel, yo me enteré, rompí con él y decidí tomarme un tiempo para mí. Fin. —Me miró sorprendido y volví a hablar. Yo también me quedé sorprendida al ver la facilidad con la que había resumido tantos años de mi vida—. Sí, me han puesto los cuernos. No es que me encante decirlo en alto, pero es la verdad y eres tú quien ha insistido en saber.

—Pues ya somos dos. Yo también soy un cornudo —confesó mientras se reía y se alborotaba el pelo.

—¿Contento?

—¿De qué te hayan puesto los cuernos? Sí, la verdad.

Yo puse cara de mala leche, porque no había comprendido ese comentario chulesco, pero me sorprendió con un beso y yo no dije nada más.

—Anoche, Marga se dio cuenta de que llegué casi a las siete de la mañana. Igual debería subir ya.

—Sí, la verdad es que como acompañantes dejamos mucho que desear —dijo soltando una carcajada y levantándose.

—Mañana nos vemos.

—Sí, hasta mañana.

Entré en la habitación, Marga estaba dormida, pero sudaba y tenía las mejillas rojas, le toqué la frente y estaba ardiendo. Salí corriendo a avisar a una enfermera y entraron para comprobar si todo iba bien. Marga y Helen se despertaron mientras le cambiaban el gotero, aumentando la dosis. Ellas volvieron a coger el sueño en seguida, pero yo no podía parar de revolverme en la butaca. Rodri me había excitado tanto con tan poco que todavía notaba las punzadas en la entrepierna. Había conseguido provocarme un orgasmo hasta con la ropa puesta y había sido demasiado para haber sido en plena calle. Me estaba volviendo a entrar el calor, así que cogí el móvil y le escribí:

> *¿Te has dormido ya?*

> *No es dormir lo que quiero precisamente... —En ese momento volví a sentirlo como si lo tuviese pegado a mí.*

- > *Marga tenía fiebre y he llamado a las enfermeras.*
- > *¿Ya está bien?*
- > *Sí. Dormida.*
- > *Pues sal al pasillo entonces.*

Me levanté con cuidado de no hacer ruido y le hice caso. No tardó ni treinta segundos en aparecer y me arrastró literalmente hasta una sala de curas que había vacía y con la luz apagada. A estas horas las enfermeras no se mueven mucho de su *office* y eso ayudaba bastante. Volvió a besarme con tantas ganas como antes y provocando en mí la misma sensación que antes.

—O me dices que pare ahora mismo o esto se me va a ir de las manos Inés... —señaló con voz entrecortada. Yo no abrí la boca—. Inés, me estás volviendo loco y yo no soy así.

—¿No eres cómo? —pregunté muy decidida.

Ya no pude hablar más. Se acercó a mí, empezó a desabrocharme el mono, dejando al descubierto mi sujetador y deteniéndose a besar cada centímetro de mi piel mientras seguía desabrochando botones. Notaba cómo la sangre me ardía por todo el cuerpo y ya solo podía pensar en los hombros perfectamente esculpidos que se le intuían con las camisetas sin mangas. Necesitaba verlo sin la parte de arriba y eso hice. Le saqué la camiseta con un movimiento sencillo y a punto estuve de desmayarme. Estaba tan acelerada que me notaba el pulso en el estómago y a mí también empezó a entrarme la prisa por quitarle la parte de abajo. Me cambió la cara y se ve que se dio cuenta de que estaba pensado algo así como: «Vaya, vas preparado para tirarte a la primera que te cruces...». Pero él se adelantó a mi comentario (que no pensaba hacerlo por miedo a estropearlo todo otra vez).

—No me mires así, la máquina expendedora de abajo no solo tiene agua y chocolatinas...

Me sentó en la camilla y un minuto después, Rodrigo se había puesto un preservativo y estaba dentro de mí. La cabeza me daba vueltas y tras varias embestidas empecé a temblar. Nunca había llegado al orgasmo en tan poco tiempo, pero no podía controlarlo. Rodrigo se dio cuenta de que yo estaba a punto y aumentó el ritmo, dejándose ir justo a la vez que yo, apoyando su frente en el hueco de mi hombro. No podía creer lo que había pasado, no podía ser verdad, pero en ese momento, el tío bueno con el que acababa de hacerlo me dio un beso en el hombro y me susurró que no había disfrutado

así en la vida. Yo, que no sabía qué hacer ni qué decir, me limité a acariciarle los brazos suavemente. Mientras nos vestíamos, me preguntó si quería dormir con él en la planta baja, pero le dije que era mejor que me quedase con mi amiga, por si empeoraba. Esperó a que yo estuviese lista y guardándose el condón anudado en el bolsillo, salió de la sala de curas delante de mí.

—Que duermas bien —le dije guiñándole un ojo.

—Seguro que sí —contestó con la sonrisa torcida y se marchó.

Me senté en la butaca, con las piernas temblonas aún y después de alucinar un rato con todo lo que había pasado, caí redonda mientras mi cabeza no paraba de repetir que ese tío era la bomba.

La casa de Marga / Comité de crisis

- > *Si eres de las que repite por la mañana, avísame `icono cara diablo`*
- > *Yo no soy de las que nada.*
- > *Tú empiezas a ser de las que todo.*
- > *Idiota.*
- > *¿Eso es un sí o un no?*
- > *Eso es que nos vamos a casa.*
- > *Te llevo.*
- > *Me acerca el hermano de Marga.*
- > *Ya veo.*
- > *¿Qué ves?*
- > *Que eres de las de una noche y si te he visto no me acuerdo.*
- > *Ja ja. Idiota.*
- > *No lo has negado*
- > *Porque has dicho una tontería.*
- > *Ya... ¿no te llevas este coche?*

- > *No, no lo necesito.*
- > *¿Tienes chofer nuevo?*
- > *No seas capullo. Y no te piques.*
- > *Ok.*

Así es como desperté. Así, con una sonrisa de idiota y con una vergüenza que me moría. ¿Cómo iba a contarle a Marga que mientras ella estaba convaleciente y su madre dormida yo estaba acabando, por fin, con mi luto sexual? Aunque, todo sea dicho, mi función, detectar la fiebre y avisar a las enfermeras, la hice. Y, por otra parte, estaba el momento de tener que cruzarme con Rodri... Que anoche se nos había ido la situación de las manos y acabamos como acabamos.

A las once pasó el médico y, restándole importancia al episodio de fiebre de la noche anterior, le pidió a una de las enfermeras que preparase la documentación para darle el alta y que Marga pudiese irse a casa. Él pasaría a firmar el informe alrededor de las dos y, entonces, podríamos marchar.

> *¿Cómo ha pasado tu padre la noche? Nos iremos alrededor de las dos.*

No me respondió en toda la mañana. Bajé a desayunar, tampoco nos cruzamos. Ayudé a Helen a recoger las cosas que habíamos ido acumulando en la habitación y, para las dos, una vez que Marga ya había almorzado y que Adam hubo llegado, salimos dirección al parking. Allí estaba él, en una de las primeras plazas que hay frente a la puerta de entrada. Con mi coche. Estaba apoyado en el capó, mirando el móvil, por lo que no se dio cuenta de que estábamos saliendo con Marga en silla de ruedas.

—¡Buenos días!

—Ey, buenos días otra vez.

Marga me miró con cara de *porquétedicebuenosdiasOTRAVEZ*, pero yo hice como si nada.

—¿Ya está listo?

—Sí, le hemos cambiado también una luz delantera que tenía fundida...

—Muchas gracias. Pensé que tardaríais en arreglarlo...

—Bueno, hemos hecho un hueco.

—No tengo dinero para pagarte ahora...

Me giré y le pregunté a Helen que ya estaba sacando la cartera para ver si

tenía suficiente cuando dijo que no, que me pasase por el taller, que no tenía la factura hecha.

—Pásate cuando puedas y ya está.

Me guiñó, hizo que me diese una punzada en la entepierna, le di las gracias, le dijo a Marga que esperaba que se recuperase pronto y que, sobre todo, vendiese la moto. Entró al hospital. Mi amiga, a la que no suele escapársele una, me miró con cara de *estomelotienesqueexplicar*, pero como tuvo que subir al coche haciendo maniobras para que no le doliese la mano ni la pierna, se le fue de la mente. Me subí en mi coche recién arreglado, le envié un escueto «gracias» a *Memoria de Pez*, arranqué y seguí el vehículo de Adam.

En casa de Marga era feliz. Su familia era mi familia y después de comer incluso nos tumbamos a ver una peli. Adam insistió en que fuésemos a darnos un baño a la piscina, pero ni había traído bikini ni iba a dejar a Marga sola. Ona llegó a la hora de la cena y después de una sobremesa extensa decimos que era hora de marcharnos. Me di una ducha, me metí en la cama y caí rendida. Dormir en el hospital no era muy cómodo y estos días atrás no había podido descansar nada.

Amanecí nueva. Después del desayuno me puse unos vaqueros cortos, una camiseta de tirantes, las sandalias rosas, preparé algunas cosas para llevarme a casa de Marga, busqué en Internet el nombre del taller y conduje hasta allí. Había cogido quinientos euros de los que me habían dado los Karlsson la última semana por lo que no tuve que pasar por el cajero.

Estaba delante de la puerta. Sí, creo que es aquí... El cartel... ¡Pues claro que es aquí! Lo que pasa es que estás cagada... ¿Dónde va a ser si no? Lo pone clarito, en grande y en azul, como todos los letreros de los talleres: REPARACIONES MOREI. ¿Qué va a ser si no? ¿Una peluquería? Aunque bueno, no será porque en algunas peluquerías no trabajan a fondo la chapa y pintura... Que algunas entran pareciendo un adefesio y salen siendo Malena Costa por lo menos... Venga, ya está bien de vagabundear mentalmente. Entra, paga y ¡listo!

—Hola... Buenos días... —me moría de la vergüenza y nadie parecía escucharme. Inténtalo otra vez, Inesita—. ¿Hola?

En ese momento salió de detrás de un coche, con la sonrisa torcida y quitándose unos guantes muy manchados mientras caminaba hacia mí.

—Buenos días, charlatana. Menos mal que has venido. Pensaba ponerte

ya en la lista de morosos. —Me puse roja, roja, roja, y me dio un beso que no lo mejoró. Más roja.

—No me gusta tener deudas... —no sabía que contestar—. ¿Cuánto es?

—No lo sé, espera. ¿No lo sabe? ¡Pues vaya! En ese momento sacó el teléfono y lo escuché hablar.

—Ey. Buen día. tronista. Una cosa, ¿cuánto es lo del ayer? Sí, míralo, que está aquí la dolo... Digo, la dueña con muchas ganas de pagar... Venga, gracias tío. ¡Nos vemos! Te debo una... Jajaja —y colgó.

—¿La dolo... qué?

—Nada... Me he equivocado. Estoy cansado —dijo mientras se rascaba la nuca con una sonrisa. Son ciento diez. Le hemos mirado también los frenos y algunas cosas más.

—¿Hemos? ¿A quién has llamado si tu hermano está allí? —señalé al fondo.

—Ayer fuimos al desguace y lo cambiamos en un momento. Yo no tenía bombilla para tu Rolls Royce así que ya lo hicimos todo en su taller.

—Tu hermano dijo que sería más caro.

—Bueno, no tardamos mucho y al encontrarlo de segunda mano... ¿Vas a la playa?

—No. ¿Por?

—Por el bikini...

—¡Ah! No... Marga tiene piscina. Voy a pasar el día en su casa.

—Mmmmm... Vale.

Se quedó callado y aproveché para sacar el dinero y pagar. Me dijo que si quería factura tendría que esperar un poco, pero como no la necesitaba cuando me dio la vuelta me despedí con dos besos y me marche.

Ona llegó para la hora del almuerzo y mientras comíamos en el jardín junto a la piscina les conté lo que había pasado en el hospital, las conversaciones por Facebook, que venía del taller... Y cuando ellas estaban explayándose a gusto, diciendo que si lo había tenido muy calladito, que por fin había mojado, que ya estaba bien desde el año pasado, que si me había vuelto a desvirgar... Y toodo lo que a esas brutas se les ocurrió, vibró mi móvil:

>Intenta no quemarte los hombros hoy :p

—Te está escribiendo, ¿verdad? A ver... ¿Qué dice?

Les enseñé el teléfono y por respuesta le envié una foto en la que se veían mis pies y la piscina.

> *¿Estás sola?*

> *No*

> *Claro...*

> *¿Claro qué? ¿Cómo voy a estar sola en casa de Marga? Hemos comido en el jardín las tres. Los demás están dentro.*

> *Ah... Tengo que volver al trabajo. Que disfrutéis.*

Dejé el móvil y cuando íbamos a retomar la conversación llegó la madre de Helen con unas amigas; venían a ver cómo estaba Marga. Tomamos un café, pastas que había traído una de ellas y después de darnos un baño, decidí volver a casa. Llevaba varios días sin ir al gimnasio y me vendría bien hacer un poco de ejercicio.

El viernes desperté con más de veinte mensajes en WhatsApp. La guiri loca y Ona estaban discutiendo. Marga decía encontrarse *casiperfectamentebien* e insistían en que tendríamos que ir a Ciudadela, a las fiestas de San Juan y Ona la llamaba descerebrada.

> *Buenos días guapitas mías. A ver... ¿Cómo vamos a ir hasta la otra punta de la isla? Tienes una mano recién operada y la pierna a la virulé...*

> *¿Qué dices? Tres puntos mal contados para recolocar un dedo... y la pierna no me duele.*

> *¡Si es que estás como una cabra!*

> *Ona tiene razón, ya iremos otro día.*

> *¿Otro día? Querrás decir otro año, porque no se repiten hasta 2018...*

> *Mira Marga, déjalo ya... no vamos a meternos entre miles de personas para que te pase algo. Si ahora hay fiestas casi todos los fines y todas son iguales... caballos, orquesta, gente, pomada...*

> *ME ABURRO EN CASA*

> *Pues nos vamos nosotras el finde y hacemos sesión intensiva de charlitas, ¿ok?*

Parece que entre las dos la convencimos. Ona y yo habíamos quedado

para ir a comprar comida, bebida y lo que se nos ocurriese para esos dos días, pero antes me pasé un rato por el gimnasio, volví a casa, puse una lavadora, me di una ducha, preparé ropa para llevarme y se me ocurrió llevarme el bloc de dibujo y unos lápices, por si acaso.

Después de comer y el café le pedí a Ona que me hiciese las cejas, estábamos en el jardín y con luz natural seguro que quedaban perfectas. Subí hasta el baño de Marga, cogí todo lo que pensé que podíamos necesitar, varias pinzas, un espejo de pie de los que amplía, la cesta con pintañas y quitaesmalte, algodones... y bajé de nuevo. No tardó mucho en terminar y mientras nosotras nos pintábamos las uñas de los pies, Ona empezó a quitarse algunos pelitos del entrecejo. Había sido una buena idea pasar unos días juntas. Estábamos relajadas y entonces empecé a darle vueltas a todo. Mi mente, siempre obligándome a estar cavilando...

No, no me había dicho nada en todo el día, ni un mensaje, ni un toque. Nada. Yo, tampoco, la verdad, que podría haberle preguntado por su padre, pero, ayer ya le había mandado un mensaje y hasta una foto. Tuve que salir de mi ensoñación con el grito monumental que soltó Ona.

—¡No puede ser verdad lo que están viendo mis ojos!

—¿Qué pasa? No nos asustes.

—¿Que qué pasa? Que me cago en mi puta nación. Y en mi madre de paso. Y en mi padre. Que fue cosa de los dos.

—¿Qué dices? —Intentábamos seguirla, pero ninguna de las dos lo conseguíamos.

—¿Qué les pasa a tus padres?

—Que solo se les podía ocurrir a ellos ponerme Ona. ¿Quién se llama Ona en Cádiz? ¿Quién? NADIE. N A D I E. La de canciones y chascarrillos que me han sacado en el colegio... —seguía con su perorata—. Pero como ellos se enamoraron un verano aquí, trabajando en los hoteles, se les ocurrió que iba a ser muy romántico que mi nombre les recordase a esa bonita época. ¡Ona! ¡O N A! Que no sabían ni lo que significaba...

—A ver Ona, Tranquila, ¿a qué viene esto ahora?

—¡No me llames Ona! —me gritó

—Pero es que te llamas así, idiota. ¿Cómo quieres que te llame? Mañana vamos al registro y lo cambiamos por Noa. Total, son las mismas letras y así, si cobran según la dificultad del cambio o las modificaciones que tengan que hacer, te saldrá barato.

—Tengo una cana... —susurró.

Ahora empezábamos a entender de qué iba la cosa.

—A ver...

Nos intentamos acercar, pero no nos dejó.

—No exageres —intervino Marga y yo asentí con la cabeza.

—Sí... vosotras que vais a decir! ¡¡No tenéis canas!! —gritó de nuevo.

—UNA. ¡Una cana, Ona! —como vi que sus sollozos eran más continuos y amenazaban con ataque de ansiedad, proseguí con lo primero (y más desafortunado) que se me ocurrió—. ¡Además!, son cosas normales... Tú empiezas a tener canas, Marga celulitis... Es la vida chica. ¡Deja de dramatizar!

—¿Quéééé? ¡Serás hija de puta! ¡Zorra asquerosa del diablo! ¡Qué cojones te has tomado! *Fuck you!!* ¿Celulitis yo?? ¿Dónde tengo yo celulitis, remilgada de mierda? —exclamó cuando ya tenía los pantalones por los tobillos.

Esto debía ser el apocalipsis... Marga hablando inglés... Malo. Muy malo.

—Yo que sé, Marga... Lo he dicho sin...

—¡Sin cerebro! Que es como has nacido, DESGRACIADA.

—Que no, si es que me he bloqueado... Si tú estás tremenda de buena.

—Ahh... ahora soy la que está tremenda de buena, aunque empieza a tener grasa a borbotones. Te voy a dar una hostia que vas a llegar a la Mezquita y la vas a fregar con la lengua de una pasada.

Y menos mal que Ona empezó a reír a carcajadas y nos contagió, porque aquello podría haber acabado con una cordobesa-bocazas en el hospital y una guiri-borracha celebrándolo en el suelo de una discoteca cutre.

Una vez olvidado el tema «grasiento», Ona volvió a la carga y yo antes de meter la pata de nuevo me puse en acción. Me acerqué hasta ella, le cogí la cabeza con las dos manos, inspeccioné como madre que busca piojos y ¡zas! se la arranqué de un tirón.

—¡¡Nooo!! ¡¡Que le salen siete!!

—¡Buah! Que chorrada es esa y, además, ¿qué más da? ¿si hay que teñir el pelo, que importa teñir una cana que cincuenta?

—Pero joder, Inés... era mía... —protestó Ona.

—Y sigue siendo, puedes guardarla en un tarro de cristal como tengo yo los dientes de leche de Thor. ¿O es que ibas a dejarla campar a sus anchas?

—No, no, pero es que ya me estaba haciendo a la idea...

—Igual deberíamos ir a celebrarlo, ¿no? —planteó Marga, a quien cualquier cosa le parecía motivo de celebración, baile, copas...

En ese momento llegó Helen que había escuchado el alboroto. Resumí la historia y Marga empezó a hacerse la víctima. Decía cosas como que así no podía vivir, que su vida se estaba derrumbando, que necesitaba ir a ver a un especialista, a un dermatólogo o a un cirujano plástico... Por el amor de Dios. ¡Rubia loca!

—¿Por qué has tenido que volver a decir lo de la cana? Si quieres llamamos a la alcaldesa y que lo ponga en la web de ayuntamiento.

—He dicho TENÍAS. Pasado. Ya no. Antes.

—Ya, pero eso significa que ha estado y que, seguro que sus primas están por ahí, escondidas, dispuestas a salir el día que más daño vayan a hacer

—No, de eso nada. Sale una para joder y la siguiente tarda mucho muchísimo, meses... que digo meses, ¡años!

—Y eso... ¿Quién te lo ha dicho?

—Pues la misma persona que le dijo a Marga que si arrancas una salen siete. ¡Ya está bien de drama!

Pero no, Marga había empezado a llorar. Fui hasta ella, la puse sentada y bien derechita, cogí mi móvil, abrí el navegador y busqué a varias modelos. Qué mala leche la de algunos periodistas... Qué tomas más desafortunadas. Pero, ahí estaban, hasta los Ángeles de Victoria Secret la tenían. A tomar por culo con las misses y con tanta superficialidad corporal.

—Marga, tu tendrás, como todas, pero tranquila, que todavía no se ve nada... ¡Qué problemas más adultos los nuestros!

—Vale chicas... —Helen se reía a carcajadas y pensó que ya estaba bien de gilipolleces—. Dejadlo estar. Es la hora del té. Enseguida vuelvo

Salió dirección a la cocina y nosotras nos miramos con cara de esta Helen, tan inglesa para unas cosas y tan menorquina para otras... La verdad es que no podía haber sonado más *british* ni más pijo. Al rato apareció, y vaya si apareció. En la bandeja que traía había cuatro copas de balón, de cristal del fino, hielo en una cubitera de acero con forma de pecera, tónicas «raras», ginebra de la cara y unas bolsitas con flores, semillas o yo que sé. Nos limitamos a mirar el meticuloso proceder y ella, con cara de suficiencia y en pleno poder de exhibición dijo y sentenció:

—Es la última moda... Ahora lo que se lleva es echar el té en alcohol, infusionarlo en gin-tonics, que parecen ensaladas más que otra cosa. Hija, no te emociones, tú solo vas a tomar tónica.

Y continuó removiendo el contenido de las copas con un palito metálico con forma de espiral. En ese momento nos miramos, enmudecimos por un segundo y explotamos con un ataque de risa de los grandes. ¡Tu madre es la caña, Marga!

Solo es un hobby / Las «cosas»

Después del fin de semana intenso de chicas me apetecía estar sola. Relajarme, dibujar, ir al gimnasio, nadar en la playa, tomar el sol, sí, tumbarme al sol, no hacer nada, probar unas acuarelas que aún no me había decidido a usar, hablar con Sandra mientras comía helado en el sofá, pasear por los puestos de artesanía de la zona portuaria... Y eso hice durante todo el lunes, el martes y la mañana del miércoles, cuando pensaba salir a tomar una infusión y un trocito de la *carrot cake* que tanto me gusta de Es Llonget con la excusa de hacer la compra. Me llamó Anna, la madre de Eric y Julia para pedirme un favor. Necesitaba que me quedase con los pequeños hasta las seis de la tarde. Había surgido una complicación e iba a tener que ir urgentemente a firmar unos documentos a Mallorca.

Cuando llegué, Anna me agradeció que hubiese llegado tan rápido y sin antelación alguna. Le di un beso y para que se fuese tranquila le dije que lo que más me apetecía hacer ese día era cuidar de sus bebés. Era verdad. Los echaba de menos. Habían pasado muchas cosas estos últimos días que me habían desestabilizado y estando con ellos mi bicho interior desaparecía por completo.

Estaba sentada en el suelo al lado de la manta de juegos en la que estaban los pequeños cuando Anna entró y al vernos se echó a llorar. Me asusté. Pensé que habría pasado algo... Mikel... el negocio en el que tanto esfuerzo estaban poniendo... Pero no. Anna simplemente estaba feliz y tranquila de que quisiese y cuidase de sus hijos con tanto amor. Quiso pagarme más de la cuenta, doscientos euros, pero me negué y acepté solo ciento cincuenta. Me había traído un regalo también y eso me hizo mucha ilusión, incluso antes de abrirlo. No tenía por qué tener esos detalles conmigo, solo hacía un trabajo por el que me pagaban y con el que disfrutaba. Era un *clucht* pequeño, precioso, de piel de napa negra, el asa era una cadena y como broche tenía unas pequeñas bailarinas. Me quedé alucinada. No podía aceptarlo. Era demasiado. Quise devolverle el dinero puesto que sabía que el bolso costaba más o menos lo mismo y me parecía demasiado. Sabía el precio porque había entrado mil veces a todas las tiendas que hay repartidas por Mahón de esa firma. Ella lo había comprado en la del aeropuerto mientras esperaba para embarcar. Dijo que normalmente me veía con mochilas o bolsos grandes y que quería que tuviese un bolso especial, uno de la isla. Ahora, a la que se le escapó una lágrima fue a mí. Anna, Mikel, Eric y Julia eran una familia maravillosa. Eran mi familia también.

Salí con una sonrisa que ocupaba todo mi rostro, con un dinerito extra y con un bolso que estaba segura iba a ser mi preferido por mucho tiempo.

Era pronto para volver a casa así que decidí desviarme, dar un paseo. Cogí la carretera que llega hasta el poblado Talayótico de Trepucó y entré. Más de cinco mil metros cuadrados de incógnita. ¿Cómo habrían podido colocar esos bloques gigantes de piedra, en la época prehistórica, sin maquinaria alguna? ¡Y nos sorprendemos ahora porque podemos hacer videollamadas y cosas por el estilo! Di un paseo, me senté, desbloqueé el teléfono, seleccioné la lista «dale ritmo B» y me puse a dibujar. Si hubiese estado en casa, probablemente, estaría escuchando en bucle, a todo volumen *Hot n`cold*, de Katy Perry (sí, yo soy muy así, de altos y bajos, de blancos y negros, de dentro y fuera...), pero ahora sonaba Beyoncé con un ritmo de escándalo mientras mis lápices le seguían el compás queriendo terminar una serie de láminas, estampados florales, que había empezado la semana anterior con lápices de colores.

No me había dado cuenta; estaba embelesada combinando formas y colores, cuando alguien llamó mi atención. Pensé que estaba molestando a

alguien con mi música, aunque tampoco es que estuviese alta, cuando me di cuenta de que era una chica. La conocía de algo, estaba segura, pero con el pelo recogido...

—¡Hola!

—Hola —intentaba hacer memoria, pero no...

—Eres amiga de Marga, la hija de Helen ¿verdad? Tomamos café el otro día juntas...

—¡Sí! —¡Ahora! Bajé la música y me levanté—. ¿Qué tal? Disculpa, pero con el pelo recogido no te había reconocido.

—No te preocupes, éramos muchas... Ya nos contó Helen el episodio de la cana, ¡me hubiese encantado estar!

—Jajaja... Bueno, son unas exageradas... Helen no se queda atrás. Nos hizo un ritual con el té y la ginebra...—. Empezó a reír sin parar. Se ve que ella también lo había sufrido.

—Helen es única. ¿Oye? ¿Qué haces? ¿Son cuadros?

—Bueno... No...

—¿Entonces? ¿Qué son?

—Pues nada... Solo pinturas, composiciones..., pero cuadros no.

Tan solo Marga y Ona habían visto alguna, de pasada por el piso y nunca había tenido que definir las como nada, simplemente eran dibujos...

—Y, si no son cuadros ¿qué te gustaría que fuesen?

—Mmmm... No sé; bolsos, paraguas, telas, estampados para gafas, zapatos, cortinas, libretas... No sé, algo que pudiese reconocer en movimiento, con vida...

Esas palabras me habían pillado fuera de juego; dejé mi mente volar. Era como esa pregunta trampa que te hacen en primero de carrera para ponerte a prueba y que empieces a pensar en el futuro, la famosa «¿cómo te ves dentro de diez años?». Me imaginé diseñando, estudiando, dibujando sin presión, mezclando técnicas, pudiendo reconocer alguno de mis patrones mientras paseaba por la calle. Así es como me gustaría verme. No es que no me alentase la idea de pintar un lienzo, por ejemplo, y regalárselo a mis padres, pero necesitaba más vida.

—¿Puedo? —dijo agachándose y cogiendo el cuaderno en la mano. Asentí. Pasó páginas y páginas mientras yo me moría de la vergüenza. Algunas eran unas composiciones bastante raras, sin sentido ni orden alguno, otras estaban inacabadas, como el gato conformado por *mandalas*, y otras,

directamente, eran horribles para mi gusto.

—Bueno... Solo es un hobby... Me relaja... —intenté romper el silencio.

—Pásate el martes por la fábrica. Trae todo lo que tengas. A las diez.

Se despidió y se fue. ¿Qué me pase por la fábrica? ¿Por qué fábrica? ¿Dónde está la fábrica? ¿Por quién pregunto cuando llegue a la fábrica que no sé ni dónde está, ni qué fabrica? Ya podías haber preguntado bonita... A ver dónde la buscamos ahora... Recogí lo que tenía desparramado por las piedras, volví al coche, marqué el número de Marga y conecté el altavoz.

—Anda... Si estás viva...

—Qué graciosa, Margarita. ¿Cómo estás?

—Hombre... Si me tuviese que curar con tus visitas, estaría en coma.

—Aburrida como una ostra ¿no?

—Sí. ¿Y tú?

—Me llamó Anna para que cuidase de los peques hasta las seis y después he estado paseando por Trepucó.

—Mira que te gustan las piedras, eh... —su tono era de asco, asco—. Ehh, ehh... ¿Se ha cortado? ¿Inés? ¿Me oyes?

—Sí, sí, estoy. Perdona, que estaba en la rotonda. Adivina a quién me he encontrado en «las piedras», como tú dices.

—¿A quién?

—No, que tienes que adivinarlo tú, que yo no sé quién es. Bueno, sí sé quién es, pero no cómo se llama.

—No te entiendo. ¿Has bebido licor del que hace Mikel o qué?

—No, no he bebido mejunje de ese... Ha llegado una de las amigas de tu madre, una joven, morena, con el pelo largo que fue el otro día a verte mientras estábamos nosotras allí. Tomamos café... Marga. ¡Céntrate!

—Sí, me centro, me centro. ¿Qué pasa?

—Pues que ha cogido mi cuaderno de dibujo guarro y... —me interrumpió.

—¿Guarro, Inés? ¿Se te había caído al barro o qué?

—¡No bruta! Se llama así. ¡Céntrate! Dice que me pase el martes por la fábrica y que lleve todos mis dibujos.

—¡Hostia, *cordosiesa*! ¡Esta noche pagas tú! ¿No sabes quién es?

—No, por eso te llamo.

—Pues es ¡Úrsula! y te va a hacer una entrevista por lo que veo. La

fábrica está en Ferrerías, el pueblo que hay al lado del barranco al que te gusta ir. ¿Sabes dónde te digo? El que dices que tiene unas piedras impresionantes... Bueno, esta noche te lo explico con una copa de vino.

—Marga, tú no puedes beber, estás tomando antibióticos ¿recuerdas?

—¡Termino mañana! —protestó.

—Pues te tomarás el vino mañana. Además, yo tengo que ordenar los dibujos, terminar algunos, informarme sobre la fábrica...

—De mañana no pasa que salga de este cuchitril... O venís conmigo o me voy sola.

—Marga, cariño, tu casa dista mucho de ser un cuchitril. No enfades al diablo. Relájate, que mañana, si estás bien, salimos a dar una vuelta de tranquis y te quitas el mono, ¿ok?

Al parecer la convencí porque cuando llegué a casa tenía un montón de WhatsApps de Ona y de ella. Ya estaban hablando de la salida de mañana y de la «entrevista» a la que tenía que ir el martes. Úrsula no lo había llamado así en ningún momento, pero si hoy era el día de ponerle nombres a todo, me valía.

Volvía al taller. Venía de comprar unas piezas que nos hacían falta urgentemente para poder entregar cinco coches antes del sábado, cuando nos cruzamos de nuevo, esta vez en la rotonda. Ella tuvo que cederme el paso y me lanzó un beso con la mano con cara un tanto divertida y burlona y yo, como un subnormal de los gordos, solo abrí la boca, sonreí y negué con la cabeza, mientras alucinaba.

También di la vuelta completa a la rotonda, demostrando así mi total y absoluta imbecilidad. Ya no estaba ¿qué esperaba? ¿Qué estuviese girando como si se tratase de una noria hasta que yo decidiese bajarme? Sí, estaba desvariando otra vez. Definitivamente necesitaba dormir.

Esta loca charlatana... Me pone del revés con solo mirarme; nunca sé qué va a hacer o de qué humor viene.... Me desconecta el cerebro de arriba y toma el control la cabeza de abajo. Qué manera de ponérmela dura solo con ese gesto.

¡Qué ganas te tengo, cordobesa antipática, escapista y escurridiza! Igual tienen razón los tronistas y soy un poco masoca. Con lo fácil que sería estar descargando el verano con Ivón o Marta, que siempre están dispuestas...

Estaba entrando y antes de ponerme a trabajar, de nuevo le escribí:

> *¿De la playa?*

> *De Trepucó.*

> *¿Y eso?*

> *De pasear...*

Tuve que dejar el móvil porque Juan necesitaba las bujías, los calentadores y todo lo demás para seguir. Con el humor que se gastaba últimamente estaba la cosa como para hacerle perder el tiempo. El ambiente que se respiraba en la nave era insoportable. Estábamos agotados. Apenas dormíamos y descansar, cero. Saltábamos a la mínima. Los dos. El taller hasta arriba de coches a medio hacer, en la oficina albaranes, pedidos que pasar, paquetes aún sin abrir, facturas de pago y de cobro pendientes... Y lo peor, mi padre seguía en el hospital. No empeoraba, no mejoraba, no sabían que hacer. El equipo médico estaba analizando todas las posibilidades. Nos estábamos volviendo locos de ver a mi madre día tras día en el hospital sin querer separarse de él. La obligábamos a que se fuese a dormir a casa por las noches, pero tanta incertidumbre la estaba consumiendo poco a poco.

A las ocho llegué a casa y tras una ducha rápida salí para el hospital. Llevaba el portátil en la mochila para intentar adelantar trabajo. En la butaca de la habitación no era capaz de dormir más de cinco horas, nunca seguidas y en lugar de estar perdiendo el tiempo, haría algo de provecho. Hacía años que era yo quien se encargaba de sacar facturas, firmar convenios con agencias de alquiler de vehículos, cerrar la contabilidad y todo lo que tuviese que ver con números complejos. Es algo que puse como condición si me iba a estudiar. No quería desvincularme del todo. El negocio había sido siempre familiar y debía seguir siéndolo.

Antes de ir a cenar tenía que poner a mi padre al día. Evidentemente, me inventaba la mayor parte. Lo único que necesitaba el pobre hombre era saber que el taller era un auténtico caos sin él y que sus hijos andaban a la gresca desde que sufrió el infarto y por primera vez en la vida.

Mientras esperaba a que me trajesen la cena abrí la conversación que había tenido que dejar.

> *Perdona Inés, pero tenía mucho lío. ¿A pasear?*

> Sí, me gusta ese sitio... ¿Cómo está tu padre?

> Bien. En el hospital. Me quedo esta noche. Voy a cenar ahora. `icono hamburguesa´

> `Icono hamburguesa´ + `icono camarera´ + `icono beso´

> ¿Eso quiere decir que vas a venir a comerte una hamburguesa conmigo vestida de limpiadora y ...?

> Eso quiere decir que mires dentro de la hamburguesa por si la camarera te ha escrito su número con ketchup en el pan.

> ajajajajajaj. Esas cosas solo se te pueden ocurrir a ti.

> Bueno... seguro que algo pasará...

> Foto: Panorámica de la cafetería

Sí, estaba la camarera mirándome desde la barra.

> Pues no te interrumpo entonces...

> ¿Qué dices tonta?

> Ui ui...

> Tonta de broma... de cariño... Venga, te pido una y te espero.

> Ya he cenado.

> No te piques! Te pido un postre.

> Que no Rodrigo, que son las once de la noche y tengo cosas que hacer.

> Pues nada, cenaré y haré cosas yo también.

> Ya veo...

> ¿Qué ves?

> Que eres de los de una noche y si te he visto no me acuerdo.

> Ven y ya son dos noches :p

> Idiota.

> ¿Eso es un sí o un no?

> Eso es que voy a hacer cosas, que no me da tiempo. Las chicas quieren salir mañana y tengo mucho que solucionar todavía.

> ¿A dónde vais a ir?

> No lo hemos hablado. Al puerto imagino.

> Seguro que hay gente. Ya se nota que los extranjeros estáis llegando a invadir las playas y calas de los anuncios de televisión :p :p

> En mi D.N.I. pone la misma nacionalidad que en el tuyo...

> Ajajajjaaj. Imagino que sí o ¿Córdoba es un país independiente? :S

> Tienes muchas ganas de reírte eh... Qué aproveche la `icono hamburguesa´ + `icono chica rubia´.

> *Buenas noches guapa.*

Me llevé la cena a la habitación y la puse junto al portátil para ir adelantando trabajo. Le envié una foto para que viese que estaba cenando en la habitación a lo que ella me respondió con un beso *Memoria de Pez*.

A las ocho estaba en el taller de nuevo y no pude ni desayunar. Paré a las dos para comer en la cafetería que hay en la esquina del polígono y mientras comía, hablé con Luis, con Andrew y le escribí a Inés.

> *¿Has hecho ya todas “las cosas” que tenías pendientes?*

> *Más o menos. ¿Y tu padre?*

Me llamó Juan, había un proveedor esperando, tuve que terminar de comer a la carrera y volver. No pude mirar el móvil en un buen rato. Tras terminar con el proveedor tuve varios cambios de aceite y en un hueco libre abrí el capó de mi coche, a ver si daba con la avería. Me acordé de que había dejado, de nuevo, la conversación a medias.

> *Gracias por preguntar.*

> *¿Hoy también comes con la rubia?*

> *No, yo NUNCA como con rubias que no sean mi madre. Estoy en el taller desde las ocho y estoy hasta las narices.*

> *¿Y eso?*

> *Mi coche... algo falla. Se cala de vez en cuando...*

> *Y luego era Marga la que no sabía conducir...*

> *Ja Ja Ja. Creo que son las mariposas...*

> *¿Qué les pasa? Se te han escapado?*

> *Qué graciosa... creo que se ha estropeado la caja... no lo sé...*

> *Pues llama a tu amigo, el mecánico que arregló mi Rolls Royce. Seguro que él SÍ sabe.*

> *Lista, tu Pandilla lo arreglamos entre los dos.*

> *Jajajaja. Bueno, sigue que voy a seguir haciendo “cosas”.*

> *Icono mano´*

Tenía razón, sería mejor que lo llamase porque, si tenía que preguntarle lo más mínimo a mi hermano..., la llevaba clara.

Había estado todo el día dándole vueltas a los dibujos, intentando terminar algunos, añadiendo, borrando de los que iban a lápiz, queriendo buscar un orden, pero es que no lo tenían... Solo había conseguido hacer grupos: los *mandalas*, los motivos florales, las acuarelas y otros, en otros había un batiburrillo inclasificable, pero era lo que tenía, no iba a poder presentar otra cosa que no fuese eso.

Alrededor de las ocho empecé a pasarme la plancha. Habíamos quedado para cenar en el Way y vendrían a recogerme en una hora y media. Marga estaba como loca nivel máximo. Haber estado encerrada en casa más de una semana la tenía histérica. Mandó mil fotos con todos los modelitos posibles, cambiaba, combinaba, preguntaba, repreguntaba y, nosotras, que sabíamos que iba a ir guapa de cualquier forma y a ponerse lo que había en la primera foto que envió, la ignoramos por completo.

Mientras terminaba de maquillarme me entraron unas dudas horribles sobre lo que tendría que hacer o decir en martes, en la «entrevista» y cuando me estaba probando el vestido que había decidido llevar, llamé a Ona.

—Ona...

—Ya estamos con Ona...

—No empezemos que te llamas Ona y no he llamado para hablar de ti y tu absurdo trauma. Que estoy agobiada con lo del martes y no tengo cuerpo para salir.

—Verás cuando se entere Marga...

—¡Eres de gran ayuda amiga!

—Vale. ¿Qué pasa? Es una entrevista de trabajo más. No te agobies

—Ese es el problema..., que no es una entrevista de trabajo. No sé qué tipo de trabajo es, qué espera de mí, ni que tengo que decir, ni cómo comportarme... ¡Si yo lo único que tengo son papelajos pintorreados! ¡Que no salgo! Que lo veo todo tan negro como el vestido que acabo de ponerme.

—No digas estupideces. Y, si lo ves todo negro, ¡mejor! El negro sienta con todo. Termina, que en diez minutos pasamos a por ti. No montes ningún espectáculo que, como tú dices, no está en horno para bollos. Le mandé un mensaje a Marga para preguntarle si me dejaba sus sandalias azules, las que había estrenado aquella noche en el concierto de El Claustro y me dijo que sí, que las llevaba en el coche y me cambiaba de camino.

Cuando me vi con el vestido negro, las sandalias negras que me había

comprado mi madre y mi nuevo bolso favorito, negro también, me di cuenta de que iba demasiado monocolor. En principio pensé cambiar de vestido, pero me apetecía mucho estrenarlo. Formaba parte de la muestra que había traído Judith para la colección de Indra del próximo otoño y era una preciosidad. Sencillo, sin florituras, pero suficiente. Más que suelto, fluido, de un tejido muy agradable al tacto, no sabría decir y como era muestra, no tenía etiqueta para ver la composición, el escote delantero era de pico y la espalda desnuda casi hasta la cintura. Me llegaba casi por encima de la rodilla. Yo solía llevarlos un poco más cortos, pero con el escote que ya era pronunciado y la espada descubierta no lo necesitaba. Estaba enamorada de él. Tuve que comprarme un sujetador de los de multiposición, pero no me importó.

Me hice una trenza en el lado izquierdo y la recogí en la nuca, dejando la mitad de mi cuello al descubierto y el pelo cubriendo parte de la espalda. Estaba mona, a pesar de todo lo que había dicho, y de estar en chanclas, estaba guapa esa noche y me apetecía salir con las chicas. Cuando llamaron al timbre bajé corriendo y me senté en la parte de atrás. Conducía Ona, Marga no paraba de hablar y yo aproveché para cambiar de calzado. Dejamos el coche por una zona que no sé cómo se llama, pero que está cerca del ascensor de cristal que baja directamente al puerto y cuando salimos de la oscuridad del aparcamiento y nos vimos, alucinamos. Estábamos realmente guapas las tres. Marga llevaba un pantalón largo para evitar enseñar los restos de derrame que le quedaban, unas cuñas y una blusa de gasa. Ona, como siempre, deslumbrante con un vestido largo verde agua.

Cenamos, yo pedí doble de rollitos de pollo con mango, y al terminar decidimos ir hasta un local que hay cerca en el que suele haber muy buen ambiente. Apenas tuvimos que caminar cinco minutos y cuando llegamos aún había sitio en la terraza de madera desde la que se ve el precioso puerto iluminado por las luces de los impresionantes yates y veleros.

Pedimos unas copas y empezamos a bailar. Se estaba bien, había gente, pero no en exceso, no nos molestábamos unos a otros. Ni colas ni empujones. Me alegraba muchísimo de no haberme quedado en casa. Más que felices, estábamos radiantes.

La noche en la que apareció...

—Tenía razón el camarero hípster greñado de La Salmoreteca, la isla tiene un encanto especial y estás muchísimo más guapa.

Se me heló el cuerpo. No me lo podía creer. No necesitaba darme la vuelta para saber quién era, pero me giré y lo vi; la última persona a la que esperaba encontrarme en Menorca.

—Wow... Y diferente... ¡Joder! Qué morena estás y ¡¿qué les ha pasado a tus tetas?! Parecen más pequeñas, pero más redondas y se te van a salir, Inés —dijo con voz de celoso y su cara de deseo asqueroso (asqueroso desde que vi la foto «Pulitzer»). Antes esa cara me gustaba bastante, seamos sinceras).

—¿Tú? —contesté mirando a todos lados.

—¡Pues claro que yo, cariño! Súbete un poco el escote del vestido ese anda, que vaya como te paseas —afirmó, intentando subirlo, pero fui más rápida y conseguí apartar su mano—. ¿No llevas sujetador?

—¡Y a ti que te importa! ¿Cómo me has encontrado?

—Dale las gracias a tu amiga, la del nombre de nadadora, que publica todo lo que estáis haciendo en Facebook a tiempo real... ¿Estaba rico el sushi?

—Vaya con Facebook... ¡Es peor que *El Gran Hermano*!

—¿El programa de televisión? —preguntó, sin estar entendiendo por donde iba.

—¡La novela! George Orwell... 1984... Mira, déjalo, si es que eres muy básico... No das *pa* más

—¡Cómo te he echado de menos! Vamos a casa, anda... Que ya está bien. Ya estamos al mismo nivel. Bueno, tu más, lo mío no fue nada comparado con los meses que llevarás de aventura folladora; mejor ni lo pienso, nena.

—Oye, Gregorio. Me pillas en esa etapa de la vida en la que le vas a vacilar a tu puta madre —dije deteniendo su asquerosa mano que iba camino de mi culo ahora. Pero él fue más rápido, haciendo uso de su otro brazo y aprovechándose de su superior fortaleza corporal, me pegó a su cuerpo con un movimiento brusco.

—Venga, no seas así —contestó, intentando besarme y sin despegarme de su cuerpo.

—¡Suéltame!

Intentaba separarme, empujándole el pecho a la vez que alejaba mi cara de la suya, pero pareció escucharme todo el local menos él. La gente nos miraba sin moverse. A mi derecha, Ona y Marga se habían quedado boquiabiertas ya que ellas tampoco se lo esperaban aquí.

¿A qué ha venido? ¿A buscarme a estas alturas? ¿A disculparse? ¿A restregármelo? ¿A pasear palmito por Menorca y ya de paso fastidiarme a mí la noche y el verano? Vamos Inesastra, ¿dónde te metes ahora? ¡Da la cara, JODER! Pues mira, si quiere pasear palmito puede, porque se ve que no ha dejado de ir al gimnasio. Sigue estando igual de bien... Reconoce que esa chaquetita y ese pantalón le quedan de vicio, aunque parece un señorito en este ambiente tan hippie, la verdad... ¿Para eso apareces? ¡Mejor te callas! Que vaya ayuda eres siempre... ¡Ya podías colaborar!

En ese momento tuve que dejar de vagabundear mentalmente porque lo que pasó en ese instante fue lo más violento y sexy que podía pasar esa noche. Fue como en esas películas en las que, en el mejor momento, la imagen se ralentiza, la música baja de volumen, todo el mundo se queda en

silencio y... ¡Empieza el espectáculo!

En unas milésimas de segundo yo estaba al lado de las chicas, que me ayudaban a mantenerme en pie porque me temblaba el cuerpo y me llevaba las manos a la cabeza al ver todo lo que ahí se estaba formando. Habían salido despedidas dos mesas y varias sillas, había vasos y botellines estallando contra el suelo y la gente se apartaba a toda velocidad. Ahora, *Maldito Gregorio* estaba estampado contra una de las paredes de la terraza, con los pies a unos centímetros del suelo y empezaba a ponerse rojo como un tomate.

—¡Es Rodrigo, Inés! —gritaba Ona mientras lo señalaba.

Y claro que era él, ya lo había reconocido. Además, estaba viendo por segunda vez esa expresión de cara desencajada, la misma que puso el día que tuvo que venir con la grúa a recogerme. «Tengo que hacer algo», pensé. Entonces, me puse firme y decidí parar el espectáculo que estábamos dando antes de que alguien llamase a la Guardia Civil.

Me acerqué a toda la velocidad que los taconazos de Marga me permitieron y cogí, de la forma más sensual que pude, el dedo amenazante de Rodri, a solo unos centímetros de la cara del asqueroso Gregorio y que tenía toda la pinta de que iba a convertirse en un puñetazo de película a lo Jason Statham, de esos con final de ojo morado, nariz chorreando sangre y si me apuras, la boca un poco reventada también.

Volví a encontrarme con los ojos enfurecidos que vi el día de la grúa, la mandíbula contraída, sí, era la misma expresión, por lo que, sin soltarle el delo, me puse entre los dos y colocándole ahora las dos manos en el pecho, le dije mirándolo fijamente:

—Vámonos, no merece la pena. NO LA ME-RE-CE.

No conseguí que relajara el gesto, pero sí que los pies del odioso Gregorio llegasen al suelo. Dos mosconas aprovecharon un segundo en el que nos separamos y se acercaron a él, cogiéndolo por los hombros y la cintura e interesándose por su integridad física. Imagino que debían tener las bragas por los tobillos después de tanto expendio de testosterona y, no les faltaba razón. Pero él ni se inmutó, de hecho, ni las miró. Se giró y dirigiéndose a Greg, le dijo con su dedo amenazante de nuevo:

—La última vez, que no se te olvide.

Y me cogió de la mano, fuerte. Muy fuerte. Incluso demasiado fuerte y me arrastró, literalmente, hasta la salida. Vi como esas dos pelanduscas me

asesinaban con la mirada y hacían algunos aspavientos con los brazos, pero yo ni me inmuté. Las chicas subían el pulgar con cara triunfante, a lo lejos, Greg se alisaba su camisa y la americana intentando recomponer su dignidad y yo hacía todos los esfuerzos posibles por no morirme allí mismo.

Recorrimos varios metros puerto abajo, hasta que se paró en seco. Yo estaba un poco bloqueada y no me salía nada más que tener la boca bien cerradita y los pies ligeros para seguir su ritmo.

—¿Quién es ese? ¿Qué te ha dicho? —preguntó, apoyando mi cuerpo contra un coche mientras me miraba de arriba abajo, comprobando que estuviese bien.

—Estoy bien, no pasa nada, tranquilo.

—Sí que pasa, y de tranquilo nada. ¿Qué quería? ¿Lo conoces? Voy a entrar a buscarlo —decía dando vueltas y sin parar de moverse, tocándose el pelo y el cuello. Madre mía, cómo se podía estar tan bueno aún enfadado— Es tu novio ¿verdad?

—No, espera, es mi ex.

—¿Tu ex? ¿Cuánto tiempo llevas en la isla? ¿Ya te ha dado tiempo a tener un ex? —dijo con tono desagradable.

—¡Eh, eh!, para. Si quieres explicaciones, me preguntas bien... Y, aun así, ya veremos si te las doy —corté esa actitud.

—Sí, joder, perdona. Estoy alterado —intentaba calmarse mientras destrozaba por completo su peinado.

—Es mi ex. No sé cuándo ha llegado y no sé lo que hace aquí. Y no, no tengo ningún ex más.

—¿Y qué te ha dicho?

—Una gilipollez, pero ya le he contestado. Déjalo estar.

—No, necesito saberlo. Tenía una cara de baboso salido que ni te imaginas...

—Que estaba muy guapa y... ¡Bah! Déjalo.

—Inés, sigue por favor —sonó entre orden y súplica.

—No sé, algo de mis tetas y que si llevaba sujetador. Pero...

—¡Hijo de puta! ¡Ahora sí que lo reviento! —susurró dando un golpe en el coche y agarrándose el pelo de nuevo.

—¿A dónde vas? ¡Espera!

—A sacarlo aquí afuera. Que te lo va a repetir, pero sin dientes.

Rectifica, me dijo Inesastra, este es el momento más violento y sexy de

la noche. ¿Ahora apareces sin que te necesite, traidora asquerosa? Conseguí controlarla y controlarme. Controlarnos vamos. ¡Que me estaba volviendo loca! Entonces salí corriendo detrás de él. Unos cuatro metros después lo alcancé y cogiéndolo por el brazo hice que se detuviese.

—Para, no merece la pena. Ya te lo he dicho antes. Estoy bien, no vas a conseguir nada peleando con él.

—Sí, todos vamos a ganar.

—¿El qué? —pregunté esbozando una sonrisita, para intentar relajar el ambiente. Pero creo que no funcionó.

—Yo voy a descargar mi odio en su boca. Él va a tener que comer potitos una buena temporada y tú vas a poder dormir mucho más tranquila.

Se me escapó una carcajada y apoyé la espalda en un coche.

—¿Tú me ves nerviosa? Yo voy a dormir muuuy tranquila. Él no me importa. No significa nada. De hecho, creo que ya no sé ni quién es.

Ahora si había conseguido que se relajase un poquito.

—Eres imposible tú, ¡ehh! —me dijo señalándome con su gran dedo y yo lo pillé al vuelo y le dije:

—Tienes el dedito muy suelto hoy, ¿no crees? Además, él también tiene dos manos, igual te da a ti...

En ese momento se acercó, se me acercó tanto que casi podía sentir sus labios. Tenía su frente pegada a la mía, cogiéndome por la cintura. Yo estaba esperando ese beso que ya casi podía saborear y, en ese momento volvió a hablar, muy bajito, casi susurrándome.

—Me sacas de mis casillas charlatana.

—Joo... —dije haciendo un puchero y retirándome un poco para que me viese la cara de niña pequeña.

Subió una ceja y afirmó:

—Unas veces para bien y otras para mal, pero me pones de los nervios, Inés.

En ese momento se acercó y me besó con tanta fuerza que pensé que me desmayaría. Menos mal que estaba el coche detrás. Ese primer beso dio paso a algunos más y noté su erección en la parta alta de mi barriga. Tenía el corazón palpitándome con fuerza y, para no perder el equilibrio, me agarraba fuerte a sus brazos, esos que tantas veces me habían quitado el sueño. Se separó, me miró y vi que ya había desaparecido el increíble Hulk que lleva dentro. Volvió a besarme, con las mismas ganas o incluso más, pero lo

empujé un poco por el pecho y le dije que estuviese tranquilo, que no iba a escaparme, pero que deberíamos entrar otra vez.

—Tienes que disculparte por el numerito que has montado a lo «Macho Man».

—¿A lo «Macho Man»? —puso una cara muuuy sexy.

—Sí. Y yo tendré que pagar esas copas que han llegado al suelo.

Soltó una carcajada y recolocándose el pantalón dijo:

—Vamos —sin soltarme de la mano—. A ver, espera... Déjame ver —se detuvo, se colocó frente a mí, me miró de arriba abajo dándome un repaso completo y haciendo una pausa de sus ojos en mis pechos—. Están como siempre, perfectas —y volvió a caminar, tirando de mí y con la sonrisa torcida.

Yo, que estaba alucinando solo pude decirle:

—Qué estúpido eres.

Y entonces él pasó su brazo por mis hombros y me dio un beso en el pelo. Unos minutos después estábamos entrando al local; Rodri no me había soltado así que me dejé llevar. Cuando llegamos a la terraza, Ona y Marga estaban hablando en un grupo un poco más grande y cuando estuvimos a su lado se dirigió a ellas y soltó:

—Si no queréis ver la segunda parte del combate, que no se mueva de aquí y que el imbécil de la americana no se le acerque —y les guiñó un ojo. Marga se derritió, Ona se derritió, yo me derretí, los polos árticos se derritieron, y las demás chicas que lo hubiesen visto me odiarían de por vida.

Vimos cómo se dirigía al interior del local de nuevo y hablaba con varios de los camareros que asentían e incluso uno de ellos le dio la mano, así, en plan colegas, como si no hubiese pasado nada. Sacó la cartera y, cuando lo vi con varios billetes en la mano, me di cuenta de que iba a pagar las copas de esa pobre gente así que salí flechada hacia el interior. Yo lo había provocado, así que yo debía pagarlo.

—No me cabrees, pago yo —dije soltando un billete de cincuenta en la barra. Se giró y negó con la cabeza

—Te he dicho que no te movieses de allí.

—Sí, ya. También te dije yo en la playa que esperases sentado y te presentaste allí y me cogiste en brazos... —apostillé con cara picarona.

—¡Ya está, te lo has ganado! —negó con la cabeza— ¡Eres imposible!

«Ya la he liado», pensé. No puedes estarte calladita, Inés... En ese

momento se lanzó y me dio un beso delante de todos que me dejó sin aliento. Ahora a quien no le llegaban los pies al suelo era a mí. Le cogí la cartera de entre las manos, la cerré y se la guardé en el bolsillo del pantalón, aprovechando para dejar mis manos cerca de su culo, mientras no parábamos de besarnos. La situación empezaba a escapárenos de control por lo que decidimos salir a tomar el aire a la terraza y en ese momento las chicas nos animaron a unirnos al grupo. Empezamos a bailar junto a todos los demás. Había bastante gente, yo me corté un poco, pero eran tantas las ganas que nos teníamos que no podíamos parar de hablarnos al oído, intercalando algún beso sutil. La conversación iba subiendo de tono y empezamos a adelantar todo lo que nos íbamos a hacer esa noche.

—Anda, vámonos —me susurró después de darme un mordisco en el cuello que consiguió erizarme toda la piel.

—¿Vámonos?

—Sí, esta fiesta es un rollo

—Ya... Sí, en el momento que se termina el combate esto pierde fuelle —le dije en tono burlón.

—¡Qué lengua tienes, ehh!

—No lo sabes tú bien... —contesté mirándolo fijamente.

Creo que lo encendí lo suficiente como para que no quisiese estar en otro sitio que no fuese encima de mí porque me miró con unas ganas que no dejaban espacio a la duda

—No te escapes, por favor. Voy a despedirme del camarero y nos vamos. Te acompaño a casa, ¿quieres?

—Claro —contesté tímida pero decidida.

En ese momento me di cuenta de que le había dicho que sí. A casa. A mi mini piso. No había llevado a ningún chico allí y no había sido capaz de estar con nadie desde que llegué a la isla, pero es que Rodri me volvía loca como nadie lo había hecho. Yo, que me había empeñado en decir que en cuestiones de amor era capaz de dominar todas las situaciones posibles. Estaba metida en mis pensamientos cuando apareció Greg (perdón, *Maldito y Magullado Greg*) delante de mí y empezó a hablar.

—Inés, por favor, tenemos que hablar.

—No, déjame —dije dando un paso atrás.

—He venido hasta aquí solo para estar contigo. Y ya sabes mi problema con los aviones.

—Pues haberte quedado en la clínica de estética.

No sé por qué dije eso, porque la verdad es que ya llevaba bastante tiempo sin acordarme de la clínica, de los cuernos y ni siquiera de Gregorio. De lo único que me acordaba con frecuencia (y me atormentaba) era del pobre Thor, que como en todas las separaciones, los que pagan las consecuencias son los hijos y las mascotas.

—Vamos a intentar olvidarlo todo. Tú perdona lo mío y yo perdono lo tuyo.

—Lo primero es que yo no quiero perdonar nada y lo segundo es que tú no tienes nada que perdonarme. ¿Lo entiendes?

En ese momento apareció Rodri y me di cuenta de que algo goordo, muy goordo estaba a punto de pasar. Cuando *Memoria de Pez* iba a hablar, mi ex se le adelanto, sacando su lado gallito (que lo tenía y bien hermoso).

—Tú, no te acerques, que no he venido a ligar contigo.

Hecatombe: Catástrofe o desastre con numerosas víctimas y grandes pérdidas. Eso pensé que iba a suceder justo en ese mismo instante. Pero la cosa siguió así: Cuando «El Gallito Insular» estaba a punto de entrar al ring, el bocazas de Gregorio volvió a la carga:

—He venido a hablar con MI MUJER, así que ten un poco de dignidad y lárgate —lo dijo haciendo hincapié en «mi mujer», vaya dos palabritas había soltado.

La hostia que pensé que se llevaría el *Gallito Cordobés* me la llevé yo, pero moralmente. Rodri me miró con tal cara de decepción que si me hubiese caído encima el mismísimo King África me hubiese dolido menos.

—No me lo pongas tan difícil, nena... —volvió Gregorio a la carga.

—Sí, nena... No se lo pongas NADA difícil —respondió con una expresión que no conocía, que no hubiese querido conocer en la vida, se dio la vuelta y se marchó. Me dejó ahí, parada, rota, convertida en el iceberg que partió al Titanic.

—¡No me llames nena! —le grité a *Maldito Gregorio*, que me miraba con cara de vencedor y aunque pensaba despacharme a gusto con él, me di la vuelta y salí disparada a buscar al chico que me había vuelto medio loca en tan poco tiempo.

Salí a la calle y vi cómo se cerraba la puerta de un coche en la acera de frente. Era él. No había duda porque su tanque no pasaba desapercibido. Tenía las ventanillas bajadas y se estaba liando un cigarro con más intención

que atino.

—¿Me dejas que te ayude? —le dije acercándome e intentando poner voz melosa de *perdonaporelnumerito*.

—Inés, no. Déjame.

¡Plaf! Lo dijo tan serio, tan rotundo, tan distante, tan sin mirar, que sentí que me caía King África encima por segunda vez en una noche.

—Por favor, no es lo que crees...

—¿No hay otra frase más manida que quieras usar que esa? Además, que no me importa...

—Pues para no importarte, bien molesto que estás... —me miró con los ojos torcido, mientras pasaba la lengua por el papel para pegar el cigarro y sentí como si me estuviesen fusilando—. No sabía que fumases... —afirmé, dándome cuenta de que no era momento para ponerme chulita, ni irónica, ni nada que no fuese a sus pies después de todo lo que me había demostrado en esa noche y de haberme rescatado de las manos de *Maldito Greg*...

No me contestó así que me acerqué de nuevo a la ventanilla y volví a hablarle.

—No sabía que fumases...

—Tampoco sabía yo que estuvieses casada. Aunque se ve que no sabemos nada el uno del otro. Casada... —dijo tirando el paquete de tabaco al salpicadero del coche.

—Rodrigo yo...

—Tú no hace falta que digas nada. Ya he visto todo lo que tenía que ver.

—Te estás pasando y me estás ofendiendo.

—¿Yo? ¡Encima! ¿Te recuerdo lo que estábamos hablando cinco minutos antes de que me enterase de que estás casada? Que he estado a punto de meterle a TU-MA-RI-DO por hablar de unas tetas que ya veo que tiene vía libre para ver, tocar y ...

—¡Cállate! —le grité— No es mi marido. ¿No me escuchaste el día que te conté la historia en el hospital?

—¿Qué tiene que ver? Que te haya puesto los cuernos no anula que estés casada, ¡Joder! Y claro que te escuché. La primera noche, cuando te hiciste la dormida para no contestar y la segunda noche, en la que decidiste saltarte este detallito.

Rodeé el coche, abrí la puerta del copiloto y me subí sin preguntar.

—¿A dónde vas?

—¿A dónde vas tú? —respondí, intentando imitarlo.

—Sal del coche, que va a aparecer tu marido y yo no voy a pegarme con nadie por ti. Lo que tendría es que disculparme con el chaval.

—¿Estás celoso? —Sí, esto es lo que me salió, soy bastante inoportuna a veces.

—¿Celoso? Pero, ¿tú flipas o qué?

Ya estábamos haciendo lo que mejor se nos daba, discutir con toda la pasión del mundo. Menos mal que me había subido al coche, porque se avecinaba discusión gorda tipo a la que montamos en el hospital y en la calle ya empezaba a haber gente que abandonaba el local.

—Pues no lo sé, tú dirás después del numerito que has montado esta noche y de todo lo que estás diciendo ahora...

Y en ese momento algo debí de activar o desactivar en su cerebro, o igual es que solté la gota que colmó el vaso, pero empezó a hablar como si de una presa a la que abren las compuertas se tratase.

—No entiendo cómo he podido estar tan ciego. Si es que soy un puto imbécil. Aunque tampoco tengo yo la culpa de todo. También podías habérmelo dicho tú el día de la playa. Algo así como, ¡hola! la próxima vez no me cojas en brazos para ver la puesta de sol más increíble de la historia, que se puede mosquear mi marido. O, he llamado a la grúa porque mi marido no estaba en casa. O, no acepto tu mierda de coche de sustitución porque mi marido no va a querer que vaya en una chatarra como esa. O, aprovecho que mi amiga está en el hospital y mi marido no va a verme y duermo contigo esta noche...

—Te estás pasando...

—No, espera... O mejor, no vengas a recogerme que mi marido no se entere. Y... espera, no me folles así encima de la camilla, porque igual mi marido se mosquea...

—¡Ya está bien! —exclamé y no sé por qué, ni exactamente en qué momento, pero habían empezado a caer unas lágrimas como perlas por mis mejillas.

—Sí, llora... Remordimiento creo que se llama. Yo también lloraría.

—No es mi marido... —respondí con voz hiposa.

—No me tomes más el pelo, por favor... Aquí el único que no había querido a nadie como para casarse he sido yo. Así que... —dijo con voz de decepción.

No sé si fue Inesastra, fui yo o las dos al mismo tiempo, pero no podía parar de llorar y no podía parar todo lo que me estaba pasando por la cabeza y pensé que me daría un infarto si seguía callándome todo. En ese instante, obra de los nervios y la adrenalina imagino, de un solo movimiento me senté encima de él, le cogí la cara y empecé a hablarle como si de una confesión se tratase.

—No es mi marido, no estoy casada. No me gusta, no me interesa, no quiero volver a verlo en la vida. Por favor, no digamos más estupideces de las que nos podamos arrepentir. Te puedo contar todo lo que necesites, pero, por favor, para de decir esas cosas...

—No llores... —me dijo secándome la cara con su mano, pero con la voz igual de áspera, y eso no hizo que me calmase, sino que lo empeoró.

—Lo siento... Yo...

—Para, por favor —respondió hundiendo su cara en mi hombro y ahora sí... Ahora sí que empecé a llorar como si me estuviesen matando o, más bien, como si me estuviesen curando, porque lo que sentía era alivio, calma, nervios, ganas de explicarme y de que lo entendiese... Una mezcla de todo que, entre sus brazos, me sabía a gloria.

Unos minutos después, cuando conseguí calmarme, me retiré de su cuerpo todo lo que el asiento de piloto me permitía, apoyando mi espalda en el volante y nos quedamos mirándonos fijamente. Teníamos muchas preguntas que hacernos, muchas cosas que contarnos y cuanto antes comenzásemos, mejor. Estar tan cerca de él mermaba bastante mi capacidad para elegir las palabras adecuadas, pero sabía que era yo quien debía romper el hielo.

—A ver... Sí me casé, pero no me casé —solté con buena intención, pero con mal atino.

—Entenderás que no lo entienda y que no quiera tener a una mujer casada encima... —soltó con cara de desesperación.

—No, no me estoy explicando. Pon de tu parte, por favor. Yo nunca quise casarme, pero él me convenció para que hiciésemos una celebración. Fue una boda, pero yo nunca lo sentí como tal y por eso siempre la llamé la «no boda». Un paripé, vamos. Sin papeles ni nada.

—Con vestido, con anillos...

—Sí, eso sí... Pero el vestido era muy normalito y el anillo, pienso venderlo —dije quitándole toda la importancia posible, pero sin saber si

estaba funcionando.

—¿Qué más?

—¡Nada más! Ni reportaje de fotos, ni viaje de novios...

—¿Estabas enamorada?

¡Hala! Sin dilaciones. A ver como salía hora de esta...

—Ay, Rodri...

—Ay, nada. ¿Sí o no?

—Pues yo creía que sí. En ese momento sí. Ahora no lo sé... —dije dándome cuenta de que realmente, ahora no lo sabía con certeza.

—¿Ahora no lo sabes? —preguntó, alzando las cejas.

—No, ahora no lo sé y tampoco quiero perder el tiempo pensándolo.

—Me parece bien.

—¿Y tú?

—¿Yo? Yo creo que me va a estallar la cabeza.

—Pero, te ha quedado claro, ¿no?

—¿El qué? Que te vas a ir con tu marido a Córdoba, ¿no? —planteó, cambiando totalmente de expresión.

—Que voy a quedarme encima de ti hasta que entiendas que no estoy casada.

Y justo al terminar esa frase se incorporó y me dio el beso que tanta falta nos estaba haciendo. A mí se me escapó una lágrima traicionera que él notó correr por mi mejilla y atrapó con el pulgar, llevándoselo justo después a la boca y lamiéndolo con toda la sensualidad que se pueda imaginar.

—¿Estás bien? —susurró mientras se distanciaba unos centímetros y yo, por respuesta, volví a darle un beso que convertimos en el primero de una larga serie.

Cada vez estábamos más cómodos, más relajados y, aunque los dos sabíamos que debíamos parar en algún momento, ninguno de los dos quiso romper el instante. Fue Marga, mi guiri loca, la que se colocó de espaldas a la ventanilla y nos llamó la atención.

—En algunos países, por mucho menos, os fusilarían. Sobre todo, a ti, jinete del apocalipsis.

—Marga, igual no es el mejor momento —contesté divertida.

—Lo que está claro es que no es el mejor lugar —dijo señalando a toda la gente que había en la puerta del local, que estaban mirándonos y no parecían tener intención de dejar de hacerlo.

—¡Joder! —masculló Rodri, no sé si por la vergüenza o por que hubiésemos tenido que parar.

—Sí, joder, pero en otro sitio y si puede ser, sin público —soltó Marga tan oportuna, tan fresca y tan bruta como siempre.

—Entendido. Nos vamos —sentenció él, mientras yo intentaba removerme hasta el otro asiento, cosa que no pude hacer porque él me lo impidió.

—¿Qué pasa? —le pregunté

—No querrás que tu amiga vea cómo me has puesto —dijo señalando su erección y yo me puse roja a más no poder.

—Despídeme de Ona. Mañana hablamos. ¡Gracias Margarita! —le grité cuando ella ya se estaba alejando.

Rodrigo arrancó el motor, subió las ventanillas y me ayudó a llegar hasta el otro lado del todoterreno. En cuanto tuve abrochado el cinturón de seguridad, puso el coche en marcha, encendió la radio y tomó dirección Es Castell.

—Creo que te has equivocado con otra *Memoria de Pez*. Yo vivo en Mahón, centro —pero no me respondió, me miró con una sonrisa torcida y me puso la mano en el muslo, tan cerca de mi entrepierna que me aceleré por completo— ¡Ey! ¿A dónde vamos? —insistí.

—Vamos a un sitio que creo que te va a gustar y esta vez voy a intentar quitarte toda la ropa sin que rechistes, pero... —dijo mientras deslizaba su mano por mi pierna con destreza y yo me derretía con ese «pero» desubicado que tanta gracia me hacía siempre que se lo escuchaba decir sin motivo alguno y sin que hubiese nada que objetar.

—Ya me quitaste toda la ropa... —contesté sin saber muy bien que decir.

—No, ese día, con las prisas, te dejé el sujetador y hoy me está molestando desde que te vi aparecer.

No pude decir nada más. Me había puesto a mil por hora. ¡Qué digo! A mil por hora más de lo que me había puesto antes.

Ni por el rito Zulú

Habíamos atravesado el puerto y había cogido el desvío que va hasta el pueblo de al lado, hasta Es Castell o Villa Carlos, cada cual lo llamaba a su manera. Mi impaciencia me estaba haciendo saltar por dentro así que tuve que preguntarle de nuevo que a dónde nos dirigiáramos. Pero él solo sonreía y movía su mano derecha por mi pierna. Giró en la rotonda cogiendo la primera salida, atravesó la plaza principal en la que se encuentra ubicado ese imponente edificio rojo, símbolo de la dominación británica que hoy día acoge al ayuntamiento, callejeó, giró a la derecha de nuevo, serpenteó por las irregulares y estrechas vías de esa zona del pueblo y, finalmente, aparcó en una especie de mirador sobre Cales Font, un muelle antiguo, con mucho encanto, lleno de comercios y restaurantes al que habíamos venido varias veces a tomar un mojito de frutas después de cenar. Ona conoce a uno de los dueños y, desde que abrió sus puertas, El Pindapoi, siempre era una de nuestras opciones preferidas.

—¿Qué hacemos aquí?

—Vamos a ver amanecer... Vamos a ser las primeras, de todas las personas que estén en España, que vean amanecer.

—¿Qué dices?

—Imaginaba que no lo sabrías. Este es el lugar situado más al este de todo el país, es el lugar desde el que primero se ve aparecer el sol.

—Bueno, bueno... Esto suena al discursito que le dices a todas y este parece ser el sitio a donde te las has traído a todas. Seguro..., tu picadero.

—Nunca.

—Ya —no estaba nada convencida.

—Nunca, Inés —me miraba fijamente ahora—, Una vez más, ¿estás casada?

—No, *Memoria de Pez*, nunca. Ni por el rito Zulu, ni el Balinés, ni en las Vegas, ni en el delfinario...

—Vale, vale. charlatana... Lo he entendido... —se tapó la boca intentando reprimir una carcajada, pero no lo consiguió—. Jajajajaja. Solo se te podían ocurrir a ti estas cosas en un momento como este.

En ese instante volvimos a besarnos, fuimos acercándonos hasta que yo quedé sentada encima de él, de lado, con la espalda apoyada en su puerta y las piernas extendidas hacia el asiento del copiloto, totalmente expuesta a él y a sus caricias. Notó que estaba tensa, no quería apoyar los pies y manchar la tapicería con la suela de las sandalias así que me las quitó con cuidado, las soltó en la alfombrilla y fue deslizándose su mano por el interior de mi pierna, desde mi tobillo izquierdo hasta mi entrepierna. Los besos no cesaban y sus caricias estaban volviéndome loca. No, no tendría manos de trabajar en un taller, pero se ve que había apretado muchas tuercas porque la motricidad fina la tenía bien desarrollada. Los movimientos que realizaba con los dedos eran pequeños, precisos, constantes a veces e intermitentes otras... eran perfectos.

—Vamos a los asientos de atrás —susurró.

Impulsándome para que me levantase, me ayudó a llegar hasta la parte trasera. Él bajó del coche, deslizó y plegó ambos asientos todo lo que pudo hacia el volante para que tuviésemos más espacio, dejó sus zapatillas blancas y volvió a subir. No podía parar de pensar, pero tampoco hacerlo con claridad, estaba nerviosa y a punto de bloquearme cuando se sentó a mi lado y subiéndome encima de él, dijo:

—Ven aquí, jinete del apocalipsis.

Solté una risita nerviosa que, no sé cómo, consiguió relajarme unos instantes. Volvimos a besarnos mientras no acariciábamos. Él dibujaba formas con sus manos sobre mi espalda desnuda, que yo recreaba en mi

mente como *mandalas*, activando todas y cada una de mis terminaciones nerviosas; yo empecé a desabrocharle la camisa blanca y lisa que llevaba y, entonces, de un solo movimiento, me sacó el vestido. Al ver las tiras de mi sujetador negro multi posiciones cruzando mi vientre se le escapó un «uff» que no supe descifrar. Apoyé las rodillas en los asientos para incorporarme y poder desabrochar el pantalón vaquero corto verde caqui que llevaba y que le marcaba un culo perfectamente torneado. Me aparté hacia uno de los lados, él se sacó el pantalón y el bóxer en el mismo movimiento y metió los pulgares entre la cinturilla de mis braguitas negras semitransparentes y mi piel, para deslizándolas con cuidado

Volvió a colocarme encima suya y con ambas manos cogió el cierre del sujetador, que me llegaba casi por el ombligo y lo abrió, dejando que las cintas volviesen a mi espalda. Las cogió de nuevo, se deshizo de esa prenda de tela que tanto le estaba molestando y la dejó sobre el asiento, junto a la demás ropa. Otra vez estaba nerviosa, demasiado nerviosa, bloqueada...

—Rodri, yo no...

Pero me siguió besando y tuve que dejar de intentar decir lo que me tenía así de paralizada... ¿Yo no qué? Yo, sí, sí a todo. Ya veremos lo que pasa... Y me dejé hacer, o, más bien se dejó hacer él porque notó que estaba cortada, tímida, incluso temblorosa y me dejó las riendas de la situación. Me di cuenta de que, me estaba dando total libertad, era yo quien iba a marcar el ritmo y era yo quien iba a decidir qué sí y qué no.

Alargó uno de sus brazos hasta su pantalón y sacó un paquetito plateado que dejó sin decir nada encima del asiento, a nuestra derecha y yo, tras unos cuantos movimientos más, lo alcancé, lo abrí y se lo coloqué mientras lo miraba a los ojos y veía como estaba disfrutando. Él besaba todos y cada uno de los poros de mi piel, me acariciaba los pechos con total maestría, mordía el hueco exacto de mi hombro en el que nadie antes había mordido de esa manera y decidí que era el momento. Estaba preparada, tenía espacio suficiente como para alzarme sin tener que estar en una posición incómoda para lograr que entrase en mí, o más bien, hacerlo entrar. Estaba siendo perfecto y terminó siendo maravilloso. A ritmo lento, suave, constante y con un sabor a reconciliación que inundaba cada una de mis papilas gustativas.

Nos quedamos así, abrazados y unidos por la parte de nuestro que cuerpo que mejor se entendía, por un tiempo que no podría calcular. No sabría decir si fue mucho, si fue poco, simplemente, fue el suficiente. Me senté a su lado

y pasó su brazo por mi espalda, atrayéndome a su pecho.

—No hubiese imaginado una primera vez mejor —jugueteaba con mi trenza, que se había soltado.

—¿Y en el hospital, *Memoria de Pez*? ¿Ya se te ha olvidado la primera vez? —solo me salía un hilo de voz.

—No es lo mismo, ese día no sabía que te quería...

No pude contestar. Me acurruqué de nuevo en su pecho y empecé a jugar con el cordón que había visto en varias ocasiones asomar por el cuello de la camisa. En cuanto tuve el valor suficiente, le hablé de nuevo.

—¿Es un cuerno? —tiré un poco para mirarlo.

—No, un clavo. De acero. Le pedí a un amigo que me lo hiciese con clavos fundidos para que no se me olvidase que tenía que esforzarme y volver pronto a casa y al taller.

—¿Qué les pasaba a tus mariposas?

—Se ve que me las había tragado... No... ¡Es broma! Solo estaba la caja sucia.

Amaneció, y tanto que amaneció...

Volvimos a casa con la sensación en el cuerpo de ser unos afortunados por haber tenido el privilegio de haber visto aparecer el sol de este, ya, sábado uno de julio, antes que el resto de los habitantes del país y de la forma más especial que se podía imaginar. Nos despedidos en la puerta de casa, nos besamos, nos costó despegarnos... Dijo que le encantaría quedarse a dormir pero que, en unas horas, tendría que estar listo otra vez porque tenía «cosas» que hacer. Esto último lo recalcó con cierta burla, haciendo referencia a mis mensajes de la otra noche. Subí hasta mi estudio intentando no desmayarme en cada escalera. La noche había sido intensa, completa, surrealista. Había habido de todo. Ex incluido. Pero no, no pensaba anular este maravilloso momento acordándome de él. Era lo que menos me apetecía.

Me detuve delante del salón, saqué el móvil del bolso, lo dejé en la mesa con cuidado de que la cadena que sirve de asa no se escurriese por la madera y leí el mensaje que Marga había enviado al grupo.

>Así me gusta, que salgáis sin hábito ni rosario. Marga, deja al guardia civil- escolta contento que no nos multe, que el verano es muy largo. Cordosiesa, a ver si el mecánico, de una vez, te engrasa bien lo tornillos, que chirrias. Romeo va a llevarme a casa, que mis amigas me han dejado tirada.... `icono beso´+ `icono beso´ —Contesté

>ITV pasada con creces.

Dejé el móvil encima de la mesa del salón, me desmaquillé como pude con toallitas, me cepillé los dientes y me tumbé en la cama. No podía conciliar el sueño. Había sido demasiado intenso y había estado a punto de estropearlo en dos ocasiones. ¿Cómo le decía que no iba a ser capaz de hacerlo en el coche? Que siempre que lo había intentado había tenido que desistir o terminar en el capó de mala manera. Pero, menos mal que me callé porque fue maravilloso, perfecto, exactamente como debía ser. Que el coche no tuviese la capota puesta había evitado que me sintiese agobiada. El techo me limitaba la capacidad de movimiento y eso siempre había terminado cortándome el rollo y quitándome las ganas de intentarlo siquiera. No podía cerrar los ojos. Estaba tumbada en la cama, abrazada a la almohada y me era imposible relajarme. Me recogí el pelo, me di una ducha rápida y al fin me dormí.

Serían las siete de la mañana cuando conseguí conciliar el sueño y las nueve cuando me desperté. Mi teléfono sonaba insistentemente. ¡Ona! ¡Marga! Me asuste. Salí corriendo y cuando vi en la pantalla el nombre de mi hermano, a punto estuve de no cogerlo, volver a dormir y devolverle la llamada más tarde, pero descolgué.

—A ver Javi, que no te entiendo...

—Tienes que venir, Inés...

—¿Cómo que tengo que ir? ¿Qué pasa? ¡Deja de llorar y habla claro!

—Voy para el hospital y mamá no lo sabe.

—¿Y papá?

—No, papá tampoco.

—Pero, ¿qué te pasa? —empezaba a ponerme de los nervios

—A mí nada, a Sonia... Está dilatando. Va a dar a luz. Se le va a adelantar el parto y yo no sé qué hacer...

—¡Tú que vas a hacer! ¡Eres informático no ginecólogo! Pero, espera... ¿Embarazada?

—¡Pues claro! De parto se ponen las embarazadas.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? ¿De cuánto está?

—Es que con todo lo que tienes que estar pasando... ¿Cómo iba yo a decirte que estoy feliz de la vida y que voy a ser padre? ¡Padre, Inés! Con lo poco que te gustan a ti los niños...

—¡Claro que me gustan los niños, Javi!

—Los de otro...

—¡Y tú eres otro! Además, sí me gustan y, si voy a ser tía, tengo derecho a saberlo. ¿Qué es?

—Niña.

—¡Niña! —grité—Ayyy... Como Julia...

—¿Qué Julia? ¿Vas a venir?

—Sí, estoy casi vestida. Voy en el primer avión, pero ten en cuenta que no depende de mí. Y deja de llorar. ¡Qué vas a ser padre! Que no te escuche tu bebé, que dicen que en la barriga se oye todo... O no, no lo sé... Pero no llores. Dale un beso a Sonia. Te escribo en cuanto sepa en qué avión salgo.

Colgué y corrí. Había ido sacando unos vaqueros y una blusa mientras hablaba con Javi, metiendo en uno de mis bolsos grandes la cartera con la documentación, guardando el tendedero que estaba en el patio y en diez minutos ya estaba cogiendo un taxi con destino al aeropuerto. Mientras iba en el taxi, fui buscando vuelos y compré el primero que había. Por suerte no iba a tener que esperar mucho. El avión salía a las diez y media y eran menos cuarto.

Que el aeropuerto fuese tan pequeño me vino de perlas; en cinco minutos me encontraba en la planta de embarque y había pasado el control de seguridad. Estaba guardando el neceser y todo lo que tuve que sacar del bolso para poder pasar por el escáner apoyada en una de las mesas auxiliares que hay al final de la cinta cuando lo vi. Ahí estaba. Menos mal que acababa de pasar el arco detector porque, de lo contrario, lo hubiese fundido. Habría empezado a salir humo de la máquina esa de lo furiosa que me estaba poniendo.

Al otro lado, en la cola para mostrar el billete antes de pasar la zona de seguridad vi a Rodrigo, con una bolsa de viaje y con la chica del pelo rizado, la del vestido mini, la que se suponía que era su ex, colgada de su cuello. Mis ojos como platos. A ver, tranquilízate, que hay por lo menos veinte metros, igual no estás viendo bien. Sí, eran ellos, hablaban, ella le tocaba la cara, a él

no parecía molestarle y, cuando vi que estaban volviendo a abrazarse, me di la vuelta. No necesitaba ver más. Busqué en la pantalla la puerta desde la que saldría mi vuelo y me dirigí a ella.

Me senté. Aún no era la hora de subir al avión. Me estaban sobrando diez minutos, toda la noche de ayer y toda la madrugada como mínimo... Lo dejé pasar. Era cuestión de prioridades y la mía ahora era Javi y mi futura sobrina. ¡Tía! Iba a ser tía...

Saqué de nuevo el móvil y abrí la página web de Renfe. Empecé a hacer cálculos mentales. Llegaría a Madrid a las doce así que tenía tiempo de sobra para llegar con hora de subirme en el tren de la una. Lo compré. Le envié a Javi un mensaje para decirle que estaba en camino y en ese momento empezó el embarque.

Durante el vuelo pedí un café. Error. Estaba asqueroso. Parecía agua de lavar calcetines. Ni color, ni sabor, ni nada. Se lo dije a la azafata y me trajeron otro. Ese sí, ese estaba bebible. Me lo tomé y cuando quise darme cuenta estábamos aterrizando. Debía parecer una loca corriendo por Barajas, que ya no se llama así, pero... Llegué hasta la máquina de tickets, introduje el código de mi billete de AVE para que el Cercanías me saliese gratis y volé escaleras abajo. Faltaban cuatro minutos para que el tren llegase, aproveché para avisar a Javi de que había aterrizado, preguntarle en qué hospital estaban y que me contase cómo iban. No me respondió.

El viaje en cercanías se me hizo eterno, interminable, pesado a más no poder, me molestaba el olor que había, la prisa de la gente corriendo de un lado a otro, el ruido de las puertas al abrirse y cerrarse con el chivato estridente que avisa de ello... estaba empezando a saturarme. Saqué el móvil y me puse los auriculares. Opté por la primera lista de reproducción que vi. «Tranquilas» había escogido el grupo de canciones que había seleccionado hacía algún tiempo para cuando quería estar relajada en casa. Claro, en casa. En casa tengo vía libre para reír, llorar, sentir, apropiarme de las palabras que otros ya han escrito y parecen mías propias... Pero para estar en un lugar lleno de desconocidos, no había sido la mejor opción. La dulce voz de Bely Basarte retumbaba por todo mi ser y las palabras de Rayden estaban haciéndome tener, de nuevo, las lágrimas por los tobillos. Me estaba inundando por dentro. Eran las palabras precisas, exactas, insustituibles... ¡Cómo podía nadie escribir tan bonito!:

«Siento que el corazón del uso me ha dado de sí, desatado y dilatado, de tanto latir por ti. Que te vaya bien, que te vaya bien, que te vaya bien... ¡Nada más puedo decir! Que te he dejado, pero no de quererte, que te he olvidado, pero no de mi mente...»

Que he dejado de quererte... Que te he borrado de mi mente... ¿Tú? ¿A quién has dejado tú? y ¿qué lo has olvidado? Anda, Anda... A este no lo olvidas tú tan fácil, ni aunque esta vez sí lo hayas visto en movimiento... Si es que siempre eres la misma y te pillas de los tíos más especialitos... Que vale que son todos iguales, pero ¡ya podías elegirlos con un nombre más normal! Un Jesús, un Antonio... ¡No! tú siempre dando la nota. En el colegio Serafín, que vamos, ponerle Serafín a un hijo es no quererlo desde el día que lo bautizas, eso seguro. La de palos que se llevó en el recreo el chiquillo. En el pueblo de los abuelos, la de veranos que estuviste enganchada a ese Bartolo. Que vale que era el más guapo de la pandilla y famoso por ser el único del pueblo con el nombre del patrón, pero con ese nombre... Ese termina siendo un gordo barrigón seguro. Luego llegó Gregorio, que abreviado a Greg te sonaba muy sexy... ¡Mira para lo que le ha servido! Y ahora..., ahora Rodrigo. ¿Quién cojones se olvida de un Rodrigo? Con lo fácil que es cambiar a un Paco por un Pepe, a un Miguel por un Manuel, a un David por un Daniel... No: RO-DRI-GO... Ni cuento de hadas ni hostias en vinagre. *Mentiras de jarabe* es el título de la canción y podría ser también el de tu vida.

Menos mal que en ese momento anunció el altavoz que estábamos en Atocha y tuve que bajarme. La que podía haber liado...

Una vez subida en el AVE, viendo que la película era francesa, en versión original, subtitulada y yo estaba lejos de la pantalla como para leer, decidí avisar a las chicas de que había tenido que salir pitando para casa. Si todo iba bien, sería un viaje exprés porque el martes tenía que ir a la famosa «entrevista». Pedí una tostada con aceite y tomate en la cafetería, un zumo y un café. Me clavarón. Volví a mi asiento. Abrí el Facebook y decidí cambiar mi foto de portada por aquella que hice el día de mi cumpleaños en el puerto. Si la mitad de la felicidad residía en hablar de ella, yo iba a empezar por obligarme a leerlo cada vez que entrase en mi perfil, a ver si se me pegaba algo. Cotilleé un poco para entretenerme, leí arriba y abajo, unos «me gusta» por aquí y por allá. Vi de pasada un videoclip de una canción de

Funambulista con Andrés Suarez y se me ocurrió compartirlo, sin pensar. ¡Sí, Inesita! ¡Sin pensar! Como tantas de las cosas que haces... ¿Ves? Ya lo sabía yo. Ya estás recordando la letra de la canción.

«(..) Que yo te vi primero, sobraba lo demás y cuando menos debo te vuelves a cruzar, se cae el mundo al suelo, que tengo lo que tengo, debo lo que debo y quiero lo que quiero(..)».

Tú y tu habilidad para memorizar las letras de las canciones... ¡Ay! Qué pava eres... ¿que tienes lo que tienes, debes lo que debes y quieres lo que quieres? Que te perdone Andrés Suarez y compañía y, ahora mismo, que le den a lo que tienes y a lo que debes, que vamos a por lo que quieres. Que ya te estoy viendo las ideas y tú te quedas en Córdoba. ¡De eso nada! ¿Me oyes? ¿Para seguir siendo conformistas fuimos hasta la isla? Negativo. No nos hemos chupado unos asquerosos meses de invierno en soledad para que ahora ni siquiera intentes saber qué quiere la amiga de Helen... Hasta el mismísimo estaba ya de la Tramontana, la humedad, el frío y la oscuridad a las cinco de la tarde... Ir, vamos, que de volver siempre hay tiempo... Inesastra tenía razón, podía intentarlo y, como dice mi madre, si no sale bien, «como no eres un río, te vuelves». Y ya puedes estar quitando la canción de tu perfil, que, ¡vaya gilipollez! Si no le importa a quién ha provocado la situación imagínate al resto de los mortales internautas...

De nuevo, mi mente estaba enlazando historias de vida al azar, haciendo otra de absurdas correlaciones, (esta, digna de pódium) y provocándome unas lágrimas incontrolables en tres, dos, uno... Inesastra, ¡joder!, que no iba con esa intención. Simplemente me gusta la canción... Sí, ya, pero ya no era. No podía parar de llorar.

No sabía cuánto tiempo había estado perdida en mi submundo interior, pero al mirar por la ventanilla algo cambió. El paisaje había cambiado. La luz era diferente. Yo no era la misma de hacía dos minutos. Estaba frente a un mar de olivos que me sabían a hogar, a familia, a paseos con Thor, a... ¿Thor? Si *Maldito Gregorio* estaba en Menorca, ¿con quién estaba Thor? Intenté llamarlo para preguntarle, pero no respondió. Llamé al teléfono fijo del piso que compartíamos, pero tampoco hubo suerte. Tuve que dejarlo por imposible. ¿Qué podría hacer?

A las tres menos diez de la tarde llegué a Córdoba y, por primera vez, me

alegré de tener calor. Tampoco me duró mucho porque ir corriendo hasta la parada de taxis ya hizo que empezase a sudar por la frente. Le dije al taxista la dirección y escuchar su acento tan marcado hizo que sintiese una felicidad que me hinchó el pecho. Lo había echado de menos. Había echado de menos el acento cordobés puro. El mío estaba desfigurado por los años de estudio en Sevilla y, porque yo, en cuanto a ese tema se refiere, siempre he sido bastante maleable, teniendo especial habilidad para absorber los soniquetes de las personas con las que me rodeaba y de ahí que nunca haya tenido muchos problemas a la hora de aprender idiomas.

Veinte minutos más tarde estaba frente al mostrador de recepción del hospital intentando explicarle a la enfermera a quién buscaba. Una chica... Así... Se llama Sonia... embarazada, que va con un chico alto... Lo dejé por imposible. La culpa había sido TODA mía. Había sido tremendamente injusta con Sonia al no tenerla en cuenta e inmensamente mala hermana al no valorar a su pareja. ¡Bueno chica! Tampoco te martirices que hace unas horas que sabes que vas a ser tía... Ellos también podrían haberse esforzado... Llamé a Javi, subí a la tercera planta, habitación 201 y allí estaban. Mi hermano, mis padres, Sonia, los suyos y mi sobrina que dudaba si nacer o no.

Al verme, Javi salió corriendo, me abrazó y se puso a llorar sobre mi hombro. Mis padres estaban a punto de que les diese algo porque no me esperaban y salieron corriendo a abrazarme. Mi madre me tocaba como si quisiese comprobar que realmente estaba ahí y mi padre, el señor Ramón, lloraba a moco tendido.

Cuando logré despegarme de ellos me acerqué a Sonia. Estaba nerviosa, decía que era pronto, que no tenía ni ocho meses...

—El futuro padre fue sietemesino y mira lo grande que se ha puesto — intenté animarla, pero seguía muy preocupada.

—Yo quería avisarte, pero Javi decía que no podíamos compartir nuestra felicidad y hacerte sentir peor. Lo siento...

—No importa, tranquila, de verdad.

—Pero, no tenemos casi nada, ni el carro, Inés...

—No te preocupes, tú dime qué carro quieres y prométeme que vas a intentar tranquilizarte, por ti y por la pequeña. Yo, en cuanto le vea la cara, voy a por él. Te lo prometo. Aunque tenga que ir al almacén central de Amazon a buscarlo.

Sonia dilataba despacio, dijeron que tardaría en dar a luz por lo que

obligué a Javi a que viniese a comer conmigo. Le expliqué cómo era mi vida en Mahón, que cuidaba de dos bebés, que había vuelto a dibujar y que el martes tenía una entrevista pero que podía intentar cambiarla y quedarme con él; se negó en principio.

—Según vayan sucediendo los acontecimientos, así haremos, Inés.

A las nueve de la noche Sonia no podía más y una de las enfermeras dijo que se preparase porque iba a ir a la sala de partos.

—El padre puede entrar.

—Yo... Es que igual no es buena idea...

Javi empezaba a parecer de otro planeta, blanco, sudoroso y temblón. Sí, le pasaba lo mismo que a mí. Somos bastante aprensivos con la sangre...

—Tú nada, Javi... Tú entras, le coges la mano a Sonia, respiras con ella como os hayan enseñado en las clases de preparación al parto y... —pensaba decirle que ni se le ocurriese desplomarse, pero me interrumpió para decirme que ese capítulo tocaba la próxima semana, que aún no habían acabado el temario—. ¡Pues haces como en las películas! ¡Hala! que con la de terabytes que tienes de cine, seguro que habrás visto alguna que otra.

Javi se fue con Sonia y nosotros nos cambiamos a la sala de espera anexa al paritorio. Pasó media hora, una hora, dos..., y se abrieron las puertas. Javi salía llorando.

—Me han echado. Van a hacerle la cesaría.

—Tranquilo —mi madre—, así la niña nace sin sufrir tanto. Todo va a salir bien.

Mi hermano, más que un futuro padre, parecía un niño en las faldas de mamá, los padres de Sonia lloraban asustados por su hija y su nieta, mi padre no hablaba, ni mú... Y yo... Yo no sabía qué hacer ni qué decir.

—¿Javier Castro?

Lo llamaron desde la zona de partos y Javi voló. Mi cabeza, a mil por hora, no sabía si pensar que todo iba bien o que acababa de pasar algo horrible. Se abrieron las puertas de nuevo y Javi, que había tenido que ponerse una bata verde y unos zuecos de plástico para entrar con Sonia la primera vez, traía a su pequeña en brazos. Nos quedamos pasmados. Los maniquís del museo de cera eran meros aficionados a nuestro lado. Javi se acercó hasta mí y dejándome a la pequeña en brazos, dijo:

—Blanca, se llama Blanca —y se desplomó.

Besé su frente aún manchada, la miré, guardé esa primera imagen suya

en la parcela del cerebro que espero jamás se borre, nuble, ni siquiera difumine un poco, la amé, volví a besarla dos veces más y se la dejé a mi madre, que no sabía qué hacer, si atender a su hijo o conocer a su nieta. Mi padre estaba levantando los pies de su Javi y, yo, que ya sabía de qué iba la historia, le di dos bofetadas y lo desperté.

—Venga cabeza, arriba. Ahora eres cabeza, pero de familia. Esto tienes que controlarlo —Javi sonrió y me abrazó—. Es preciosa, Javi. Lo siento, la quiero más que a ti.

—Idiota. El amor no se divide, se ensancha, como dice mamá...

Javi empezó a llorar de nuevo y cuando se incorporó, cogió a su pequeña en brazos, fue hasta la habitación 201, se abrió la bata verde y la camisa, la tumbó en su pecho desnudo y nos dijo, muy orgulloso, que estaba haciendo «el piel con piel».

Obligué a los cuatro orgullosos abuelos a salir de la habitación. Era su momento. El momento de mi hermano y su pequeña Blanca. Necesitaban conocerse, sentirse y establecer esa conexión que no iba a poder romperse nunca. Un médico nos avisó de que la madre estaba bien, pero que tendría que quedarse un poco tiempo en reanimación.

Blanca había nacido a las once y cuarto de la noche, era pequeña, tenía mucho pelo negro y brillante, pesaba dos kilos trescientos gramos, medía cincuenta y dos centímetros y me había regalado, sin duda, el momento más feliz de vida. Mi hermano me lo había regalado. Iba a estar en deuda con él de por vida.

Alrededor de las dos de la mañana, una vez vimos a Sonia, comprobamos que estaba recuperándose y le dimos la enhorabuena. Conseguí despegar a mis padres de su nieta y llegamos a casa. Cuando mi madre metió la llave en la cerradura y abrió la puerta, una bola de pelo saltó sobre mí, Thor, mi Thor estaba en casa de mis padres.

—¡Ay, hija! Se me olvidó decirte que lo había traído... Tenías razón, Inés. La chica no estaba gorda, ¡estaba embarazada! ¡Tengo una nieta!

—Claro, mamá... ¿Cuándo lo trajo?

Pero mi madre no atinaba a hablar más que de trajecitos, pendientes, una cruz de Caravaca... Así que llamé a Thor, pasé por el baño, subí hasta mi habitación, me tumbé en mi cama, en la que podía permitirme ser la niña que esas paredes habían ido viendo crecer y descansé. Lo necesitaba.

Desperté abrazada a Thor y lo primero que hice fue buscar el teléfono,

marcar el número de Javi y preguntar cómo había pasado la noche mi sobrina y su madre. ¡Ay! ¡Qué ilusión! Era tía. Tía y tonta, pero, sobre todo, ¡tía!

Me había despertado muy pronto, paseé con mi perro alrededor de una hora y para las diez en punto estaba en Ronda de los Tejares. Había cogido el coche de mi padre para poder llevarlo todo. Entré y sí, esa era la sensación. Plantas y plantas llenas de firmas, avances de colección perfectamente posicionados... Todo para mí, pero otro día. Ahora tenía que localizar la planta de bebés, la única en la que nunca había estado. No quería perder tiempo y por eso decidí pedir ayuda. Mostré la foto que Javi me había mandado el día anterior a la dependienta y mientras lo traían del almacén, compré todo lo que la dependienta y yo consideramos que debía llevar una canastilla. Bodis, pijamas, gasas, una toquita de hilo, un chupete... Casi mil euros en total. No me importó. Se lo debía a Javi. ¿Qué mejor que hacer un gran regalo a su hija?

A las doce estaba entrando en la habitación, con una gran cesta a modo de canastilla. Sonia me miró y me transmitió perfectamente lo agradecida que estaba a lo que yo respondí con un abrazo.

—Javi, en el coche de papá está el carro, el cuco, la silla, la ropa para vestir al carro...

Mi hermano me abrazó y Sonia empezó a llorar. No sé si por la tranquilidad que le suponía todo lo que yo había llevado, porque tenía las hormonas revolucionadas o por las dos cosas. Le di las llaves del coche y antes de bajar a cambiar la compra a su maletero volvió a abrazarme y me dijo lo mucho que me quería. No recordaba la última vez que había escuchado esas palabras, aunque me lo hubiese demostrado con creces. Mi familia no es de ir regalando «te quiero» así porque así. Una pena, sí, pero no nos salía por mucho que lo sintiésemos.

Hacia la una de la tarde la habitación empezaba a parecer más la boca del metro que otra cosa. Un montón de gente que, en lugar de pensar que una recién parida lo que necesita es descansar y disfrutar de su bebé, habían optado por llenar el pasillo de flores, globos y todo tipo de regalos. Decidí llamar a Sandra que no tardó ni media hora en venir a recogerme. Le conté que mi hermano había tenido una niña, aunque ella ya lo sabía, y le conté también toda la historia de los días anteriores, intentando no soltar ni una lágrima. Alucinó al enterarse de que había estado allí Gregorio y de que había montado semejante numerito:

—Qué cara dura— repetía sin parar.

Le hablé también de la entrevista, pero ella, que me conoce casi mejor que yo misma, se dio cuenta de que algo pasaba. Me sinceré. No tenía claro si iba a volver. No me apetecía cruzarme con Rodrigo. No quería enfrentarme a una entrevista en la que no sabía qué esperaban de mí. No quería volver a dejar a Thor solo y, sobre todo, no quería despegarme de mi sobrina.

—Mira, Inés. Vale que todos los hombres son iguales, pero, tú, vas a ir a hacer esa merecida entrevista y yo voy a ir para asegurarme de ello.

—¿Qué? ¿Cómo vas a venir?

—Que sí. Que me voy contigo. Estoy de vacaciones, soy maestra ¿recuerdas? Tengo dos meses libres. ¿Cuándo sales? ¿Hora? ¿Aeropuerto?

—Todavía no los he comprado. Con las prisas... Pero si voy, me gustaría estar lo antes posible para prepararlo todo.

Pensé que no iba en serio, pero sí. Sandra se levantó, llamó por teléfono a una amiga que trabajaba en una agencia de viajes y estaba comprando los billetes para las dos. Mientras ella esperaba a que en la agencia hiciesen la reserva y se los enviaran por correo electrónico, me acerqué hasta el puesto de La Salmoreteca y pregunté por el camarero hípster (no recordaba su nombre). Una de las chicas me dijo que era su día libre y cuando me estaba girando me llamó.

—¡Perdona! Está allí, en aquel grupo... —señalaba con el dedo—. ¿Lo ves? En el puesto de la cerveza.

Le di las gracias a la chica, fui hasta él y lo saludé. Me recordaba. Hablamos, nos reímos, le conté que la isla me estaba gustando, bueno, a ratos, pero que me estaba viniendo muy bien el cambio de aires. Sandra volvió, me abrazó, me dijo que ya teníamos billetes, que salíamos muy temprano, que estaba emocionadísima y se lo contamos a David, que así es como se llamaba el chico. Nos tomamos unos vinos juntos para celebrar las vacaciones improvisadas de Sandra y, cuando iban a pedir el tercero, decidí volver al hospital. Sí íbamos a salir temprano el lunes quería aprovechar al máximo el tiempo con mi familia, ahora más grande gracias a Javi y Sonia.

Tuve a la pequeña en brazos todo el tiempo que no estuvo comiendo. Quería impregnarme de su olor y quería intentar transmitirle lo mucho que la quería. Mis padres no entendían que me fuese tan rápido después de haber estado seis meses sin vernos, pero Javi les explicó que tenía una entrevista importante de trabajo y que debía ir.

—Vale, hija. Si es así, nos quedamos más tranquilos.

—Mamá, no pongas esa cara —empezaba a hacer pucheros—. Si la entrevista no va bien, lo más probable es que en cuanto pueda dejar el piso me vuelva. Además, Sandra ha decidido venirse unos días conmigo. No voy a estar sola.

Mi madre me abrazó y los demás se sumaron. Estuve hasta las diez de la noche en el hospital y despedirme de Blanca fue tremendamente doloroso. A los demás podría llamarlos por teléfono, hablar con ellos, comunicarnos, pero separarme de ella me estaba haciendo añicos por dentro. Javi se dio cuenta y me sacó de la habitación.

—Inés, ve, intenta hacer tu vida, lo estás consiguiendo, estás demostrándonos a todos que eres la persona valiente que siempre he sabido que eres y es tu momento. Mi hija puede estar orgullosa de la madrina que tiene.

—¿Yo? ¿Yo, Javi?

Lágrimas en tres, dos..., ya. No me dio tiempo ni a intentar retenerlas. Mi hermano era el mejor hermano del mundo y yo, la persona más feliz de tenerlo a mi lado.

—Sí, pero no te emociones tanto, madrina de pega, figurada... Que mi hija no pasa por la pila bautismal ni de coña.

Empezamos a reírnos a carcajadas y yo volví a casa con una sensación que no sabía que existía. Paseé a Thor y de nuevo, dormí abrazada a él. Jamás hubiese pensado que lo dejaría subirse a la cama, pero fui yo quién lo llamé para que se quedase conmigo toda la noche. Tampoco hubiese imaginado jamás que, dormir con mi mascota, podía hacerme tan feliz.

«Inés, depende de ti»

Habíamos cogido el primer AVE Córdoba-Madrid del lunes y el primer vuelo Madrid-Mahón, por lo que, un poco antes de las once de la mañana el piloto nos avisó de que iniciaría el descenso. Sandra estaba como loca cuando vino a recogerme con su padre, que es quien nos iba a llevar a la estación, y no paró de hablar en todo el viaje. Por mi parte, empecé el día muy animada. Ver a mi familia, saber que Thor estaba bien y, sobre todo, conocer a mi sobrina, me había recargado las pilas.

Estuve a punto de enfadarme con ella nada más subir al AVE porque no me dejaba pagarle los billetes. Insistía en que ella ponía el transporte y yo el alojamiento. Tuve que dejarla por imposible cuando me dijo que, si conseguía el trabajo, me dejaría invitarla a una cena por todo lo alto. Mi silencio significaba *novoyavenderlapielqueigualnihayosoquecazar* y ella entendió que estaba de acuerdo. Cada una a lo suyo.

—Sandra, recuerdas que te dije que mi piso era muy mini ¿no?

—Sí, ¿por?

—Porque, o compartimos cama, o duermes en el sofá.

—¡Buah! ¡Qué problema! ¿ya no te acuerdas de las mil veces que habremos dormido las dos en la cama de *unocinco* de tu abuela en el pueblo?

—Cómo no me voy a acordar de las fiestas de agosto... ¡Menudas éramos!

—Y en ese tiempo estábamos las dos más rellenitas. Ahora hacemos menos bulto.

Empezamos a reír. Había sido una buena idea que Sandra se viniese conmigo unos días. Al menos, no iba a tener que enfrentarme a todo sola de nuevo, porque enfrentarme, seguro iba a tener que enfrentarme. Ya me había costado la misma vida escribirles a las chicas que había visto a Rodrigo abrazado a su ex y que no quería volver a saber de él nunca más, por lo que, el día que nos cruzásemos, que nos cruzaríamos, porque la isla es muy pequeña, no sabía cómo iba a tomármelo.

Él me había escrito el sábado a mediodía para preguntarme qué tal había dormido, pero no le contesté. Directamente lo bloqueé, que parece ser que es lo que tenía que haber hecho aquel primer día en el hospital.

Nos acercábamos al aeropuerto, Sandra alucinaba con el paisaje y yo también. Esos contrastes de colores, las calas cuando aterrizábamos, lo verde que era la isla, la amplia gama de azules y turquesas... Yo no había tenido esa panorámica. No, no había visto la isla desde esa perspectiva y estaba impresionada.

Ona tenía turno de mañana en el hotel y Marga, si bien insistió en venir a buscarnos, entendió que todavía no era conveniente que condujese con los dedos recién intervenidos. Fuimos en taxi, porque, aunque ya había autobuses con frecuencia, sería más cómodo llegar directamente a la puerta teniendo en cuenta que, yo solo llevaba un bolso colgado al hombro, pero Sandra traía, además, una maleta que debía rondar los veinte kilos.

Entramos en el estudio, se lo mostré, le pedí disculpas por el desorden, había tenido que salir a la carrera y mi amiga no le dio ninguna importancia. Sandra me preguntó si me importaba que saliese a dar un paseo.

—¿No quieres que te acompañe?

—No te enfades, pero hace mucho tiempo que no salgo de casa y necesito descubrir sitios nuevos. Además, tú tienes que prepararte para la entrevista ¿no?

—Sí, pero ¿y comer?

—Ya comeré algo, no te preocupes por mí. Llevo el teléfono móvil.

Envíame la ubicación ahora mismo y, si me pierdo, podré volver sin problemas. Le di una copia de las llaves que tenía en el armario del dormitorio y se marchó. Aproveché para sacar de nuevo los cuatro grupos en los que había dividido mis dibujos; seguía sin encontrar un orden lógico. No lo tenían. Fui hasta el dormitorio, me puse un bikini y pensé que, si me relajaba un poco en la playa, igual, al volver a intentarlo, era capaz de darle forma a todas las hojas que tenía por ahí desparramadas y que parecían no tener conexión alguna entre sí. Además, tenía que reconocerlo, tan solo había estado dos días fuera, pero echaba de menos ver el mar.

Me subí en el coche sin saber muy bien a qué playa dirigirme, pero, esta vez, no dependía solo de mí. Sandra se había ido a la aventura. No quería alejarme, tenía que tener en cuenta que no en todas las playas hay cobertura y además era julio ya por lo que igual había problemas para aparcar. Fui hasta Punta Prima, más por descarte que por otra cosa, allí lo del aparcamiento no era problema. Estaba a punto de extender la toalla cerca de la orilla cuando llegó Adam y me cogió por la cintura.

—¡Qué bien que hayas venido, Inés!

—Adam, ¿qué tal?

—Bien, vente, ¡que empieza el partido!

—¿Qué partido?

Había entrado sin percatarme de que había más redes de vóley de lo habitual, una carpa con un Dj y mucha gente por allí pululando.

—Juego con mi amigo, el de Barcelona, que ha venido a pasar unos días. ¡Estamos en semifinales! Vamos.

—He venido a tomar un poco el sol, Adam. Después me paso.

—¡De eso nada! Te vienes y tomas el sol allí —dijo, sacándome el vestido de un tirón y cogiéndome en volandas.

—¡Mi toalla! —grité entre risas— ¡Estás loco!

—Déjala ahí. ¿Quién se la va a llevar?

—Vale, vale. Suéltame, voy a ver cómo pierdes.

—De eso nada, pensamos ganar, mi colega es muy bueno y yo soy alto. Jajajaja.

Me dejó en el suelo y seguimos caminando hacia la zona de juego cuando me di cuenta de que no se lo había contado.

—¡Adam! No te lo he dicho. ¡He sido tía! —dije radiante.

—¿Quéeee? —gritó y volvió a alzarme.

—¡Sí! Acabo de llegar de Córdoba. Me fui el sábado y ¡soy tía de una niña preciosa!

Yo estaba inmensamente feliz de poder contárselo y Adam me abrazaba dándome la enhorabuena e incluso me hacía girar, todo esto, sin parar de caminar hacia la red en la que se iba a celebrar el partido cuando, pude ver que, además del chico que hacía de árbitro y que estaba diciéndole que tenían que empezar ya, y su amigo el de Barcelona, al otro lado de la red quienes esperaban eran Luis y Rodrigo. Luis no sabía dónde meterse y Rodrigo tenía la cara desencajada por tercera vez, los ojos ensangrentados, los brazos tersos y brillantes cruzados a la altura del pecho, las piernas abiertas y la mirada... Que, si hubiese podido fusilarme en ese momento, no me cabe la menor duda de que lo habría hecho sin contemplaciones.

Por fin logré que Adam me soltase y en ese instante me di cuenta de que, además de parecer una seta al lado de semejante portento de casi metro noventa, llevaba puesto el bikini negro que Sandra me había hecho comprar en Navidad; el pequeño, el que estaba en oferta, el que yo no quería, pero ella dijo que, si no lo usaba, aunque fuese podía limpiar el polvo con él... ¡A ver qué iba a limpiar ahora con tan poca tela! No me iba a dar ni para emparar las lágrimas...

—¡No te muevas que el primer set lo ganamos en menos de cinco minutos y me cuentas qué tal por Córdoba!

Saltó dentro de las cintas que acotaban el campo y en ese momento empezó el partido, o más bien, una sucesión de pelotazos de campo a campo que hacían retumbar los altavoces. Luis le pidió a Rodrigo que se metiese en el partido, que estaba lanzando a dar, pero no le hizo caso y Adam, que ya había esquivado un par de balonazos que, llegaron fuera del campo, le hizo un gesto para que se relajase, pero como Rodri no se dio por enterado, el partido cogió una intensidad que ni la copa del mundo. Luis le insistía en que se encargase de colocar la pelota y el remataría, pero aquello, más que toques parecían cañonazos que, Adam y su amigo, devolvían sin complicación. Yo, que no entendía nada de vóley playa, estaba decidiendo cuál iba a ser el mejor momento para quitarme del medio, pero un minuto después volvió a acercarse el hermano de Marga.

—¿Qué te he dicho? ¡Los fulminábamos en un momento!

—Me voy a ir, Adam. No te he dicho que ha venido una amiga de Córdoba y me estará esperando...

—¡Quédate! Si vamos a terminar con ellos en un momento y la final no es hasta las tres. Nos bañamos juntos.

Cuando pensaba volver a decirle que me marchaba, hicieron el cambio de campo y Rodrigo, que parecía haber escuchado esas dos últimas frases de Adam, lo miró con muy malas pulgas y le dijo:

—Igual no deberías colgarte la medalla tan pronto —intenté no mirarlo, pero soltó—. Ya veo por qué no me has cogido el teléfono y me has bloqueado.

Y yo, que calladita no me puedo estar, respondí:

—Ya vi el sábado por la mañana, en el aeropuerto, por qué no podías quedarte a dormir y las COSAS tan importantes que tenías que hacer con tu novia—. ¡Adam! ¡¡Nos vemos!! —le lancé un beso, recogí mi toalla, me metí en el coche, se lo conté a Marga y me hundí en el asiento.

—Tu amiga habrá alucinado...

—No está, se ha ido a pasear sola.

—¡Ah! Bueno... Mira, esta noche nos vemos, nos presentas y nos tomamos algo.

—No sé si estoy de humor. Además, tengo que levantarme pronto mañana.

—Tonterías, así te cuento un poco cómo es Úrsula, por si te sirve de ayuda para la entrevista. ¿No querrás tener a tu amiga encerrada? Vamos a comer el rollo ese de mango que tanto nos gusta y ya está.

Volví a casa, me metí en la ducha y mientras comía unas verduras al vapor me di cuenta de que Marga tenía razón. Sandra llegó alrededor de las cinco con una caja de pasteles que había comprado en La Única y la puso abierta en la encimera de la cocina.

—¡Este sitio es precioso, Inés!

—Bueno... —dije comiéndome un trozo de bizcocho con albaricoque.

—¿Qué pasa?

Y como no quería que Sandra me lo tuviese que sacar con espátula se lo conté.

—¿Sabes lo que te digo? Que tu amiga la guiri tiene razón. Esta noche nos vamos a tomar algo, a celebrar que has sido tía, a empezar mis vacaciones, a que te relajes para mañana y a dejar de hacer el idiota por los tíos, que, yo ya sé que son todos iguales, y tú no sé cuándo te vas a querer enterar.

A las diez estábamos los seis sentados y comiendo pollo con mango y sushi. Sí, los seis, Marga, Ona, Sandra, Adam, su amigo el del vóley y yo. Como siempre, salir con las chicas me animaba sobremanera y, que mi amiga de toda la vida estuviese allí, mejoraba las cosas aún más. Sandra es esa clase de persona que, aunque vea mil problemas, sabe encontrar una solución para cada uno de ellos. Optimista, positiva, generosa, humana, ocurrente... Y todo eso me venía a mí de maravilla cuando no me encontraba en mis mejores momentos. Además, humilde y agradecida ella, decía que yo le aportaba todo lo que no tenía. Sandra era mi persona, yo la suya y lo sabíamos hacía mucho tiempo.

El otro lado del local también estaba hasta arriba de gente y, aunque, en primer momento quise irme, me di cuenta de que Sandra estaba pasándolo bien y merecía que yo hiciese ese esfuerzo por ella. Estábamos en el interior del pub pidiendo las bebidas cuando escuché gritar a Ona a mis espaldas. Era él, el casado, Ernesto. No sé qué comentario le habría hecho, pero Ona había vuelto a gritar.

—Sí, que empiezo a pensar que eres tú quién ha jugado conmigo, guapita.

—Que... ¿qué?

—¿No me has oído?

—Claro que te ha oído. Te ha escuchado PER-FEC-TA-MEN-TE, pero te está dando la oportunidad de que reformules tus pensamientos y puedas seguir estando vivo.

Las mujeres siempre, siempre, escuchamos a la primera. Que nadie lo dude. Nuestra sordera es siempre voluntaria, intencionada, misericordiosa, resucitadora o ametralladora... Depende. Ese capullo casado ya me tenía hasta las narices. Estaba cansada de que torease a mi amiga. Pensé que iba a ser la única en intervenir, pero se ve que Sandra había escuchado la conversación al completo.

—Yo sí que te he oído perfectamente y, o te largas de aquí, o voy a estar dándote hostias de dos en dos hasta que sumen impar, gilipollas.

Sandra había sacado todo su carácter y su lado más chungo a relucir para defender a una amiga mía que ella apenas conocía. A Ona le pareció todo un detalle que la defendiese de esa manera y se lo agradeció invitándola a una copa. Adam traía un refresco para mí y Marga estaba bailando con el amigo de su hermano. Estaba a punto de preguntarle a Adam por el partido cuando

Hugo me cogió por la cintura y me dio dos besos.

—¿Qué tal, Inés?

—¡Bien! Cuánto tiempo. ¿Y tú?

—Vamos, que me toca pagar. ¡Te la debo!

Nos acercamos hasta la barra y esperamos a que le sirviesen a él. Yo tenía el refresco aún entero y no tenía ganas de otra bebida. Mientras hablábamos, observé que Marga estaba con su Romeo, aunque no sabía en qué momento había llegado, Adam y su amigo se habían sentado en la terraza con un grupo de chicas y Ona y Sandra no paraban de bailar y brindar. El *calvotrón* tuvo que ir al baño y en ese momento apareció, de la nada, sin avisar y sin esperármelo.

—Ahora entiendo por qué no quieres hablar conmigo. Veo que te valen todos... El viejo, el calvo, el rubiales... Por cierto, dile que te regale la medalla que NO ha ganado esta tarde en la playa.

—Lo que yo veo es que tienes la cara muy dura.

—¿Yo? ¿Crees que es normal que después de todo lo que pasó la otra noche y todo lo que te dije, me bloquees y encima, no solo te vea refregándote con el prepotente de Adam en la playa, sino que, además, tengas para todos los gustos? ¿Qué has creído? ¿Qué soy tu muñeco?

—Lo que no es normal es que, después de todo lo que nos dijimos, tuviese que verte en el aeropuerto abrazado a tu novia, la que asegurabas que era tu ex...

—Iba a Palma.

—Y yo a Córdoba. Le hicieron a mi cuñada una cesaría de urgencia.

—Iba a una operación Inés...

—¡Y yo a otra!

—¿A otra? No me toques los huevos. ¡Una cesaría!

—¡Una cesaría es una operación!

—Inés, estaban operando a mi padre de urgencia y no podían localizarme porque cuando llegamos al mirador apagué el móvil.

—Podrías haberme enviado un mensaje.

—¡No me diste tiempo! También podrías haberme avisado tú de que te ibas.

No sabía qué decir y en ese momento apareció Ona y por lo chisposa que venía, debía haberse tomado por lo menos dos copas ya.

—¿Qué osss pasa chicoss?

—Estamos hablando Ona, déjanos por favor —le roge.

—No estáisss hablando, estáisss discutiendo... Si vuestro problema essss que vosotros nunca habíais sentido nada así y no lo entendéissss todavía. Vosotrosss siempre habéis querido muy flojito y ahoraaaa que estáis enamora... —le tapé la boca y le pedí a Sandra que se la llevase.

Estaba avergonzada, miraba al suelo, no sabía qué decir ni hacer y solté, como siempre, lo más inapropiado.

—Gracias por felicitar me. He sido tía.

—Gracias por felicitar me tú. ¡Mi padre sigue vivo!

Justo después de soltar la frase me había girado, pero me había dado tiempo a escucharlo perfectamente. Sí, Inesastra tenía razón, ya que no había podido tener la lengua abrochada, podía estirar de ella y metérmela un poquito en el culo...

Me había pasado, mucho, muchísimo, pero, antes de llorar, decidí huir. Para colmo, lo que vi que estaba pasando al final del local... No podía ser verdad, no daba crédito. Tuve que entornar los ojos y volver a abrirlos varias veces. Sandra y Ona estaban bailando y se estaban besando. Di dos pasos al frente, pasé junto a Marga, que, para variar, estaba con su Romeo y bien que hacía, ella que parecía haber dado con el único no capullo de la tierra. Me acerqué y les dije que me iba. Sandra se separó de Ona para venir también, pero le pedí que se quedase.

—Yo, tengo dos habitaciones libres. Puedes dormir en mi casa esta noche. Así no estarás sola mientras ella va a conseguir su empleo...

—Ya... Sí, está bien.

—¿Te importa?

Sandra me miró con el semblante un tanto avergonzado, yo le di un beso a cada una y me fui. Claro que no me importaba. Estaba sorprendida. Sobrecogida e impresionada. Había sido otra noche intensa. Salir con ellas era acabar de la forma más inesperada siempre. Tenía demasiada información en la cabeza. Rodrigo y su padre, La Bicha, Ona, que se había acostado el viernes pasado con el guardia civil y que acababa de romper definitivamente con su ex. Sandra, mi amiga de toda la vida, mi persona, la que sabe más de mí que yo misma, con quien he dormido cientos de veces, he compartido baño, ropa... y ¡hasta es maestra en un colegio de curas! Aunque eso fue más mérito de mi padre y el suyo, que vaya cómo se aprovechó el clero de ellos.

Definitivamente necesitaba aclarar todo lo que tenía en mi mente, pero

no respecto a ellas. Sí, dos chicas, mis amigas, no se conocían, no tenían nada en común, o sí, ya se vería, estaban bailando, parecían estar pasándolo bien... ¡Qué digo! Se notaba que lo estaban pasando genial. Qué me importaba a mí. Con que ellas fuesen felices, me bastaba.

Llegué a casa, estaba furiosa, me descalcé y me recogí el pelo. Agarré los cuatro grupos en los que había dividido los dibujos, los esparcí por el suelo y formé solo dos montones. Estaba claro, ahora estaba claro. Los dibujos geométricos, concéntricos, monocromos, los simples, los cerrados... Esos iban en un grupo. El color, las flores, las mariposas, la amplitud del trazo... Esos iban en otro.

Saqué el móvil, busqué a *Memoria de Pez* entre mis contactos, lo desbloqueé y escribí:

>No sabes cómo lo siento. Perdóname. Ojalá, de verdad, tu padre se ponga bien pronto.

>Mi amiga tenía razón... Hasta ahora, yo siempre había querido muy flojito.

Envié ambos mensajes. Tenía que decirlo, tenía que sacar todo lo que llevaba dentro. Necesitaba disculparme, necesitaba quedarme tranquila, poder descansar esa noche, amanecer sintiéndome bien conmigo misma. Ya no era tanto por la entrevista como por la imperiosa necesidad de haberme sido sincera, honesta. Creía haber sido una persona ejemplar, en cuanto al amor se refiere, por no haber sido nunca infiel, sin darme cuenta de que, la mayor infidelidad, la había cometido conmigo misma, dejándome arrastrar a un modo de vida con el que no me sentía identificada y anulando mi personalidad simplemente por el hecho de no saber, no querer o no poder gestionar mis emociones. No me había dado cuenta, pero, a eso había venido a la isla, a recuperarme de mi letargo, a salir a flote, a sacar a relucir quién soy. Había venido a recuperarme y estaba en el camino.

No dormí mucho. Desayuné, puse música, miré y remiré las fotos que Javi me había enviado de Blanca, recordé lo mucho que la quería, pasé por la ducha y me senté frente al armario. Quería ir bien vestida, pero no excesivamente formal. Saqué unos vaqueros pitillo hasta el tobillo, la blusa lencera negra, un kimono beige, las sandalias que me había enviado mi madre y el bolso que me regaló Anna. De camino me detuve en la tienda Argos del

polígono y compré una carpeta tamaño A3 para guardar todos los trabajos y parecer «algo profesional», activé el navegador con la ubicación que me había enviado Marga unos días antes y me puse en carretera.

Todo parecía ir bien hasta que me entró el pánico. Ahí iba yo, a la entrevista de la empresaria de éxito de la isla y de la industria del calzado en general, con unos zapatos de la competencia, preciosos, de piel negra como los que ella hacía... Pero de la competencia... Anda Inesita, tú que siempre has dicho que, según visten los pies, así es la persona, que si los zapatos van sucios, empolvados o los cordones mal atados, esa persona, o tiene tara, o no es de fiar... Pues que sepas que tú, por lo pronto, hoy eres una equivocada por completo. No empecemos, que no es el momento. ¿Qué iba a hacer? Son los más bonitos que tengo y no voy a salir corriendo a comprarme unos. Que no es que no lo esté deseando... ¡Si me gustan todos! ¡Hasta los que tienen el estampado psicodélico! Pero estoy en el paro y no voy a seguir vaciando mi colchón así porque sí. Que ahora tengo muchos gastos... ¡Ay que ver! Lo que eras y lo que eres... Con el montón que te has comprado en Córdoba y en Sevilla... Tú, tan conjuntada siempre... Que sí, ¿qué te crees? si tuviese un sueldo fijo, como cuando estaba en el periódico, no lo hubiese dudado ni un segundo y me hubiese dado el capricho... Para un vicio que tengo... Pero, ¿cómo voy a hacer ese gasto extra si lo más probable es que, al final del día siga estando en el paro? Que no, que no, que no me calientes la cabeza, Inesitra, que así voy bien y punto... Además, que yo sepa, no me han avisado para que venga por mi forma de vestir, ni calzar... Había llegado.

Una hora después bajaba las escaleras de la fábrica aún aturdida. No estaba segura de haber entendido todo lo que me habían dicho. Había puesto mis dibujos y mi alma sobre la mesa. Me había desnudado ante dos desconocidos y me latía el corazón con la fuerza de mil tanques. Había intentado ser más yo que nunca. No tenía claro si lo había conseguido. Por fin iba a saber sí, las visitas al señor del bigote blanco habían servido para algo; no por las terapias, sino por el maletín de pintura que me habían comprado mis padres para disfrazar su remordimiento. Era el momento de comprobar si esas primeras pinceladas habían sembrado en mí el gusanillo, si serían las que iban a determinar qué quería hacer en la vida, si tenían la fuerza e intensidad suficiente como para aportarle a mi vida todo el color que le faltaba. Tenía tiempo para pensarlo, era martes cuatro de julio. Sin duda, habían sido unos meses intensos, pero aún tenía todo el verano por delante.

Retumbaba en mi interior la última frase que Úrsula me había dicho antes de salir de la sala de reuniones:

—Inés, depende de ti.

Abrí la puerta con la intención de que el aire, aun fresco de la mañana, me inundase los pulmones y me ayudase a recobrar el aliento cuando mi corazón dio un brinco, se saltó un latido.

Ahí estaba, frente a mí, de pie, apoyado en su Jeep Wrangler gris antracita, las gafas de sol oscuras puestas, una camiseta azul marino con el cuello abotonado pero abierto, unos vaqueros claros, las manos metidas en los bolsillos y sus abarcas color piedra. Miraba de frente, sin moverse, como si llevase un buen rato esperando. Yo seguía sin poder respirar. Mi corazón volvió a saltarse otro latido, o dos. No lo sé. Me ahogaba. Solo tenía la certeza de que Inesastra iba a salir corriendo de un momento a otro y que yo me moría de ganas de hacer lo mismo. Lo que no sabía era, si esta vez, lo haríamos en la misma dirección, me bloquearía el paso o tendría que terminar gritándole con todas mis ganas:

—¡Aparta, que no lo veo!